

A más de esto, saturado de las costumbres musulmanas, sin dejar de ser cristiano apostólico romano, habia venido á ser una especie de mozárabe.

Tenia, pues, infiltradas en sí todas las costumbres árabes, y habia dado larga rienda á su inflamabilidad amorosa.

Habia tenido un pequeño haren en Toledo, y este haren compuesto de unas diez ó doce bellísimas odalisecas, le habia seguido á la larga.

Habíase apercibido el Cid.

Habia echado una red.

Habia cogido á todas aquellas interesantes gacelas, y sin consideracion de ninguna especie las hubo metido para honrarlas en las Huelgas de Búrgos, cosa que al rey le habia sabido á tuercas, y le habia producido una ágría reyerta con el Cid, que decia:

—Pues si vamos á acostumar á los castellanos á esta licencia, á esta multiplicidad de mujeres, á este feo vicio de la intemperancia, no hay más que arrimar la lanza al astillero, colgar de la estaca el arnés, tirar la espada á un rincón donde se enmohezca, y soltar al bridón al prado y cortar las sacas para que pascen tranquilamente y se refocilen á sus ancianas; que para ser mozárabes la guerra está de más, que los árabes no se meten en eso, y á los mozárabes estiman más que á sus propios hermanos. Logrado habremos en un solo día lo que ha de costar el conseguir siglos, esto es, que España esté en paz, porque no tenga nada porque hacer la guerra. Y esta tierra, señor, es muy diferente de aquella de que vuestra señoría viene. Ley es de ellos tener cuantas mujeres quisieren, y así anda el gobierno, que á la mujer se la usa para tener el favor de los

reyes y tal magnate hay que cuando ve en malos términos su privanza, de su hermosa hija ó de su hermosa hermana se vale, y por la lujuria del rey tiene lo que no tuvo por su lealtad sin más merecimientos. Y aquí en Castilla se mira muy mal las barraganías y las impurezas, y se reniega de un rey que no puede irse á la mano cuando se trata de sayas, y se teme por la justicia y por el buen gobierno; y el que quisiere ser rey temido y respetado, violentarse há en sus apetitos, y ser tal que los vasallos no puedan ponerle tacha en cosas tan trascendentales y vergonzosas. El hombre que á sus apetitos no sabe poner freno, es como una bestia brava que allá va á donde le lleva el cebo de su deseo. Y mire vuestra señoría que para que los vicios no se apoderen de un reino y le pudran, el primero que ha de dar el ejemplo de la virtud y de la continencia y de la práctica de todas las cosas puestas en razon, es el rey. Mire vuestra señoría que cuando el cuerpo está podrido, la cabeza se siente mal y no tiene manos bastantes para arrancarse la lepra. Y no nos chanceemos, señor, y no demos escándalos, que yo no he de consentirlos. Y como he metido en clausura á esas doce que tras vuestra señoría se vinieron, y no hice más porque ellas eran árabes, y como árabes con sus costumbres y con su religion cumplían considerándose como vuestras esposas. Y vive Dios que si alguna castellana á vos se humilla por desdicha propia ó de sus parientes, que como vil ramera la monto en un asno y la unto de miel, y la emplumo, y la mato para ejemplo y escarmiento de malas hembras. Y más no se hable de esto, que yo tengo mi alma en mi almarío, y hombre soy, y como al que más se me han presentado ocasiones, y en

más de una se me ha hecho la boca agua. Pero así Dios me salve como mi velada doña Gimena puede tener de mí la más leve queja, ni la tendrá mientras yo viviere; que para un alma basta un solo amor, y para un hombre una sola mujer, y aún sobra. Y si vuestra señoría con tales impulsos viene del otro lado de la frontera, porque vuestra señoría no escandalice yo me echaré por esos mundos de Dios á buscar una esposa á vuestra señoría que le llene la medida, y que para vuestra señoría sea el resúmen de todas las perfecciones, que son la mujer para el hombre el encanto y el amor. Y tal ha de ser, que ésta doncella con quien su señoría case, como Dios manda, sea una gran princesa digna de ceñirse la gloriosa corona de vuestros antepasados. Y atájese aquí el mal, y no pretendamos tomarle á Dios las barbas que las tiene ásperas, y quítese á los mal nacidos la esperanza de que por la deshonra de su sangre puedan llegar á la privanza del rey; que los deshonorados que en la privanza de los reyes están, son otras tantas úlceras corrosivas que al reino devoran, y la continúa ocasion de que á la patria se falte, y sean los más inservibles, los más honrados y más acrecidos, y ande la paz por el coro.

Alfonso VI rugia por lo bajo y por lo bajo se las juraba en falso al Cid.

—Jure yo,—decia,—y sea yo rey, proclámeseme, que luego veremos quién es aquí el rey, si el Cid ó don Alfonso VI.

El jóven monarca era lo más galante que darse puede y no se podía ir á las manos, ya lo hemos dicho.

El Cid, pegado á su sayo, no le dejaba hora de lugar y su irritacion era continua.

—No use vuestra señoría de un tal despilfarro de brocados de seda y joyas, que el reino va á decir que vuestra señoría es un rey muy caro. No dé vuestra señoría banquetes á lo Sardanápalo, que el reino va á creer que vuestra señoría acabará por comérselo. Esté vuestra señoría con más devocion en los oficios, no sea que el reino diga que vuestra señoría es más moro que cristiano. No mire vuestra señoría tan descaradamente y tan sin desenfado á las mujeres, que cada una de ellas es un diablo, y van á creer que las faldas tienen el sumo imperio en Castilla. No dé tanto vuestra señoría á los pedigüenos, que os van á echar á escobazos del alcázar; y en cuanto á los lisonjeros y á los aduladores, límpiese de ellos, aunque sea necesario, á fuego, porque estas son la peor lepra que puede caer sobre un reino.

Alfonso VI estaba enojado.

Así es que metia prisa al Cid para que el juramento se hiciese cuanto antes á fin de que cuanto antes sobreviniese la proclamacion.

Conocia harto el Cid en que consistia la prisa del rey por jurar y decia para sí.

—Mal año para sus pecados, sino hace caso de mis buenos consejos don Alfonso. Anda, sigue tu rumbo, que para tí será; en cuanto á mí, tanto me da plato lleno como plato vacío; sin tí he vivido y sin tí viviré, Dios me liante. Allá te avengas; buena prole hayas. Tú me lo contarás un dia y puede ser que no tarde, y que al fin de traqueteado y escarmentado aprendas lo que valen la buena voluntad y la lealtad de un vasallo como yo y las estimes. Lo que la experiencia ha de enseñar al hombre no pudo enseñárselo otro hombre. Los bien nacidos perdiendo se enseñan, y como tú no eres



mal nacido, ya comprenderás un día lo que te conviene.

Y era el caso que no solamente se hacia pesado el Cid al rey, sino que al Cid se le hacia pesado aquel su eterno oficio de predicador.

Así es que se apresuró á prepararlo todo para el juramento.

Convocó como lugarteniente que era del reino, rey de hecho en tanto que el rey don Alfonso fuese proclamado, á los representantes de los tres brazos para la ciudad de Búrgos.

Un número dado de prelados, otro de rico-hombres y caballeros, y otro de procuradores por las ciudades y villas de voto en córte.

El rey, los altos dignatarios de la casa real, los representantes de la nobleza, del clero y de las ciudades, y un inmenso gentío, se trasladaron un día al postigo de la vieja iglesia de Santa Gadea.

Al lado del postigo se habia erigido un trono.

Al otro lado un tablado en que estaban las diputaciones de los tres brazos, los altos funcionarios de la corte, los reyes de armas.

Todo el cortejo en fin, todas las personas que eran necesarias para la proclamacion solemne de don Alfonso.

El merino mayor de Zamora, en cuya jurisdiccion se habia cometido el regicidio contra Sancho II, estaba á lo lejos del pequeño altar que se habia puesto junto al postigo de Santa Gadea, sobre una alfombra.

El merino mayor tenia en las manos la ruda balles-ta y la terrible jara, ennegrecida por la sangre de don Sancho, que habia servido para cometer el crimen.

El obispo de Búrgos con su clerecía asistia allí, y allí asistia el condestable, el almirante, el merino mayor de Castilla; en fin, cuantos altos funcionarios debian autorizar aquel solemnisimo acto.

De luto estaba el rey, de luto la corte.

El Cid se encontraba junto al postigo, y tenia en las manos levantado el extremo del enorme cerrojo.

Era antigua fórmula que los reyes castellanos jurasen guardar y defender los fueros de Castilla al ser asentados al trono, teniendo empuñado el cerrojo de Santa Gadea de Búrgos.

Se acercó el rey.

El Cid en nombre del reino y como su lugarteniente, le mandó que empuñase el cerrojo.

Obedeció Alfonso VI.

Pero de mala gana y enrojecido el semblante, como todos los otros reyes á quienes se habia obligado á aquella ridícula ceremonia, en la que se cumplia un fuero de la ciudad de Búrgos.

Despues el Cid tomó de manos del merino mayor de Zamora la ballesta y la jara, y armó con la jara la ballesta.

El obispo de Búrgos se acercó teniendo abiertos en las manos los santos Evangelios.

El Cid puso la ballesta armada al pecho de Alfonso VI.

—Dejad el cerrojo de Santa Gadea,—dijo el Cid con voz breve y solemne á don Alfonso,—y ponede sobre esta jara teñida en la sangre de vuestro hermano, que Dios tenga en su santa gloria.

El jóven Alfonso se estremeció instintivamente.

Pero puso sin vacilar la mano sobre la siniestra jara.

—Señor infante don Alfonso,—dijo el Cid,—hijo del noble rey don Fernando I, hermano del esclarecido rey don Sancho II, ¿jurais á Dios, tendida la mano sobre la jara que quitó la vida á vuestro hermano, el dicho rey don Sancho II, que esté en gloria, que no habeis tenido parte en su muerte, ni por induccion, ni de manera alguna, ni aun con el pensamiento, ni aun con el deseo?

—Lo juro,—contestó el rey con la voz opaca, pero firme y acentuada por una especie de entonacion de protesta y aun de có'era.

Y creyendo terminado el juramento, levantó su mano de sobre la jara.

—Volved, volved á poner sobre la jara vuestra mano, señor infante,—exclamó el Cid con un solemne acento de autoridad.

Se estremeció mucho más poderosamente Alfonso VI.

Pero puso de nuevo sobre la jara su mano derecha.

—¿Jurais, señor infante,—dijo el Cid,—que Dios permita que esta misma jara os atraviere el corazon y os dé la muerte en un punto si en alguna manera, por remotísima que pudiera ser, habeis tenido parte en la aleve muerte dada al señor rey don Sancho II, vuestro hermano, que Dios haya perdonado?

—Lo juro, y que canes hambrientos devoren mi cadáver si yo he deseado la muerte á mi hermano,—dijo el rey, cuya cólera parecia á punto de estallar.

El Cid retiró la ballesta.

La desarmó y la entregó al merino mayor de Zamora.

En los nobles ojos del Cid brillaba una satisfacción recóndita.

Los iluminaba una alegría serena.

Habia en ella amor y entusiasmo por el jóven don Alfonso.

Le enamoraba el rey mancebo.

Veía en él un jóven leon digno de su raza.

Y por otra parte tal habia visto en la expresion de don Alfonso, que le habia curado de toda sombra de recelo sobre su complicidad en la muerte de su hermano.

Don Alfonso estaba impaciente.

—Acercaos, padre en Cristo, reverendo obispo de Búrgos,—dijo el Cid al prelado.

Este se acercó al rey, teniendo abierto en las manos los santos Evangelios por el de San Mateo.

—Poned, señor infante,—dijo el Cid,—vuestra mano diestra sobre los santos Evangelios.

El rey obedeció.

—¿Jurais á Dios, señor infante,—dijo el Cid,—que si vos habeis tenido parte en la muerte de vuestro hermano el señor rey don Sancho II, que esté en gloria, Dios haga que vuestra alma arda en los infiernos por todos los siglos de los siglos amen?

—Lo juro,—exclamó el rey, ya á punto de perder los estribos.

Se retiró con los santos [ Evangelios el prelado.

Entonces el Cid llevó al rey al postigo de Santa Gadea y le hizo empuñar de nuevo el cerrojo.

Una vez en esta disposicion, se tomó el juramento de fórmula que prestaban los reyes de Castilla de mantener, guardar y defender los fueros, franquicias, libertades, más los usos y costumbres del reino, defender hasta morir la religion católica con todo lo demás que en el dicho juramento se contenia.

Juró el rey.

El Cid lo llevó al trono.

Entrególe el justicia mayor del reino el estoque del reino, el estoque real.

El Cid subió al tablado de que ya hemos hablado, y como alférez mayor del reino tomó el estandarte y gritó con poderosa voz por tres veces:

—Real, real, real, Castilla, Castilla, Castilla. El señor rey don Sancho II de Castilla, de Leon, de Asturias y de Galicia, ha muerto.

Y dejó caer contra el suelo el estandarte real.

Luego le alzó y le tremoló gritando otras tres veces:

—Real, real, real, Castilla, Castilla, Castilla, por el señor don Alfonso VI, rey de Castilla, de Leon, de Asturias y de Galicia.

Y el Cid, entregando el estandarte al justicia mayor, bajó del tablado y fué el primero á rendir pleito homenaje á don Alfonso.

Las campanas de Santa Gadea habian sido lanzadas á vuelo.

Respondieron las de la iglesia mayor.

Luego todas las de Búrgos.

La multitud habia respondido con una aclamacion ruidosa á la proclamacion.

Estas aclamaciones se repetian.

Las trompas, las dulzainas, los atabales y los atabalejos de las gentes de armas que allí asistían tocaban llamada de guerra,

La capilla y el coro de la iglesia mayor de Búrgos que allí asistía, entonaban el *Te Deum laudamus*.

Y en medio de este campaneo, de esta gritería, de este estruendo de instrumentos militares y de la gran música de la salmodia, el Cid llegó á las gradas del trono, se arrodilló y dijo resplandeciente de alegría al rey:

—Yo os reconozco mi rey y señor natural, y os rindo homenaje y pleitesía por mí, por mis parientes y habientes, y por los que me sucedieren sirviendo.

Pero se irguió sin besar la mano al rey.

—¿Conque al fin mi noble primo, rico-hombre y caballero, alférez mayor y lugar-teniente que habeis sido de estos reinos, soy yo el rey de Castilla, vuestro señor natural, á quien habeis prestado pleito homenaje y vasallaje?

—Indudablemente, señor,—contestó tranquilamente el Cid.

—Pues bien; por el desacato en que habeis dado contra mi persona y honor real, pidiéndome juramento por mi inocencia en la muerte de mi hermano, yo os destierro por un año de todos mis reinos.

—Vos me desterrais por uno, señor,—contestó el Cid sin alterarse;—pues bien: yo me destierro por cuatro.

Y se alzó y se retiró llevándose consigo, tras su estandarte verde, á sus escuderos.

El Cid no se detuvo.

Salió de Búrgos en aquel mismo punto, enviando un mensaje á su esposa para que le siguiese, y sin volver la cara atrás siguió su camino para salir de Castilla por la frontera del reino moro de Toledo.

---

---

## Capítulo XVIII.

---

De cómo fué recibido el Cid en la primera fortaleza árabe de la frontera del reino de Toledo.

Por más que don Rodrigo tuviese el alma grande y conociese el mundo y estuviese escarmentado de la ingratitud de los reyes; por más que él se bastase á sí mismo y sintiese la posesion de una tan alta honra, que era tanta que despnes de hacerle á él honradísimo que daba honra para el mundo entero, no pudo méuos de sentir apretado el corazon cuando salió de Búrgos dejando atrás la algazara y la alegría de la proclamacion de Alfonso VI.

Allá á lo léjos, á su espalda, resonaba el campaneo de la ciudad, que no cesaba en dar muestras de alegría, y oíase además un lejano y confuso zumbido, como el de un enjambre de abejas.

Y era el hálito de la ciudad de Búrgos que aclamaba á Alfonso VI.



Todos los castellanos estaban de enhorabuena.

Todos se entregaban al gozo.

Solo uno, el más renombrado entre ellos, el leal, el noble, el celebrísimo don Rodrigo de Vivar, el que habia podido tomar para sí la corona de Castilla, el héroe que siempre habia estado de parte de la razon y de la justicia, iba desterrado y triste, seguido de sus trescientos leones, que nunca fueron más, de trescientos los escuderos del Cid.

Prudente habia estado en demasia don Rodrigo.

No se le ocultaba que el niño rey habia tenido motivo bastante en su inexperiencia y en su iracundo carácter (que don Alfonso era tan colérico y tan antojadizo como lo habia sido su hermano don Sancho II *el Fuerte*), para enojarse contra él por lo severo que para él habia sido y por su horrenda tenacidad en exigirle juramento sobre la muerte de su hermano.

Pero no se ocultaba tampoco al Cid que habia habido quien atizase la enemistad que contra él habia criado Alfonso VI.

El conde leonés don Peranzules, el soberbio ricohombre que habia criado como quien dice á don Alfonso, que le habia acompañado en Toledo, que se creia casi el padre del rey, y por consecuencia tan rey como el rey, y á más con la autoridad de sus años y de sus hazañas, no habia podido ver sin cólera que al volver Alfonso VI á Castilla, llamado á su trono por la muerte de su hermano don Sancho, él, don Peranzules, se habia visto anulado, como bogrado á causa del Cid, ni más ni ménos que como el sol cuando aparece apaga el brillo de las estrellas con su resplandeciente luz.

El Cid lo dominaba todo.

El Cid lo era todo.

Los demás, por honrados, por nobles, por bravos que fuesen, aparecían sobre el fondo del medro formando parte de un acompañamiento, de una comparsa.

Lo que hace más sensible al corazón humano es la vanidad.

El conde don Peranzules, que era un buen hombre y un gran caballero, irritado por la extraordinaria privanza del Cid, cayó en la envidia, manchando por la primer vez de su vida su limpia fama al descender á la calumnia.

Porque la verdad engendra la envidia, y el primer paso de la envidia es la calumnia infame.

Don Peranzules, que como hemos dicho, habia tenido entre sus manos al jóven don Alfonso, niño todavía cuando por muerte de su padre fué á ceñir la corona de Leon; don Peranzules, primer caballero de aquel reino, que le habia gobernado en nombre del rey durante su breve reinado, que habia lidiado por don Alfonso contra don Sancho, que habia sido vencido por el Cid, que habia huido prudentemente á Toledo con don Alfonso, evitando á éste con la fuga una desgracia tan horrible como la que habia acontecido á su hermano el desventurado don García, rey de Galicia, y una vez en Toledo, experimentado y sagaz, habia hecho de manera que el buen rey Almamun mirase á don Alfonso más como un hijo adoptivo que como un príncipe fugitivo refugiado en su corte; don Peranzules que habia vivido constantemente al lado de don Alfonso en Toledo, que habia acabado como quien dice de criarle, que era una grande influencia que se hacia sentir omnimoda en el jóven príncipe, que habia mantenido rela-



ciones de conspiracion con los leoneses adictos á don Alfonso, porque con el destronamiento de éste habian perdido en gran parte sus medros y su importancia, y con los castellanos descontentos de don Sancho II, solo porque éste favorecia al Cid y le ponía sobre ellos, por todas estas cosas, decimos, don Peranzulès no habia podido sufrir pacientemente la presion que don Rodrigo por sus hazañas, por su carácter y por su importancia, hacia sufrir á todos, habia trabajado contra el Cid en el espíritu del jóven monarca.

—¿Qué podeis esperar,—le decia don Peranzules prevaleciéndose de la gran confianza que tenia para don Alfonso,—mientras tengais en la corte á vuestro lado á ese soberbio castellano de Vivar? El no lo dice, pero con su soberbia inaudita, con su palabra osada, con su carácter imperativo, hace creer á todo el mundo que si el rey reina es porque él quiere, y que en todo caso el rey, donde él esté, será siempre la segunda persona. Dia llegará en que para dar un paso tendreis que pedir licencia al presuntuoso y soberbio Cid Campeador. Y si alguna vez quisiéreis recobrar vuestra dignidad de rey y arrojar el yugo de un vasallo tan poderoso, os vereis sujeto á una rebeldía cuyos resultados no pueden estimarse bien, y que podria dar por consecuencia el que el Cid os despojase de vuestra corona y la diese á quien mejor le placiese. Vasallos tales son un perpétuo cuidado y un peligro de cerca constante, un inconveniente que debe removerse, una tiranía que no es justo, ni consecuente, ni digno sufrir. Don Rodrigo no es leal más que en la apariencia, y yo tengo para mí que si la corona de Castilla no se ha ceñido por su propio esfuerzo y autoridad; es porque él no quiere dar

el espectáculo de una deslealtad repugnante, sino preparar las cosas de manera que traído y llevado el rey, comprometido y destronado y perdido el respeto de sus reinos, éstos recurran á él y le elijan rey, porque de tal manera podrá decir que él no ha hecho nada por ser rey, y que si lo es no es porque él lo haya pretendido, sino por el bien público, y por acatamiento y respeto á la voluntad del reino. Y con esto de la voluntad del reino, y el diablo que sepa lo que esto quiere decir, todo estará cubierto para el Cid. Y podrá decir que él ha hecho un sacrificio, que él no queria ser rey, pero que como buen castellano no podia ni debia negarse á cumplir la voluntad del reino representado en Córtes.—Y esto añadía don Peranzules, mintiendo y aventurando sus palabras,—es encubrir villanamente la traicion y pretender que en vez de ella se vea el desinterés y el egoismo, en tanto que todo se prepara y se hace en descrédito del rey, y procurando caiga el menosprecio sobre su persona, haciéndose el hombre necesario é imprescindible, sin el cual no puede haber gloria ni libertad en Castilla. Y todo esto, señor, es un crimen que merece no solo la muerte, sino tambien la infamia; que el que un vasallo sea hazañoso no es una razon para que arroje sus hazañas sobre el rey y le sofoque con el peso de ellas, y deje decir y procure que digan que á él se le debe todo, y que sin su esfuerzo el rey no reinaria. Y ó herrar ó quitar el banco, señor; ó ser rey, ó ser esclavo; esclavo de don Rodrigo, ó rey sin él; y piense vuestra señoría sobre lo que le digo, y vea y observe la soberbia del Cid y determine lo que haya de ser, y pronto, que á estos ambiciosos hipócritas, á estos criminales que pasan por héroes y que no han sido

hazañosos sino en provecho suyo, y todo les parece poco para premio de sus hazañas, se les deja tomar la cuesta arriba, no hay quien con ellos pueda. Y vale más dar á tiempo que no esperar tanto que cuando se quiera dar el golpe éste resulte en vago, y darse no aquel á quien se quiso dar, sino á quien le dió.

Y por este estilo el conde don Peranzules continuaba zumbando al oído del rey, á cada instante más sañoso, á cada día más envenenado contra el Cid.

De una parte el carácter enérgico y formidable de don Rodrigo, y de otra las insinuaciones malévolas del conde don Peranzules, habían dado, como se ha visto, un resultado preciso.

Apenas rey don Alfonso había desterrado al Cid, creyendo al desterrarle que se quitaba de encima no solo una persona enojosa, sino también un peligro.

No había considerado don Alfonso, porque no podía considerarlo á causa de la necesaria inexperiencia de su juventud, que al Cid le hubiera sido muy fácil haber evitado que él volviese á Castilla, simplemente con haber hecho ver lo que le era muy fácil, y no falso tampoco, que don Alfonso había contraído entre los moros costumbres nocivas y amistades peligrosas que le hacían incapaz para el gobierno de Castilla; que pudo haber ennegrecido más y más aquellos motivos que eran verdad en el fondo, hasta el punto de haber hecho imposible su vuelta á Castilla.

Y Castilla, huérfana de rey, recelosa de entregarse al gobierno de una hembra, hubiera sido naturalmente por ser la de mayor edad doña Urraca, ya bastante desprestigiada, se hubiera visto obligada á elegir un rey entre los más altos de sus pro-hombres.

Y en este caso, á no dudarlo, la eleccion hubiera recaido en el Cid.

El llamamiento del Cid á don Alfonso en el momento mismo en que murió su hermano don Sancho, era la prueba más alta, más inequívoca, no solo de la lealtad del Cid, sino de que no era ambicioso, de que le bastaba el lugar que habia sabido conquistarse como hombre y como caballero.

Don Alfonso, sin embargo, impulsado por su soberbia y extraviado por su inexperiencia, nada favorable al Cid habia visto en él.

Habia prestado fácil oído á las sugerencias interesadas del conde don Peranzules, y el Cid habia sido desterrado.

Y gracias á que la gran loa de que gozaba en Castilla habia impuesto temor al rey, que no se habia atrevido á otra cosa que á desterrarle; que á no ser así, tal vez el buen Cid Campeador, cuando aún se encontraba en su juventud, hubiera encontrado una muerte miserable y afrentosa en un patíbulo, acusado de traidor, y tal vez por traidor tenido, en el juicio de la inconstante muchedumbre.

En todas estas cosas pensaba el Cid, que bien se le alcanzaba las razones de su desgracia, cuando marchaba hacia la frontera agarena delante de sus trescientos.

Algunas veces se le subia la cólera del corazon á la cabeza á don Rodrigo, y se ponía á punto de revolver su caballo y tornar á la ciudad y entrarse por ella y presentarse al rey y hablarle duramente y acusar de felonía y de traicion á don Peranzules y retarle y matarle en duelo.

Pero inmediatamente la noble altivez de don Rodri-

go apagaba su airado pensamiento y le hacia murmurar:

—Eso sería estimar en más de lo que valen al rey y á don Peranzules, y ponerme yo en lenguas y dar ocasion á que se dijese que yo soy un ambicioso, y un pobre diablo de esos que no saben vivir sino apegados á los reyes. Y pues que el rey no me ha dado nada de lo que tengo, ni he necesitado yo del rey para ser lo que soy, allá se quede el rey con su reino, y con su don Peranzules, que á donde quiera que yo pare seré, Dios mediante, lo que he sido en Castilla, y lo que siempre he de ser en todas partes mientras que Dios me guarde la vida.

Acabó al fin don Rodrigo por dominarse y por quedarse tranquilo y satisfecho de sí mismo, y contento de lo que había hecho.

Llevaba consigo todo cuanto tenía en el mundo.

Su doña Gimena que iba entre uno de los escuderos, en una litera con sus dos hijas doña Sol y doña Elvira, de dos años la una y de tres la otra, rubias como un oro, mostrando en sus semblantes la grande hermosura de su madre y la virilidad de su padre.

Seguían detrás las literas de las dueñas, de las doncellas, de las criadas.

Y por último, algunas acémilas cargadas con los objetos de más valor que el Cid había sacado de su casa de Burgos y alguna cantidad en dinero.

No mucho, porque aunque eran pingües los estados de don Rodrigo, el mantener continuamente en pié de guerra sus trescientos escuderos, con los peones, ballesteros, que á cada lanza correspondian y que eran cinco por lanza con su necesaria renta de rico-hombre,

allá se iban las rentas, lo comido por lo-servido, como suele decirse; y con mucha frecuencia habia que recurrir á préstamos de judíos.

Bien es verdad que cuando el Cid se encontraba muy alcanzado hacia una escursion á las tierras de los moros, ya por la parte de Aragon, ya por la de Valencia, y en cuatro repelones y con cuatro encuentros se traia un botin, con cuya venta le bastaba para pagar su deuda y echarle por algun tiempo un remiendo, por decirlo así, á su casa.

Escaso andaba en aquellos momentos de dinero el Cid Campeador.

Pero no tanto que no pudiese mantener sus escuderos por tres meses y echar todos los dias una gallina á su olla.

—¿Y á qué diablos,—decia el Cid,—al sexto dia de marchar, cuando estaba ya próximo de la Guardia, fortaleza avanzada sobre la frontera del reino moro de Toledo,—habré yo echado hacia los dominios del rey Almamun, que son para mí inviolables, puesto que el señor rey don Alfonso ha jurado eterna amistad y alianza á su protector el rey de Toledo durante todos los dias de su vida. Si yo hago una sola correría en el reino de Toledo, podria decirse, y no sin razon, que por vengarme del rey don Alfonso, que tan á tuerto me ha desterrado, pretendo enemistarle y ponerle en negros compromisos con ese buen rey de Toledo, á quien tanto debe que casi debe considerarle como padre. Y es que cuando yo salí de Búrgos estaba ciego de cólera y no me paré en mirar el camino que tomaba, y una vez puesto el morro del caballo al mediodía, al mediodía he seguido y al reino de Toledo me acerco, y



no habrá pasado una hora cuando ya estaré en sus tierras.

Y bien; puesto que el reino de Toledo ha servido de amparo y refugio á don Alfonso, sirva ahora de entretenimiento para acabar de apagar la cólera al Cid desterrado por don Alfonso; sobre todo salgamos cuanto antes de las tierras del rey de Castilla, que no nos quiere, y demos la revuelta y caigamos sobre los reinos de Valencia y Murcia, en los cuales ninguna prenda tiene empeñada el rey mi señor.

Y como si el Cid hubiera tenido prisa de salir de aquella madre patria que tanto le debia y de la que tan sin razon le arrojaba la tiranía real, apretó los acicates á su caballo, y media hora despues, dejando atrás el castillo de la Guardia, entraba en las tierras moras del reino de Toledo.

Vieron desde la cercana fortaleza de Hins-Al-Geber los atalayas moros aquella gente armada que por su tierra se entraba y salieron de rebato en número de doscientos ginetes, y se extendieron en su forma de batalla en el fondo de un pequeño valle, por el cual atravesaba el camino.

Puso el Cid un pañuelo blanco en señal de paz en el hierro de su lanza, hizo hacer alto á su gente y avanzó al trote hácia un ginete árabe que al trote tambien, separándose de los suyos, le salió al encuentro.

Hablaba don Rodrigo el árabe con la misma facilidad que el castellano y al encontrarse con el cadí, le dijo con voz benévola:

—Que el Dios Omnipotente creador de cuanto existe te guarde, capitan; he aqui al Cid don Rodrigo Diaz

de Vivar, que desterrado por su rey viene de paso á las tierras de tu rey el noble y magnífico Cidi-Almamun.

—Bien venido sea á nuestra tierra el leon bravo de Castilla,—dijo el alcaide moro,—y paz y contento y bienandanza y fortuna Dios le otorgue en ella, y déjame, señor, que te acate y reverencie como el alto renombre que te han dado tus hazañas, merece.

Y descabalgando de un salto el alcaide se acercó al Cid, y ántes de que éste pudiera impedirlo, se abrazó á su pierna derecha y le besó en la rodilla.

Correspondió el Cid á aquel homenaje dando la mano al alcaide é invitándole á que cabalgase de nuevo.

—Pues dí tu, señor,—exclamó el alcaide cabalgando,—que desterrándote á tí el rey, tu señor, es como si desterrara lo que en su reino habia que valia el reino todo. Y de esto se holgarán no solamente mi esclavo recido señor Cidi-Almamun, sino tambien todos los creyentes que siguen el islam, porque fuera tu de la obediencia y vasallaje del rey de Castilla, podrán reposar tranquilos.

—No reposarán como no sean los de Toledo,—dijo el Cid,—con cuyo rey el rey mi amo ha pactado amistad y alianza mientras duraren sus dias; y no he de ser yo, leal vasallo del rey mi señor, quien la guerra haga á un su amigo y aliado. Pero en cuanto á los de la Andalucía, y á los de la Valencia, y Murcia, y Aragon, yo te juro que han de ver muy presto y que tierra me he de hacer mia propia, donde yo viva con holgura, sin cuidado de que nadie me envíe al destierro. Bien que las tierras que yo ganare darelas al rey mi

señor, y para estar siempre desterrado ireme á poner los piés en tierra que no sea suya.

—Verdaderamente que está dejado de la mano de Dios,—dijo el alcaide,—el rey que teniendo un tal vasallo como tú, señor, de su tierra le destierra, y espántome de que la paciencia no te acabe, y disculpado por los agravios, contra ese injusto rey no te vuelvas, y le tomes el trono, y al destierro le envíes, ya que en el tiempo que ha estado desterrado no ha conocido cuán doloroso es á los buenos el dejar el suelo de la patria. Pero ensancha tu alma, señor, que en tierra estás hospitalaria y que se enorgullece al sentir sobre sí á un tal caballero, de tal prez y tal valía como tú.

—Pero dime por tu vida,—exclamó el Cid,—reparando que en las tierras y atalayas inmediatas y las que se veían á lo lejos sobre las tierras de Toledo se veían humaradas, ¿acaso se pone en armas la fortaleza porque nosotros la hemos pasado?

—No por Dios,—dijo el alcaide,—que yo no he dado la señal de alarma, que no hay para qué poner en cuidado á todo el reino cuando se tienen fuertes las lanzas y las espadas, y aún no se ha visto si basta el propio esfuerzo de la primera guarda de la frontera para castigar y rechazar al enemigo. Ya es el medio día, ya esa humareda que ves en las atalayas anuncian al reino que el sol que lucirá mañana alumbrará el cincuenteno aniversario del nacimiento de nuestro escelente y vencedor y querido de Dios Cidi-Almamum-Drinum, nuestro rey y señor. Y has de saber que no habiendo por ahora peligro en la frontera, á causa de la amistad y alianza fuertemente pactada entre el rey de Castilla y el rey nuestro amo, yo pienso llegar mañana cuando

el sol naciere á la villa y castillo de Madrid con algunos de los capitanes que tengo en Hins-Al-Geber, á las fiestas que en Madrid están prevenidas para solemnizar el natalicio de nuestro noble señor.

—Pues allá iremós todos, si así te placiere,—dijo el Cid,—y allí verán cómo justan los caballeros castellanos; sin contar conmigo, cada uno de esos trescientos gentiles hombres que me siguen pueden dar lecciones al más diestro de como se corre una lanza.

—Pues no nos detengamos más, señor,—dijo el cadí,—y á la fortaleza nos vamos, que ganoso estoy de agasajaros á vos y á vuestra gente, y de enviar un eunuco al magnífico Cidi-Almamún mi señor participándole la nueva que ha de alegrarle de que tú estás en nuestra tierra.

Hizo el Cid señal á su gente de que avanzase. Y poco despues, venciendo la vertiente de la colina, llegaban todos á los viejos muros de la fortaleza de Hins-Al-Geber, en la cual entró el Cid con su gente, recibiendo los honores militares que como á emir, ó príncipe, ó general de ejército, que por tal era universalmente reconocido el Cid, le rindió el alcaide de la fortaleza.

Esto probaba lo que se estimaba y se reverenciaba al Cid Campeador, hasta por sus propios enemigos.

---

## Capítulo XIX

---

**En que el alcaide de Hins-Al-Geber cuenta al Cid Ruiz Díaz una peregrina historia.**

No sabia Cid-Ben-Ali-Almudamad, que así se llamaba el noble alcaide de la fortaleza de Hins-Al-Geber (castillo del Monte), que hacerse no solo con el Cid y con la hermosa doña Gimena, sino que tambien con los buenos gentiles hombres, escuderos y aun con los peones, y hasta con el último de los acemileros y de los siervos de la casa del Cid.

No parecia sino que la respetabilidad de su señor se extendia hasta ellos.

Ibarra, esposa de Cid-Ali, hermosísima aún, aunque en su edad madura, y Azorah, á quien habian puesto bien el nombre, puesto que Azorah significa flor, y era una flor de juventud y hermosura la hija de Ali, se desvivian por agasajar á doña Gimena, que tambien hablaba un tanto el árabe, lo bastante para enten-

der lo que la dijeron y hacer entender sus respuestas.

Don Rodrigo, que para todo tenia atencion, habia reparado al entrar en la fortaleza que esta era de primer orden y que estaba perfectamente custodiada y guarneida y apercebida.

Las demás fortalezas de la frontera debian ser semejantes.

Esto hablaba muy alto en cuanto al buen gobierno y la prevision del prudente Almamum.

El Cid comprendió que el reino de Toledo, donde hasta entonces no habia estado, era una fuerte vanguardia de los riquísimos y feroces territorios árabes andaluces, en los cuales tenia el Cid hacia ya mucho tiempo puesto el pensamiento.

—Pasarán estos dias,—dijo para sí el Cid,—vendrán otros, y quien sabe como se habrán vuelto las cosas, y si la amistad que hoy une al rey Almamum y al rey don Alfonso se habrá trocado en enemiga saña; no está demás que yo dé una vuelta por el reino de Toledo.

Se estremó el alcaide en obsequios al Cid, á su esposa y á su gente, y á la caida de la tarde, habiendo ya comido y descansado el Cid de su jornada, paseándose por un ancho cubo que al Mediodía miraba el Cid y el alcaide, este dijo al primero:

—Pues has de saber, señor, que si yo á las fiestas de Madrid voy, principalmente es por un asunto que atañe á mi familia; y como te parecerá extraño sin duda que las fiestas que han de celebrarse mañana en Madrid por el natalicio del rey nuestro señor tengan algo de comun conmigo y con los míos, voy á contarte una historia que no te desplacerá oír.

—Con mucho placer la oiré,—dijo el Cid,—que yo barrunto que ella ha de ser peregrina.

—Como llovido me vienes del oielo,—dijo el alcaide,—para el acabamiento de esa historia.

—Maravillome,—dijo el Cid,—de que yo pueda ser el acabamiento de una historia que te pertenece.

—¿Y quién sino tú,—dijo Cidi-Ali,—puede vencer en combate personal, en campo cerrado, á Isaac-Ben-Arin el Escita.

—¿Y necesitas tú del vencimiento en campo cerrado de ese Escita á quien tú crees que yo solo puedo vencer?—preguntó el Cid.

—¿Has reparado tú,—dijo el alcaide,—en mi hija, en esa jóven doncella que con tanta alegría ha recibido á tu noble y hermosísima esposa?

—Cierto que esa tu hija,—contestó el Cid,—es una granadísima rapaza, y tal que dudo yo haya alguna en el reino de Toledo, no ya que la aventaje, sino que la iguale en hermosura y buen modo, y discrecion y gracia para tratar á las gentes y ser querida y estimada.

—Yo te agradezco el buen juicio que haces de mi hija, aunque no es más que el que ella se mereca, no embargante que no debiera decirlo yo que soy su padre; pero nunca ha sido una falta decir la verdad.

Pues has de saber que cuando mi hija cumplió los quince años, y ahora solo tiene diez y ocho, hubo en Toledo un certámen de la belleza, de la discrecion y de la honestidad, al que el rey Almamum llamó á todas las doncellas nobles y villanas de su reino que quisieren disputar el premio en el certámen.

Acudieron más de tres mil doncellas de todas clases y condiciones, maravillando á todo el mundo con sus

raras dotes personales, porque sé decirte que no parecía sino que se había bajado al suelo toda una legión de arcángeles del sétimo cielo, ó que Dios había abierto las puertas de su paraíso para que al certámen del rey Almamum acudiesen las huríes.

Más de ciento eran los jueces del tribunal que habían de sentenciar y adjudicar el premio á la más hermosa, á la más discreta y á la más honesta.

Las cámaras del alcázar del rey Almamum estaban llenas de aquellas hermosas criaturas, y cuando se pasaba de la una estancia á la otra, no parecía sino que se iba de una constelacion de estrellas brillantísimas á otra constelacion más brillante.

Los padres de las doncellas que habían acudido al certámen, y sus hermanos y parientes, habían henchido los fondos de la ciudad.

Todo era regocijo y bullicio, y el puntear de las vihuelas y el eco de las dulzainas oíase por todas partes.

Por la noche todo era alegría é iluminaria, que no parecía sino que se había desterrado á la noche de Toledo.

En Zocodober, que es la plaza real de Toledo, donde están las tiendas más ricas de los mercaderes y de los joyeros, se había erigido un largo tablado recubierto de paño de oro y púrpura, con otros tablados más anchos de trecho en trecho, donde debía estar la corte con el rey, al frente la gradería de los jueces, y en ambas, sobre los estrados que se había construido á su costa, los caballeros más principales y más ricos de la ciudad.

Los ajimeces, los miradores y hasta los muros de la plaza y hasta los tejados, se habían entapizado rica y



profusamente, y en muchos y altos mástiles flotaban estandartes, gallardetes y banderolas, y se ostentaban, no trofeos de armas, sino vistosísimas y odoríferas guirnaldas de flores.

Marté y Vulcano habian dejado su lugar á Vénus y á Cupido.

No iba aquel dia á celebrarse una sangrienta fiesta en que algunos caballeros mordiesen la arena enrojecida, sino una pacífica y vistosa competencia de hermosura.

Amáneció al fin el dia tan alegre.

Se ocuparon estrados, ajimeces, miradores; hasta los tejados se cubrieron de gentes.

Los guardias del rey no llevaban arneses, ni picas, ni espadas.

Iban vestidos de gala y adornados de flores.

Y para esto se habian elegido los más jóvenes y los más hermosos.

Todo era resplandeciente, todo galano.

Deslumbraban por todas partes las joyas de las damas y los espléndidos trajes de brocados de los caballeros.

El tesoro mayor del mundo no hubiera bastado para igualar el valor de todas las riquezas que allí se ostentaban.

Y luego debia sobrevenir el tesoro mayor aún de la hermosura.

Las varias músicas que á la fiesta asistian rompieron muy acordadamente, dando la señal de que el certámen empezaba.

Entonces, abriéndose una puerta dorada que á diestra mano, junto al estrado real, habia, salieron muchas

dueñas y esclavas de la casa real y muchos pajes, y entre ellos la primera doncella que debia ser contemplada por todos y agraciada por el tribunal que habia de dar la sentencia como merecedora á la más hermosa.

Era una pobre aldeana de la campiña.

Su único traje consistia en una túnica blanca de lana y una ancha toca de lino, que cubria su hermosa cabeza, de que caian en gruesas trenzas sus profusos cabellos de oro.

¿Cómo he de decirte lo que era aquella huri?

Ni la memoria me ayuda, ni aunque me ayudase encontraria yo palabras apropiadas para que pudiera ponerte una idea remotísima.

Solo sé decirte que un murmullo de admiracion y de amor saludó á la hermosa doncella, que apareció ruborosa, dulce y poética como la luz del alba.

Los juéces la hicieron sentar en el lugar que debian ocupar las que más hermosas pareciesen, para elegir luego entre ellas la que á todas las aventajase.

Fueron pasando sucesivamente doncellas y más doncellas, todas hermosas, pero con grandes diferencias entre las unas y las otras, y al fin, de las tres mil solo cincuenta ocuparon el lugar de honor, en el cual debia buscarse luego á la que fuese más preciada.

Yo no habia pensado en que mi hija entrase en el certámen.

Habíala llevado á Toledo solamente para que le presenciase.

Pero como quiera que muchas doncellas nobles sintiesen la envidia de que tambien fuese juzgada su hermosura, el rey Almamun, que habia divisado á mi

hija, que estaba en un estrado no lejos del estrado real, me llamó y me dijo:

—O mucho me engaño, ó desde aquí estoy viendo á la que indudablemente es la reina de las hermosuras de mis reinos.

—¿Y quién es, señor, si responderme te place, esa hermosa criatura, á fin de que yo tambien la admire,—dijo al rey.

—Pues esa criatura,—me contestó el esclarecido Almamun,—es tu hija. Por tu vida tráele al certámen, y así los jueces no se encontrarán en embarazo para adjudicar la corona de la hermosura.

De una parte mi amor de padre, que es la vanidad de las vanidades, que no hay padre á quien su hijo feo no parezca hermoso y su hijo hermoso un arcángel: por otra parte el respeto y la sumision que yo debia al rey mi dueño, me obligaron á mandar á mi hija que en el certámen se presentase.

En resolucion, Cid Rodrigo; cuando mi hija se presentó ántes de que á los jueces hablase, la saludó una aclamacion general.

—Y con justicia,—respondió el Cid,—porque yo os declaro que en todos los dias de mi vida he visto más hermosa criatura.

Y mentia don Rodrigo por cortesanía.

Porque le parecia mucho más hermosa, y con tercio y quinto, su doña Gimena.

No era ciego ni mal apreciador tampoco el alcaide, porque se apresuró á contestar:

—No digas tú eso, señor, que donde está tu noble esposa se eclipsan los rayos del sol de la hermosura.

—Pasémos adelante,—dijo don Rodrigo,—que mi

doña Gimena no es doncella sino velada, y para mí tal cual es bien está, y tengo la certidumbre de que fea había de ser y á mí había de parecerme una diosa; que la hermosura que yo en ella amo ántes que la del cuerpo, es la del alma.

No insistió el acaide, porque conoció que don Rodrigo no gustaba mucho de que se sacase á cuento su mujer aunque fuese para ponerla en los cuernos de la luna.

Y continuó con su relato:

—Proclamada fué Azorah reina de la hermosura en todos los dominios del invencible y prepotente rey Almamun, y sentia yo una tal alegría y una tal satisfacción de mí mismo por haber engendrado á aquella que la palma de la hermosura, de la honestidad y de la discrecion habia merecido.

Y hasta tal punto que temí se me hubiera acabado la razon.

Pero no sabia yo que aquel triunfo habia de traerme muchos sinsabores.

—La envidia cae siempre sobre lo que más brilla,—respondió el Cid,—y las mordeduras de la envidia son crueles.

El rey con los caballeros de su corte, estando el reino en paz y próspero, no teniendo otra cosa en qué pensar, se habian propuesto divertirse con fiestas magníficas.

Habian inventado para tener algunos dias de gran concurrencia y de gran fiesta en Toledo lo del certamen de la hermosura.

A más de esto no habia ni hay toda la pureza de costumbre que se debiera desear.

Los jóvenes y nobles caballeros ociosos del rey Almamun habian pensado que al llamar á certámen de la belleza á todas las doncellas del reino, debian venir muchas pobres y aun de mediana fortuna que se darian por satisfechas con que los magnates de la corte del rey las eligiesen para su haren.

Esto habia sido una de las cosas principales del certámen.

La ociosidad engendra el vicio.

Indudablemente Dios está enojado con nosotros, porque se ven cosas que ningun corazon recto puede ni debe expresar.

La eleccion de reina de la hermosura era un pretexto.

¿Y para qué esta eleccion si no se llegaba á un resultado?

La primera parte de la fiesta se habia llevado á cabo.

Pero quedaba la segunda parte, que guardaron en un galante secreto el buen rey Almamun y sus cortesanos.

Una vez obtenida la vénia de la hermosura, habia necesidad de utilizarla aunque no fuese más que para dar lugar á nuevas justas.

El primer resultado de la eleccion de Azarali para reina de la hermosura, fué un magnífico presente del rey que yo me ví obligado á aceptar cumpliendo con mi deber de lealtad y obediencia, presente que representaba el dote de una princesa.

Asimismo el rey dotó á las otras doncellas que en el certámen habian estado más ó ménos espléndidamente, con arreglo á la fortuna de la doncella.

Y de tal manera, que las que eran muy pobres encontrasen con quien casarse por el doble aliciente de su belleza y de su dote.

El rey manifestó que la reina de la hermosura debía [ser el premio del primer caballero que en Toledo hubiese, y que le manifestase en unas bravas justas.

La reina de la hermosura seria el premio del vencedor, bien entendido que mi hija gustase de él y quisiese unirse á él; que si no, el vencedor se quedaria con el honor del vencimiento y sin el premio.

Como que mi hija no era una esclava del rey, de la que el rey podria disponer.

El anuncio de esto me inquietó.

Y no sin razon, porque las consecuencias han sido funestas y aún duran.

Pero yo no podia negarme á lo dispuesto por el rey, tanto más cuanto que á mi hija no se la obligaba á que se hiciese esposa del vencedor.

Este, para hacerla su esposa, debia vencer á sus contrarios.

Y además de esto apoderarse del corazon de mi hija.

Pero las mujeres son débiles, caprichosas, voluntariosas.

Yo temí que mi hija, deslumbrada por el brillo de la victoria del vencedor, contrajese por él una aficion falsa y se hiciese infeliz uniéndose á un hombre que tal vez no fuese lo bastante para satisfacer sus aspiraciones.

Porque has de saber que mi hija es rica y levanta da de espíritu.

Y es difícil muy difícil que encuentre un hombre que la llene el corazón.

En fin, no había otro medio que someterse á la voluntad del rey.

Este hizo publicar que mi hija, la feina de la hermosura, sería el premio del vencedor de las justas que iban á darse en el plazo de treinta días; justas en las cuales no se admitiría más que caballeros musulmanes de estas tierras, ó de tierras extrañas de probada nobleza, de buena hacienda, y ya conocidos como buenos caballeros por altos hechos de armas.

Estendióse la noticia y empezaron á acudir á Toledo caballeros, no solamente de España, sino también de Africa, y entre ellos vino Isaac-Ben-Arin el Escita, gran valido del rey de Tunez, y la fama de cuyo valor había velado por el mundo, y de una manera tal que no había quien pudiera asegurar por fuerte que fuese que en un lance de solo á solo con él pudiese vencerle.

Cuando Arin se dejó ver en Toledo, agigantado, con su color atezado, su mirada de hiena, sus blanquísimos y agudos dientes y su ostentoso traje de escarlata bordado de oro, todos dieron por seguro que él había de ser el vencedor de la justa.

Yo, que estaba extraordinariamente cuidadoso, hice que Azorah conociese á Arin, y me tranquilicé por una parte y mi inquietud creció por otra.

Arin pareció horrible á Azorah.

Y de tal manera que me dijo:

—Si la codicia de hacerme su esposa trae á ese hombre á la justa, ha hecho el viaje en balde. Yo juro, padre mio, que solo muerta podía yo ser entregada á á ese animal monstruoso.

Como debía suceder, Arin, que había procurado conocer á Azarali, desde el punto que la había visto había sentido por ella una pasión infernal, y decía públicamente que él tenía la seguridad de ganar á mi hija, y que si ella no consentía en ser su esposa, incendiaria si era necesario el cielo y la tierra para obtenerla.

Yo tomé mi determinacion.

A mí no me espantan los leones por terribles que sean.

—En verdad, en verdad,—dijo el Cid,—que tienes una gran pinta de bravo, alcaide, y en el combate debes ser ágil y fuerte como un leon.

—No me he quedado nunca atrás en ningun empeño de honra,—dijo Cid-Alí,—ni mi lanza ha dejado de falsear una adarga ó una jara por bien templados y redoblados que hayan sido.

Así es que yo me propuse enfrenar aquella bestia brava que se nos venia de Africa, jactanciosa, contando con el triunfo, amenazando al cielo y á la tierra.

Llegó el dia prefijado para que las justas empezasen.

El término de estas era ilimitado.

Como que debian durar hasta que resultase decididamente un vencedor y habian acudido á centenares los caballeros.

En Zocodober se había hecho una gran tela, en la que debian contender los caballeros.

No quiero decirte si todo era magnífico.

Tú debes suponerlo.

Baste decir que Arin, que había logrado se le concediese el puesto de mantenedor del palenque, se pre-



sonó el primero con un traje exorbitante que hubiera causado la envidia del mismo rey, si el buen rey Almamun tuviese en su corazón el feo pecado de la envidia.

Arin montaba un caballo gigantesco, negro como la noche, y de tal vigor que retemblaba la tierra bajo sus cascos, y al respirar arrojaba por las narices un hálito denso que parecía el humo de un horno que ardiese dentro del cuerpo del animal.

Sus ojos centelleaban.

Parecían los ojos de un demonio.

Bajo los paramentos de brocado llevaba una gualdrapa de mallas, de tal manera réticas y pesadas, que no se comprendía cómo aquel terrible caballo podía tener una agilidad y una soltura tal de movimientos, llevando sobre sí toda aquella pesadez de hierro, aumentada con el peso del jinete, y con la armadura que éste tenía, que era insuperable, y de tal manera fuerte que se protextó por todos los caballeros que alegaban. Y con razón, que no había caballo en España, ni aun en Africa, ni en el mundo entero, que pudiese contrastar la pujanza de aquel caballo extraño en que se presentaba en la liza el príncipe Escita, ni lanza que pudiera falsear aquellos arneses portentosos, que tenían un dedo de grueso de acero templado.

Alegaba Arin que él llevaba sobre sí las armas que podía llevar y cabalgaba en su caballo á propósito para soportarle á él armado de aquel modo.

Pero los otros decían, y con razón, que no se podía esperar un choque con él, porque sería semejante al choque de un hierro.

Hubo pleito, y al fin decidieron los jueces, man-

dando que el agigantado Arin se igualase en las fortalezas de las armas y el empuje del caballo y la longitud de la lanza á los otros caballeros, y que si no no entrase en las justas.

Irritóse Arin y dijo que á él le importaba muy poco; que él, si se habia presentado de aquella manera, era porque aquellas eran sus armas y sus cabalgaduras acostumbradas; pero que puesto que á tanto jactancioso caballero les habia parecido irresistible el empuje de su corcel y excesivamente fuertes sus armas, él mantendría el palenque á pié, vestido de seda, sin más armas que un broquel para reponerse y un hacha para herir contra caballeros armados de punta en blanco sobre caballos encubertados de guerra; por cuya jactancia, irritados los caballeros de Toledo, y de la Andalucía, y de Aragon, y de Valencia y Múrcia, y de la Extremadura, dijeron que ellos saldrían á él con trajes de seda y desnudos hasta el punto que lo permitiese el pudor, con broquel y hacha, iguales á los que el agigantado Arin llevase.

Pero esto era faltar á lo determinado.

Esto era convertir la justa en combate, y en combate que necesariamente debia ser á muerte cuando se habia tratado de justar con armas corteses para evitar en todo lo posible la desgracia, y Almamum se mantuvo inflexible.

Las justas debían ser justas.

Pero se determinó que los justadores se midiesen en caballo de una igual potencia y con armas semejantes.

Pero no habia armadura, ni en la riquísima armería del rey, ni en la de ningun caballero de To-

ledo, que no fuese pequeña é inservible para Arin.

De modo que fué necesario determinar que los caballeros llevasen solo por arma defensiva una loriga y una adarga.

Lo cual aumentaba las probabilidades de los casos de muerte.

Pero no habia medio.

Tratándose del uso indispensable de arnés de punta en blanco, no podia entrar en la liza el Escita, porque no habia arnés que pudiese ceñir, como no fuese el suyo, contra el cual se habia protestado á causa del espesor de su acero.

Y murmuraba la gente, y murmuraban los caballeros, y hasta lo pensaba el rey, que si hasta entonces Arin el Escita no habia sido vencido, lo debia á lo agigantado de su caballo y á la fortaleza de sus armas.

Pero se vió muy pronto que al Escita le bastaba con la fortaleza de su brazo.

Justaba admirablemente.

Y aunque por ser las armas corteses los hierros de las lanzas eran cortos, á la primera carrera atravesó de parte á parte á su contendiente, rompiéndole la loriga y sacando el hierro ensangrentado por su espalda.

Seis caballeros sufrieron consecutivamente la misma suerte, y la fiesta se convirtió en duelo, habiendo necesidad de echar del palenque á los parientes de los muertos, que con sus alaridos desesperados daban horror.

Y aconteció que no hubo caballero que se atreviese á ponerse frente al tremendo Escita.

Y pasó el primer día hasta puestas del sol de la manera más triste y enojosa del mundo.

Porque despues del disgusto que habian causado aquellas seis desgracias, el resto del tiempo habia sido pasado reducido todo á que el Escita se mantuviese en la arena esperando un competidor que no parecia.

—¿Sabeis que me estais contando,—dijo el Cid,— una historia que no honra mucho á los caballeros toledanos, ni á los otros caballeros muslines de las diferentes partes de España? Que yo os aseguro que sin mucho trabajo saco yo je entre mis escuderos uno, no capaz, sino capazísimo de apretarle las clavijas y hacerle dar gritos, no solo á ese giganton de Arin, sino al mismo Fierabrás de Alejandria y á todos los trasgos y gigantones, aunque viesen que pelearan los Doce Pares de Francia, con estar sobre ellos Roldan y Oliveros y Reinaldo de Montalvan. Y no quiero hablaros de mí, que seria capaz de medirme con una de las torres del castillo de las Siete que montase á caballo y enristrase lanza; que ya sabeis que en las justas lo que más aprovecha no es la fuerza, sino la maña; que si las fuerzas aprovecharán, de los jayanes serian las proezas y los altos timbres de la caballería.

—Pues estás diciendo, Cid Rodrigo, lo mismo que yo me dije cuando ví tan presuntuoso al gigantesco Arin, y que encarnizaba sus ojos en mi hija como teniéndola ya por cosa suya. En fin, no habiéndose presentado hasta las puestas del sol competidor alguno, se declaró vencedor al Escita, y éste, despues de saludar al rey, se vino todo lleno de soberbia y de malicia amorosa al estrado donde mi hija ocupaba el trono de la hermosura.

Pero antes de que llegase mi hija se levantó, le volvió la espalda y se fué, cosa que irritó de tal manera al Escita que se atrevió á decir que mi hija era una miserable y baja ramera, y su padre y sus hermanos y sus hermanas y todos los que pudiese tener en su parentela unos malsines, unos gimies ridículos y cobardes, y que él habia de conocernos para quitarnos á todos de un rodeon de sobre la haz de la tierra.

Yo que tal cosa oí desde el estrado, desde donde habia presenciado la justa á los piés de las gradas del trono que habia ocupado mi hija, sentí tal cólera, tan súbita y tan violenta, que sin poder tenerme, arrebatado por mi indignacion, desnudé la espada y como no podia alcanzar á Arin porque él estaba en la arena y yo en el estrado, la espada le tiré, y con tal violencia que la afilada y aguda punta cortó como si hubiera sido de pobre tela parte del capuz de la loriga de Arin y le sacó el ojo derecho, de resultas de lo que Arin lanzó un rugido que retumbo en la plaza como hubiera podido retumbar el de un leon de Libia, y vencido por el agudo dolor que el sacamento del ojo le habia causado, cayó por tierra del caballo.

Se irritó contra mí el rey, tomando á desacato mio lo que solo habia sido un movimiento imprevisto de mi cólera, y echó sobre mí sus alguaciles, y me prendió y me envió á las mazmorras de la torre de Hércules, y juró que habia de descabermeme por mi atrevimiento.

Viéndome mi hija en tal peligro, y que todo nacia de aquel maldito Escita aceitunado, pidió una audiencia al rey, se echó á sus plantas, le dijo que ella se casaria con Arin el Tuerto, como habian dado ya en lla-

marle, con tal de que el rey me perdonase y me volviese á su gracia.

Afortunadamente ya el rey, pasado el primer momento de la cólera que le habia causado mi accion, se á habia informado, y habiendo sabido que el príncipe Arin habia llamado mala ramera á mi hija, y á mí, y los míos gimios probados é indecentes, encontró lo más natural del mundo que, no pudiendo yo alcanzar con mi espada, teniéndola ya en el puño, al Escita se la arrojase.

Así es que escuchó á mi hija y la dijo:

—No hay necesidad, hurí de las huries, de que tú violentes tu corazon uniéndote á un hombre al que repugnas y al que aborrecés, que en defensa de tu padre salen sus buenas acciones y la sobrada razon que ha tenido para sacarle un ojo á ese maldito Escita, á quien Dios confunda. Y tú misma, con tu madre y con tu familia, vas á ir con una orden mia á la torre de Hércules á fin de que suelten á tu padre, y que el Escita se cure y haga lo que mejor le pareciere.

Soltáronme á mí.

Llamóme el rey.

Disculpóse con que al mandarme prender él no sabia las razones que yo habia tenido para hacer lo que habia hecho con Arin, y yo le dije:

—Que no podia estar satisfecho si yo no me metia en palenque cerrado ó en cualquier otro combate á muerte con aquel hombre que se habia atrevido á llamar mala ramera á mi hija, y que yo habia determinado retarle para cuando se curase, y que para igualar el partido yo me vendaria el ojo derecho.

Encontró el rey muy justa mi pretension, y me dió

licencia para que retase á duelo público, en palenque cerrado, al príncipe Arin.

Esperé yo á que se le secase la herida del ojo, y cuando supe que el tuerto salia ya á la calle, le envié mis caballeros á que le llevasen mi cartel.

Pero con gran asombro de todo el mundo el gigantesco Escita se negó de todo punto á medirse conmigo, manifestando que si conmigo no se media no era porque me temiese, sino porque yo habia tenido muchísima razon para hacer lo que habia hecho, y que él se desdecia de las palabras que acaloradamente habia pronunciado en desdoro de la muy noble y honesta doncella mi hermosa hija, y que él nos suplicaba le perdonásemos en gracia de que si habia dicho aquello habia sido por el dolor que le habia causado el ver que un tal prodigio de hermosura y de virtud, como mi hija, le habia vuelto la espalda, desesperándolo en el corazon, porque estaba enamorado de ella de tal manera que en el dia que perdiese la esperanza de que ella le amare perderia la vida.

Yo no me dí por satisfecho.

Pero me dió por satisfecho el rey.

Hube de obedecer, y triste é irritado obedeciendo á mi lealtad me volví sin satisfacer mi venganza, con mi hija, mi esposa y mis servidores, á este mismo castillo.

Tres años han pasado desde entonces, y cuéntase que, basta con que un caballero manifieste su aficion á mi hija, para que sin saber por dónde, como si saliese de debajo de la tierra, el maldito tuerto se le aparece y le amedrenta y le prohíbe que vuelva ni aun siquie-  
ra á pensar en mi hija.

Yo le busco, y cuando despues de haberle ojeado á él me voy, el tuerto revuelve su poderoso caballo y escapa, como si se le metieran cien legiones de diablos cobardes en el cuerpo.

Y cuando le motejan porque huye de mí, afirma que el no huye de miedo, sino porque yo por ser padre de Azorah, soy para él sagrado é inviolable.

Cansado y por castigarle le he echado gente brava, no para que le mate, que esto seria un asesinato, sino para que le muelan á palos, lo cual no pasaria de ser un castigo.

Pero es el caso que cuando se van sobre él él los acomete y los estropea, invulnerable por la fortaleza de sus armías.

Y no pudiendo cogérsele por la lijereza de su caballo, me estropea los que le envío, y aunque he aumentado el número, se les escapa.

Ya en el colmo de la desesperacion salí contra él como de montería, con dos docenas de perros de presa; le ojeé, le acorralé, le solté los perros, y el caballo, que debe ser un demonio, á coces y á bocados estropeó á los canes, los asustó y se me escapó el maldito.

Tres años han pasado, en cada uno de los cuales, por el natalicio de nuestro querido y magnífico rey, el alcaide de Madrid ha celebrado justas, á las cuales he ido yo con mi hija, que ha ocupado siempre el trono de la hermosura.

Arin el Escita no ha dejado ninguno de los tres años de presentarse á disputar los premios.

Pero siempre con la condicion de que no se meteria conmigo, á causa de ser yo el padre de la mujer que ama.



Ahora bien; mañana habrá fiestas y justas en Madrid, Cid Rodrigo.

¡Serás tú tan bueno que quieras libertarnos á mi hija y á mí de este cruel enemigo que nos ha salido, y del cual yo no puedo libertarme como no recurra, ofendiendo á Dios y faltando á mi honra, al asesinato.

—Con mil amores,—dijo el Cid,—y ya me tarda; y dígoté, Cidi-Alí, que me ha parecido lo que me has contado la más sabrosa historia del mundo, y que me huelgo porque en alguna manera puedo corresponder, aunque no como yo queria en cosa más importante, al cortés recibimiento y al agasajo que me has hecho.

—Pues entonces, Cid Rodrigo,—dijo el alcaide,—vete disponiendo para la jornada, que el tiempo es apacible, y si hemos de llegar á Madrid al amanecer, fuerza será hagamos de noche el camino.

Y como ya empezaba á oscurecer, en las habitaciones del castiño se recogieron y cenaron.

Y ya bien entrada la noche el Cid con doña Gimena, y dos dueñas de ésta, y dos doncellas, y doce escuderos, entre los cuales iba Garcés, con el alcaide y su esposa, y su hija y algunos servidores, se ponian en camino, llegando á Madrid á punto que el sol salia y hospedándose en uno de los fondales de sus inmediaciones, que daba á la parte donde caia el monte de Leganitos.

---

---

## Capítulo XX

---

De como fué necesario un milagro para que el Cid no pereciese en su aventura de Madrid.

Ataviáronse las damas para asistir al còso que debia abrirse dos horas despues de la salida del sol, y allá se fueron con sus servidores cuando estuvieron ataviadas.

Acompañábalas y autorizábalas el alcaide Cidi-Ali, que en cuanto al Cid, con sus trompeteros y sus escuderos, habíase quedado en el fonal, porque él y Cidi-Ali habían convenido en que Cidi-Ali avisaria al Cid para cuando el tuerto Escita hubiese vencido y esperase un nuevo competidor.

Para que el Cid representase mejor lo que se habia propuesto representar, Cidi-Ali habia procurado armas y sobrevestas, muñecas y paramentos del mismo género al Cid y á sus doce escuderos y á sus doce trompeteros.

Pasaron las dos primeras horas despues de la pri-

mera salida del sol, y avanzó el día y medio, y el Cid estaba ya con cuidado.

No sabia lo que podia haber acontecido.

Desde el collar de Amaniel, donde al lado de una hermosa granja estaba el frondal ó parador donde esperaba el Cid, se divisaban no lejos los muros de Madrid, y sus fuertes torres y las del alcázar aparecian adornadas de flámulas y gallardetes puestos en altos mástiles.

La gran campana del alcázar tañia apresuradamente y sin cesar, no como en señal de alarma y rebato, sino como en señal de fiesta.

Durante las primeras horas de la mañana el camino habia sido un largo y contínuo cordon, una corriente humana de gentes de la campiña y de las poblaciones circunvecinas á Madrid.

Però luego habia sobrevenido la soledad.

Aún en el mismo fondal no habian quedado más que el Cid con su gente y los indispensables servidores.

Garcés lo tenia todo á punto, esperando el aviso de Cidi-Ali.

Los trompeteros y los escuderos llevaban ya cuatro horas fuera del fondal delante de su puerta, al pié de los caballos, apoyados en sus lanzas.

Y el mismo Garcés tenia el caballo del Cid.

Este se aburría en una de las estancias del fondal.

Paseaba..

Se sentaba.

Volvia á levantarse y á pasearse.

Se sentaba de nuevo y se daba ya al diablo, porque le ponía en cuidado la tardanza de Cidi-Ali, y temía no fuese éste un trapacero, que se hubiese confiado y se

hubiese apoderado de su doña Gineza para imponerle condiciones.

Al fin, cuando medio día era pasado, el Cid no pudo detenerse más.

Creció su inquietud, y bajando de su estancia montó á caballo, embrazó su adarga y tomó su lanza, y dijo á sus escuderos:

—Bien pocos somos, amigos, que de veinticinco no pasamos, contando los trompeteros; pero ya con ménos gente hemos hecho grandes cosas. Y yo os afirmo que si saliere cierto lo que tal vez exageradamente recelo, he de hacer lo bastante para dar un mal rato á los de Madrid, ya que no sea que con vuestra ayuda le conquiste para el rey mi señor. Y no nos detengamos, y á Madrid nos vamos, y sea lo que Dios quisiere.

Y arremetió por el camino al trote.

Nadie, engañado por sus armas, por sus alquiceles, por sus tocas, por los alamares y los cabezones bordados de los caballos y por sus arneses árabes, los hubiera tomado más que por árabes.

Y todos ellos hablaban bastante bien el árabe para por árabes ser tenidos si se les preguntaba.

Veamos lo que habia acontecido, y en qué consistia la tardanza del mensaje de Cidi-Ali, que estaba muy lejos de haber hecho traicion al Cid, como lo habrán comprendido nuestros lectores.

Estaba el coso de Madrid en el lugar que ocupa hoy la plaza de Oriente, delante del alcázar.

A él salian una multitud de callejuelas y una calle mucho más ancha que se abria hácia el Norte, y que, describiendo algunas tortuosidades, iba á dar en la puer-

ta de Leganitos, que entonces se llamaba de Al-Linelas, esto es, puerta del Norte.

El caso estaba ricamente engalanado.

Llenos sus estrados de damas y caballeros.

Preparado, en fin, para una justa, en la cual el premio del vencedor debía ser una rica espada con una preciada empuñadura de predería y de una labor peregrina, que era el alcaide de Madrid Isdi-Juelf-Ben-Zalef, un poderoso magnate, algo pariente, según cuentan las crónicas, de Almamun, y bastante rico para poder celebrar de aquella manera el natalicio de su pariente y señor.

Habían tomado vez para disputar el premio con el formidable tuerto Arin el Escita, seis caballeros de los más probados adalides, jactancioso y mal escarmentado por las desgracias que en años anteriores habían sufrido los que se habían medido con el tremendo africano.

Zoraida Azorah se había negado á ocupar su lugar en el estrado de la hermosura, á pretexto de dolencia que no le permitía estar sino en un velador y con más descuido que presidiendo la fiesta.

Empezó la justa, siendo reina de la hermosura la hija mayor del alcaide de Madrid Cidi-Jusef, y aún no había llegado el medio día y ya los seis caballeros habían sido lastimosamente vencidos por el terrible negro.

Se había presentado otro competidor, que también había sido vencido, y los elarines llamaban de nuevo al combate cuando llegó el medio día.

El Escita, que aguardaba insolente en la arena, provocando á nuevos competidores, y el alcaide de Hina-

al-Geber, tenia prevenido un ginete para que fuese rápidamente á advertir al Cid, dado caso que tardase en presentarse un nuevo competidor.

Pasó como media hora.

Al fin por la parte de Leganitos se oyó una ruidosa trompeteria que llamó la atención de todo el mundo.

¿Qué podia ser aquello?

¿Algun nuevo combatiente que se presentaba con estruendo?

El Cid habia llegado á la puerta de Albillas, ó de Leganitos, haciendo sonar antes de llegar á ella sus trompas y sus atabalejos.

Y á este clamor guerrero habia acudido presurosa, armas en mano, la guardia de la puerta.

Mandaron hacer alto á los que llegaban.

Avanzó el Cid y dijo en árabe puro al alcaide de la puerta que él era un caballero aragonés que, habiendo cundido la fama de las justas de Madrid, iba á tomar parte en ellas.

—Pues no puedes entrar sino solo,—dijo el alcaide,—creyendo de buena fé que quien le hablaba era un caballero del orchato árabe de Zaragoza, que Madrid es villa realenga y no puede entrar en ella un séquito de gente de guerra más que el rey ó aquel que licencia del rey trajese.

Volvióse el Cid á los suyos y dijoles:

—Ya veis, amigos, que no podeis entrar conmigo en Madrid armados de guerra. Quedaos, pues, en los alrededores de la villa, y buscar un lugar alto cerca de los muros, donde podais oír mi bocina, cuando yo os llamare.

Inquietóse Garcés, y dijo aparte á don Rodrigo:

—¿Y por qué no arremeter, señor, con esos perros que tenemos delante, y entrarnos por Madrid, y correr la aventura segun fuese la voluntad de Dios, que nos avenga.

—Imprudente seria eso, y aún no sabemos si de ello hay necesidad. Voy á entrar solo, que Dios y Santa María me socorrerán si me viese en aprieto.

Y sin decir más palabras el Cid revolvió su caballo, y con beneplácito del alcaide de la fortaleza, que le dejó entrar como caballero aventurero que iba á disputar el premio, avanzó hacia el coso, y llegó á punto que se daba el tercer pregon llamando un nuevo competidor.

El vencimiento se hubiera declarado en favor de Arin el Escita si el Cid no hubiese llegado tan á punto á la poterna de los caballeros aventureros.

Respondió en buen árabe, con voz firme y estentórea al pregon, y los jueces mandaron entrarse.

Le reconocieron, es decir, le preguntaron, y creyendo, porque no tenían motivo para otra cosa, que era un caballero árabe aragonés, habiendo examinado sus armas y su caballo, y tomándole juramento de que no llevaba sobre sí amuleto ni hechizo alguno que le hiciese superior á su contrario, le abrieron campo.

Cuando hé aquí que uno de los pajes de lanza que para servir las estaban en el palenque, exclamó dando una gran voz:

—Por Alá y por Fátima la Santa su madre, que ese que aquí teneis no es caballero musulman, ni quien tal pensó, sino el mismo Cid Campeador, el castellano,

que yo le ví bien cerca tiempos atrás, en aquella sangrienta y malhadada batalla de Belforado.

El Cid, que se vió reconocer, temeroso de que le sucediese una mala aventura, porque sobre él cayesen en tumulto, sin darle tiempo para explicarse arrojó por todo, y apercibiéndose, alargándose y terciando la lanza, arrancó de improviso con Arin el Escita, que esperaba en medio de la arena, enristró durante la carrera la lanza, y un momento despues, aunque se había prevenido rápidamente el colosal negro, cayó herido por la lanza del Cid en la garganta, y degollado de tal manera por la ancha y afilada cuobilla, que casi casi le cortó la cabeza á cercen.

Los guardias del palenque arremetieron á él.

Se dejaron caer sobre la arena yatagan en mano un gran número de caballeros.

Arrojó el Cid la lanza que le era inútil en aquella apretura.

Descolgó del arzon la maza de armas.

Revolvió su caballo, y al grito de ¡Santiago y Castilla! rompió por entre la multitud armada que le acometía, tendiendo cuanto se le ponía delante y salvando de un salto la barra del mantenedor.

La multitud se le iba encima.

Algunos ginetes habían saltado tras él la barra.

El Cid espoleaba á su caballo, que arrancaba rápido y poderoso hacia la Almudena.

Cuéntase que el Cid dijo: que al pasar junto al chato torreon de la Almudena, aspiró una deliciosa fragancia.

Sintió como una música celeste, y oyó una voz dulcísima que le decía:



—No temas, Rodrigo, que yo, la Madre de Dios, voy contigo.

El Cid juraba y perjuraba que lo que él había oído en aquel apretado momento no había sido, ni una ilusión, ni una fascinación suya, sino que quien le había hablado era la misma Nuestra Señora de la Almudena, que tiempos adelante, cuando se conquistó á Madrid, se encontró oculta entre la muralla del suelo.

Siempre la fé de aquellos tiempos heróicos, siempre la tradicion religiosa unida á la tradicion de gloria.

El Cid había ganado lo que ahora se llama la Almudena ó los Consejos.

Había seguido por una calle que sobre poco más ó ménos era la misma que hoy se llama del Sacramento, y por el enmarañamiento de callejuelas que ocupaba lo que hoy se llama plaza de San Justo había salido á Puerta Cerrada, que entonces se llamaba Puerta de Adoar, esto es, del mediodía.

Pero el Cid no había hecho este trayecto sino invirtiendo diez veces más tiempo que el que hubiera invertido en hacerle un hombre á su paso natural.

Porque de tal manera habían cargado enemigos sobre el Cid, que éste se veía obligado á cada paso á revolver su caballo y á caer sobre ellos, empuñando un combate de algunos segundos, durante los cuales el Cid tendía á golpes de maza á los primeros de aquellos que más de cerca le acosaban, ansiosos de cogerle ó de matarle.

El Cid, despues de haber puesto en respeto á los que le perseguian, volvía á emprender la retirada.

Pero muy pronto se veía obligado de nuevo á hacer

frente para contener á los que insistían; cada vez más feroces, saltaban sobre los muertos que el Cid hacia, y sobre él se iban á todo trance.

Favorecia al Cid lo estrecho de las callejuelas, merced á lo que no se dejaba coger por los flancos.

Pero como habia tumulto, no fué ya solo á retaguardia donde tuvo enemigos el Cid, sino tambien á vanguardia.

De tal manera que cuando mataba, heria ó estropeaba á alguno de los que tras él iban, al revolver el caballo se veia obligado á atropellar, herir ó maltratar á los que habian acudido á cerrarle el paso.

Y todo era éstruendo, y gritos, y ayes de muerte, y alaridos de rabia; y nunca, en ninguna ocasion de su vida, en tal aprieto se vió el Cid, ni tan desamparado, ni tan solo, sin más otra ayuda que el valor de su corazon, la frialdad de su sangre, y la fuerza de su brazo, y su destreza de gran ginete y de lidiador mañero.

Y gracias á que el arnés de que le habia provisto Cidi-Alí, el buen alcaide de Hins-Al-Geber, era completo y fino, y no solo resistia á las jaras, sino que tambien hacia al Cid invulnerable contra las piedras que desde lejos le lanzaban.

Y gracias á que las casas habian quedado abandonadas á causa de la fiesta, y á que aquello habia sido imprevisto, y nadie habia en los terrados que arrojase piedras, ladrillos y aun los tiestos de flores de que tenian cubiertos los moros las azoteas de las casas.

Que si tal hubiera sucedido, el Cid no hubiera podido resistir á una lluvia de cuerpos graves arrojada sobre él.

Al fin el Cid saltó á la pequeña plazuela que se extendía delante de Puerta de Bia-Adoar.

Allí acreció el peligro.

Los moros en una gran multitud y en un espacio ya más despejado cargaban por todas partes sobre el Cid.

Afluían de todas las callejuelas inmediatas.

Y en tal aprieto se vió nuestro castellano, que por ir de prisa y de firme, todo lo cual no era bastante, por que los enemigos se multiplicaban, se le fué la maza de las manos.

Y entonces desenvainó la terrible tizona, que era un espadon de tal longitud, de tal anchura y de tal peso que solo el Cid con su formidable brazo podia manejarle, y se dió á herir á diestro y á siniestro, revolviendo su caballo, y llevándolo siempre hácia la puerta que aún aparecía abierta.

Y como los moros, por lo imprevisto del caso, por lo lejos que estaban de temer el combate, acudían sin armas defensivas, la tizona hacia en ellos más estragos que los que habia hecho la maza de armas.

Porque allí donde el terrible filo de su tizona caía, rajaba.

El Cid se encomendaba de todas veras á Dios, á su santa Madre, á su doña Gimena, y apretaba los puños y los dientes, y aunque no estaba herido, sudaba de tal manera que bien podia parecerle que el sudor que le corria á todo lo largo de su cuerpo era sangre que del cuerpo se le salía.

Y aunque no se le desmayaba el corazón, se le iba durmiendo el brazo, fatigado por aquel continuo herir.

En fin, haciendo esfuerzos ya increíbles, el Cid le-

gró ahuyentar á los que le impedían llegar á la puerta y hacia ella arremetió.

—Véame yo en el campo,—decía el Cid,—que ya hablaremos, amigos.

Pero fué el caso que cuando el Cid arremetió hacia la puerta malhiriendo y atropellando á los que delante de sí tenía, los guardas, que atentos estaban, cerraron la puerta y echaron las cadenas y los cerrojos.

De modo que el Cid se vió atajado por un obstáculo invencible.

Que la puerta era enorme, redoblada, chapada y claveteada de hierro.

Los cerrojos eran gruesos, como el brazo de un hombre robusto, y las cadenas y los candados enormes.

Inútilmente hubiera querido don Rodrigo forzar la puerta.

Esto era superior al poder humano, dados los medios de un solo hombre y sin más herramientas que una espada.

La morisma lanzó un rugido de alegría.

Tenían cogido al Cid.

El Cid mismo se creyó perdido.

Pero no desmayó, ni aflojó, sino que se multiplicó.

Llevó hasta lo imposible su valor y hasta lo imposible redobló el esfuerzo de su brazo.

Su buena tizona silbaba cuando el Cid la levantaba terrible sobre su cabeza para dejarla caer acá y allá.

Era un rayo la buena espada.

Parecía como que el valor del Cid se había comunicado á su buen caballo Babieca, y hería con los cascos de las manos y atropellaba con su frontal de acero, y mordía al moro que poníase al alcance de sus dientes.

Caballero y caballo hacian prodigios.

Parecia imposible pudieran resistir por tanto tiempo y de tal manera á la fatiga, y que nada les amedrentase.

El Cid no cesaba de apellidar ¡Santiago y Santa María y Castilla! el caballo no cesaba de relinchar y de piafar, y á pesar que caballero y caballo aparecian espantosos y terribles, á pesar de que era ya enorme el número de los hombres muertos, malheridos ó contusionados por el Cid y por Babieca, no cedian, no se acobardaban.

Insistian y cargaban incesantemente sobre el caballero.

Todo tiene su límite en el mundo.

La fuerza humana no es infinita en su duracion.

Empezó á dormírsele el brazo al Cid, que se encomendó con toda su alma á Dios y á su Santa Madre. — ¡Oh, tú, Señora, — exclamó, — que me has alentado, que me has dicho que nada temiese, porque conmigo reñas: socórreme, Señora, que aunque mi valor no se abate, me abandonan las fuerzas y ya no puedo más.

En aquel momento cayó sobre la tierra, como viniendo de lo alto del cielo; un huracán espantoso.

Retumbó el trueno.

Se nubló el dia hasta sobrevenir una oscuridad tan densa como la de la noche.

El Cid afirmó despues que en aquellos momentos, cuando las tinieblas y el huracan cayeron sobre la tierra con el fragor horrorisimo del trueno, dos figuras luminosas y aladas, dos ángeles del Señor, abrieron de par en par la puerta, y que al arremeter él hacia ella,

vió á su diestra mano una cruz de fuego alzada sobre la tierra.

En el momento en que arremetiendo hácia la puerta, pasando por encima de la aterrada muchedumbre, se vió en el campo, la tempestad cesó.

Se esclareció el dia.

Todo quedó como si nada hubiera acontecido.

El caballo del Cid marchaba á buen paso y gallardeaba como si nada hubiera acontecido.

El Cid se encontraba con su lanza en la mano como sino la hubiera perdido, su tizona estaba en la vaina; del arzon colgaba la maza de armas que se le habiaido de las manos.

Y el Cid juraba y perjuraba que el encontrarse con todas sus armas, era la consumacion del milagro, porque sin duda la Santa Madre de Dios no habia querido que dos armas suyas quedasen para presa entre los infieles.

Y añadia:

—Si yo dijera que por mi propio esfuerzo, y haciendo imposibles, me habia yo salvado de aquel afán, podríais dudarle y creer que yo en mi relacion abultaba el peligro; pero cuando digo que no á mi propio esfuerzo, sino á un milagro de la Santísima Virgen María, que yo he de llamar en Madrid, cuando le tome, Nuestra Señora de la Almudena, me ha salvado, podeis creerme, que sin el amparo divino de seguro yo no os contaria lo que en Madrid me apareció, como no os lo contara aparecido y venido á vosotros del otro mundo. Y á Dios juro, y á su Santa Madre Nuestra Señora de la Antigua de Burgos, mi patrona, que he de tomar á Madrid, y que si el rey mi señor no quiere hacerlo, yo á mi

propia costa, y con la grandeza y riqueza que me fuere posible, erigiré un santuario, allí cerca del muro de la Almudena, donde está la mezquita mayor de los moros, con la advocacion de Santa María.

No sabemos si Alfonso VI cumplió la promesa del Cid, ó si el Cid la realizó.

Porque hay una gran confusion acerca de la fundacion de la antigua iglesia de Santa María, la más vieja de Madrid, que al fin en nuestras revueltas políticas ha desaparecido.

Los trastornos políticos producen actos irreflexivos.

En un momento de efervescencia no respeta ni la tradicion ni la gloria.

Aquella iglesia fué el primer padron de la valentía castellana que el espíritu de la libertad y de la independencia y del amor á la patria levantaron en Madrid.

El pueblo, ciego, dá en contrasentidos.

Mata, destruye, arrasa la obra de sus manos.

El pueblo del siglo XI habia levantado 'á Dios y á la patria aquel templo.

El pueblo del siglo XIX le arrasó, sin saber que se ofendia á sí mismo.

¿Qué importa?

Todo está llamado á perecer, á pasar, á ser reducido á polvo, el monumento de gloria como el monumento de infamia.

Pero aún queda allá en un viejo muro, que no es ciertamente el mismo muro antiguo, ni mucho menos, pero en un lugar que coincide con el que ocupó en el viejo y primitivo muro árabe, una vieja imagen bizantina de la Virgen.

Los que destruyeron á Santa María de la Almudena, obra de los restauradores de España, no se acordaron de abatir la imágen gótica, representante más genuina de la piedad y del heroismo de nuestros abuelos del siglo XI.

Pero volvamos al Cid, dejando consignada las causas de su aventura en Madrid.

Después de la conquista, la puerta de Bia-Adoar cambió de nombre y se llama aún el lugar en que estuvo la Puerta Cerrada.

Y más adelante, en memoria de aquel hecho, de aquel milagro en que todos creyeron, se erigió la cruz que aún existe en la plaza de Puerta Cerrada.

Esta cruz y Nuestra Señora de la Almudena testifican aún la alta y grande hazaña llevada á cabo por el Cid.

---



---

## Capítulo XXI

---

De cómo se acabó la aventura que en la villa de Madrid corrió el Cid Campeador.

Apenas don Rodrigo se vió en campo abierto, sin nadie que le persiguiese, paró á su caballo.

Rodeó los muros.

Dejó muy atrás la puerta del Sol, y fué á ponerse en el alto cerro en que hoy aparece la puerta de Alcalá.

Se oía tañendo verdaderamen á rebato la campana del alcázar.

Llegaba allí el zumbido claro y distinto de su población iritada.

Un solo hombre, un hombre terrible, se le había escapado, dejándo tras sí un centenar de cadáveres y un número enorme de malheridos y estropeados.

El Cid tañó poderosamente su bocina, y á poco, de entre el pinar que existe aún en los altos de la Fuente Castellana, y que eran entonces mucho más extenso,

mucho más crecido, mucho más espeso, salió la voz vibrante de la poderosa bocina de Garcés.

Inmediatamente se lanzaron fuera del pinar los doce trompeteros y los doce escuderos, y se encaminaron á donde sonaba la bocina del Cid, que les acertaba el camino, yendo hacia el lugar donde se repetían los toques de la bocina de Garcés.

No habían pasado cinco minutos cuando ya el caudillo se había reunido á su pequeña tropa.

—Amigos,—les dijo,—lance he tenido en Madrid, tal como os le mostraré la sangre en que Babieca viene teñido, y tan recio y apenado que sin un milagro de Dios lo más que de mi hubierais podido volver á ver hubiera sido mi cadáver sangriento. Yo confío en Dios, y de la misma manera que con un milagro me ha amparado, habrá amparado á mi doña Gimena, vuestra señora, que allá ha quedado en Madrid. Por ella vamos, hijos, para salvarla si es viva ó vengarla si es muerta, porque Dios con su muerte, ó su cautividad, y mi afrenta y las de mis hijas, haya querido que pague algún pecado mio, dejándome con vida para que pueda conocer su justicia, y tomar venganza contra los verdugos de que Dios se haya valido. Y sus, y no nos detengamos más, y á Madrid nos vamos, que si yo solo he hecho lo que he hecho, no embargante lo del milagro, más de cuarenta que contando los criados y los acemileros somos, bien podrá ser hagamos tal que antes de que el sol se ponga ondee sobre el homenaje del alcázar el estandarde de Vivar.

Y sin más palabras el Cid arremetió hacia el derumbadero cerca del cual se alzaba las rojas torres que flanqueaban la puerta del Sol.

—¡Ah cuerpo de tal, hijos!—exclamó á poco el Cid,—que los moros nos han sentido y vienen á presentarnos batalla.

En efecto, por el repecho que de la puerta del Sol bajaba al derrumbadero, que era una hondonada mucho más profunda que ahora, que corría mucho más allá del arroyo Abroñigal, y venía por el prado de San Jerónimo y continuaba por Recoletos, perdiéndose luego sucesivamente en los accidentes del terreno, vió el Cid un escuadron de lanzas que hacia ellos venía á buen paso.

Pero cuando se hubieron acercado de tal manera que la vista pudo distinguir los detalles, el Cid y los suyos vieron que delante del escuadron, que era numeroso, venía un ginete que traía una bandera blanca como en señal de paz.

—Prevenios y afianzaros, hijos, — exclamó el Cid, — y poned el corazon en Dios y los puños en las lanzas, porque no hay que fiar en señal alguna de amistad ni de paz que venga de esos perros, que ya los conoceis bien, y ya sabeis que son arteros y traidores como el alma de Júdas, y sin duda se nos quiere confiar para caer sobre nosotros de rebato y envolvernos y cautivarnos. Ea, en ala, hijos. Dejad cuatro cuerpos de caballo entre el uno y el otro, y haced lo que me vieseis hacer, y lo que hacer estais de antiguo acostumbrados.

La evolucion que el Cid habia mandado, se hizo con una gran rapidez y una gran prevision.

Los trompeteros tocaron á arremetida y á degüello.

Se echaron á la espalda sus trompetas los unos, pusieron los otros en sus toadas las baquetas de sus atabales, y sacando de la cuja la lanza, la terciaron.

El pequeño ejército del Cid quedó en dos alas.

A la derecha los escuderos.

A la izquierda los atabaleros y trompeteros, y en el centro como unos doce peones, que eran los criados y los acemileros, que siempre llevaba el Cid armados con escudos, capacetes, lorigas, espada y ballesta.

Las acémilas se habían abandonado, dejándolas atrás.

Al ver aquel despliegue de batalla, al escuchar el alarido de las trompas y el redoblar de los atabalejos tocando á degüello, al ver que aquella pequeña línea de combate, avanzaba los caballeros al trote y los infantes á la carrera, el que venia delante del escuadron árabe le mandó hacer alto, y él adelantó solo tremolando vivamente su bandera blanca.

A esta muestra de lealtad el Cid mandó hacer alto á los suyos, y adelantó á media rienda hácia el que traía y agitaba la bandera blanca, y también á media rienda venia al encuentro del Cid.

Juntáronse á poco y el Cid conoció entonces al bueno y noble alcaide Cidi-Ali.

—¡Ah! por mi vida, capitán, y por todas las legiones de arcángeles del sétimo cielo,—dijo Cidi-Ali,—que en buena trabacuenta y desabrimiento nos ha metido el haberos reconocido aquel maldito paje de lanza que servía la tela y que os vió en Belforado. En luto habeis dejado y lágrimas á Madrid, que las viudas y las huérfanas, y las hermanas, y los hermanos, y los camaradas de los que habeis muerto, ó medio muertos y estropeados andan por aquellas calles y plazas, rasgándose las vestiduras y mesándose los cabellos y clamando venganza á grito herido.

—¿Pero y mi doña Gimena y mis hijas!—exclamó el Cid.

—En apuro y grande nos hemos visto,—respondió el alcaide;—pero afortunadamente doña Gimena, que os vió metido en tarea, y que no tiene ménos que vos el corazon alentado, asió de sus dos hijas, tomando la una en cada brazo, y me dijo:

—Si sois leal, comprendereis bien que mi esposo hace lo que se vé obligado á hacer; no me impidais el que con mis hijas y los escuderos que aquí tengo de Madrid me salga y vaya á esperar á mi marido cuando su aventura haya acabado, que él la acabará como quien es él.

Y mirad que á doña Gimena, señor, le fluia de los ojos, cuando esto decia, sombrío fuego de muerte; y á mí, que tan ahinas no me espanto, me ponía en el corazon miedo.

Y diciendo y haciendo se salió de la casa por un postigo, que á una desierta callejuela daba, sirviendola yo y sus criados.

Y así ganamos la puerta de Alkiblas, aunque no sin combate, porque algunos vecinos que nos vieron que saliamos como en fuga, y estando ya la villa en tumulto, quisieron estorbarnos el paso, lo que fué causa de que algunos quedasen allí tendidos, tanto de ellos como de los nuestros, y sin perder tiempo ganamos la puerta de Alkillas, que aun por fortuna no se habia cerrado, y los guardas que nos tuvieron por una familia de los alrededores, que al ver á Madrid en armas escapaba, nos dejaron ir.

Sobre el camino de Hins-Al-Geber dejé á vuestra

esposa con sus servidores y un resguardo de mis bravos almogárabes, y yo fuí á meterme otra vez en Madrid, que por vos estaba cuidadoso, y me temia no os hubiesen muerto, aunque de fama pública se sabe que como un leon sois bravo, y diestro, y á más afortunado á lides, habia que temer que solo contra tanto hubieseis perecido, cosa de la que no me hubiera acordado, tanto más, cuando antes de salir del palenque me habiais libertado de aquel mi crudo enemigo Arin el Tuerto, y más aun siendo yo el causante de que á Madrid fuereis y os viereis en tal aprieto.

—Dios ha peleado conmigo,—contestó el Cid,—por lo demás, desde hoy, y en débil agradecimiento de lo que habeis hecho por mi doña Gimena y por mis hijas, sabed que yo os tengo y guardo en mi corazon como á un buen hermano. Y pluguiera á Dios que á su santa fé os convirtieseis, y al vasallaje del rey mi señor os vinieseis, y entonces seriamos tan completamente hermanos como si un mismo padre nos hubiera engendrado, y nos hubiera parido una misma madre.

Y la membruda mano del Cid, estrechaba ardientemente la no ménos membruda del alcaide moro, y los ojos del bravo castellano estaban arrasados de lágrimas, que los que más corazon tienen con más facilidad se conmueven, y como dice el dicho vulgar, lo cortés no quita á lo valiente.

—Pues debéis al valor, Cid Rodrigo,—repuso el noble alcaide moro, que tambien aparecia conmovido,—que cuando yo volví á entrar en Madrid estabais vos metido en lo más apurado y negro de vuestra aventura, y al alcaide Sidi-Jucef-Ben-Dalef me fuí, y á él me agarré, y no cesé hasta que le convencí de que

vos habiais entrado en el reino de Toledo desterrado y malparado por el rey nuestro señor, y en ánimo de paz, y necesitado de hospitalidad y amparo; y convencido de que lo que sucedia era un accidente casual á consecuencia de un error, que vos habiais ido á Madrid por buena voluntad hacia mí, queriendo librarne de aquel mi crudo y terrible enemigo, y que haciendo lo que en aquel momento haciais, no llegabais á otra cosa sino á la que todo hombre debe hacer que no sea ruin y menguado, que es, defender su vida cuando la vé en peligro. Y tanto hice, y tanto le puse ante los ojos, que el rey Almamun, nuestro esclarecido, invencible y noble señor se enojaria grandemente si en sus reinos, y estando bajo su hospitalidad pereciese un tan gran caballero como vos, que al fin, Cidi-Jusef en persona, acompañándole yo, fué con un buen golpe de gente armada á sosegar el tumulto, y á sacaros á salvo, si era que á tiempo se llegaba.

Pero en aquel punto sobrevino esa brava tempestad instantánea que ha aterrado á todo el mundo, y durante la cual, escapasteis, abierta la puerta de Adoar por no se sabe cual prodigio.

—Por un milagro de Dios y de la santa Madre la Virgen María, á cuya creencia yo deseo os convertais,—respondió el Cid.

—No hablemos más de esto,—dijo el alcaide,—que sin que ninguno de los dos apostatemos, bien podemos ser amigos y aun hermanos. Y ya que sano y salvo os he encontrado, capitan Cid Rodrigo, conmigo os venís á aposentaros tranquilamente en Madrid como si nada hubiera acontecido; ó volveos con un buen resguardo que yo os daré á mi alcaldía de Hins-al-Geber, si es que

en Madrid no quereis volver á entrar por un recelo que yo encontraria justo.

—Vive Dios que allá nos vamos, alcaide,—dijo el Cid,—que de mí no ha de decirse que de nada he recelado, ni enemigo he temido, ni entiendo que haya hombre que á enemigo tema viviendo Dios, que tiene en su mano la suerte de las criaturas, y que cuando su santa providencia lo quiere, al más fuerte abate y al más ruin ampara. Y vamos cuanto antes no sea que por la tardanza crean que yo temo á dude, cuando ni duda ni temor han entrado jamás en mi alma.

Pusiéronse en marcha el uno á la par del otro, don Rodrigo y el alcaide.

Siguió la gente de don Rodrigo, que poco despues se juntaba con el escuadron alárabe, y al cabo de media hora entraban en la plaza de Bilkaljamer, que era en la morería, junto á la mezquita del caid, que era la iglesia de San Pedro, cuya torre que aun existe es el mismo almenar árabe que vió aquellos tiempos, y la plaza era el espacio que hoy ocupa el viejo y desmantelado caseron de vencidad que se llama aún palacio de los Reyes Católicos, y que conserva algunos restos góticos en su interior, especialmente en su patio.

El caid Cidi-Jusef-Ben-Dalef, recibió noble y afablemente al buen castellano; pero dejando ver en su semblante algo de contrariedad muy natural, dado lo que habia acontecido, y con gran asombro, no solo por el inaudito valor del Cid, sino tambien por su fortuna, que habia hecho que estando metido más de una hora en un trabadisimo y desigual combate, hubiese salido de él sin un solo rasguño.

—Verdaderamente Cid Rodrigo,—exclamó el jeque



Jusef,—tu has nacido con buenas hadas, y ellas te rodean, y te asisten en el combate, y hacen invencible é invulnerable; tú te has entrado en el horno ardiente donde tantos se abrasan, y donde tan pocos salen como tú con la esplendente palma de la victoria.

—No son mis hadas; mi fé en Dios y su santo amparo,—respondió el Cid.

—Sin Dios,—dijo el noble jeque, con una fé tan ardiente como la del Cid,—el hombre es humo, polvo, sombra, nada. Pero solo á sus queridos y á sus elegidos ampara Dios, como á tí te ha amparado y continúa amparándote desde que saliste á la abierta y sangrienta campaña. Y no importa que tú seas infiel, y Dios no te cuente en el número de sus creyentes, que Dios vé los corazones, y el buen corazon, y la buena obra, y las intenciones perversas ó las cualidades, son las que Dios premia ó castiga; y si tú con nosotros te quedases y á nuestro rey ayudases, Dios multiplicaria sobre tí sus favores, porque habian pedido por los que siguen el camino de la luz verdadera que eterna brilla, porque es la luz de los ojos de Dios.

—Dejemos por ahora á Dios quieto,—dijo el Cid,—no sea que nos enojemos y las cosas ya arregladas y compuestas vuelvan á ponerse en mal punto, que si tú, alcaide, te crees creyente del verdadero Dios, yo creyente del verdadero Dios me creo; y como no hay ni puede haber más que un Dios, y tú no has de sufrir ni yo he de sufrirlo el que la verdad de nuestro Dios se ponga en pleito, dejemos por ahora las cosas del cielo allá en lo alto y atengámonos á las de la tierra que tenemos más cerca, como que las que estamos tocando. Y en cuanto á lo de servir yo á tu rey y señor, no hay

necesidad alguna de ello, ni ser puede; primero, porque tu rey y señor ama al rey y señor mio como si fuera su hijo, y el rey mi señor al tuyo como si su padre fuera, y paz y amistad se guardan y se guardarán perpetuamente mientras vivan, y aunque eso no fuera, no habia yo de servir á nadie contra mi señor, cuando mi señor á tuerto y por ira mal aconsejada me destierra, que lo tomarian todos á ruin y mala venganza de bellaco mal nacido. Y porque el rey tu amo tiene de tal manera en amor el corazon del contra mí airado señor mio, á tu rey amo y en sus tierras me he metido para hacerle acatamiento y pedirle hospitalidad en sus reinos, mientras Dios no quiera que el rey mi señor convencido de la injusticia que contra mí ha hecho, á su gracia otra vez me llame.

—Pues más no se hable en esto,—dijo el cadí Cidi-Jusef.—Y como los vecinos de la villa están contra tí airados por el luto que has causado en ellos, yo soy de parecer que para evitar inconvenientes y obrando en prudencia, de Madrid te salgas y á Hins-al-Geber te vuelvas, donde aguardarás el mensaje que te envíe el querido de Dios, el invencible, el grande Cidi-Almamum, á quien para hablarle de tí y referirle lo que ha acontecido, voy yo, sin pérdida de momento, en persona.

—No se dirá,—dijo el Cid,—que yo no sé agradecer tus buenos oficios, alcaide. De Madrid salí salvo, gracias á mi brazo y con el amparo de Dios, y porque no se dijera que de miedo á Madrid no volvia, á Madrid he vuelto; pero como es natural que el verme aquí apene á aquellos que sin voluntad mia y por mi propia y necesaria defensa he muerto ó maltratado, y como de tí

podria murmurar el vulgo, que nunca ve claro y que siempre está dispuesto á la murmuracion y á la calumnia, de Madrid con mi buen hermano Cidi-Ali salgo en este punto. Pero con mi amistad te brindo, noble jeque, y de tí no me separo sin poner tu mano sobre mi corazon.

—Yo te juro eterna amistad, Cid Rodrigo,—contestó el jeque.—Y no pudiera ser de otra manera, porque aunque de distinta ley y raza, hombres que como tú valen honran á aquellos á quienes llaman sus amigos.

—Si por la contraria razon de ley y de raza,—dijo el Cid,—alguna vez yo te encontrare, andando el tiempo y te conociere, yo levantaré mi lanza ó abatiré mi espada, noble jeque, y pasaré buscando otros enemigos á quienes podré herir sin que la amistad me desfallezca el brazo.

Estrecháronse de nuevo las manos el cadí Ben-Jusef y el Cid Carapeador.

Se abrazaron y en aquel mismo punto el Cid y Cidi-Ali partieron para Hins-al-Geber.

Y apretaron á los caballos de tal manera que alcanzaron á la mitad del camino á doña Gimena, que iba muy cuidadosa y estrechando entre sus brazos, temiéndola huérfanas, aunque por su gran fé y por su gran aliento, esperaba que su marido hubiese salido de aquella aventura con tanta fortuna como habia salido de otras no ménos terribles.

Alegrósele el alma á doña Gimena como pocas veces se la habia alegrado al ver á su marido ileso, y todos siguieron su camino hácia Hins-al-Geber, al que llegaron bien pasada la media noche.

Azorah y su madre los habian acompañado, y no

se sintieron bien hasta que se encontraron protegidas por los fuertes muros de Hins-al-Geber.

Habian temido que el popular de Madrid, que siempre, moro ó cristiano, ha sido bravo é inquieto, al saber que el Cid habia vuelto á meterse en la villa, irritado y no sin razon, y no pudiendo contenerle toda la autoridad de su valí, el alcaide Cidi-Jusef, hubiese salido en tumulto y armado y en gran número tras ellos.

Y no lo habian temido esto en vano.

Apenas corrió la voz de que el Cid con el alcaide de Hins-al-Geber que habia salido á buscarle, habia entrado en Madrid por la puerta del Sol y habia llegado hasta la Morería y á la casa del cadí, cuando sobrevino un motin formidable.

Se pusieron en armas todos los que pudieron usarlas.

Lo alborotaron todo, y de tal manera apareció formidable el tumulto, que el cadí se vió obligado á salvarse escapando á uña de caballo á Toledo, y gran parte de los amotinados, los más fuertes, los mejor armados y los mejor montados, se lanzaron sobre el camino que conducia á Hins-al-Geber en busca del Cid y ansiosos de venganza.

Pero cuando vieron que ya estaban cerca del fortísimo castillo y que no habian encontrado al Cid, se volvieron.

Tal fué el fin y remate de la famosa aventura del Cid en Madrid.

---

---

## Capítulo XVIII.

---

**En que se cuenta la leyenda del estudero secretario del Cid.**

Azarah habia llegado á Hins-Al-Geber profundamente preocupada.

Se veía libre de aquel formidable Arin el Tuerto.

Las españolas tienen generalmente un carácter terrible, un carácter viril, que responde siempre que se pone á prueba.

Y cuando se trataba de una española árabe, de una española que tenia en sus venas sangre africana, entonces se tenia todo junto, al hombre hembra, mejor dicho, á la hembra brava y terrible.

El tipo de la mujer fuerte, de la mujer capaz de igualar y aun de sobrepujar al hombre en el valor, en la serenidad para arrostrar el peligro, se conserva por todas partes en España.

Pero especialmente en aquel apartado rincon de las Alpujarras, donde quedan aun pueblos enteros que no

tienen en sus venas una sola gota de sangre europea, que son moros de raza y de origen, como en muchos pueblos de Valencia, sin que ellos lo sepan, sin que lo aprecien siquiera.

El conocimiento de su raza se ha prescrito entre ellos.

Se llaman españoles y cristianos y son una y otra cosa.

Han perdido la memoria de lo que fueron sus abuelos en no muy remotos tiempos, hace tres siglos:

Pero á poco que se vean los rasgos fisonómicos de sus individuos, á poco que se estudie su carácter y su civilizacion especial, se encuentra al africano puro y neto, sin nada de sangre de otra raza en su ser, irracible, bravo, inquieto, rebelde, astuto, duro, arrojado á todo, capaz de todo, un ejemplar imperfecto de una raza brava y magnífica.

Otra mujer que no hubiera tenido sangre de fuego, sangre negra, sangre terrible en sus venas, por mucho que hubiera aborrecido á Arin el Escota, al verle caer degollado, arrojando de una manera espantosa la sangre á borbotones, se hubiera conmovido.

Se la hubiera apretado el corazon por más que hubiese temido á aquel hombre del cual la libertaba la muerte.

Y Azorah se conmovió; si, pero de una manera terrible, con una feroz alegría de venganza.

Y la pareció poco aquella sangre, y sintió que Arin el Tuerto no hubiera tenido cien vidas para perderlas sucesivamente en medio de los más crueles tormentos.

Era Azorah una de esas criaturas cuya venganza no puede satisfacerse.

Porque por muy terrible que su venganza sea siempre quedan sedientos de venganza.

Aquel hombre formidable, para todos invencible, al que parecia que protegía un demonio, habia tenido una gran trascendencia en la vida de Azorah.

Por más que su padre fuese valiente y bravo, por más que arrostrase el peligro como cualquiera otro buen caballero, era la verdad, que aunque él no lo habia probado nunca, el gigantesco Esoita le imponía respeto, le tenia á raya.

Y que Azorah que por la violencia de sus pasiones, por lo cadente de su sangre era precoz, y que hacia mucho tiempo sentía la necesidad del amor, por más que más de un hermoso mancebo la hubiese enamorado, se habia guardado muy bien de dejarlo comprender, temerosa de comprometer su vida.

El príncipe Arin era rico.

Se habia propuesto poseer á Azorah y pagaba espléndidamente un tenaz espionaje, que aun dentro de los muros de Hins-Al-Geber, observaba constantemente á la hermosa doncella.

Ya habian perecido algunos á quienes Azorah habia parecido inclinarse.

Y esto habia hecho que respecto á otros, Azorah pareciese como insensible, como si para ella no hubiese existido el santo encanto del amor.

Azorah tenía buen corazon, á lo ménos para las gentes que la eran simpáticas, y con esta apariencia de frialdad y de insensibilidad protegía la vida de aquellos que hallaban gracia en sus ojos.

Verdad es que Azorah no habia amado todavía verdaderamente á ningun hombre que todo se habia

reducido á un movimiento del alma hacia este ó el otro sin fijarse en ninguno.

Pero Azorah habia sentido esta esclavitud esta presion monstruosa que la obligaba por no ser funesta á aquellos que la amaban y que la eran simpáticos, á mantenerse respecto á ellos fria, inmóvil, insensible.

Así es que habian dado en llamarla *Beo-Ali-Jeran*, lo que era lo mismo que llamarla, la doncella de piedra ó de marmol.

Azorah se mostraba altiva, séria, desdeñosa.

Pero su alma se volvia airada contra aquel maldonado gigante negro que la obligaba á una situacion que se la iba haciendo insoportable.

Por eso cuando vió caer aniquilado por el Cid á Arin el Escita, le pareció poca toda la sangre que vertia, poca su agonía para gozarse en ella.

Si ella hubiera podido, la vida le hubiera arrancado lentamente, ó mejor dicho, la hubiera conservado todo el tiempo que le hubiera sido posible en una horrible vida de tormento.

Y no se crea por esto que Azorah tenia mal corazon ni era cruel.

Todo consistia en lo enérgico, en lo terrible de sus pasiones.

En ella el odio era tan intenso, tan profundo tan exagerado como el amor que alentaba en su alma, y que todavía no habia encontrado empleo digno de ella.

Al verse emancipada, libertada de aquel su formidable enemigo, Azorah se sintió como llevada á la puerta de una vida nueva, de una vida fresca, amplia, libre.



—Ya puedo amar,—se dijo.

Pero al decir esto, al mirarse al punto el corazón, al examinarle para ver si había en él algo que pudiese llamarse un principio de amor, una inclinación por algun hombre, se aterró.

De improviso se le llenó el corazón con uno de los escuderos del Cid, con un hermoso joven, hijo de una familia hidalga y rica de Búrgos, que había querido que su primogénito cursase en aquella especie de escuela de heroísmo y de caballería, que venían á ser los bravos escuderos del Cid.

Como nunca la hueste particular de don Rodrigo pasaba de trescientos, como hubiese hecho voto solemne de que de trescientos no pasase, siempre había un gran número de pretendientes que aspiraban á cubrir las vacantes que el combate ó la muerte natural hacía en las filas del escuadrón que hoy podría llamarse la guardia ó la escolta fija del rey ó del general.

El Cid era severo, no solamente en punto al valor, sino también en cuanto á la hidalguía y á las cualidades morales de sus escuderos.

Empezaba por la elección de las mejores cualidades físicas, el buen rostro, noble y simpático, la buena estatura, la robustez, la salud, la edad que no había de ser menos de veinticinco años, la conducta, la moralidad, si había sido ó era buen hijo, buen hermano, buen amigo, y sobre todo si conocía perfectamente y practicaba por completo las rígidas leyes de la caballería que pedían poco menos que un santo, para estar satisfechas.

Entraba después en la cuestión de la destreza y del valor.

El Cid sujetaba á un riguroso exámen de entrada en su pequeña hueste á los aspirantes, y no bastaba que del múltiple y difícil exámen hubiese salido satisfecho el Cid, que despues de dar un lugar en su escuadron á un aspirante no le confirmaba en él, no se lo otorgaba definitivamente sino despues de que habia probado en batalla por una, dos y tres veces, que era digno de llamarse escudero del Cid Campeador.

Se estimaba tanto por todos ser escudero del Cid, que no solamente acudian á solicitarlo simples hidalgos y aun nobles y caballeros, sino tambien hijos de ricos-hombres.

Y tal codicia se tenia por llegar á la honrosa posicion que muchos morian antes de tener definitivamente la plaza de escudero de don Rodrigo.

Una vez hechas todas sus pruebas de novicios como el Cid los llamaba, tenia lugar una fiesta religiosa, en la cual el noble escudero era armado caballero por el Cid, é indefectiblemente doña Gimena le calzaba la espuela y el buen Garcés; el viejo leon, el lugarteniente por decirlo así, de don Rodrigo, le ceñia la espada y le decia:

—Dios os haga tan dichoso y tan bien hallado en todo lo que pusieseis mano, como acabais de ser honrado por pertenecer ya de veras á la noble caballería del Cid mi señor.

Luego habia algo de justa y escarceo militar y banquetes.

En cuanto á la gente de guerra, servidores de las máquinas que eran dos ginetes ligeros por caballeros, cinco peones, y treinta servidores por máquina, que eran las diez alas del Cid, entre gatas, babirtas, cata-

pultas y arietes. El Cid no se cuidaba gran cosa de la hidalguía, ni de la figura, ni de la procedencia, ni de la edad.

No miraba más que la honradez y el valor.

Y sus seiscientos ginetes ligeros, y sus mil quinientos peones ballesteros, y sus trecientos ingenieros, y sus doscientos acemileros, eran gente terrible, curada de espanto, capaz de todo, y que tenían tanto orgullo como los gentiles hombres escuderos del Cid por pertenecer á su hueste.

De tal manera estaba compuesta esta, con tales elementos, tan bien organizada, tan bien pertrechada y tan bien apegada y atendida, que si no habia dinero le buscaba en la tierra enemiga, que nada tenia de extraño las admirables victorias que aquel pequeño ejército de tresmil hombres que iban tras el estandarte del Cid obtenia.

Las bajas eran frecuentes y la hueste se renovaba en gran parte rejuveneciéndose con sangre nueva.

Alvar Gimenez habia servido como novicio más de un año con el Cid, y por fin enviado una y otra vez con algunos ginetes á duros reconocimientos y peligrosísimos en el cerco de Zamora, el Cid, incitado por sus ruegos, por su ardiente deseo de poder ponerse al fin la sobrevesta verde con la cruz de plata, distintivo del Cid, y por consecuencia de sus escuderos, el Cid le dió al fin plaza definitiva y le armó caballero en presencia del mismo malaventurado rey don Sancho.

Alvar Gimenez era el más joven de la hueste, porque apenas si contaba veintisiete años.

Era alto, cenceño, esbelto, blanco como la nieve, aunque la fatiga y la intempérie le habian tomado un

tanto el color, rubio como un oro y con unos hermosos ojos negros.

Era vivo, gracioso, chispeante, un tanto calavera, y un mucho aventurero, la alegría en fin y el afecto de los otros viejos lobos metidos en el durísimo servicio, ba, o la mano del Cid.

El mismo don Rodrigo habia cogido por el un cariño particular, no sin ciertos celos del buen Garcés, el que creía que su señor no debia querer á ninguno á la manera que le queria á él.

Y no tenia razon en estar quejoso Garcés, porque el Cid estaba de él tan pagado, que por él tiraba como suele decirse, piedras, y tan llano que decia:

—No hay quien se atreva á hacer tal cosa, ó tal otra en el mundo entero y donde quiera que haya caballeros probados en todo género de lides, más que yo; y despues de mi, Garcés.

Esto podia tomarse por inmodestia.

Pero el Cid lo decia de la manera más natural del mundo.

Y sin pretensiones, como quien tenia la conciencia de sí mismo, y sabia que universalmente se le estimaba en lo que valia.

Con estas apreciaciones de su amo en favor suyo, Garcés estaba que no cabia en sí de satisfecho y pagado, y creía que si á él le habia hecho Dios todo entero para el Cid, Dios habia hecho al Cid todo entero para él.

Y sufría mal á aquel buen Dieguez, á aquel alcaide de los escuderos del conde Lozano que con doña Gimena habia venido á ser tambien de la mesnada del Cid, y á quien el Cid estimaba tambien en lo que valia, y un punto ménos que á Garcés.

Pero lo que no pudo mirar el celoso Garcés sin sobreceño, fué que el Cid se llevase junto á sí y como secretario al jóven y hermoso Alvar Gimenez que andaba orgulloso por sus buenas prendas, y decia que de lanza á lanza, y como ginete y esgrimidor y combatiente, ya con maza ó espada, y como luchador, y sobre todo como sabio, él no tenia porque respetar á ninguno de aquellos seres viejos, con costurones, que iban detrás del estandarte del Cid, lo cual le habia producido más de un desabrimiento y más de un trance duro, en que habia tenido que intervenir el Cid, que decia que sus escuderos y sus otros hombres de guerra habian de tratarse como hermanos y considerarse iguales en honradez y en valor, que de nó, él no los tendria bajo su estandarte, y que no habia de consentir querellas entre ellos.

Lo que más hacia que todo estuviese un tanto hoscos, dificiles con Alvar Gimenez, era la calificacion de sabio que este se daba.

Y todo consistia en que al Cid y á todos los de su hueste les estorbaba un tanto lo negro para escribir, que el que más empezado, por el señor, deletreaba y leia mascuyando, con tal de que el pergamino estuviese en letra bien clara, y garrapateaba su firma, con lo lo cual tenian bastante y aun sobrado.

Y era de ver las cuentas que Garcés presentaba al Cid y los sudores que el Cid pasaba para entenderlas, acabando siempre por decir:

—Mira, Garcés, dime tú en junto lo que se ha gastado ó lo que no se ha gastado, lo que me debes ó te debo, que así Dios me perdone, ni mi doña Gimena ni yo hemos podido sacar en claro tu cuenta.

Muy **contrariamente** Alvar Gimenez, leia de corrido toda escritura por envevesada que fuera, sabia de cuentas al estilo de los moros, se las daba de gran teólogo y de muy entendido en derecho, y aun tenia algo de médico y alquimista, lo cual era enorme, enormísimo, y justificaba la gran prosopopeya y la especie de desden conque Alvar Gimenez trataba á sus otros hermanos de armas.

Todo consistia en que allá en su primera juventud, cuando solo contaba Alvar Gimenez catorce años, su padre para castigarle sus grandes diabluras, que no eran menores que las de aporrear á todo aquel que no le miraba bien á derecho, despues de administrar'le por una de sus hazañas una formidable paliza que le puso entre la vida y la muerte y le hizo estar en cama un mes largo, le metió para que permaneciese fuera de convalecencia en el monasterio de Benitos de Valladolid, donde se dieron á trabajar la buena inteligencia del muchacho, le hicieron hombre de carrera y pretendieron guardársele para sí:

Pero tenia el hortelano del convento una hija de una cara y un empaque y de unos brios capaces de tentar, no á un muchacho de veintidos años, sino al mismísimo abad mitrado que tenia la obligacion de ser santo.

Pero la muchacha se habia aplicado con toda su alma á un lego enorme, con un cerviguillo de media legua de andadura, y Alvar Gimenez no habia podido ni aun siquiera conocer de la manera más leve á aquel corazon, ya de todo punto empeñado é inflamado por el colosal legote, cuya procedencia era la de pastor de vacas.

Escandalizábase é irritábase Alvar Gimenez al verse pospuesto y despreciado por un tal záfio, y tanto más cuanto supo que el lego que no habia pronunciado ningun voto, iba á salirse del convento y á casarse con su tesoro.

Porque hay que advertir que no podian ménos de ser honestos aquellos amores, ni pasar á más sino con la justa intervencion de la Iglesia, porque la muchacha era una virtud.

Esta pequeña intriga amorosa pasaba en silencio disimulada y oculta.

Porque si los buenos padres graves hubieran siquiera sospechado que la buena moza de la hija del hortelano tenia fuera de quicio á un lego tan apreciable como el hermano Braulio, porque podia desahogadamente y sin trabajo tirar de una noria, y á un novicio de tales esperanzas, como Alvar Gimenez, el hortelano y su hija hubieran salido como huidos de la huerta.

Ni más ni ménos que si los hubiera lanzado una catapulta.

Pero llegó un dia en que los tres salieron, ó por mejor decir, los cuatro, porque hay tambien que contar al padre, sin que nadie los echase.

El hermano Braulio empezó por despedirse del convento, como estaba en su mano hacerlo.

Pero inmediatamente protestó al padre procurador de la casa, de quien se despedia, de que si él resacaba por la cabeza el santo hábito de San Benito era porque habia resuelto tomar otro estado casándose con Inesilla la hija del hortelano.

Y yéndose con ella á guardar unas vacuelas que él habia heredado de su padre.

El procurador no tenia por qué tomar á mal aquella determinacion, y como los frailes protegian á todo el que les servia ó podia servirles, dieron un dote de algunos cientos de maravedís de oro á la hermosa Inesilla, y la casó por su propia mano con el ex-lego Braulio.

Inmediatamente despues de la ceremonia, los contrayentes y su padre se fueron á celebrar la bola á una hostería del espolon, cuando hé aquí que de repente se presenta en la sala un novicio Benito, armado de un nérvio de toro, que nó creyó, sin duda, Alvar Gimenez (que él era), necesitaba de otras armas, y la emprendió á zurriagazos con el reciente esposo, diciéndole á cada uno que le aplicaba:

—Toma para que te relamas por haber hecho tuyo lo que habia yo determinado fuese mio.

Y no era solo el contrayente el que recibia el vapo-  
leo; que á la novia, que era brava é intervino, le alcanzaba alguno que otro zurriagazo impío, é igualmente á los que en los primeros momentos se acercaron, procurando ayudar al acometido amante.

Sucedió que de tal manera estaba falto y furioso Alvar Gimenez, que todos, inclusa la novia y su padre, escaparon para buscar auxilio, y el único que no pudo escapar fué el esposo, que de tal manera le habia cogido su furioso rival, que le tenia mareado y dando vueltas sobre sí mismo como una peonza.

No era aquel tratamiento cosa que se pudiese sufrir de pié durante mucho tiempo.

Así es que á los cinco ó seis minutos de soleo, el desdichado Braulio vino al suelo, y allí acabó de quebrantarle y aniquilarle á coces y á zurriagazos, en la



ara, en el pecho y en el vientre, el tremendo novicio.

Y de tal manera que cuando acudieron al auxilio del aporreado, con gente de fuera y bien armados los de la boda, se encontraron exánime y dando las boqueadas al desdichado Braulio; que tal habia enloquecido de furor su enemigo, y tan fuerte era y tanto habia apretado la mano, que habia pasado de los límites de la paliza, entrándose en los de los límites consumados.

Hecho una fiera estaba Alvar y crecido como un rio salido de madre, cuando entraron cinco ó seis valentones de la vecindad que habian sido llamados para dar auxilio, armado cada cual con un espadon que hubiera metido miedo á todo otro que no hubiera sido nuestro tremendo lego novicio.

Al verlos entrar poniendo mano á los hierros y hablando gordo, como otros tantos Fierabrases, el protervo escudero del Cid se fué á ellos como quien se va á una manada, les llenó de zurriagazos las caras y los cuerpos, y viendo que crecia el tumulto porque acudian nuevas gentes, y entre ellos un merino con alguaciles, arremetió á uno de los desventurados valentones, le quitó la espada y el lance se hizo ya verdaderamente negro.

Convidados, vecinos, justicia, todo el mundo, abrieron calle á Alvar, que iba como un diablo detrás de algunos, y particularmente de la Inesilla, que al sacudirla, corria como una liebre, aterrada, porque habia visto que si no le habia dado un golpe de muerte celoso Alvar habia sido porque se habia metido gente de por medio.

Pero instantáneamente, porque el que se metia por

medio lo maltrataba en seguida el irritado y enloquecido mancocho.

Ganó la ruda doncella el postigo de San Benito y se lanzó en el campo pasando sobre el puente Ledesva, y como era fuerte y joven, que aún no había cumplido los diez y siete años, y le aguijaba el miedo, corría que volaba, y no le era fácil á Alvar alcanzarla, porque ella había tomado una gran delantera.

Al fin, teniendo que meterse por fuerza por entre una alameda espesa, Inesilla no pudo correr tanto como hubiera querido, y el otro la alcanzó, y agarrándola por la cintura y levantándola en vilo, despues de haber arrojado una espada de que no quería usar contra una mujer, y tanto más cuando esta mujer era la de su amor, la dijo:

—Tú te hiciste casar á despecho mio, y yo á despecho tuyo te he hecho viuda á tan buen tiempo, que si tú me quieres, por lo que has visto que por tí he hecho, no me importará nada que te hayas casado.

—Soltadme y dejadme en tierra y no me mireis de esa manera que me dais miedo,—dijo Inesilla,—y no me digais más. Y si es cierto que me quereis, dejadme ir, que si yo soy vinda, os juro que no he de tardar en volver á buscaros en cuanto sepa que conmigo podeis casaros.

La hermosura á quien se ama tiene un gran poder sobre el hombre.

Alvar dejó en tierra á la inmutada doncella, y la dijo:

—Aquí me estaré todo el dia hasta la noche, y me encontrarás en la fuente de Tres Caños que hay en el sendero de la alameda, como á tres tiros de ballesta de

aquí. Y si tú me vendes y dices á la justicia donde yo estoy, sobre tí caerá la sangre de aquellos á quienes yo mate, que tuya es la culpa de todo, porque tú me has vuelto loco.

Dejó ir á Inés, que se alejó alhogándose de amor, no por el estropeado esposo, ó tal vez muerto, sino por Alvarico, que en muy poco tiempo habia hecho lo bastante para curarla del otro amor y para cogerla en las redes del suyo, incluso en estos méritos los cuatro ó cinco zurriagos que habia recibido al principio de la batahola.

Llegó Inés.

Contó que milagrosamente habia escapado y se encontró con que acababa de fallecer Braulio.

Y aunque todo el amor de su alma se hubiese traspasado de Braulio en Alvarico, por razon de los seductores accidentes que habían sobrevenido, no le habia salido tan por completo del cuerpo su primer amor que por él no pusiese el alarido en el cielo, y se abofetease á sí misma y se mesase los cabellos desesperada.

Pero ganándola rápidamente su amor nuevo, á pretesto de que la estorbaba todo el mundo y queria en la soledad dar rienda suelta á su dolor, se metió en un aposento del piso bajo, se encerró, y de allí se escapó saliéndose por una ventana baja que daba á una callejuela solitaria.

Inesilla era hembra de pasiones bravías.

Tomó el trote, consolada ya en gran manera por la muerte de Braulio, y ansiosa por encontrar á Alvarico, se salió al campo, ganó á la carrera la alameda y encontró á Alvarico sentado junto á la fuente, con la cara á la rodilla, el rostro entre las manos, y en calzas

y jubon, porque habia colgado el hábito de la rama de un árbol, es decir, le habia ahorcado.

El estaba ya resuelto á proseguir la aventura de Inés, á pesar de todos los pesares, y á echarse con ella ó sin ella, á una vida de aventuras.

Habia recogido la espada que habia arrojado para asir á Ines, y la tenia junto á sí.

Cuando vió á Inés que hacía él venia, y que solo con volver le decia de la manera más elocuentemente del mundo todo lo que podia decirle, se levantó radiante de alegría

—Pues viuda soy,—dijo Inesilla que queria buscar un pretesto á aquel su nuevo y violento amor,—y pues vos me habeis hecho viuda, conmigo habeis de casaros; pero habeis de jurarme que hasta que mi esposo seais, me habeis de mirar como si fuera vuestra hermana.

—Como mi alma te estoy yo mirando desde que te conocí, sol de los soles,—dijo todo amartelado y derretido Alvarico, dando envidia á las ninfas del bosque y á las nereidas de la fuente si era que las habia.

—Pues mirad que aquí no podemos detenernos,—dijo Inesilla, que no tenia nada de lerda ni de tardía,—que en cuanto vean que yo no parezco, porque no puedo parecer, porque vos no podeis volver, que os perseguirá la justicia, y porque yo no os quiero dejaros, porque os miro ya como á mi marido, van á salir en busca nuestra y os va á acontecer una desdicha, y cuanto más pronto pongamos tierra de por medio y nos pasemos al reino de Aragon mejor; que allí estaremos seguros y podremos casarnos á gusto.

—¿Y con qué dinero vamos á poner tierra de por medio?—dijo Alvarico conociendo entonces lo gravísi-

mo de la situación,—que bien pudiéramos tener dinero si ahora, de noche, me saliera yo al camino y arremetiera al primero que pasara, que eso no lo haré yo ni por tí ni por todas las mujeres nacidas, ni por nada de cuanto hay en el mundo.

—Dineros no nos han de faltar,—dijo Inesilla,—que á más de que yo tengo aquí algunos maravedis que me dió el otro de lo que había sisado á su padre de San Benito, el collar con su cruz y las arracadas que son de corales y de oro fino y las tumbagas, bien valdrán para comprar un rocín que nos lleve á Búrgos; y ya sabeis, señor, que teniéndome yo por esposa vuestra, porque en tal trance me habeis puesto, vuestro es todo lo mio. Y no nos detengamos, que ya encontraremos por ahí un cortijo donde os den una caperuza y un tabardo y un jaco en que caminemos.

—Pues no se diga más,—exclamó Alvarico,—y tienes razon y alejémosnos, que ya deben estarnos buscando.

En una palabra, los dos amantes estaban tres dias despues en una hostería de Calatayud, tan contentos, tan satisfechos y tan pagados el uno del otro, que no parecia sino que solo para quererse habian nacido.

Habian vendido el jaco que un campesino les habia dado por el collar de corales de Inesilla, y echando la manta con los durejos y el valor de las alhauelas que quedaban podia vivirse medianamente con no mal trato y con mucho amor dos meses.

A más de esto, Alvarico habia escrito á su padre, manifestándole lo que le habia sucedido, y que estaba resuelto á casarse con su Inés, con la cual tenia ya obligaciones, y que él no volveria á entrar en Castilla

mientras no se arreglase lo que habia hecho y no tuviese nada que temer de la justicia, y que le enviasen dinero.

El padre era al fin padre.

Tenia puestos los ojos en su primogénito.

Su hacienda era mucha y buena.

Envió un criado provisto de ropa y de dinero á su hijo y se fué á Valladolid, donde por la muerte del pobre Branlio obtuvo, comprándole, el perdon de los parientes, untó la mano á escribas y fariseos, y al fin se sobreesayó en el negocio y Alvar pudo volver á Búrgos su patria, sin temor de que la justicia de Valladolid enviase apremios para que le prendiesen.

Llevóse consigo como era natural y preciso, á su Inesilla.

Pero era el caso, que con la posesion no disputada y largamente satisfecha, habia empezado á palidecer su amor y sobrevenia rapidamente el hastio.

Empezaba á ver claro, y perdido ya el encanto del deseo echó cuenta, meditó, vió que si Inesilla era rigurosamente hermosa, era tambien extraordinariamente záfia, añadiéndose á esto, que por todos ocho costados era villana, sierva, y con algo de mezcla de judío en la sangre.

En todas cuyas razones afirmado, con los consejos de su desesperado padre, acabó al fin por decir redondamente á Inesilla que escogiese una de dos, ó quedarse moza y sin honra sin más apelacion que la de Dios, ó casarse bien dotada con un gañan de la casa, mozo de poca delicadeza, y que no parecia sino pintiparado para congeniar con ella.

Metióse en sus adentros Inesilla, que no era simple.

y al fin dijo que sí, que se casaría con Blas, pero que no quería ver más á Alvarico, porque si le veía continuaria loca por él, y ella una vez casada no quería ser mujer mala.

El casamiento de Inesilla con el gañan Blas, á quien el prudente padre de Alvarico envió con su mujer á una de sus haciendas distante, fué el último redondeo de aquel negocio.

Pero conocedor el padre de la mala cabeza de su hijo, que no tenia cura, y estando en Búrgos el Cid, pensó que lo que no habian podido hacer con su hijo los frailes Benitos, tal vez lo haria la buena escuela de caballería y dura disciplina en que el Cid tenia á sus escuderos.

Dijo el pobre padre al hijo si queria entrar en la que podia llamarse orden de caballería del Cid.

A lo que Alvarico contestó, que él no deseaba otra cosa, y que si el Cid, le acogia bajo su estandarte, él se daría por el hombre más honrado del mundo, y estaria de todo punto contento.

Fuese el bueno de don Gimeno á ver al Cid.

Le contó lealmente lo que su hijo era.

Cerró las cejas varias veces durante el relato, lo que asustó á don Gimeno, y al fin, cuando hubo terminado el Cid le dijo:

—En todo lo que me habeis contado hay mucho de atrevimiento y voluntariosidad y poco respeto á lo divino ni á lo humano: pero no hay ni malas artes, ni felonías, ni corazon perverso, sino el resultado de la mala crianza que por un caso harto indiscreto habeis dado á vuestro hijo, y por que de vos tengo lástima, echádmelo para acá á ese mozo, que yo le pondré en

manos tales que le corrijan. Pero os advierto que entre tal gente viene, que si él no se enmienda y echa otros modos, y buen hombre se hace, va á mudar la piel; con que pensarlo, y si lo resolviéreis y él quisiere, traedlo para acá.

—Pues resuelto estoy, señor,—dijo don Gimeno,— y en cuanto á querer el muchacho, dice que para él no hay ambicion más grande que la de vivir bajo vuestro estandarte y hacerse estimar de vos.

—Pues trabajo le mando para que yo le estime,— dijo el Cid,—en fin, traedlo y ya veremos lo que con él se hace.

Salió don Gimeno, y poco despues volvió con Alvarico, de cuya pinta en cuanto le vió, se agradó el Cid.

Llamó este inmediatamente á Garcés y djíjole:

—Pongamos á prueba este mozo; cambia con él un par de tajos y reveses y veamos por este principio si se le puede recibir de novicio.

Encontróse el Cid con que el muchacho era diestro, firme y sereno, bien es verdad que Garcés le trató con consideracion, que de otro modo en la prueba se queda Alvarico, porque el Cid no hacia las pruebas en broma, sino harto seriamente.

Al fin Alvarico escapó con tres ligeros toques, dos en un brazo y otro en una pierna; pero no se quedó sin alcanzarle con un puntazo en el hombro á Garcés, que al sentir la picadura y á no meterse de por medio don Rodrigo, finiquitan todos los sucesos de Alvarico.

De tal manera le gustó al Cid el mozo que quitando la espada de la mano á Garcés, dijo á Alvar.

—Tened por seguro que yo no he de tirar á heriros,



que vos no podeis separar por ahora ni uno solo de mis golpes, pero vos tiradme á muerte.

Se convención el Cid que aunque sin una gran enseñanza, Alvar era ya una buena espada, y sobre todo que tenia el corazon duro y sereno.

—Conmigo os quedais,—dijo,—y yo espero que haremos de vos todo un hombre,—y el padre se fué consolado, y el Cid echo un sermón á Alvarico.

Le comunicó las severas penas á que su gente estaba sujeta, y desde aquel punto le tomó á su gracia y empezó á usarle como secretario, visto que en su nuevo recluta tenia lo que podia llamarse para aquellos tiempos, un sábio.

Alvarico se entregó durante algun tiempo hacia las diabluras á que le llevaba su inquieto carácter.

Pero el Cid le trató tan duro que al fin le corrigió.

Y cuando le dió plaza definitiva entre sus escuderos y le armó caballero, ya se habia probado en lidés Alvarico y ya era un hombre sério, dejado de locuras y digno de toda consideracion y respeto.

Tal era el hombre de quien se habia enamorado á primera vista la hermosa hija del noble alcaide de Hlins-Al-Geber.

---

## Capítulo XXIII

---

En que se habla de los principios de una aventura amorosa del señor Alvar Gimenez.

Alvarico ó don Alvar, que como caballero tenia un aristocrático don delante de su nombre, no era de los que habian ido á Madrid con el Cid.

Este lo habia hecho esprofeso.

A pesar de todo, de las demostraciones de amistad que le hacia los moros siempre que lograban hablarle en paz, por la gran estima, ó más bien, por el gran miedo en que le tenian, el Cid que conocia demasiado la fé púnica de los árabes, no se fiaba nunca completamente de ellos.

No le bastaba que Cidi-Ali, el alcaide de Hins-Al-Geber al verle entrar de paz, desterrado y fiando en su palabra, hubiese dado entrada en la fortaleza á los trescientos hombres del Cid, aposentándolos como habia po-

dido, aunque de cuenta del Cid corriesen los gastos de manutencion, que otra cosa no podia hacer el alcaide, porque como gastar en una tropa extraña los mantenimientos que el rey Almamun tenia en el castillo para la taifa mora que le guarnecía.

El Cid vivia como señor, siempre alerta.

Recelaba que durante su ausencia en Madrid se sorprendiese á su gente descuidada en Hins-Al-Geber, y se la desarmase y se la cautivase.

No era que el Cid diera esto por seguro.

Pero podia suceder y por lo mismo se habia prevenido, dejando á Alvar su secretario bien aconsejado y con órdenes.

Debian sin manifestar recelos, tener un gran cuidado, ejercer una gran vigilancia, y evitar de todo punto que las gentes del Cid fuesen sorprendidas.

Y habia encargado esto el Cid á Alvar por más que fuese uno de los más modernos de sus escuderos, por que Alvar era uno de los más valientes, y sin contradiccion alguna el más instruido, el más inteligente, el de mayor serenidad y calma para salir adelante en un empeño apurado y difícil.

El buen Dieguez que era un lobo, se habia quedado allí tambien, bien apercebido y aleccionado.

La tropa del Cid era mayor que la que guarnecía el castillo.

Y tanto mayor cuanto que aquellos diablos de escuderos del Cid, curados de espanto, probados en una y otra difícil empresa, decididos á todo, hasta lo imposible, valian cada uno de ellos por lo ménos tanto como diez moros juntos.

Alvar y Dieguez tenian la consigna de que si el

Cid tardaba de tal manera que pudiesen sospechar una traicion, enviase corredores.

Y si la traicion resultaba manifiesta, se apoderasen de Hins-Al-Geber, degollasen la gente que la guardaba, le desmantelase, quemando por los ménos sus puertas y sus puentes, y cuanto envidiable hubiese, y marchasen al socorro de su señor.

Esto recelaba la prudencia del Cid.

Pero esta prudencia por aquella vez habia sido inútil.

El buen Cidi-Ali habia sido tan leal y tan noble con don Rodrigo, que como hemos visto, este habia estrechado francamente su mano de todo corazon le habia llamado hermano.

Durante las pocas horas de ausencia del Cid, ya Alvar y Dieguez sin demostrarlo en manera alguna ejercitaron una gran vigilancia en la torre que habian ocupado las gentes del Cid, y en las largas galerías donde los que no habian cabido en las torres se habian aposentado, así como en las caballerizas, y á la deshecha, como quien está descuidado, habia echado siempre bastantes escuderos para guardar las armas y los caballos, y estar dispuestos á la resistencia al primer indicio de peligro.

Alvar que era tan receloso como el Cid, no las tenia todas consigo.

En cuanto cerró la noche se puso en cuidado.

Recogió á su gente como para que descansara y los tuvo atentos al pié de las armas.

Entre tanto el vice-alcaide de Hins-Al-Geber que en el castillo se habia quedado, no sin gran sentimiento uyo, porque bien hubiera querido ver las justas de

Madrid, había estado perfectamente tranquilo y con la mayor confianza, sin dar el más leve motivo de sospecha á las gentes del Cid.

La guarda del castillo cuando había llegado la noche se había acostado como de costumbre, y antes de recogerse á sus habitaciones, el vice-alcaide se había despedido afablemente de aquellos dos buenos escuderos que se habían quedado comandando la hueste castellana por ausencia de su señor.

Despiertos estaban los del Cid, ya todo preparado, y resuelto estaba Alvar á enviar corredores, por la mañana para ver lo que al Cid le había acontecido, cuando se oyó son de trompa delante de la poterna, y se supo que el Cid volvía con su esposa, con sus hijas, con el alcaide, con la familia de éste y con la tropa castellana y árabe que á Madrid había ido.

Alvar y Dieguez se apresuraron á salir al encuentro del Cid, y ya éste y los que con él venía atravesaban la plaza de armas á la luz de las antorchas que algunos soldados moros tenían.

—¡Oh! bien venido seais, señor,—exclamó Alvar dirigiéndose al Cid.—Que Dios os guarde, mi buen alcaide,—añadió dirigiéndose á Cidi-Ali.—Bésos las manos, señoras mías.

Y se dirigió á doña Gimena, á Azorah y á su madre.

Tan bien prevenida venía á favor de aquel Alvar que á primera vista la había impresionado á Azorah, y tan libre de temor por la muerte del formidable negro, que sin intencion, ni reparar en ello, de una manera espontánea y natural, miró de tal manera á Alvar y de tal manera bajó los ojos despues de haberle mira-

do durante algunos segundos, que Alvar se le contrajeron y se le dilataron todas las fibras de sus entrañas, sintió que le zumbaban los oídos, que se le iba la cabeza y que pasaba por su ser algo de extraordinario.

Hasta tal punto había sido intensa, lúcida, dulce, incitante, candente, la hermosa mirada de los magníficos ojos negros de Azorah.

—¿Y qué tal os ha ido, señor?—dijo Alvar haciendo un esfuerzo para pronunciar estas palabras.

—El día más apretado y más glorioso, mediante el favor de Dios, que he pasado en toda mi vida, hijo,—contestó el Cid.—Ya te contaré para que se lo cuentés á todos; pero ahora no es tiempo de relaciones, y estas damas están cansadas y es fuerza que se recojan y que todos nos recojamos y descansemos, porque probablemente mañana nos pondremos en marcha para Toledo.

Y el Cid siguió adelantando hácia las escaleras, que al contrario del estilo árabe que hace que todas las escaleras sean estrechas, eran anchas y magníficas.

Sin saber como, Alvar se encontró al lado de Azorah, y sin pensar en ello la presentó el brazo.

Y Azorah, aturdida á pesar de que era extremadísima en el recato, tomó el brazo que el jóven la presentaba, y en aquel momento no pudieron ménos de apercibirse los dos que el brazo del otro temblaba como si hubiera sido azogue y ardía como si se hubiera hecho de fuego, lo cual equivalía á una mútua revelacion de amor espontánea, á una especie de trasposicion del alma del uno en el alma del otro.

—¡Ay, si esto fuera verdad!—exclamó en voz baja y rápida y como á hurtadillas Alvar.

—Callaos,—dijo Azorah,—y no me injuriéis, que

yo no miento, y mucho ménos cuando hablo sin palabras.

Azorah era expansiva y no habia querido disimular para con Alvar.

A más de esto, su voz habia sido dulcísima, hechicera, irresistible al pronunciar aquellas palabras.

Alvar no contestó, porque cerca de ellos iban los padres de Azorah y habia necesidad de ser prudente.

Però no decimos bien que no contestó, porque hemos debido decir que aunque no volvió á desplegar los labios, estrechó entre su brazo y su costado el mórvido brazo de Azorah, y sintió que aquel delicioso brazo se estremecía de una manera más poderosa.

Aquellas presiones se repitieron más de una vez ántes de llegar á los aposentos del alcaide, y al doblar un ángulo de la galería, Alvar asió con su mano izquierda la izquierda de Azorah, y la llevó á sus labios.

Azorah hizo un leve esfuerzo de resistencia.

Però no tanto que el enamorado escudero no llegase á poner en su boca y á besarla, la deliciosa mano de la niña.

—Juro á Dios que habeis de ser mi mujer,—la dijo Alvar.

—Callaos que es prudente,—le dijo con voz breve y conmovida Azorah.—Y si no estais cansado, mirad: por la torre que ocupais se sale á un adarve, al fin de este adarve hay una saetera, y por allí podremos hablar dentro de una hora.

Ya á este tiempo habian llegado á la puerta de las habitaciones del alcaide.

Entró en ella con su familia, despues de haberse despedido cariñosamente del Cid y de doña Gimena.

Acompañaron los dos escuderos á doña Gimena y al Cid, y cuando los dejaron con su servidumbre particular á la puerta de las habitaciones que ocupaban los dos escuderos, el jóven y el viejo, se volvieron precedidos por dos esclavos del alcaide que llevaban antorchas.

—Es lástima,—dijo en castellano Alvar á Dieguez,—que estos perros no beban vino de miedo que se les caiga encima de la cabeza el zancarron de Mahoma, que sino tan contento estoy, amigo Dieguez, que habia de pillar, yo os lo aseguro, una mona que ni en Tetuan, de contento que estoy.

—Ya, ya he visto lo que os veníais regodeándoos con la pequeña, amigo Alvar, y ya se vé, como los enamorados son ciegos y piensan que todo el mundo lo es, no será extraño que á estas horas esté dando el bueno del alcaide una vuelta de mogicones á su hermosa hija, porque cuando vos le cogisteis la mano y se la besásteis, y él se apercibió y os miró de una manera que me puso en cuidado, porque tenia los dos ojos como dos candiles.

—¿Pues qué se apercibió el padre?—exclamó con la voz alterada Alvar.

—Ya os he dicho que el amor es ciego y cree que todos lo son. En fin, adelante, allá ella, y allá vos.

Habian llegado al fin de un callejon, á la entrada de la galería á donde correspondian las torres que ocupaba la gente del Cid, y los dos escuderos se retiraron dando cortésmentè en árabe las buenas noches á los dos escuderos.

—Os digo, compadre,—exclamó Alvar entrando,—que yo ya he dado fondo, que he acabado de sentar la



cabeza y que me caso con esa diosa de mi alma.

—No digais eso,—exclamó Dieguez dirigiéndose hácia un rincón, donde sentado sobre el caparazón de hierro de su caballo, se desnudaba Garcés para echarse sobre un haz de heno, lecho improvisado, completado con los paramentos del caballo y con la clámide, y tan bueno como otro cualquiera; el alcaide no había podido disponer de trescientos lechos.

Pero había heno sobrado y con haces de él, extendidos á lo largo de la galería y el pavimento de las torres, se había procurado algo que fuese ménos duro para el suelo, para la gente del Cid.

—Pues digoos que para casaros con ella,—continuó Dieguez,—ó habreis de renegar, de lo cual no os creo capaz, ó habeis de robarla, lo cual no os consentirá el señor, que parece muy en amistad con el alcaide.

—¿De qué se trata?—dijo Garcés oyendo las últimas palabras de sus dos camaradas que estaban ya junto á él.

Hay que advertir que á los dos lados de la galería había dos largas hileras de escuderos del Cid, tendidos sobre el heno y durmiendo apaciblemente, por más que el lecho fuese incómodo.

Esto no importaba.

Ellos tenían carne de perro y la piel curtida.

Eran capaces de dormir sobre el filo de una espada.

—Se trata,—dijo Dieguez de los amoríos de este buen mozo, con la hermosura de la hija del alcaide.

—¡Bah! Pues hareis bien en quitaróslo de la cabeza Alvar,—dijo Garcés,—porque esto no tiene arreglo posible. Dice bien Dieguez, si vos no habeis de renegar,

ni podeis lleváros-la con vos, ni creo que aunque renegarais os la daría su padre, que no tiene más hija que ella y harto se le conoce que en ella tiene puestos los ojos. Y como el alcaide es un caballero muy rico y muy principal entre los moros, aunque renegarais no os la daría.

—Pues os juro que aunque esa niña sea la fortaleza más inespugnable del mundo, yo he de ganarla ó he de perder la vida. Y esto ha de ser sin renegar yo, y sin que el Cid se ofenda, no embargante la amistad que con su padre tiene, aunque conmigo se escape.

—Muy de prisa lo decís, Alvar,—exclamó Garcés,—que habeis de saber que tales cosas y tan grandes le han pasado al Cid en Madrid, y de tal manera ha hecho con él Cidi-Ali que el Cid le ha quedado obligadísimo. Con que os lo repito, quitaos eso de la cabeza, que mañana nos vamos á Toledo y sabe Dios si tornaremos á Hins-Al-Geber, y si volvereis á ver en todos los días de vuestra vida á esa hermosa rapaza.

—Lo que haya de ser y mediante Dios,—dijo Alvar,—corre de mi cuenta, que ya sabeis que yo sirvo bastante para un empeño de honra.

—Convenidos, Alvar, pero la prudencia nunca estuvo de más, y en tal empeño os podeis meter que os pese. A más que amores de tan poco tiempo no pueden ser tan grandes que se haga imposible vencerlos.

—No, digais eso, compadre Garcés,—contestó Alvar,—que yo os digo que no parece sino que Saida Azorán ha nacido para mi y yo he nacido para ella, y que nos estamos queriendo desde hace un siglo.

—Pues peor,—dijo Garcés,—no me gustan estos amoríos moriscos, que al fin y al cabo en el fondo del

corazon tenemos odio y saña á todo lo que es moro, y de tal manera que á mi la tierra de los moros me pincha cuando no pincho en ella.

—No digais eso, hermano Garcés,—dijo Alvar,—que á pesar de la buena y hermosa mujer de vuestra velada, ya os he visto yo bien metido con moras y buscándoos la cabeza sin encontrarla, y hecho un mотреgo que no habia más que pedir.

—Hombre,—exclamó Garcés bostezando porque tenia sueño,—en la guerra como en la guerra, y á buen hambre no hay pan duro, y amoríos de pasavolantes se pueden tener aunque sea con el mismísimo diablo, si se le encuentra convertido en hembra. Pero yo os juro que siempre despues de que en amores moriscos he dado, lo he confesado como una gran culpa, y he aguantado la dura penitencia que me ha impuesto nuestro vicario. En fin, haced vos lo que querais que ya sois grande, y ahora yo os ruego que me dejeis dormirme, que estoy rendido, como que me he pasado más de veinte horas á caballo, comiendo malamente y frio de lo que llevaba en las alforjas.

—Pues siento que os durmais, hermano Garcés,—dijo Alvar,—porque bien quisiera saber que han sido esas cosas grandes que decis le han acontecido hoy en Madrid al señor.

—El Cid os lo contará mañana mejor que yo,—dijo Garcés,—con que buenas noches amigos, que yo me duermo.

Y Garcés que ya á este tiempo se habia metido entre el paramento de su caballo y su clámide, dejó caer la cabeza sobre la maleta que le servia de almohada y se durmió, de lo cual dieron claros indicios los sonoros

ronquidos que inmediatamente salieron de su pecho.

—Pues yo tambien me duermo,—dijo Dieguez,—conque vámonos al rincon que tenemos en la primera torre y acostémonos que mañana será de día y verá el tuerto los espárragos.

Alvar no se apuró, sino que se fué con Dieguez al que podia llamarse su dormitorio, á la par que Dieguez se desnudó y se metió en una cama cuya composicion era muy semejante á la de Garcés.

Tres minutos despues Dieguez roncaba.

Roncaban los otros escuderos que alrededor de la cámara estaban tendidos.

Alvar se puso las calzas y su jubon.

Se metió los borceguíes.

Se puso el birrete.

Se echó sobre los hombros su clámide.

Desembainó su espada.

Se la puso debajo del brazo:

Se salió silenciosamente de la cámara Alvarico, la galería torciendo á la derecha y entre dos filas de escuderos, llegó á una puerta que daba á un adarve solitario encajado entre dos torres, y recordando que á la izquierda era la que tenia una saetera que daba al adarve y á poca altura, allá se fué.

Llegó á la torre.

Palpó el muro; que la noche era perfectamente tenebrosa.

Encontró la estrecha saetera, por la cual apenas si cabia su mano, aunque no fuese de las más membrudas, porque Alvar era un hombre fino, y dijo con la voz trémula de impaciencia y de amor.

—¿Estais ahí hermosa señora mia?

Pero nadie le contestó.

— Por lo que Alvar se puso en cuidado.

Por que una de dos, ó Azorah no habia querido ir, lo que significaba para Alvar que no le queria tanto como el creia, que habia metitado y se habia arrepentido, ó que no habia podido, ó tal vez no se habia engañado el buen Dieguez, al suponer que por lo del beso de la mano, al encontrarse á solas con su familia el alcaide hubiese emprendido con su hija; dándola una repasata de mil diablos.

---

## Capítulo XXIV

En que se vé hasta qué punto, Dios que ha hecho el amor, puede ser un obstáculo para el amor de dos criaturas.

Todo era que para Alvar el tiempo se había hecho tan largo por su impaciencia, que aun cuando no había trascurrido ni con mucho media hora desde que se separó de Azorah, él creía que habían pasado dos horas largas, y que por consecuencia, si Azorah estaba enamorada de él y cumplía su palabra, debía estar esperando impaciente...

Le entró despecho y desengaño de la vida, y todas las imaginaciones insensatas que se les ocurren á los que están locos de amor.

Y ya creyó que se veía abandonado y burlado y obligado á hacer en su desesperacion una de las suyas.

Porque debemos decir que Alvar había caído de veras, y que estaba ya enamorado por todo lo que le quedase de vida, y en su último y escepcional grado,

es decir, cohibido, dominado, absorbido por Azorah, y desarrollado un tal fuego amoroso en todo su sér, que por un fenómeno muy natural, le daban impulsos de empezar á dar saltos de leon y no parar hasta el fin del mundo.

Se ahogaba.

Se le ennegrecia el alma.

Maldecia su mala estrella.

Se daba á los diablos y le irritaba de una manera sobre humana el rechinar del arnés del guarda que se paseaba en las banquetas de las almenas del muro, á cuyo pié estaba el adarve, y el monótono y cadencioso canto popular árabe con que entonaba á media voz el guarda su vigilia y no durmiese.

El muro era bastante alto para que no pudiese temerse que el guarda oyera lo que los dos amantes hablasen en voz baja.

Pero no se le ocurría esta idea á Alvar, porque cabalmente lo que le inquietaba era el temor de no volver á hablar por aquella noche, y tal vez nunca, á su adorada Azorah.

Y sintiendo en su imaginacion y acreciendo en su despecho, pasó para Alvar otra media hora larga, y tan larga que él la creyó un siglo.

Ya más de una vez un leve ruido, ó fingido por la imaginacion y el deseo de Alvar, ó causado por una ráfaga de viento, le habia hecho creer que se acercaba Azorah.

Pero el ruido habia pasado.

Se habia perdido fementido y leve, aumentando la desesperacion de nuestro mozo.

Al fin sobrevino un ruido confuso, pero más distan-

to que los anteriores, verdaderamente ruido, no se podía dudar, siendo que acrecia y que parecia el de una persona que bajase por unas escaleras de caracol.

El ruido crecia.

Indudablemente aquella saetera daba luz á las escaleras de la torre.

Creció el ruido, y al fin Alvar juzgó distintamente de él, y vió que le producian pasos, y pasos de mujer.

Cesó el ruido y luego Alvar oyó una especie de roce.

Esto era indudable.

Azorah estaba allí.

Aquel roce era el de su cuerpo al extenderse en el gruesísimo muro para poder poner su cabeza cerca de la abertura de la saetera.

—¿Estais ahí?—dijo ella con una voz tan hechicera, tan conmovida, tan tímida, tan pudorosa, por decirlo así, que á Alvar se le curaron de repente todas las penas y todos los tempores y se le inundó el alma de gloria.

—Aquí estoy, señora,—contestó Alvar,—y de tal manera muriéndome de impaciencia y de temor, que puede decirse que cuando habeis llegado me habeis vuelto á la vida.

—Pues habeis de saber, señor mio,—dijo Azorah,—que yo me temí no poder venir á hablar con vos, porque mi padre me encerrase.

—¡Cómo! ¿Y por qué habia de encerraros vuestro padre?

—Porque vos sois muy audaz y muy imprudente, señor mio, y mi padre que detrás de nosotros iba cuando me llevabais del brazo, vió que me cogísteis la mano



y me la besásteis. Y porque yo en el momento mismo no solté vuestro brazo, mi padre me ha tenido reprehendiéndome y amenazándome yo no sé cuanto tiempo, y jurándome que mañana os había de pedir cuenta de vuestro atrevimiento, y que si en el mismo punto en que le cometisteis no os la pidió, fué por no dar un disgusto en aquellos momentos en que venia muy cansado el Cid, vuestro señor, al que quiere mucho.

—¿Y os ha maltratado vuestro padre?—exclamó Alvar acordándose de la observacion de Diegez.

—Mi padre no puede maltratarme,—dijo Azorah,—que si razon para maltratarme tuviera, me mataria; pero lo que ha sucedido no es motivo para tanto, y yo me disculpé con que cabalmente por no producir un escándalo que disgustase al noble Cid nuestro amigo, no me desasí de vuestro brazo.

Mi padre pareció satisfacerse con esta disculpa mía; pero me aseguró que había de poder poco ú os había de castigar. Y esto me tiene muy cuidadosa y sufriendo mucho, porque lo temo todo, y que nos sobrevenga á los dos una desdicha por ese vuestro atrevimiento que nunca debisteis haber tenido.

—Es que yo con mi alma y con todo mi deseo, señora, os miraba como os miro ahora, como si mi esposa fuésteis, y asíóseme mi mano á la vuestra, y la vuestra llevé á mis labios, y salióseme sin ser yo poderoso á evitarlo del alma el beso: Y no pienso negar nada á vuestro padre, sino decirle que si no soy rico, soy noble, que harto está dicho y probado con ser yo escudero del Cid. Y si hoy no soy rico, lo seré mañana, porque los que con el Cid vamos, todos tenemos ante los ojos los tesoros que pueden hacernos ricos como re-

yes, y noblemente ganados con nuestras lanzas.

—No mirará mi padre,—dijo Azorah,—en el que haya de ser mi esposo la riqueza, que mi padre es tan rico que lo que tiene no sabe, ni tiene quien le herede más que yo; pero si mirará en la calidad, en el valor y en la virtud. Yo bien creo que con ser vos caballero del Cid teneis todo cuanto es necesario para que mi padre se satisfaga en cuanto á vuestra alcurnia, vuestro valor y vuestra virtud; que bien sabe mi padre, que muchas veces nos lo ha dicho, cuando ni esperábamos conocer al Cid, que el Cid era un gran príncipe, un nobilísimo héroe, que no llevaba á su servicio más que caballeros de probada nobleza, de valor manifiesto y constante virtud; porque cualquiera de los actos de uno de sus caballeros no le satisfacía, de sí le despedía y le arrojaba, sino era que le destruía con un terrible castigo.

—Pues si en tal concepto nos tiene á los gentiles hombres escuderos del Cid vuestro padre, no habrá nada que se oponga á nuestro amor, á nuestra union; que yo deseo, señora, que creais que la deseo por vuestra grande hermosura, y por algo que en vos hay, que aparte de la hermosura el alma me cautiva, y vuestra la hace más que mía.

—¿Y quién lo duda, ni quién os ha dicho tal cosa?—dijo con una voz dulcísima y enamorada Azorah.—Pero habeis de saber que mi padre, que en que vos no seais rico no reparará, reparará sí y mucho en que sois un fiel adorador del falso Dios de los rumies (cristianos).

—No toquemos á esa cuestion, hermosa señora, que harto he pensado yo en ella y harto me ha afligido y asustado me tiene, porque medio no encuentro, que

una de dos, ó yo habré de abjurar de mi religion, ó vos habreis de abjurar de la vuestra.

—Ni aun siquiera lo penseis,—contestó con energía Azorah,—que antes de yo niegue al Dios altísimo y único y á su profeta Mahoma, seré capaz de sufrir el martirio de mi amor, y el ménos doloroso aun de mi cuerpo hasta perder la vida.

—Pues pensad en que yo no deje de creer en la Santísima Trinidad Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espiritu Santo y un solo Dios verdadero, y en la Santísima Virgen Maria, y en todos los santos y santas, arcángeles, ángeles, serafines y querubines de la corte celestial, moriré desesperado de mal de amores, y aun sufriría el martirio de que me atenazasen, y me desgarrasen las carnes y me quemasen vivo.

—Pero venid acá,—dijo con una impaciente voluntariedad Azorah;—ciego que sois los cristianos; ¿como puede ser uno ser tres y no ser más que uno, ni como puede hablarse de santos ni de santas cuando no hay más santo que Dios?

—Cabalmente ese es el misterio de nuestra verdadera religion,—dijo Alvar,—y por lo mismo que es un misterio no hay quien lo descifre; aunque yo pudiera explicarósló de cierta manera.

—Quisiera que me lo explicarais,—dijo Azorah.

—Yo no se como os lo diga, pero en fin, oid: Tengo que valerme de una comparacion. Mirad, suponer que vos y yo somos las dos almas que juntas formamos el Padre, que los que nos junta es el amor, que es el Espiritu Santo, y que lo que luego sobreviene es el Hijo, nacido del amor por obra y gracia del Espiritu Santo.

—Ah! No, no, eso no es,—exclamó con acento de vacilacion y como espantanda y temerosa de ser vencida Azorah,—ese seria el Dios del amor, ese Dios estaria en todas partes, porque en todas partes están el padre y el hijo unidos, enlazados, producidos por el amor.

—Pues eso es, señora mía, el Dios de los cristianos es la caridad y la caridad la vida, la caridad es el amor. El teólogo estaba en su terreno.

Y un teólogo no así como se quiera, sino un teólogo de la Edad Media, causista, espiritual, y con sus puntas y ribetes de hermético y alquimista, en fin, un sábio al que ayudaba el amor que por el sentia Azorah.

—¡Ah! No me digais eso,—exclamó la niña,—porque me parece que el arcángel de la tentacion bate sobre mi sus negras alas. ¡Ah! No, no me hagais creer, ni aun pensar en que es posible que exista ese dulce Dios del amor.

—Y que es todo lo que existe, que es el amor mismo más que la obra del amor divino,—exclamó con acento inspirado Alvar.—Sin ese Dios de dulzura, sin ese Dios que ha querido que la vida del hombre no sea solitaria y triste, hubiera hecho á la mujer á imágen y á semejanza del hombre como á su propia imágen celestial y divina, al hombre hizo para que fuese su compañero, y su encanto, y su alegría, y su consuelo en las tribulaciones, y el medio por causa del amor de la prosecucion de la humanidad en el tiempo. ¡Oh! si si, creed Azorah, creed en la Santa Trinidad creadora y proveedora, creed en ella, porque si ella no existiera nada existiria.

—¡Oh! Callad, callad, que vais á perder mi alma,—exclamó Azorah,—callad, porque mi misma alma levanta para sí su voz, siente lo que vos decís, la parece verdad, reconoce ese Dios creador, ese Dios de amor, ese Dios que ha hecho el amor para crear y hacer dichosas á las criaturas y para continuarlas por su espíritu y por su sangre en su raza.

—¡Ah! vos sois ya cristiana,—exclamó Alvar.—No os falta más que el agua del bautismo. El verdadero Dios se os ha revelado en el amor, y vos abandonáis el solitario Dios del islamismo, porque os atrae con su amor el Dios de la multiplicidad y de la unidad, en la conversidad.

—¡Ah! No, nunca, jamás,—exclamó Azorah.—Y me obligareis á que os deje si insistís en esas que para mí son horribles heregías.

—¡Ah! No, no,—dijo Alvar,—vos no os ireis, vos me oireis, vos meditareis, vos os convencereis, vos hareis posible nuestra felicidad abandonando vuestra falsa creencia para reconocer la mia, ley verdadera, la ley del Dios de los cristianos.

—Los cristianos creen en los milagros ¿no es verdad?—dijo Azorah.

—¿Y cómo no creer en ellos? Para no creer en los milagros, que no son otra cosa que sucesos que están fuera del orden natural conocido por los hombres, es necesario negar la omnipotencia de Dios, y á más ¿no creéis tambien vosotros en los milagros predicados por el falso profeta Mahoma, que no hizo otra cosa que seguir en gran manera en su Korán al antiguo testamento? ¿No creéis en el milagro representado en la mujer de Lot convertida en estatua de sal, porque volvió

el rostro á su ver á las ciudades malditas? ¿No creéis como creemos nosotros los cristianos en que habló la burra de Balaam? ¿No creéis en el arcángel que vino á suspender el brazo de Abraham cuando salió á sacrificar á su hijo Isaac?

—Yo he visto ayer un milagro,—dijo con la voz ópaca y cobarde Azorah.—Yo he visto á un hombre solo atravesando hacha en mano por enmedio de una multitud irritada contra él y valiente.

—¡Ah! ¡el Cid! el Cid mi señor,—exclamó lleno de orgullo Alvar.—¡Ah! pues ese milagro se repite todos los dias. No hay quien al Cid ataje, no hay quien al Cid venza; los enemigos caen ante él como las mies bajo la hoz del segador: el Cid es invencible: el Cid es un milagro viviente, porque teneis razon, no hay poder que no venga de Dios, nada existe sin la voluntad de Dios.

—No, no, pero el milagro, el milagro,—dijo Azorah,—ese milagro patente y manifiesto, porque el Cid dijo á su esposa, y su esposa nos lo dijo á mi madre y á mí durante el camino, que cuando combatía cercado por la multitud furiosa, junto al cabo de la torre de la Almudena del alcázar de Madrid, aspiró un olor fragantísimo, vió que el dia se esclarecia con luz de gloria y oyó una voz celestial que le decia: —No temas, que yo, la Madre de Dios, voy contigo y te amparo.

—Pues si el Cid lo dijo y doña Gimena afirmó que su marido se lo dijo no hay más que creerlo, porque habeis de saber señora, que el Cid y su esposa son un tal caballero y una tal dama, que basta con que ellos afirmen una cosa para que su afirmacion haga fé, y nadie sea osado sin escándalo de los que lo oyeren, á

dudar de ello; que antes que mentir el Cid ó doña Gimena se dejarían hacer pedazos.

—Pues aun hay más,—añadió Azorah,—doña Gimena nos dijo que su marido la había dicho que cuando ya en la puerta de Adoar, que había cerrado la guarda cercado por la muchedumbre, adormecido el brazo por la fatiga de tanto y tanto herir, estaba próximo á sucumbir, sobrevino una tempestad instantánea, que en medio del día trajo la oscuridad de la noche, y entre esta oscuridad, vió á su mano siniestra una gran cruz de fuego que se apagaba en la tierra, y que dos ángeles habrían la puerta de Adoar, y que al volver la luz del día él se encontró solo á caballo y con todas sus armas fuera de Madrid, en un altozano. Y lo que es aquella tempestad de truenos y de huracan, que duró ménos de lo que se tarda en cerrar y abrir los ojos, la vimos y la sentimos todos y á todos en el corazón nos puso espanto.

—Si eso no os convence,—dijo Alvar de que nuestro Dios es el verdadero Dios, y de que el favorece á los que en él creen tan manifiestamente como habeis visto que Dios ha favorecido ayer al Cid mi señor.

—Sea lo que quiera,—dijo Azorah,—yo no renegaré nunca del Dios de mi padre, ni á mis padres será ingrata amargándoles la vida cuando tanto me aman y otra hija que yo no tienen.

—Pues pensar que yo,—dijo Alvar,—he de renegar de Dios y de mi honra, ni aunque sea por un arcángel tal como vos, adorada mía, me parece tan imposible como llegar con la mano al cielo. Y es el caso, que yo no puedo vivir sin vos, y es menester ver lo que en esto se hace, porque el solo pensamiento de que no voy

á teneros, de que voy á perderos, de que otro vá á gozar la felicidad que para mí es tanto como la gloria de Dios, es cosa que me pone de tal manera que me siento capaz de hacer más hazañas por conseguiros quanta que ha hecho, y pueda hacer, y hará el noble y valiente Cid mi señor.

—Miraos en lo que decís,—exclamó Azorah,—que vos habeis dicho que es enfureces el solo pensamiento de verme de otro, y esto me ofende, que yo no puedo tener más que un amor, y este amor vuestro, que en el alma siento, es el primer amor que he sentido; y dicho se está que no pudiendo yo tener otro amor, con este amor para toda mi vida tengo bastante; y si este amor mio que yo no he buscado, que á mí se ha venido, que suya me ha hecho viniere á ser desventurada, valor tengo para sufrir mi desventura, y para amaros todos los dias de mi vida, porque por mi acerba desgracia no pueda ser vuestra esposa.

—Es que yo no me conformo,—dijo Alvar,—es que yo no quiero solo el amor de vuestra alma, ni que vos penseis en mí, ni que yo piense en vos separados por nuestro crudo destino, y sin saber el uno del otro lo que del uno ó del otro sea. Yo necesito teneros mia, vivir con vos, no separarme de vos, dejar por vos las armas y la gloria, que es cuanto de mí puede esperarse, y que me vaya á un oscuro rincon del mundo á vivir en él mirándome en vuestros ojos.

—No ha de ser sino lo que Dios quiera,—exclamó tristemente Azorah.—Ya veis que Dios no quiere que seamos dichosos, porque á mí me ha hecho musulmana y á vos cristiano, y ni yo he de perder mi alma por vos, ni vos por mí habeis de perder la vuestra si yo



quiero que la perdais; por lo mismo todo lo que hablemos es inútil, no lograremos otra cosa que entristecernos más y más, tratando más y más de nuestra desventura, y tanto sabia yo esto que si he venido á hablaros ha sido para advertiros que mi padre está irritado contra vos, y resuelto á pedir os razon por el irreverente beso que esta noche me disteis en la mano, lo cual yo no pude impedir porque estaba descuidada, no se porque. Ahora adios; no debemos continuar más en una conversacion que ya os lo he dicho es inútil.

—¡Oh! permaneced, permaneced,—exclamó Alvar,—ved que si al separaros de mí no os llevais mi vida entera, os llevais por lo ménos la mitad de mi vida. Dejad ya que el destino no quiere que podamos unirnos, que á lo ménos por esta vez yo me satisfaga de hablaros, aunque nunca podré satisfacerme; y en fin, señora mia, yo estoy loco y no se lo que pienso ni lo que hago, pero permitidme os diga, quo vos vais á ser la causa de que yo haga algo que suene, algo de que hable todo el mundo.

—Y que habeis de hacer más que sufrir y tener paciencia como yo?—exclamó Azorah,—esto no tiene remedio, nuestras diversas religiones nos separan: yo he hecho lo que debia advirtiéndoos que mi padre está contra mi irritado: despues de esto y de juraros que vos sois mi primero y mi único amor, perdonad si de vos me separo, Y no insistais porque nada recabareis.

—Id, pues con Dios, señora mia, pero tened cuenta que yo llegaré hasta lo imposible por poseeros.

—Adios y hasta cuando Dios quiera,—dijo Azorah.

—Adios y tener presente el juramento que os he hecho de lograros.

Alvar sintió el roce que producía el cuerpo de Azorah al retirarse de la saetera.

—Adios,—volvió á decir ella ya desde el otro lado del muro.

—Adios, señora mia,—dijo Alvar,—ved que os llevais mi alma.

Alvar sintió los tardos, los indolentes pasos de Azorah que subía por las escaleras.

Suspiró profundamente y exclamó:

—Ella dice que no, pero yo creo que sí. Se me antoja á mí que me quiere tanto que es capaz de renegar por mí, no digo yo del Dios de zacarrón de Mahoma, sino de siete dioses y hasta de setecientos, y además que está muy preparada la conversión, la ha enamorado el Dios de amor y misericordia que adoramos los cristianos.

Y Alvar se volvió al lugar donde tenía su lecho. Se acostó y se durmió pensando en Azorah.

---

## Capítulo XXV

---

De como Alvar haciendo lo que en su lugar nadie hubiera hecho puso al Cid en el caso de no saber que hacerse.

Al clarear el día, por una parte, el muecin del castillo, subido en una de las torres más altas, empezó á vocear llamando á los creyentes á la oracion del alba.

Por otra los clarines del Cid tocaron la oracion de la mañana.

Todo el mundo se puso de pié.

Se vistió, se aseó y se puso en disposicion de recibir órdenes.

Habia un gran movimiento en el castillo.

Se comprendia que se iba á marchar.

Alvar estaba cuidadoso.

Habiendo sorprendido Cidi-Ali el beso que habia dado él en la mano á Azorah, debia haber una explicacion y una explicacion ruda y de todo punto determinante, entre el padre de Azorah y él.

En otra ocasion á Alvar le hubiera importado muy poco explicarse ni con el mismo Satanás.

Pero como se trataba del padre de su ídolo, nuestro hombre estaba que le ahogaban con un cabello.

No sabia que hacerse, y con él podria asegurar que en aquellos momentos tenia miedo como un cobarde.

Esperaba á cada instante que un paje ó cualquier otro servidor de Cidi-Ali, viniese á buscarle de su parte.

**Pero el recado se hacía esperar.**

Entre tanto los preparativos que se hacian en el castillo, demostraban la proximidad de una marcha.

Alvar se recomia.

Estaba impaciente, irritado, lleno de imaginaciones, indispuerto consigo mismo, y creciéndole de tal manera el amor que sentia por Azorah, que ya no le cabia el corazon en el pecho.

Apretóle, en fin, de tal manera la basca, que se fue á la torre en que estaba aposentado el Cid con su familia, y dijo á uno de los servidores:

—Anunciadme al noble Cid nuestro amo y decidle que don Alvar Gimenez necesita hablarle para un asunto gravísimo sin pérdida de momento.

Fuese con el mensaje el criado, y á poco volvió diciendo que el Cid esperaba á don Alvar.

Entró éste y se encontró al Cid que se estaba atando las calzas de malla, señal clara de que se iba á marchar y en breve.

—¿Qué te sucede, qué te pasa, que tripa te se sale, Alvar?—exclamó el Cid mirando con cuidado al que podia llamarse uno de sus escuderos favoritos.

Alvar iba pálido como un muerto.

En sus ojos lucia algo terrible.

—Vengo á que me castigueis, señor,—dijo Alvar.

—¿Pues qué has hecho?—preguntó el Cid mirando fria y profundamente á su secretario.

—No se trata de lo que he hecho, señor, sino de lo que pienso hacer,—contestó Alvar.

—¡Ah, ya!—exclamó severamente el Cid,—conque es decir que piensas hacer algo punible, y en vez de arrepentirte vienes á que yo te castigue por la sola intencion de la falta, que sin duda piensas revelar-me. Vamos, Alvar, á tí te pasa algo que te ha vuelto el juicio. ¿Quién es ella?

—Ella, señor, es Saida Azorah.

—Sí, sí; ya ví que anoche cuando llegamos al castillo te arrimaste á ella y la diste el brazo; y ví tambien cuando íbamos por la galería, cerca de la puerta de esta torre, algo por lo cual pensaba reprenderte ágríamente.

—¡Cómo! ¿vos tambien lo visteis, señor?

—Lo vió todo el mundo, lo vió su padre; los enamorados irreverentes como tú, los hombres que no saben poner un freno á sus inmoderados deseos, enloquecen, ciegan, y porque ellos están ciegos, piensan que todo el mundo lo está tambien.

Pues te advierto que como todos notamos tu atrevimiento, tambien lo notó el padre de Azorah, y hace poco se fué de aquí, que vino únicamente á manifestarme que no tomase á mal el que él te castigase de una manera durísima; en fin, que he tenido que pleitear por tí, Alvar, y prometer que yo te castigaré cumplidamente.

Y como yo no puedo faltar á lo que prometo, el

castigo que voy á darte... pero es que yo no sé qué castigo te puedo dar. Mi doña Gimena, que también reparó en ello, me dijo que tú eras un mal hombre, que no te habias corregido de los malos vicios de tu juventud, y que yo debía no ménos que ahorcarte; ¿entiendes, Alvar? ahorcarte; y esto por el crimen de haberte atrevido al pudor de una doncella.

—Ni va ni viene un beso en la mano,—dijo Alvar,—y sobre todo que la persona interesada, la que más ha debido ofenderse, no se ha ofendido.

—Mira, Alvar, cuando las mujeres se enamoran se las mete el diablo en el cuerpo, y no se ofenden por nada con el hombre que las enamora. Pero doña Gimena tiene razon: el que ama limpiamente y como Dios manda, no ha menester de abusos, que dígase lo que se quiera, lastiman el pudor de una mujer; doña Gimena sabe bien que con todo el amor que yo la tenia, la tengo y la tendré, mientras no fué mi velada, yo no me atreví á ofenderla ni aun con los ojos, y los miramientos que yo con doña Gimena tuve mientras mi esposa no fué, es lo que debe tener con toda honesta doncella quien es cristiano, noble y caballero. Y en tí hay más culpa, porque al fin el santo vínculo del matrimonio viene á lavar todas esas licencias que, sin embargo, nunca deben tenerse; pero tú cuando te lanzaste á tu atrevimiento debias saber que tu consorcio con tu enamorada era imposible por la diferencia de religiones: y una de dos, ó tú creias que ella habia de renegar de su religion por tí, ó tú estabas predispuesto á renegar de tú Dios por ella, ó lo que es peor aún, á seducirla y burlarte de ella. Tú crees que lo que has hecho nada monta ni vá á ninguna parte; y sin embargo, significa

todo eso que te he dicho, y todo eso merece un severísimo castigo. Hay que respetar á las mujeres, como si estuvieran benditas ó consagradas, ó no llamarse caballeros, que los deberes de la caballería, y tales y tan vergonzosas licencias no se consuman bien; y aún no contento con esto, pícaro, vienes á decirme que te castigue por lo que has hecho, que ya ha sido grave, sino por lo que piensas hacer, que con solo haberlo pensado ya es infinitamente más grave; y vamos á ver lo que has pensado.

—Pues yo no he pensado nada, señor,—contestó Alvar,—yo no sé más sino que ese prodigio de Dios me ha vuelto el seso, que no vivo, que tengo una fegata en el corazon que me enciende la sangre, y como yo sé quien soy, y lo que yo soy no lo sabe nadie mejor que yo; tengo la seguridad, señor, de que yo me arrojo á todo, y sin mirar inconvenientes, sucede una de dos: ó que ella porque me quiere á mí tanto como yo á ella, conmigo se vá á donde yo la lleve, ó yo me la llevo sin pedirle licencia en ello ni á su padre ni á nadie. Y mire vuestra merced como tendré yo el corazon, cuando conozco, como si lo viera, que por esa criatura soy yo capaz de llegar hasta la más enorme de las enormidades. Por eso, señor, como yo os estimo y os respeto y os venero, desesperado y loco á vos vengo para que me mandeis ahogar ó descuartizar ó para que me priveis de la libertad, ó me lleveis cargado de cadenas y como un perro detrás de vuestro estandarte.

—Hé aquí un juicio tan difícil como aquellos juicios de Salomon,—dijo el Cid.—¿Y qué quiere Dios que se haga con un hombre que siente la tentacion del pecado, que sabe que del pecado no ha de librarse, y que

viene á que se le castigue ántes de cometer el pecado, ni más ni ménos que si ya le hubiera cometido. No se vé claro, clarísimo, que este hombre está loco? ¿Y cómo castigar á un loco por sus locuras que él no puede remediar? Y luego, que es la cosa más natural del mundo el que un hombre se enamore cuando le llega la hora, y luego que yo he visto que ella, con todo su recato y toda su alcurnia, y su soberbia á cuestras, te miraba de una manera, que francamente, Alvar, siendo yo mozo y viéndome mirado por ella como ella te miraba, no sé, no sé á que extremo hubiera ido, dada la imposibilidad de estos amores por la diferencia de religion. En fin, cuando las dudas son tan graves como las que yo tengo, no se sabe si irse al vado ó la puente. Y dígame yo, en verdad, que como yo conozco que viéndome en tí y mirado por una mujer que me enamora-se, no me hubiera contentado con besarla la mano, sino que la hubiera abrazado, en lo cual hubiera hecho muy mal, tengo por no visto lo visto, ni oído lo oído, y te amonesto y te requiero para que sobre tí vuelvas y veas lo que haces, y te pases la mano por la frente y te quites esos malos pensamientos y te arrepientas.

—Que no me arrepiento, señor.

—¡Hombre! Es decir, que tú te has propuesto que yo te castigue.

—Estoy desesperado, señor.

—Pues mira, desesperado ó no, por lo mismo que te has propuesto hacerme una cosa, yo me propongo no hacerla, y veremos quien puede más de los dos. Has pecado gravemente, que en dar en demasia, has ido viniéndome á mí con un tal mensaje como el que vie-



nes. Libre eres; juicio tienes; razón te ha dado Dios para que disciernas el bien y el mal, pero te advierto que si despues de esta advertencia en el mal dieres, no habrá para tí compasion ni excusa.

—Pues bien, eso es lo que yo quiero,—dijo Alvar,—Estoy desesperado; mándeme vuesa merced matar como si hubiera cometido ya la culpa.

—Pero tan enamorado estás insensato, y hasta tal punto has podido volverte loco por una mujer? y no queriéndote tú darte muerte á tí mismo para salvarte de tu desesperacion, quieres que yo te sentencie como si hubieras pecado? Pues no y no y no. Has lo que quisieres que aquí me quedo yo para hacerte pagar aquello que hubieras pecado.

—Mirad, señor, que soy capaz de llevármela y perderme con ella de tal manera que no se nos encuentre ni con hurones.

—Vamos, Alvar, tú estás loco. Vete, vete, y armá-te, y prepará-te para cabalgar, que vamos á partir enseguida para Toledo.

—¿Y nada más me dice vuesa merced?—dijo Alvar Gonzalez.

—Nada más, sino que el amor te ha vuelto simple. En fin, hijo, cuando se trata de ellas el que más mira ménos ve, y todo lo que puede ser, es que sea menester casaros quedándose ella mora y tu cristiano, al fin y al cabo, si contigo se casa y ella te quiere como lo parece, porque yo creo que un hombre no se puede enamorar hasta la locura de una mujer, sin que á esta mujer se la pegue, hasta la locura esa enfermedad, acabará por amor tuyo por convertirse á nuestra religion.

—Pues entonces, señor, y yo como tomo las pala-

bras de vuestra merced como un consejo, la robo y me la llevo.

—¡Cómol pícaro,—exclamó el Cid,—como consejo mio tomas lo que yo no he dicho sino como una parte del remedio del mal que tú podias hacer? Pues mira no sea que cuando el delito intentares á tí me vuelva, y de tal manera la pagues que no puedas hacer daño á nadie.

—Será lo que Dios quisiere, señor,—contestó Alvar.—Con vos he cumplido viniendo á vos desesperado porque os amo, porque no quiero que siendo vos como lo pareceis tan amigo de Sidi-Ali; tengais un disgusto.

—Vete, te digo; y en cuanto á lo que has de hacer ó no has de hacer, ya verás tú lo que más cuenta te tiene, si seguir mis consejos y domar esa pasion que se te ha metido en el alma, ó darla rienda y soportar lo que yo contigo hago.

—Muy bien, señor,—dijo Alvar,—os repito que será lo que Dios quisiere. Ahora, que Dios os guarde, señor.

—Que contigo vaya y te ilumine,—respondió el Cid.

Alvar salió.

—¡Y por que he de castigar yo á sangre,—dijo el Cid,—á este mozo tan valiente y tan leal solo por prevenir una falta que aun no ha sobrevenido? ¡Ni como echarle yo de mi lado, ni ponerle preso, lo cual sería para él una deshonra peor que la muerte? Bah! bah! el diablo anda revolviendo todo; y á la verdad que la niña es tal que bien puede disculparse al pobre mancebo por su locura amorosa. Ea, adelante y no pensemos

más en esto, ya veremos, si llega el caso, por donde hemos de salir.

Y el Cid mandó que sus clarines tocasen á cabalgar.

Se oían ya los añafles del castillo que tañían llamada de guerra.

---

## Capítulo XXVI

---

En que se vuelve á hablar de milagros y se dice lo que de estos milagros pensó el Cid.

Habr  indudablemente entre nuestros lectores muchísimos que extra en que doña Gimena hubiese aconsejado al Cid castigase   muerte   Alvar Gimenez, por el solo hecho de haberle besado la mano rob ndola por decirlo así, aquel beso   una doncella de quien estaba enamorado.

Podr  parecer esto absurdo, falso.

Pero tal era el carácter de aquella época.

El más leve atentado al pudor de una mujer se tenía por ante las costumbres como un delito de muerte.

Las ideas religiosas y caballerescas llegaban hasta la exajeracion.

Isabel la Católica que era discret sima, mand  ahorcar   un hidalgo simplemente porque había hecho se a de una manera algo viva   una de sus damas que la

amaba, y el gran cardenal de España Mendoza tuvo que andar de prisa y esponerse y sudar para convencer á la reina y hacerla desistir de su cruda sentencia.

Y lo que más contribuyó á que esta no se cumpliera fué que la dama en cuestion, condolidada de la clarísima desgracia de su enamorado, se arrojó á los piés de la reina, manifestándole que le amaba.

Isabel la Católica la reprendió ágríamente diciéndola que una doncella honrada no debía amar al que se habia atrevido á su recato.

Los casó, lo cual no libró al marido de estar seis meses preso en un castillo para pagar en alguna manera su delito, y habiendo dotado convenientemente á la dama, la despidió de su servidumbre, y por más que ella pretendió volver á la casa real, nunca pudo conseguirlo.

Si con estas exajeraciones se daba á fines del siglo XV, cuando alboreaba, por decirlo así, el Renacimiento, cuando moria una edad de creencias para dar lugar á otra edad de filosofía y de razon pura, pueden figurarse nuestros lectores hasta que punto llegaría la exajeracion del sentimiento religioso y del sentimiento del honor en el siglo XI.

Hoy todo esto parece ridículo.

Aún hay quien no puede tolerar, por que lo juzga una tontería, el sumo grado de ferocidad del honor, que llevó al Cid á causar toda aquella espantable tragedia por vengar la injuria hecha á su padre.

Las pasiones humanas son iguales en su desarrollo, pero varían en sus manifestaciones, subordinadas á las creencias y á las costumbres.

El hombre siempre en el fondo es el mismo, pero

nunca ha sido ni puede ser el mismo en las manifestaciones de su sentimiento.

Porque el sentimiento es impuesto ya lo hemos dicho por las creencias y las costumbres.

Así es que las costumbres y la creencias de otros tiempos aparecen de todo punto bárbaras.

Hoy no se comprende, no se puede comprender el absoluto derecho que tenían los padres romanos sobre sus hijos, incluso su libertad y su vida.

Los europeos no podemos comprender esa viuda india que se arroja á las llamas ante el cadáver de su marido.

No comprendemos, ni podemos comprender la terrible costumbre de Lacedemonia que mataba al niño que nacia deforme y daba la cicuta al viejo inútil.

Todo esto, sin embargo, estaba en las creencias, en la ley, en las costumbres.

Nada tiene, pues, de extraño que doña Gimena pidiera la muerte para don Alvar por un simple beso dado en una mano, y que el Cid se mostrase severísimo para con la misma falta.

Solo el gran corazon del Cid y el mucho amor que á Alvar tenia, y aquel no importa, que era la palabra más usual del Cid y que representaba que él encontraba remedio para todo.

Le habia conmovido la libertad de Alvar.

No podia pedirse más al leal mancebo.

—Voy á cometer una falta que os va á disgustar, á irritaros,—le habia dicho,—castigarme antes que la cometa porque no he de dejar de cometerla. Sobre todo, Alvar ignoraba que el Cid habia tomado su partido intuitivo ya por la queja de Gidi-Ali.

Se emprendió la marcha.

Era necesario ir á Toledo.

En Madrid se habia dado un gravísimo escándalo, y Cidi-Ali, así como el gobernador de Madrid, habia creído que debia ir al rey Almamun para ser juzgado.

Habia dejado en Hins-Al-Geber á su lugarteniente, y no sabiendo si el rey le retendria preso en Toledo y le quitaria la alcaidia de Hins-Al-Geber, se habia llevado consigo á su mujer, á su hija y se habia hecho seguir por sus esclavas y por sus esclavos, llevándose además todo el dinero y todo los efectos de valor que en Hins-Al-Geber tenia.

En cuanto al resguardo, no llevaba más que escuderos convenientemente armados y montados, que no pasaban de cincuenta.

Pero para ¿que necesitaba más resguardo que los trescientos hombres de la brava hueste de su buen amigo el Cid?

Cidi-Ali no abandonaba á Hins-Al-Geber.

Pero se prevenia para todo.

El Cid tomó la precaucion de llevar á su lado entre él y Garcés, á Alvar.

—Yo no te pongo preso,— habia dicho aparte á este, porque no quiero deshonrarte delante de tus compañeros,— que cuando á un hombre se prende es por algo feo y malo, y siempre es feo lo malo, é indigno de toda indignidad de un caballero, pero conmigo te has de venir cosido á la concha de mi caballo, y ten en cuenta que al más leve movimiento que hagas que á mí me indique que me desobedeces te hago dos, para que no puedas hacer nada que te deshonre.

Alvar sabia bien hasta que punto cumplia sus pa-

labras el Cid, y aunque no era cobarde, junto al Cid se fué sin separarse de él durante las tres leguas que anduvieron hasta que llegando á un lugar frondoso, el Cid mandó que se sentase, se diese pienso á las bestias, y almorzasen los hombres.

—Conmigo habrás de almorzar Alvar,—le dijo el Cid.

—Tanta honra, señor,—exclamó Alvar.

—Agradécela y calla,—contestó don Rodrigo.

E inmediatamente mandó se le sirviese aparte el almuerzo, que de otro modo el Cid hubiera almorzado con doña Gimena y con sus hijas, á más con Cidi-Ali, y la mujer y la hija de este.

Pero estaban próximos y veía el Cid que por más que Alvar queria contenerse, no era poderoso á evit que con mucha frecuencia una ansiosa mirada suya fuese á buscar á Azorah, que por su parte, no pudiendo contenerse tampoco, miraba de una manera enamorada y á despecho suyo á Alvar á pesar de que estaba al lado de su padre que se mostraba hosco y ceñudo.

Pero llegó un momento en que el enérgico Cidi-Ali no pudiendo ya resistir lo que para él era una vergonzosa liviandad de su hija, la dió una bofetada y asiéndola en seguida por los cabellos la arrastró sin que pudiese evitar esto ni la madre de Azorah ni doña Gimena, que sólo lograron arrancar á la jóven de las manos del irritado padre.

Tal fué lo rudo de la acometida de Cidi-Ali á Sara, tal el terror de esta que exclamó:

—Si es cierto tú, Dios de los cristianos que eres el Dios del amor y de la misericordia, sálvame.



No sabemos lo que hubiera acontecido, y si se hubiera realizado ó no un milagro; ó si se realizó.

Porque verdaderamente fué milagroso el salto que desde la yerba sobre la cual estaba sentado, dió el Cid, y no el menor que dió Alvar, cayendo ambos junto al irritado Cidi-Ali en el momento en que levantaba su gumia sobre su hija.

El Cid le asió por los brazos y le echó á un lado con la misma facilidad que hubiese echado á una pluma, y en los brazos de Alvar cayó desmayada Azorah por el terror que la habia causado el ver brillar en alto sobre su pecho la gumia de su padre.

Habian acudido los más inmediatos, de una parte escuderos del Cid, de la otra de Cidi-Ali.

Habian tomado de los brazos de Alvar á Sara, su madre y doña Gimena.

A pesar de la grande amistad que por lo que habia acontecido los habia unido, Cidi-Ali se habia vuelto airado blandiendo su yatagan contra el Cid, y el Cid lo contemplaba erguido é inmóvil, sin poner aun mano á la espada, en el momento en que Alvar se cruzó entre ellos.

—No habeis de ser vos, señor, —gritó Alvar,—quien riñais por cosas que son mias.

Y desnudando su espada se fué sobre Cidi-Ali.

—En buen hora,—exclamó con voz rugiente este.

—Deteneos,—dijo con voz potente el Cid.

Ambos permanecieron inmóviles.

La voz del Cid, el prestigio que le enaltecia, aquel, su don particular, que le hacia imponerse hasta á los más bravos, habia detenido á dos hombres que podian haber sido considerados como dos fieras.

—Es muy terrible,—exclamó el Cid,—poner entre un amor inevitable, entre un amor que Dios ha querido que sea, sangre que ha de amargar siempre ese amor. Hacedos afuera,—dijo,—envainad vuestros aceros; dejemos la resolución de lo que haya de hacerse al tiempo; si ellos no han podido disimular el amor que se tienen, ¿por qué hemos de arrojar sobre ese amor sangre que ya he predicho puede ser para ese amor una maldición?

—Ese amor es maldito,—exclamó Cidi-Ali que temblaba de cólera,—una creyente no puede amar á una infiel sin hacerse merecedora de la muerte, ni puede ménos un padre que se ha visto obligado á sacrificar á su hija, de esterminar al que ha sido la causa de tan dolorosa tragedia.

—Esperad, alcaide,—dijo el Cid,—que no hay más que un Dios en el cielo y en la tierra, y ese Dios sabe lo que ha de suceder; y no sucederá otra cosa sino lo que Dios quiera que suceda. ¡Hola, Garcés! Llevaos preso á don Alvar y que allá le retengan en el centro de la hueste; y vos, mi buen hermano Ali, no os apartéis de mí, que yo para mí tengo que no os ha de pesar haber seguido mi consejo.

—Sea lo que vos quisieréis,—hermano Cid Rodrigo,—exclamó Cidi-Ali, que ya empezaba á alegrarse de que el Cid hubiera llegado á tiempo de impedirle herir á su hija.

Por mucho que el amor de esta por un cristiano le hubiese irritado, era al fin padre.

Entre tanto había vuelto en sí Azorah y murmuraba.

—¡Oh, sí, sí, el verdadero Dios es el Dios de los

cristianos, el Dios del amor y de la misericordia, El ha tenido compasion de mí.

Se emprendió de nuevo la marcha.

Delante iban los descubridores del Cid como en campaña.

Despues el Cid y el barón Cidi-Ali, Garcés y Dieguez, y algunos viejos sesuderos les seguian como en honor.

Pero podia decirse que Cidi-Ali, y así lo comprendia él mismo, iba preso.

Despues marchaban otros escuderos en un peloton cerrado.

Inmediatamente iban las literas que conducian á doña Gimena, á sus hijas, á Azorah y á su madre, á las dueñas, á las damas, á las doncellas de doña Gimena.

Seguian luego en acémilas y con camargas las esclavas de la servidumbre de Cidi-Ali, servidas por esclavos á pié.

Luego iban revueltos escuderos del Cid y escuderos de Cidi-Ali.

Y por último, toda la otra gente del Cid cerraba la marcha.

Descendia la tarde.

Se veia allá á lo lejos, azul, eminente, el monte donde asienta sus muros Toledo.

Pero aún quedaban tres leguas.

La tarde se hacia desaparible.

Un parador ó venta ó fondal, extenso y cómodo se veia á alguna distancia entre dos domas.

El sol se ponía.

De improviso, de un todazal que se veia á la izquier-

del camino, saltó una voz plañidera, doliente.

—¿No hay quien por Dios me socorra y de este lodazal me saque?—decía aquella voz á punto que junto al lodazal pasaba el Cid.

Miraron todos y vieron un horrible leproso, un ser repugnante, asqueroso, en el cual apenas si se conocía forma humana.

Su lepra, purulenta, terrible, daba horror.

Cayó en el lodo, extendía sus manos monstruosas, hinchadas por la lepra, hacía los que junto á él pasaban.

Todos sintieron un movimiento de repulsión, todos menos el Cid que refrenando su caballo, saltó de él y se dirigió al lodazal.

—¡Ah! No le toques, no le toques, Cid Rodrigo,—exclamó Cidi-Ali,—no le toques que te contaminarás y morirás.

—Dios ordena la caridad,—dijo don Rodrigo,—Dios hará de mí lo que cumpla á su santa voluntad.

Y se metió en el lodo.

Tendió las manos al leproso y le sacó del lodazal.

Luego montó á caballo.

Tomó al leproso sobre el arzon y partió hacia el parador inmediato.

Todos estaban aterrados, asombrados.

Era imposible que el Cid no se contaminase.

Y no fue esto solo.

Cuando llegaron al fonsal, don Rodrigo pidió para un leproso un lecho.

Le acomodó en él, y durante la cena dijo á Cidi-Ali, con quien cenaba solo:

—Créeme, alcaide, nada sucede que no provenga

de la voluntad de Dios. Si Dios quiere que no me contamine, no me contaminaré, y en prueba de ello, y para que veas cuanta fé tengo yo en el poder de mi Dios, yo dormiré esta noche con el leproso.

Miraba con asombro el árabe á don Rodrigo.

—Verdaderamente,—dijo,—se necesita una fé ciega para hacer lo que tú has hecho, y si durmieres con el leproso y no apareciera en tí por la mañana la fiebre de la lepra, yo creeré que Dios te ha amparado, que tú Dios es el verdadero Dios, y á él me convertiré.

Podría creerse que el valiente, el heróico Cid habia aprovechado al leproso, buscando un milagro para convertir á Cidi-Ali y á su hija y hacer posible el casamiento de esta con Alvar.

Pero no era esto.

No era tampoco una ostentacion de valor.

No era sostener su prestigio arrojando un horrible peligro.

A encontrarse solo con el leproso lo mismo hubiera hecho.

Habia obrado únicamente por el impulso de su caridad, por esa caridad incondicional del hombre que siente el dolor de sus semejantes y que á todo trance lo socorre.

El Cid cumplió su palabra.

Acabada la cena, se acostó con el leproso, asombrando y aun aterrando á todos los que eran testigos de aquel inmenso rasgo de caridad y de valor.

Porque en medio de todo era inútil que el Cid se acostase con el leproso, puesto que por acostarse con él no podia aliviarle.

A la media noche el leproso despertó al Cid por medio de un soplo en las espaldas.

El Cid se despertó despavorido.

Habia sentido lleno su sér de algo infinito, de algo superior á la vida, de algo que él no habia experimentado jamás, y habia sublimado su sér hasta donde él no habia podido concebir fuese sublimado un sér humano.

La misma grandeza de lo que el Cid sentia le habia puesto en una especie de aniquilamiento.

Se volvió y se incorporó vivamente.

Vió ante sí al otro lado del lecho un sér luminoso, una vision sobrenatural.

Era un anciano venerable, hermoso, hermosísimo.

Pero en él se notaba las huellas de la lepra, ó la lepra misma, solo que aquella lepra no desfiguraba ni era repugnante.

Una fragancia suavísima llenaba el aposento.

—Héroe,—le dijo aquella vision,—tú eres un elegido y amado de Dios; tú serás salvo; tu valor no conoce límite; como arrostras la muerte por la razon y por la justicia la arrostras por la caridad. Dios me dijo: Lázaro, vé, vé, recobra la forma que tuviste en vida con la lepra que te alimentó, sal al encuentro á esa alma fiel, á esa alma creyente y sujétala á una última prueba. Y yo me aparecí á tí en el tremedal. Si, yo soy San Lázaro; yo te traigo la bendicion de Dios; yo quiero asegurarte. Así pues, por apretado que te veas en un peligro no desmayes, continúa sirviendo á Dios contra sus enemigos, cumpliendo como hasta ahora las santas y nobles leyes de la caballería, y cuando creyeres que todo para tí está perdido, que los enemigos

van á prevalecer contra tí, al sentir un dolor semejante al que esta noche has sentido en las espaldas y que te ha hecho despertar, tan la seguridad de que yo, con quien has dormido, estoy contigo y contigo peleo.

Se arrodilló el Cid que había salido completamente del lecho.

Pretendió hablar al santo leproso.

Pero en aquel momento la vision desapareció.

Pasó por el Cid un vértigo y cuando se sintió libre de él, creyó un sueño lo que le había acontecido.

La lámpara se había apagado.

El Cid palpó el lecho.

Estaba vacío.

El leproso había desaparecido.

Fué el Cid á la puerta y la encontró cerrada por dentro.

Fué á la ventana.

Cerrada estaba también.

No podía haber salido el leproso.

Abrió la puerta, llamó y pidió luz.

Examinó el aposento y no halló al leproso.

El Cid se arrodilló y toró á Dios con toda la efusion de su alma.

Le dió gracia por los favores que le dejaba conocer.

Volvió á acostarse y se durmió tranquilamente.

Segun su costumbre se levantó al amanecer.

Doña Gimena que era también madrugadora estaba levantada ya.

Miró con ansiedad á don Rodrigo.

—Yo no te reprendo tu caridad, —le dijo, —yo hubiera hecho lo que tú has hecho, pero no extrañes que

que esté curada. Si te has contaminado con la lepra.

—La lepra de San Lázaro es contagiosa.

—¡Ah!—exclamó Gimena,—el mal de San Lázaro es terrible.

—Sí,—respondió el Cid,—pero cuando al leproso que encontramos y que nos pide ayuda es el mismo San Lázaro....

—¡Oh! ¿qué dices,—exclamó doña Gimena palideciendo.—¡Aquel leproso era....

—Sí, sí,—exclamó el Cid,—aquel leproso era San Lázaro.

—¡Oh! Dios mío, —exclamó Gimena,—tú eres un elegido del Señor. ¿Y nada te ha pronosticado San Lázaro?

—Nada, solo me ha dicho que cuando sienta en las espaldas un soplo semejante al con que me despertó á la media noche, por muy atribulado que me sea, por muy en peligro, cuente con la victoria, que él peleará conmigo.

—¡Oh! Bendito sea Dios,—exclamó doña Gimena.

Y como San Lázaro no había encargado el secreto al Cid, por lo cual este había descubierto el milagro á su mujer, y como el Cid no había dicho á su mujer guardarse sobre esto el secreto, doña Gimena lo contó á Cidi-Ali, y á su mujer, á su hija.

Azarah lo encontró la cosa más natural del mundo, y consistía que en ella también se había efectuado un milagro: que su padre la había herido, que había sentido el frío de la hoja de su yatagan en el corazón, que había muerto y que había vuelto á encontrarse viva sin dolor alguno y sin la señal de la herida, y que esto lo había sin duda á aquel Dios de los cristianos, á



aquel Dios del amoná quien habia levantado su alma en el momento de ver sobre sí el yatagan de su padre.

Cidi-Ali habia quedado perplejo.

El aseguraba tambien que habia herido á su hija, que habia sentido que el yatagan penetraba en su carne, que habia sentido inmediatamente una amargura y una desesperacion infinitas, y que se habia asombrado al ver que su hija no habia muerto, y que en ella no se veia señal de sangre.

Además de esto, Cidi-Ali miraba y remiraba al Cid y decia para sí:

—¿Como este hombre que desde ayer ha estado en contacto con un leproso no tiene aun el semblante rubicundo, los ojos abotagados, la boca airada, ¿como no se conoce en él ninguno de los primeros terribles indicios de la lepra, sino que por el contrario su piel aparece más fresca, y su vida parece como que ha crecido.

Y se sentia dominado, y creia en el milagro y en que aquel leproso era el Lázaro de la escritura de que tambien se ocupa el Korán, y el que cuenta como uno de los pequeños profetas del islamismo.

Todo esto sobrevino en provecho de los dos amantes.

Todo lo que se oponia á su unión era la diferencia de religion.

El corazon de Azorah que por nada del mundo hubiera abandonado á sus buenos padres, ni aunque se hubiera convertido, hubiera dejado sentir la conversion de su corazon, tambien por amor á sus padres.

El Cid habia dado vueltas en su imaginacion pretendiendo explicarse que razon podia haber tenido

Dios para patentizar por medio de él un milagro.

—Yo no he vacilado jamás en mi fé,—decía el Cid,—yo no me siento capaz de una vision patente y de creer que Dios me favorece; he sentido continuamente el favor de Dios. Sin él ¿cómo hubiera podido renovar yo mis dobles empresas que he llevado á cabo? El hombre por si solo no es nada. Es una leve pluma que el viento lleva, todo lo fuerte, todo lo grande que el hombre tiene es de Dios; y por eso el hombre no debe ser soberbio, porque su obra buena no es obra de sus manos, sino obra del Altísimo, que de él se vale para hacer la buena obra, y si yo no dudo de esto; si yo no soy soberbio, ¿por qué el milagro de anteayer en la Almudena, visible, patente, y el otro igualmente patente y visible en la puerta de la Villa, y ayer San Lázaro en el tremedal, y á la media noche la vision de gloria. Dicen que cuando la eternidad se aparece á un mortal este mortal va á morir. Pero entonces por que San Lázaro me dijo que cuando me viese en un aprieto y sintiese un soplo en las espaldas supiese que el peleaba conmigo.

El Cid tenia muchisima razon no explicándose la razon de aquellos prodigios.

Hoy no se cree en esto.

Pero escribimos la crónica de ella, y no podemos ménos de consignar en ella los hechos culminantes de aquel héroe que encontramos en la tradicion y en la historia.

La leyenda del leproso de San Lázaro probando la heroica caridad del Cid, aquel soplo de gloria en la espalda infundiendo al Cid una vida inefable, es una le-

yenda bellísima, una leyenda ejemplar que podría llamarse una parábola.

Es la mejor recomendación que puede hacerse de la caridad.

El sentimiento de fraternidad que sentimos el hombre por sus semejantes, es resumen del idealismo, de la virtud y del valor.

¿Cómo el pueblo castellano pudo dejar de atribuir al Cid después de haberle ornamentado con todos los heroísmos, el heroísmo de la caridad?

Esto no era posible.

Había necesidad de completar el héroe.

¿Y quien sabe?

Nosotros hacemos estas salvedades porque tenemos tal vez cobardemente se nos llame fanáticos y visionarios y soñadores.

Por aquello de que como hoy no se ven milagros, nadie cree en ellos.

Sin embargo, por poco observador que sea un hombre, encuentra á cada paso de sus propios sueños ó en los de sus semejantes fenómenos de tal manera providenciales que rayan en lo milagroso.

Y es muy comun decir al notar que tal ó cual escapa de un peligro:

Ha sido un milagro que no se mate, ha sido un milagro que escape.

No hay uno solo de los que viven que alguna vez de noche no haya despertado despavorido, y aunque momentánea no haya vislo una vision, ya extravagante, ya terrible, ya bella.

¿Sabemos, en fin, lo que es nuestro espíritu?

¿Gonocemos las relaciones entre el mundo visible y el invisible?

¿Sabemos de donde venimos?

¿Podemos asegurar á donde vamos?

¿Podemos explicar la razon, la necesidad de este ser que nosotros sentimos y que llamamos vida?

¿Nos acordamos de cuando empezó?

¿Sabemos cuando ha de terminar?

¿A poco que lancemos nuestra imaginacion en los vagos espacios del infinito, no creemos que pertenecemos á otro mundo y que esta vida que sentimos es un sueño doloroso.

No se puede afirmar ni se puede negar en lo referente á las relaciones de lo mortal con lo inmortal, de lo justo con lo injusto.

Tal vez si nosotros no vemos claro y distintamente esos prodigios que han dejado consignados en la tradicion los hombres de otras generaciones, es porque tal vez demasiado materializados, nuestro espíritu no tiene bastante fuerza para revocar el espíritu, el alma espíritu que está fuera de la condicion de nuestros intereses, aunque relacionado con ella.

¿Quién sabe!

Pero es verdaderamente admirable que los antiguos poemas de todas las civilizaciones que las antiguas teogénia, que de su tradicion se habla constantemente de lo prodigioso, de lo sobrenatural, visible ó tangiblemente manifestado, y que tantas generaciones entre las cuales las ha habido infinitamente más filosóficas, más sábias, más grandes que la nuestra, nos dan en lo que de sí han dejado escrito noticias, hechos concreto, ma-

nifestaciones de aclaracion entre lo injusto y lo justo, entre lo relativo y lo absoluto.

Los augures, las pitonisas, los magos.

Todo esto ha existido en pueblos infinitamente más civilizados que lo que nosotros lo estamos.

Así pues, bien puede darse á los escépticos motivo para que hagan un gesto de lástima porque nos crean supersticiosos.

Ese gesto de lástima alcanzaria á generaciones enteras cuyo testimonio es harto respetable.

Y hoy que se revela el espiritismo, hoy que hablan los espíritus, hoy que podemos evocar el alma de quien queramos, así sea el de Alejandro el Macedonio, y como lo hagamos con fé, de seguro viene á pararse á hablar con nosotros.

En fin, hoy se puede conocer todo lo que se quiera como se puede negar todo lo que se quiera.

Dos exageraciones están en cada un materialismo, unidas con un espiritualismo extravagante.

Y los que nos encontramos entre estos dos extremos, estamos como el alma de Gorilay, en el aire, sin saber que explicaremos, aturdidos y atenidos á lo que buena mente quiera Dios que sea de nosotros, sin poder darnos razon de los fenómenos de la vida moral de las sociedades.

Encontrámonos con que la lógica es ya una cosa inútil, que no hay términos de conspiracion, que no hay deducion posible, entregados al acaso, perdido el buen sentido, anegados en un casi idiotismo del espíritu.

Es que los términos medios son funestos porque no son ni la luz ni la sombra.

Sen la niebla, en medio de la cual todo se deforma, todo se indetermina y hasta se pierde el sentimiento de la materia y de la sustancia.

O materia pura y corrompida, ó espíritu indefinido, inexplicable, revistiendo una fórmula ridícula.

Lo que es innegable es que nos encontramos de lleno en medio de una transición, que no sabemos á donde nos llevará, si al materialismo con todas sus consecuencias ó al espiritualismo con todos sus sueños.

La verdad despues de todo es que á pesar de Aristóteles y de Platon y de todos los filósofos habidos y por haber que se han ocupado de los fenómenos del espíritu humano, no sabemos nada acerca de nuestro espíritu, siendo cada una un misterio para nosotros mismos, un resultado tangible de una causa desconocida, cuya razon no podemos ni aún vislumbrar.

Hemos dicho todo esto porque se nos ha puesto delante de la pluma, y despues de haberlo escrito no comprendemos que utilidad pueda producir.

Sea como quiera, esto significa que no queriendo nosotros pasar en silencio la parte maravillosa de la historia de nuestro héroe, hemos protestado en alguna manera acerca de lo que pudiera creerse de nosotros, como si esto importara algo.

En fin, palabras, palabras y no más que palabras, como decia el Hanlet de Skaspeare.

Continuemos nuestro cuento.

Ya hemos visto de que á pesar de que el Cid era hombre que no podia dudar de los milagros, porque en su tiempo nadie dudaba de ellos, mientras cabalgaba abandonado en su caballo, con su familia, sus amigos y sus gentes hácia Toledo, se iba devanando los sesos

buscando la razón de aquellas visiones que había tenido, hasta que al fin dándose un golpe en la frente exclamó:

—¡Ah pecador de mí! Pues ya sé lo que es; este infiel de Cidi-Ali y su mujer y su hija deben ser tres excelentes personas por sus virtudes, á las que Dios ama y á las que sin duda no falta más que el agua del bautismo para salvarse, y Dios para que se conviertan les ha dejado ver, valiéndose de mí, todas estas celestes maravillas. Gracias, pues, Señor, que en tu bondad me has elegido como medio para que se salven tres almas.

Y creyendo esto el bueno del Cid, refrenó un tanto su caballo, le inclinó hácia la derecha y volviendo el rostro dijo á Cidi-Ali que iba algo detrás de él.

—Llegad, mi buen amigo, y nos adelantaremos un tanto que quiero hablaros.

Cidi-Ali que iba ensimismado, salió de su enmismamiento.

Espoleó á su jaco y llegando hasta el Cid, los dos avanzaron lo bastante para poder hablar desembarazadamente sin que nadie los oyese.

## Capítulo XXVII

**De cómo el Cid vió que Gidi-Ali estaba en punto de conversión,  
y además que era un grande hombre de armas.**

—¿Sabeis vos lo que es la caridad, Cidi-Ali?—preguntó el Cid al árabe, —ni más ni ménos que un cura que se metiese en un exámen de doctrina cristiana.

—La caridad,—dijo Cidi-Ali,—es el amor que sentimos por nuestros semejantes y el ejercicio que hacemos de este amor, por amor de Dios, sacrificando cuanto podemos por el bien de nuestros hermanos.

—Para ser musulman,—dijo el Cid no habéis respondido del todo mal;—aunque la verdad yo no se si os hubiera podido responder mejor, por que yo no he estudiado, ni se más que lo que mi propio corazon me dice. Pero yo habia creído siempre que para ser caritativo era necesario ser cristiano.

—Buen corazon y buena obra, dice el Korán,—contestó Cidi-Ali.



Pero creéis vos, hermano,—exclamó el Cid que creyendo en el zacarron de Mahoma se puede hacer nada bueno?

—Nosotros no creemos en el zacarron que vos decis de Mahoma,—exclamó Cidi-Ali un tanto picado,—creemos si, en que la preciosa caja que sostiene los huesos del profeta son un insigne favor y un milagro de Dios, está en el aire, es decir, que no toca á nada grueso.

—¿Y eso lo habeis visto vos ó os lo han contado?—dijo el Cid,—que no creeria, ni podia creer en ningun milagro en que interviniese Mahoma, mejor dicho que no estuviese dentro del cristianismo.

—Yo no lo he visto,—dijo Cidi-Ali pero no he visto á Dios y en él creo:

—Si no habeis visto á Dios,—dijo el Cid,—habeis visto á uno de sus santos y no hace muchas horas por cierto.

—A la verdad, á la verdad, Cid Rodrigo,—dijo Cidi-Ali,—mirando de nuevo fijamente al Cid, que á cada momento estoy más maravillado. No, no hay indicios de lepra en vos y ya era tiempo. Habeis de saber que en una ocasion me encontré yo á un leproso que se arrastraba, que fenecia, y le di la mano y le alcé, y á las tres horas sentí un tal fuego en todo mi cuerpo, se me enrojeció de tal manera la piel, y de tal manera se me puso tirante y áspera que mandé inmediatamente á un famoso médico de Toledo, que me hizo enseguida no se que unguento, me frotó con él y me dió á beber no se que cosa, y despues de tenerme tres dias en su casa observándome me dijo:

—Tened á milagro de Dios el haber escapado de la

lepra, y de la mantenible lepra con que Dios puede probar á una criatura.

—Y decidme Cidi-Ali, ¿cuando vos disteis la mano al leproso y le levantasteis, sabiais vos que os podiais contagiar?

—Si que lo sabia,—dijo Cidi-Ali,—pero se me abrieron las entrañas al ver la miseria y el dolor de aquel sin ventura.

—Pardiez pueissois caritativo hermano,—dijo el Cid, y escuchad. ¿Cuando habeis entrado en batalla habeis herido en los vencidos?

—Jamás,—exclamó Cidi-Ali,—y jamás he podido acostumbrarme á la vista de la sangre. Si he peleado ha sido sirviendo á mi Dios y á mi rey.

—¡Pardiez! Pues sois un buen caballero Cidi-Ali. Por lo mismo es necesario que os convirtais, porque todas esas virtudes vuestras nada son por muy apreciiables que sean, si no las ejercitais por la creencia y por el amor del Dios verdadero. Y dejadme que yo os predique sin ser fraile, porque habeis de saber que más estima Dios la conquista para él de un alma que la de un millon de castillos de infieles, y el mejor auxilio que podemos prestar á nuestro prógimo, es sacarle del error en que tiene el alma perdida.

—Mirad, Cid Rodrigo,—dijo Cidi-Ali,—que metido venia yo en hondas contestaciones, y que me parece que nada teneis que hacer para convertirme porque despues de lo que he visto que ha pasado por vos en Madrid, y despues de la puñalada dada por mí á mi hija, que ha resultado como si no se la hubiera dado, y despues del lance del leproso, sin saber como se ha apoderado de mi la creencia en vuestro Dios, que ver-

daderamente es un Dios grande el que tales prodigios manifiesta con los que en él creen.

—Pues basta,—dijo el Cid,—y si yo encontrara ahora por aquí arroyo ó fuente, vive Dios que á mi vicario llamaba que con mi hueste viene, y á un lado nos apartábase, y siendo padrinos mi doña Gimena y yo os batizaba á vos, y á vuestra mujer, y á vuestra hija.

—Dejadlo para cuando podamos hacerlo sin peligro,—dijo Cidi Ali,—que con nosotros viene gente que se escandalizaria, y lo contaria en Toledo, y esto sería lo bastante para que el rey mi señor nos hiciese desca-bezar á mi mujer, á mi hija y á mí.

—Lo cual os haria mártires,—contestó el Cid,—y os abriria á los tres y de par en par las puertas del cielo. Pero tenéis razon. Si se puede ser cristiano sin pasar por el martirio, ¿á que arrostrarle? A Toledo nos vamos que yo se bien nos recibirá amigablemente y aun con honra el buen rey Almamun; estaremos allí algunos días, y luego una buena mañana nos salimos de Toledo y ganamos la frontera del reino de Murcia, donde fuera ya de los dominios del rey Almamun, vos y vuestra familia podeis bautizaros, y yo hacer la guerra, porque el rey de Valencia y Murcia no tiene pactadas treguas, ni hechas alianzas con mi señor el rey de Castilla, y puedo entretener mi destierro quitándoles tierra á los moros.

—En buen hora, Cid Rodrigo,—contestó Cidi Ali,—y yo me daré por muy contento con que me recibais entre vuestros escuderos.

—No tal,—exclamó el Cid,—que aunque mis escuderos son tan caballeros como el que más, y digno cada

uno por sus hazañas de ceñir una corona, quédese para ellos al servirme, que caballeros se hicieron sirviéndome, y yo os encuentro á vos ya hecho caballero y bien probado en lides, que aunque yo no conozco nada de vuestros hechos, me ha bastado con veres como teniais apercebida vuestra fortaleza y ordenada vuestra gente de guerra, y ya es una recomendacion para vos el que un rey tan prudente y tan experto en armas como el rey Almamun, os haya dado la tenencia del más fuerte castillo de la frontera.

—Si lo hubiera pedido esto por favor,—dijo Cidi-Ali,—que bien sabéis que con los reyes no son los que más medran los que tienen merecimientos, sino los que son más cortesanos.

—Pues de cortesano tenéis lo que yo de obispo,—dijo el Cid,—que para conocer esto basta con miraros á la cara. Y en fin, no quiero que nadie me corrija á mí por mis principios acerca de un hombre de guerra, que los conozco de tal modo que hasta me atrevo á contar los quilates de su valor.

—Pues á propósito,—dijo Cidi-Ali en el momento en que volvian un recodo de un camino,—páreceme que se me presenta ocasion de probaros lo que soy ó lo que no soy en armas, porque ved que aquellos seis ú ocho que allá vienen son monfies, ó porque lo entendais mejor, saltadores.

—Si, sí, ya sé lo que son monfies,—dijo el Cid,—y por tales tengo á esos que han apretado las espuelas á sus caballos creyendo que venimos solos, que con las honduras del camino no pueden ver á vuestra gente. A ellos nos vamos, Cidi-Ali.

—Dejadme, que yo he de ser solo,—contestó el alcaide.

—Pues á la buena hora,—contestó el Cid.—Id allá que aquí aguardo, pero os digo que si en aprieto os veo allá voy.

Venian, en efecto, seis árabes, bien armados, en caballos pequeños, pero fuertes, y por sus ropas y por la manera de sus monturas de sus caballos y por sus armas, demostraban claro ser bandoleros, porque además de las largas lanzas con que iban armados, llevaban á las espaldas grandes ballestas.

Esto queria decir que tanto peleaban á pié como á caballo.

Al ver á dos hombres solos y al parecer caballeros, que debian llevar dinero consigo, los monjes habian espoleado á sus jacos y se acercaban á media rienda y abiertos en alas, cogiendo el camino en el momento que contra ellos arrancó Cidi-Ali, agergándose y terciando su lanza.

Tres de ellos se vinieron decididamente á Cidi-Ali, y los otros tres pareció como que querian pasar de largo para acometer al Cid, que se habia quedado á alguna distancia, inmóvil en medio del camino, tranquilamente y sin sacar de la caja la lanza.

Pero apenas hubo llegado á ellos Cidi-Ali, cuando uno, el más próximo, cayó malherido de un bote de lanza.

Revolvióse rápido como el viento Cidi-Ali de tal manera que cogiendo á otro bandido por la espalda le desarzonó del mismo modo, y el tercer bandido se puso en fuga.

Pero le siguió Cidi-Ali.

Habia tomado el monje en direccion contraria al lugar en que el Cid esperaba aun inmóvil.

Los tres que contra el Cid se habian ido, al ver á sus compañeros en peligro, revolvieron sus caballos y se lanzaron á rienda suelta á buscarlos.

Volaba como el viento el que huía.

El caballo de Cidi-Ali era admirable y en pocos minutos le alcanzó.

Entróle el hierro de la lanza al monje por los riñones, por debajo del borde del espaldar, y tan terrible fué el golpe por la velocidad del caballo, que atravesó el hierro el peto, chocó en la perilla de la silla y la lanza se rompió.

El miserable cayó muerto en tierra.

A este tiempo oyó Cidi-Ali una gran voz que le decía:

—Guarda, guarda, alcaide, que os acometen por la espalda.

Hizo dar un bote á su caballo Cidi-Ali.

Le revolvió.

Descolgó del arzon el hacha de armas, y como ya tenia encima á los enemigos, sin su adarga, y en su coracina, vinieron á ella los tres hierros de sus lanzas casi al mismo tiempo.

Maravillóse el Cid, que ya se apercibía para ir á vengar á su amigo á quien habia juzgado muerto, el ver que sin perder los arzones se revolvió, acometió de través á los bandidos, alcanzó al uno con un golpe de hacha, le partió del golpe la adarga, la loriga y el brazo, y le tiró por tierra.

Se amedrantaron los otros dos y partieron á escape y á campo atravesía, tomando un atajo.

Tras ellos se lanzó Cidi-Ali.

—Teneros alcaide,—dijo el Cid,—y dejadlos que se

los lleve el diablo, que bastante habéis hecho para muestra.

Detúvose Cidi-All y se volvió al camino.

El Cid se le acercaba al trote.

Los primeros descubridores del Cid asomaban ya por el recodo.

—Atajad á aquellos dos que huyen,—dijo el Cid.

Partieron á la desbandada ocho ó diez ginetes.

En tanto Cidi y el Cid se habían encontrado.

—Venid acá,—dijo el Cid,—que me tenéis cuidado; so; deben haberos herido malamente.

—No, pardiez, Cid Rodrigo,—dijo Cidi-All,—que mi redanga es redoblada y no hay bote de lanza que falsee mi coracina, que es de Damasco y de las de mejor temple.

—Pues fuerza tenéis en las piernas,—dijo el Cid,—que un bote de lanza le resiste cualquiera, dos á un tiempo pocos, y tres ninguno. Bien justado sois: en que habeis salido de soslayo al recibir los botes ha consistido, que de otra usanza, no hay poder humano.

—Estos pícaros son gente mala y floja,—contestó Cidi-All,—y basta con un poco de maña para defenderse de ellos.

—No me digais á mí lo que eran, que bien los ví como partieron y como enristraron; y lo seguro que iban; y dígoos que no me pesaría llevar á Murcia tras mi estandarte cuatro ó cinco mil como ellos.

Y como hubiesen llegado al lugar donde estaban los dos primeros que habían caído, dijo el Cid:

—Pues no hay que dar al preboste el trabajo de ahorcarlos, que bien muertos están, como aquel otro de más allá; pero ved el otro que se apoya sobre el brazo sano y da cada grito que mete miedo.

Era el herido del brazo que al caer se había desangrado y no podía levantarse.

—Id y avisad al preboste, Salazar,—dijo á uno de los descubridores que ya habían llegado, el Cid.

El escudero partió á rienda suelta para ir á buscar el graso de la hueste del Cid.

A este tiempo, los descubridores que habían salido á la desbandada á cortar á los dos bandidos que huían, los habían alcanzado, los habían rendido y se venían con ellos.

Al mismo tiempo que ellos llegó el preboste:

—Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer Anton,—dijo el Cid á su preboste.—Sacad de vuestras alforjas tres buenas cuerdas, y colgadme á estos tres pícaros, que no han menester confesion. Y así es mejor, porque así se acaba más pronto.

El herido se dejó cojer sin decir una sola palabra por los oficiales del preboste, que le llevaron al pié de uno de los muchos árboles que se veían á los lados del camino.

En cuanto á los otros dos bandidos, tampoco pronunciaron una sola palabra, ni dieron muestras de terror.

Los africanos, y tales parecían los bandidos, hevan su altivez hasta el punto de morir impasibles.

Ni aun palidecen.

Se resignan.

Se entregan.

Sostienen de una manera maravillosa su dignidad.

Más que hombres son fieras.

El preboste y sus oficiales desempeñaron en muy poco tiempo su cometido, y aparecieron los tres miserables colgados de un solo árbol.



Se les habian quitado los arneses y asimismo se habia despojado de ellos á los muertos.

Se recogieron los caballos, y continuó la marcha dejando los cadáveres en medio del camino.

Cuando pasaron doña Gimena, las doncellas y las dueñas de su servidumbre, y Azorah y su madre, no se espantaron, ni por la vista de los cadáveres, ni por la de los ahorcados.

Las buenas señoras de la Edad Media estaban acostumbradas á los espectáculos de sangre.

¿Cuál de ellas no había presenciado una justa?

¿Y que justa para que pudiera decirse que habia sido buena no quedaban dos ó tres caballeros muertos ó estropeados?

Hubiera sido lo mismo que una corrida de toros en que no hubiera muerte ningun caballo.

Además, las que no habian sufrido cerco en la villa ó en su castillo, y no habian visto de cerca el estrago y la matanza, habian presenciado las encarnizadas luchas de los bandos que por cualquier cosa se combatian en las poblaciones.

Estaban, pues, curadas de espanto.

Era aquella una edad de hierro.

Las continuas guerras y con las mismas banderías hacian que los caminos estuviesen infestados de bandidos, que no eran otra cosa que aventureros, que terminada una guerra ó acabada la querrela de dos bandos habian sido despedidos, y encontrándose sin sueldo, se buscaban la vida á campo raso acometiendo á los caminantes, arrojándose sobre los caseríos y aun acometiendo las poblaciones pequeñas.

Salían á ellos los habitantes del campo, los comba-

tian, ahorcaban de los árboles á los que cogian, y una dama que se pusiese en camino de un pueblo á otro tenia casi la seguridad de ver uno de estos espantajos más ó menos recientes, más ó menos comidos por los cuervos.

No era, pues, un espectáculo nuevo para aquellas señoras lo que habian visto.

Se continuó el camino ~~de la~~ <sup>de la</sup> ~~interrupcion~~ <sup>interrupcion</sup> y á la caída de la tarde llegaron á Toledo y entraron en él por la puerta de Alcántara.

El fin de este capítulo es el de dar á conocer el estado de la ciudad de Toledo en el momento en que se abre el libro. El autor se ha servido para esto de un lenguaje muy sencillo y muy claro, y ha procurado ser muy exacto en sus descripciones.

El primer capítulo de este libro es el que describe la ciudad de Toledo en el momento en que se abre el libro. El autor se ha servido para esto de un lenguaje muy sencillo y muy claro, y ha procurado ser muy exacto en sus descripciones.

El segundo capítulo de este libro es el que describe la ciudad de Toledo en el momento en que se abre el libro. El autor se ha servido para esto de un lenguaje muy sencillo y muy claro, y ha procurado ser muy exacto en sus descripciones.

---

## Capítulo XXVI

**De la gran hazaña que en Toledo llevó á cabo el Cid venciendo á un leon, y de la buena manera que tuvo para desobligarse del rey Almanun.**

Ya sabia el rey Almanun lo que el Cid habia hecho en la villa de Madrid á donde habia llegado desterrado de Castilla y que iba á Toledo.

Recibíole no como se recibe á un simple caballero por elevada que sea su alcurnia, sino como se recibe á un rey.

El político Almanun se prevenia.

Sabia que no habia de tardar mucho el rey don Alfonso en llamar á su lado al Cid, fatigado por las intrigas ambiciosas de los otros magnates que allá se habian quedado, y á los cuales habia venido muy bien el disgusto del rey con el Cid.

El Cid era desinteresado y leal.

Le imponia sin pretenderlo con sus hazañas y sus

virtudes y el rey que era de carácter noble también, debía llamarle.

Contando de antemano con esto, el viejo y prudente Almamun pretendía poner de su parte al Cid y le honraba á la par de un rey.

Era necesario que en vez de estimular el Cid á don Alfonso á la guerra contra Toledo, lo que podía suceder muy bien, porque siempre se encuentran medios en política para romper la alianza más firme y más jurada, le disuadiese, abogase por el rey de Toledo.

Así ha sucedido siempre, tanto más honradas por los reyes los magnates, cuanto más los han temido ó los han necesitado.

El Cid recibió sencillamente todos aquellos honrosos homenajes como quien estaba acostumbrado á ellos, ó más bien como quien no se creía ni más menguado, ni más crecido porque se le recibiera con más ó ménos honra.

El Cid se bastaba á sí mismo.

Lo que él tenía no podía dárselo ni quitárselo nadie.

Habia llegado á una de esas envidiables alturas á que han llegado pocos hombres.

El no ambicionaba una corona por lo mismo que tenía muchas en el filo de su espada.

En efecto, él había hecho reinos y deshecho reinos.

El había aumentado el territorio de su patria; él había entregado al rey estados que podía haber guardado para sí.

Representaba, pues, más que un rey.

Almamun no se limitó solamente á honrar al Cid, sino que recibió también con un extraordinario agasa-

Jo á Cidi-Ali, el alcaide de Hins-al-Geber y á su familia.

No hemos dicho como distinguió el rey moro de Toledo á la hermosísima y noblísima doña Gimena y á sus hijas.

Baste decir con que se hizo ocupar un magnífico palanquin, cubierto de paños de seda y oro, y que la condujesen en hombros algunos de los más altos y renombrados caballeros de su corte; que no debieron ir muy descansados, porque doña Gimena era una buena moza de carne apretada que pesaba como plomo; digna mujer del Cid.

En cuanto á las niñas, estaban rollizas y crecidas como una bendición de Dios.

En otro palanquin más modesto se honró á Azorah y á su madre.

Pero este palanquin iba conducido por esclavos, lo que no quitaba que este homenaje muy diferente y muy inferior al que se hacia á doña Gimena, honrase extraordinariamente á Cidi-Ali.

Llenos estaban los miradores y las calles, y todos se estiraban el pescuezo para ver mejor aquel maravilloso caballero que tenia lleno de su fama al mundo.

La cabalgata era magnífica.

Si en las mezquitas de Toledo hubiera habido campanas, hubieran sido echadas á vuelo.

Pero como los toledanos no eran mudos, las aclamaciones eran entusiastas.

No parecia sino que aclamaban á su mismo rey Almamum, al volver de una notabilísima victoria contra los cristianos.

Ya sabemos que el honroso calificativo de Cid con

que se distinguía por excelencia Ruiz Díaz de Vivar, se lo habían dado los moros.

Ellos decían:

—Ya tenemos aquí al Cid, le han injuriado en su tierra y se viene con nosotros; peor para el rey castellano. El Cid nos ganará en tres días diez veces más de lo que nos ha quitado.

Por lo que se ve, había también egoísmo en el popular de Toledo al victorear al Cid.

Veían en él una fortuna para su patria, un héroe que podía hacerlos invencibles.

De improviso, allá del fondo de Zocodober por donde estaba á punto de entrar la cabalgata, se oyó un horrible griterio.

Y decimos horrible porque no eran aclamaciones los que se oían, sino alaridos de espanto.

Y al mismo tiempo una inmensa oleada de gente vino á estrellarse contra la cabeza de la cabalgata real.

Y de tal manera, que los de la guardia negra aunque cabalgaban en poderosos caballos fueron arrollados.

Era que la multitud huía despavorida, enloquecida por el terror.

¿De qué huían?

Nada se entendía en aquel conjunto de voces que gritaban impulsadas por el espanto.

Pero muy pronto no fué necesario preguntar la causa.

Se dejó oír estridente, poderoso, cavernoso, espantoso, el rugido de un león que debía ser formidable porque solo un león enorme podía producir un tan intenso y atronador rugido.

No hay que decir que la extensa plaza de Zocodober poco antes llena de gente, se habia despejado como por encanto.

Toda aquella multitud habia abandonado, la plaza por las boca calles.

Y como suele suceder en tales casos, como cuando un toro se escapa del encierro en Madrid y se lanza en el Prado lleno de gente, como ha sucedido más de una vez, no habia tenido lugar una sola desgracia.

Porque aturdida la fiera por la multitud, no sabiendo porque decidirse, llamada su atencion por todas partes, habia derribado á muchos sin herir á ninguno.

Y en los momentos de nuestro relato, estaba en medio de la plaza, con la cabeza sobre las manos, el pecho sobre el suelo arqueando el cuarto trasero, y atusándose con la cola los hijares, centelleando los terribles ojos, y buscando una víctima.

Era un tremendo y hermosísimo animal, rubio, tostado, con la guedeja y la extremidad de la cola negros, un verdadero leon del Atlas, que el emir de Marruecos habia enviado formando parte de una buena coleccion, á su amigo el rey Almamun.

Este bello animal se habia escapado sin saberse cómo de la leonera del rey, y se habia lanzado á las calles en la ocasion más oportuna, cuando estas estaban llenas de gentío que habia ido á presenciar la entrada del Cid.

Los de la guardia negra no eran personas que se asombrasen fácilmente ni les impusiese terror un leon, aunque fuese como aquel del tamaño de un gran jumento.

Aquellos negros eran africanos que no tenían porque envidiar á ningun leon su fiereza.

Y además de esto, como todos los árabes nómadas que vivían en las montañas, tenían la afición á la caza de las fiéras, y la vista de un leon por espantoso que fuese en vez de aterrarles los alegraba.

Pero habían confiado demasiado en su valor y en su número.

El leon al verse acometido por ellos aceptó el reto y lo hizo como un héroe.

Los primeros que á él se atrevieron á acercarse, cayeron por tierra bajo los formidables saltos de la fiera.

Pero esto no consistía en ninguno, porque los otros lo llamaban la atención.

De improviso una argolla rozó al leon hiriéndole en la piel, causándole dolor, irritándole, pero sin determinar una herida que produjese una efusión de sangre bastante á debilitarle.

Excitado el leon no receló ya entre el uno y el otro: sino que puso sus terribles manos sobre el pecho de unos de los negros que estaban por tierra.

Se puso á rugir de una manera horrible, rugido precursor de muerte.

Todos quedaron inmóviles.

Se temía que si se avanzaba sobre el leon, si se le hería en aquellos momentos, esto fuese la señal de la muerte del africano.

Se oyó un paso acelerado que hacia crugir de una manera ruda un arnés de todas piezas.

Se vió con maravilla que el que aquel pesadísimo arnés ceñía andaba con él tan desembaradamente como si hubiera ido vestido de seda.



Aquel hombre era el Cid que avanzaba decididamente hacia el león:

Llevaba abrazado un enorme escudo, y no en la diestra su terrible tizona, sino una gümia árabe, aguada, afilada con el corte por la parte de la curvatura que servia de puñal de misericordia.

Mucho antes de llegar al león, continuaba rugiendo sobre el esclavo, le dió una gran voz, voz que llamó la atención de la fiera y la distrajo de su víctima.

Las dos miradas, la del león y la del hombre se encontraron, no sabemos cual más potente y más terrible.

El león abandonando á su víctima, se volvió al Cid.

Se encogió y se preparó para el salto.

El negro se alzó y lo que fué notable en vez de huir se fué sobre el león blandiendo su yatagan.

Era otra fiera.

Pero no pudo alcanzar al león, porque este se habia ya lanzado en un terrible salto sobre el Cid.

El héroe hizo pié firme.

Presentó su escudo al león y sucedió como si el león hubiese caído sobre una estatua de hierro asegurada en su paramento de granito.

Peró el león es ágil.

Se revuelve en el aire.

Todos han visto revolverse un gato.

Pues bien, el león no es otra cosa que el jefe de los gatos, es decir, el primer individuo de la raza felina.

Por aquella vez el Cid no se limitó solo á resistir al león; sino que escudándose de una manera admirable, al caer el león sobre su escudo, le hirió en el vientre

con una terrible rasgadura, por la que aparecían los intestinos del animal.

No solamente el negro que había estado á punto de ser víctima del león, sino también otros y no pocos caballeros, pretendían ayudar al Cid.

Pero era tal la refriega que traían el Cid y el león, que no había medio de herir á la fiera.

Porque cuando se iba á dar el golpe, faltaba el cuerpo en aquel giro continuo, en aquel revoltillo, por decirlo así, del hombre y del animal, porque nada tan elástico y tan ágil como don Rodrigo Díaz, á pesar de su armadura.

Oíasele hablar con el león y decirle á cada golpe que le daba con su yatagan:

—Dura tienes la vida, hermano, no parece sino que dentro de tí se encierra un diablo.

Y otras frases por el estilo que demostraban no solamente que el Cid estaba sereno, sino contento.

Pero por dura que tuviese la vida el león, herido siempre en las diversas acometidas al valiente castellano, había perdido mucha sangre.

Se enervaba visiblemente.

El Cid comprendió muy pronto que podía darse el golpe de gracia á la fiera.

Había menguado extraordinariamente su fuerza.

Se había arrancado, pisándose, los intestinos.

Había dejado un rastro de negra sangre en el espacio donde había girado.

El Cid arrojó el escudo.

Recibió en sus brazos al león.

Rodó con él, y con un golpe certero, terrible, le partió al corazón.

Un momento despues el Cid se alzaba y el leon se estremecia en sus últimas convulsiones.

No hay que decir el entusiasmo con que acudirian al Cid los pocos valientes que habian quedado en piés sobre el terreno de la plaza, las frenéticas aclamaciones de damas y galanes, de pequeños y grandes, que desde los miradores habian presenciado aquella lucha titánica.

Por la avenida principal de la plaza, por donde habia llegado la régia comitiva, se veia cubriéndola toda una agrupacion compacta de negros á pié con las lanzas terciadas, dispuestos á atajar al leon si hácia allí se dirigia.

Los caballeros y los africanos de la guardia negra que junto al Cid habian estado sin poderle ayudar, acudieron al Cid cuidadosos de inspeccionar si el leon le habia herido.

Pero el Cid habia salido ileso.

La vesta habia sufrido una rasgadura.

A esto se reducía todo, y á un profundo arañazo que parecia hecho con un buríl en el brazo izquierdo.

Pero eso sí, sudaba el Cid por efecto del violento ejercicio que habia hecho, como si hubiera ido á fundirse en agua.

A pesar de esto, no se notaba en él aliento alguno.

Respiraba tranquila y naturalmente, y aparecia sereno, sin manifestacion alguna de vanidad en su semblante por lo que habia hecho.

En el Cid asistia la naturaleza de la lucha, y el temor era cosa de él desconocida. •

Tenia una ciega confianza no solamente en su propio esfuerzo, sino en el favor de Dios, y para él no era una novedad una victoria aunque fuese personalísima,

y contra una fiera que debia suponerse aventajase en fuerzas y en acometividad, en esa acometividad intis-tiva del irracional que no hay nada que le detenga.

El leon no conoce el miedo.

No hay medio de dominarle.

Se necesita herirle de muerte en un solo golpe de una manera segura, porque aun herido de muerte le queda vida para despedazarnos.

En esta escena hubo además un episodio conmo-vedor.

El negro que se habia visto bajo las terribles ma-nos del leon, agobiado por su peso, se habia arrojado á los piés del Cid, se habia abrazado á sus rodillas y ha-bia exclamado:

—Si Dios me dió la vida haciéndome venir al mun-do, tú me la has dado tambien, señor, tú que no eres Dios; pero que eres más que un hombre: mi vida es tuya y yo soy tu esclavo; por tí no llorarán mi esposa y mis hijos.

Y aquel hombre que bajo las manos del leon no ha-bia temblado, lloraba asido á las rodillas del Cid.

—Alza,—dijo éste,—por mio te tengo; pero no por esclavo, que no ha de ser esclavo un hombre tan va-leroso.

—Esclavo soy del rey Almamum,—dijo el negro.—Yo le suplicaré y él me lo concederá porque es bueno, me deje seguirte con mi familia.

Habia sobrevenido en esto el rey Almamum, y con él habia llegado doña Gimena y Azorah y su madre y el alcaide Cidi-Ali, todos conmovidos, ménos doña Gi-mena, que aparecia grave, impasible, aunque un tanto pálida.

No parecía sino que doña Gimena comprendía que la esposa del Cid no debía conmovirse delante de las gentes porque su marido se viese en un peligro, aunque este peligro fuese una lucha cuerpo á cuerpo con un leon.

Y esto en doña Gimena era natural.

Estaba en la altiva sangre de su raza.

Lo que no quiere decir que instintivamente no se conmoviese, porque amaba entrañablemente al Cid, y estaba enamorada de él ni más ni ménos que en los principios de sus amores.

Todo el que ama teme y exajera el peligro en que se encuentra el ser amado.

Pero doña Gimena tenia la presencia de espíritu, el suficiente dominio sobre su organismo para ocultar su cuidado.

La procesion, como suele decirse, pasaba por dentro.

—Esclave mio es en verdad, Alpujar,—dijo el rey Almamun que habia llegado á punto de oír las últimas palabras del Cid;—pero de tal manera ha mostrado que es poco ménos que un leon bravo, que yo le hago libre. Puedes seguir al Cid, Alpujar, con tu familia y con tus otros cinco hermanos que como tú son bravos.

—Pues no se diga más,—exclamó el Cid.—Por míos los tomo, y en todas mis empresas mientras viviere, irán los delanteros.

—Levantad el leon,—dijo Almamun,—y adobad su piel, que quiero, Cid Rodrigo, que vos guardéis esa piel como presea de vuestra noble entrada en mi corte.

Cuando más adelante, y decimos esto de paso, en-

vió el rey Almamun la piel del leon, el Cid vió que por ojos tenia el leon dos magníficos carbunclos que valian muchos miles de doblas, que se habian conservado en la piel las rasgaduras de las heridas.

Pero se habian tornado de oro en que aparecian hileras de ricos diamantes.

Por último, toda la bordura de la piel era de oro, á martillo, de una preciosa labor.

—¡Bah!—dijo el Cid,—este buen rey Almamun ha creído que esta piel no tenia valor si no se la enriquecía, tanto da; guárdala para los pies de tu lecho, Gimena; yo pagaré al rey Almamun por esta piel un castillo de la frontera de Valencia. Así como así, anda enemistado con aquel emir.

Y el Cid cumplió su palabra, cuando envió al rey Almamun las llaves de oro de una fuerte villa y castillo de la frontera de Valencia, con una carta que decia:

«Aceptad como un recuerdo mio esas llaves, señor rey. Y sabed; Alpujar, el del leon, ha sido el primero que ha coronado el adarve y á puesto en él vuestra enseña que yo me habia tomado la libertad de entregarle.»

De esta noble manera acusaba el Cid al rey Almamun el pago por el enriquecimiento de la piel del leon y á más por los grandes presentes que el rey Almamun le habia dado cuando salió de Toledo.

El Cid no podia deber nada á nadie.

El rey Almamun y él habian quedado en paz.

Hemos suprimido los festejos que el rey Almamun hizo al Cid en los quince dias que permaneci6 en Toledo.

Hemos creído innecesarios ocuparnos de ellos.

Nuestros lectores deben suponer que fueron magníficos.

El sagaz Almamun como ya lo hemos dicho, sabía cuanto le importaba tener de su parte al Cid.

Había querido retenerle en su corte.

Le había propuesto el mando en jefe de su ejército.

Pero el Cid había respondido cortésmente:

—Tan amigo sois, señor, de mi señor el rey de Castilla, como que vos que le llamais hijo, y el os llama padre. De modo que estando en vuestra casa á mi me parece que estoy en la casa del rey mi señor, y que no cumpla como debiera la pena de destierro que se ha servido imponerme. De paso estoy en vuestros reinos y á otros nuevo y enemigos del rey mi señor, donde tenga que pelear para mantenerme en ellos.

Cuentan que al rey Almamun le acometió una especie de escalofrío, cuando oyó decir al Cid, estando en sus reinos se creía como en los reinos del rey de Castilla.

Porque le pareció encontrar en aquella frase una encubierta amenaza profética, y le entró la aprensión de que un día aquel mismo Cid le tomaría su reino para su rey.

Dicen además que ganoso Almamun de obligar más al Cid le ofreció su intervención para con Alfonso VI á fin de que le levantase el destierro y que el Cid le respondió:

—El rey mi señor puede á su buen placer aliyiarme el año de destierro que me ha impuesto. Pero habeis de saber que si por un año me desterró el rey don

Alfonso porque así le pareció justo, yo me desterré por cuatro, y palabra que yo digo no tiene vuelta, señor rey, y si aun han de pasar ántes de que vuelva á poner mi planta en el suelo castellano, sin que haya frailes que me convenzan, ni reyes que me obliguen.

A tan rotunda y altiva repuesta, el rey Almamun no tuvo nada que responder.

Pero dijo para sí:

—Ya no extraño, soberbio castellano, que mi hijo Alfonso te haya desterrado: un vasallo como tú no cabe en su reino, y el rey ha de echarle si no quiere verse echado aunque no sea más que á un lugar inferior comparado con el vasallo y prepotente: el es un solo rey y tendrás muchos reyes, porque eres muchos reinos.

El Cid dominaba siempre.

Salió de Toledo y del reino con gran contento de Almamun que se sentia algo fatigado por la gravedad de aquel enorme huesped.

Se entró por el reino de Valencia llevándolo todo lo que por delante encontraba á sangre y fuego, y ya hemos dicho como el Cid pagó al rey Almamun las honros y los presentes que le habia hecho, con una de las mejores villas fronterizas del reino de Valencia.



---

## Capítulo XXIX.

Que es muy largo porque se ocupa de las hazañas del Cid, que dieron por resultado la conquista de Valencia.

Después de reconocer y de admirar ese encantado jardín que se llama Valencia, fuese el Cid á tierras de Zaragoza y Barcelona.

Detengámonos un momento.

Se nos olvidaba decir que le había seguido el alcaide de Hins-Al-Geber, Cidi-Ali, habido para ello licencia del rey Almamum.

Una vez fuera del reino de Toledo, Cidi-Ali, su esposa y su hija, se habían bautizado, y Alvar Gimenez y Azorah habían llegado á lo supremo de la felicidad viéndose casados.

Cidi-Ali con los caballeros de su familia, con sus esclavos de armas, como si dijéramos, con sus mesnadas, habían aumentado la mesnada del Cid con quinientos ginetes de primer orden.

El Cid había cumplido al buen Alpujar su palabra y á sus cinco hermanos.

Ellos eran los que cubiertos de magnificas armaduras y sobre briosos corceles, iban descubriendo los primeros, delante de la hueste.

Cuando el Cid encontró la villa fronteriza que le pareció buena para regalo á Almamum, izó su estandarte semejante al del rey de Toledo y lo dió al bravo africano.

—Por tu antiguo señor vas,—le dijo el Cid.—Veamos si como eres el primero en la descubierta, eres el primero en el asalto.

Alpujar dejó bien puesto al Cid.

Cuando se arrimaron las escalas al muro, el fué el primero que montó el adarve.

El tomó posesion de la fortaleza por el rey de Toledo. Volvamos á las nuevas empresas del Cid.

Llegó en un momento oportuno á Zaragoza.

El emir Almoktader había hecho un reparto de sus dominios entre sus dos hijos Alnulkancin y Almondhir.

Cupo al primero en suerte Zaragoza y al segundo Lérida, Tortosa y Denia.

No conviniéndose á esto los dos hermanos, se hicieron la guerra.

Almondhir se alió con Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Navarra y con el conde de Barcelona Ramon Berenguer II.

El Cid se había entrado por las tierras de Zaragoza, como se entraba por todas las tierras extrañas, pasando como un huracan por cima de todo lo que encontraba ante sí y le resistia.

Pero se encontró con que al acercarse á Calatayud, el vali de la ciudad le salió al encuentro de paz.

Más aún, con las llaves de la ciudad en su bandeja de oro para entregárselas.

El Cid estaba acostumbrado á esto, porque por él hacia la guerra el terrór que su nombre causaba.

Pero no pudo ménos de extrañar el que una ciudad tan fuerte y tan bien defendida como Calatayud no le opusiese resistencia.

Manifestólo así con su ruda franqueza al vali, y éste le respondió que habiendo sabido su señor el rey Almondhir, por noticias que le habian dado sus corredores que el bravo Cid Campeador iba á entrarse por sus tierras de Calatayud, habia mandado que cuando llegase se le entregase la ciudad en prenda de la buena amistad que queria tener con el Cid.

—Pues volveos con vuestras llaves, —dijo Jon Rodrigo,—que yo no vendo mi amistad ni tengo que recibir ni agradecer aquello que puedo tomar.

—De generoso es, —contestó el vali, que ya estaba advertido, —amparar á los menesterosos y á los que sufren crueles injusticias; y si tú, noble Cid, sin combatir no puedes pasarte, lugar tendrás de combatir largamente ayudando á mi noble señor, contra el cual se vuelve su hermano Almondhir para robarle su reino de Zaragoza, ayudado por el rey de Aragon y por el conde de Barcelona. Y cuenta, señor, que ellos son tres contra uno, y que si te se pusiera reparo porque eres cristiano en ayudar á un rey moro, cristianos son el rey de Aragon y el de Navarra y el conde de Barcelona, y esto no ha sido parte para que no ayuden al injusto Almutamin.

—Pues eso es ya aparte, —dijo don Rodrigo, —pues to que ese señor rey y ese señor conde no han tenido reparo en ayudar á un hermano contra otro, arrojaremos nuestra panoplia en la balanza, y á la buena de Dios, y llevaros esas llaves que yo no las quiero, no embargante que puesto que le ayudo, el rey vuestro amo pague la soldada de mi gente y soporte los gastos de la guerra; que otra cosa no seria digna de él ni de mí; y harto hacemos con darle sangre para no darle tambien dinero.

Viéronse al dia siguiente en Calatayud el Cid y Almondhir, y éste dió al primero el arrendamiento de su ejército.

Estaban los coaligados, esto es, Almutamin, Sancho Ramirez y Berenguer (Ramon), á la vista de Alanzon, y don Sancho habia jurado no consentir que nadie en Alanzon entrase.

Súpolo el Cid.

Arremetió á Alanzon y le tomó á las mismas barbas del aragonés, yéndose luego sobre los coaligados, que sin duda por la suerte que de sí mismo les habia dado el Cid, rehusaron el combate.

Reedificó despues en compañía de Almondhir el Cid el antiguo castillo de Almenara entre Lérida y Tamariz, y estando en esta reedificacion, vino á sitiarse á Almondhir el conde de Barcelona, seguido de los de Argel y Cerdeña, y de los señores del Ampurdan, de Vich, de Casanova y del Rosellon.

El rey don Sancho Ramirez andaba por otro lado.

El Cid habia salido algunos dias antes de Almenara, y se encontraba en el castillo de Cap que estaba situado en la confluencia del Erica y del Segre.

Le hizo desesesperarse el Cid.

Viéndose apurado Almondhir, porque empezaban á faltarle víveres, envió un aviso á don Rodrigo para que viniera á socorrerle.

Don Rodrigo por razones, que debia tener bastantes para ello, aconsejó á Almondhir ofreciese á los sitiadores una razonable cantidad para que levantasen el sitio.

Pero rechazada esta proposicion, irritado el Cid, vino sobre ellos y les envió un mensajero con su cartel en que decia:

«Puesto que no habeis querido vos, yo os voy á hacer á tomar hierro, mal que vos pese.»

Y tras esto arremetió con ellos, los alcanzó, los puso en fuga, cogió preso á Berenguer (Ramon) conde de Barcelona, y se fué á Tamariz donde estaba Almondhir y le entregó su noble prisionero.

Flaqueó el conde de Barcelona.

Se le sacó un enorme rescate, y al fin se le puso en libertad.

Agradecido Almutamin al Cid, no se satisfizo con ofrecerle riquísimos presentes, sino que le hizo lugarteniente de su reino, haciéndole superior á su propio hijo y haciéndole más señor aun que él mismo, en el reino de Zaragoza.

Más adelante el valí de Róda, Almojaber se alzó en rebelion contra Almutamin y proclamó rey á su tio Almubajar.

Este para sostener aquella autoridad que pretendia darle la rebelion pidió ayuda al rey don Alfonso de Castilla, que no queriendo ir él mismo, le envió á su primo el príncipe de Navarra don Ramiro, con el con-

de Gonzalo Salvellones y varios otros magnates castellanos con una muy lucida hueste.

A pesar de esto sintió Almubajar en que don Alfonso en persona fuese á favorecerle, y don Alfonso fué y estuvo algunos dias en Roda.

Pero habiendo muerto Almubajar por aquellos dias, el valí de Roda Albojabar, trató con el infante don Ramiro, y manifestando que haria entregar la villa y fortaleza al rey don Alfonso, le pidió suplicase á este fuese en persona á tomar posesion de ella.

Receló Alfonso VI y no fué.

Pero envió algunos de sus capitanes con gente de guerra.

No habia sido infundado el recelo de don Alfonso.

Cuando los de Castilla entraron en la poblacion cayó sobre ellos una granizada de piedra, de cuyas resultas perecieron muchos, entre ellos el conde Gonzalo Salvellones, á quien llamaban Cuatro-manos.

El cadáver del conde fué llevado á Uña.

Ablandáronsele las entrañas al Cid, al ver que los de Castilla eran de tal manera traicionados y maltratados por los moros, y sabiendo que el rey don Alfonso estaba dolorido é irritado por aquella inícuca traicion, á pesar del destierro fué á verle á Tudela donde se encontraba.

Alfonso le recibió en sus brazos.

Le manifestó cuánto se habia arrepentido de haberle desterrado en un momento de juvenil enojo, y sucedió que le agradecia más el que hubiese ido á buscarle sin haberle llamado, que si le hubiera regalado cien coronas; que si no le habia llamado no habia sido por-

que no lo tuviese en mucho, ni por enojos, sino porque temia que él estuviese enojado contra él.

Rogó luego más como amigo que como rey, se volviese con él á Castilla.

Pero no estuvieron mucho tiempo de acuerdo Alfonso VI y don Rodrigo.

Habia dicho muy bien Almutamin: «Era el Cid un tal vasallo que hacia sombra al rey que á su lado le tuviese.»

Y el Cid que necesitaba poco para enojarse se salió otra vez de Castilla y se volvió á Zaragoza.

Alegróse Almutamin al ver de nuevo en su reino al noble Rodrigo, y le rogó fuese á hacer la guerra en las tierras del rey de Aragon.

Fué el Cid por entonces una verdadera plaga para los aragoneses:

Les corria las tierras, se las devastaba, les cogia cautivos y se volvía cargado de botin, ántes de que el rey de Aragon tuviese tiempo para preparar la defensa.

Después se fué á los dominios de Almondhir el enemigo hermano de Almutamin le devastó la tierra; le tomó el fuerte castillo de Morella y reedificó el de Alcalá de Chinert.

En vista de estas escursiones del Cid coronadas siempre por la victoria, Almondhir el enemigo hermano de Almutamin, buscó de nuevo el amparo de su antiguo aliado el rey de Aragon Sancho Ramirez.

Este último, habiendo plantado sus reales en las márgenes del Ebro, intimó con soberbia al Cid saliese de los dominios de su aliado Almondhir, á lo cual el Cid contestó:

«Si venís de paso, yo os dejaré el paso franco, y si teméis que alguna desventura os acontezca en el camino, os daré parte de mi hueste para que os asegure. Por lo demás, yo permaneceré donde estoy.»

Invitóse el soberbio Sancho Ramirez que por las derrotas que habia sufrido por el Cid tenia ansia de una revancha y avanzó contra nuestro héroe, unido su ejército al ejército de Almondhir.

Reñida fué la pelea.

Le disputó poderosamente la victoria.

Pero al fin, y como estaba de Dios que el Cid no fuese jamás vencido, destrozó á los enemigos y solo en la fuga hallaron salvacion el jactancioso Sancho Ramirez y el malaventurado Almondhir.

Cautivóles mucha gente don Rodrigo, entre ellos gran número de nobles aragoneses, les cogió un riquísimo botin, y se volvió á Zaragoza donde era más rey que Almondhir.

Permaneció algun tiempo en Zaragoza don Ruy Diaz esperando otra empresa, en que ocupar su activa inteligencia y su incansable brazo.

Por aquel tiempo Yugo-Alcadi-Ben-Dibrám á quien por muerte de su padre el noble Almamun, habia arrojado de Toledo, que se habia sostenido á duras penas amparado por el ejército castellano que defendia á Valencia, mandado por Alvar Yañez, deudo del Cid, le tenia mal contra sus enemigos.

Habia perdido Játiva que habia entregado Almudir su gobernador.

Almudir habia intentado apoderarse ya de Valencia, aunque sin conseguirlo, porque los del reino tenían el



presentimiento de que Valencia se había de perder por Alcadi.

Sobrevino entonces del Africa la invasion de los almorávides y la derrota de Alfonso VI en Bataca.

Apretado don Alfonso y necesitando de todo su ejército, había llamado de Valencia á Alvar Yañez con la hueste castellana que allí estaba.

Alcadi-Ben-Dibrum, desamparado del rey de Castilla que tenia bastante con sus propios negocios, solicitó amparo de Insuf, caudillo de los almorávides.

Pero Insuf se volvió á Africa.

El Cid había vencido á los almorávides en Murcia, y Alcadi-Ben-Dibrum se encontraba de nuevo en Valencia abandonado á su propio esfuerzo.

El rey Almondhir puso sitio á la ciudad.

Alcadi-Ben-Dibrum no encontró otra esperanza que el Cid.

Por este tiempo el rey de Zaragoza Almutamin había muerto, y le había sucedido su hijo Almortain que había transigido con su tío, y se prestó á ayudarle.

Aconsejado por el Cid que continuaba siendo el verdadero rey de Zaragoza.

Viendo Almortain el aprieto en que se veía su tío Almudir, cambió de repente la buena amistad que le tenia, en ansia de conquista por su reino, y se concentró con el Cid para ir sobre él, conviniendo en que la ciudad sería para Almortain y el botin que se tuviese en ella para el Cid.

Alcadi, inocente sin poder sospechar un tal convenio que hubiese tenido lugar en daño suyo, entre su sobrino el rey de Zaragoza y el Cid, viendo que lo libertaba de Almondhir, cuando se presentaron delante

de Valencia salió á su encuentro, los agradeció lo que en ellos creía buenos oficios, y los recibió en la ciudad.

Entonces el rey de Zaragoza Almortain recordó al Cid su promesa, su pacto de ayudarle en la conquista de Valencia, á lo que el buen Cid respondió que aquello no podia ser, porque Alcaidi era vasallo tributario del rey de Castilla y quitarle Valencia era lo mismo que quitárselo al rey don Alfonso, señor á quien él no podia hacer un tal deservicio.

No atreviéndose Almondhir á hacer nada sin la alianza del Cid, se apartó de él y se volvió enojado á Zaragoza.

El Cid entonces demostró que valia tanto como político que como militar.

Por un lado hacia confiar al emir de Valencia.

Por otro al emir de Sevilla y últimamente al emir de Zaragoza, halagándolos á todos, haciendo que todos alimentasen esperanzas, y al par aseguraba á Alfonso VI, que siendo vasallo suyo, por más que estuviese enojado, no podia ni debia hacer sino lo que convenia al rey su señor; que si él en apariencia habia servido á los moros habia sido para arruinarlos, para debilitarlos; que del ejército que llevaba tras su estandarte, nada costaba al rey su señor, ni nada á él; sino que se mantenía sobre la tierra de los infieles.

Esto explica sobradamente la conducta del Cid en tierra de moros.

Sus detractores han querido aducir una prueba contra su buena fama, de los aparentes servicios que á este y al otro emir sarraceno habia prestado.

Sin embargo los resultados disculpan al Cid.

No habia sido solamente el gran capitán.

Habia sido el gran político.

Don Alfonso no podía dudar.

Don Alfonso se veía obligado una vez más á reconocer la grandeza de aquel su lealísimo vasallo.

El Cid entretanto se entró por las tierras de Valencia y como siempre arrelló, incendió, taló, se hizo formidable.

Llevó delante de sí el terror de su nombre.

El emir de Zaragoza se dió al fin cuenta, tan claros eran los hechos de que no podía contar con el Cid para tomar á Valencia, y se volvió á Berenguer (Ramon), conde de Barcelona.

Este, viendo que si triunfaba el triunfo había de redundar en su provecho, se prestó á ayudar á Almutain.

Zanjadas las diferencias que existían entre Alfonso VI y el Cid, sobrevinieron unas vistas del rey y el caudillo.

Alfonso VI acogió admirablemente al Cid y para satisfacerle de tanto agravio como le había inferido le reconoció el señorío de todas las villas y castillos que habían aumentado en definitiva el reino castellano.

Berenguer (Ramon) no se atrevió á afrontar al Cid cuando este revolvió sobre Valencia, y levantando el sitio que había puesto á esta ciudad, se volvió á Barcelona dejándole franca la vuelta el Cid, en gracia al parentesco que mediaba entre el conde de Barcelona y el rey de Castilla su señor.

El Cid continuó sus empresas sobre Valencia y obligó á los alcaldes á pagar á Alcadi el tributo acostumbrado.

Se habian avenido como hemos visto el Cid y Alfonso VI.

Pero este rey y este vasallo no podian entenderse.

Cuando el califa Insuf con sus almorávides de Africa y con los moros andaluces, puso á cerco el castillo de Aledo, en el año de gracia de 1040, el rey don Alfonso mandó al Cid fuese á socorrer á los cercados.

Pero no le fué posible á don Rodrigo llegar á tiempo.

Acusaronle por esto sus enemigos de traicion al rey, y aunque esta acusacion era absurda como Alfonso VI no podia sufrir bien á don Rodrigo, acogió esta calumnia, quitó por una revocacion al Cid del señorío que le habia concedido sobre las tierras que habia conquistado, y aun de las que en Castilla tenia como ricohombre.

No se redujo á esto, sino que puso en prision á doña Gimena y á sus hijas, que el Cid confiado en la buena fé de Alfonso VI habia dejado en Castilla.

Probó el Cid, ya con la prudencia que dan los años á justificarse con el rey Alfonso, apelando si era necesario al juicio de Dios, en combate para justificar su inocencia.

Pero Alfonso VI se mantuvo inflexible.

Como que los enemigos del Cid le conocian demasiado y explotaban á mansalva la especie de antipatia que existia entre él y el Cid.

Aun prudente el Cid viendo que el rey no habia osado continuar contra él una extraña dureza, y le habia enviado libres su mujer y sus hijas, envió cuatro veces al rey justificaciones que él creia amplias y bastantes.

Peró ninguna de estas justificaciones fué atendida.

Rechazado una vez más don Rodrigo por aquel rey á quien tantos servicios habia prestado, á quien tan leal habia sido, volvió á hacer la guerra por cuenta propia.

Tomó la villa de Polop donde encontró en una cueva un gran tesoro, consistente en dinero y telas preciosas.

Invernó en los alrededores de Dénia.

Asoló todas las fortalezas desde Orihuela hasta Játiva.

Se fué luego sobre Tortosa, taló sus tierras y entró en Alava.

El emir Almondhir, su antiguo enemigo, viéndose de tal manera apretado por las correrías del Cid, buscó de nuevo amparo en el conde de Barcelona Berenguer (Ramon), que á su vez ansiaba vengarse del Cid por los malos ratos que le habia hecho pasar por lo mucho que el Cid habia abatido su orgullo, y levantando un grande ejército marchó hácia Calamocha, y aun logró se pusiese de su parte el emir de Zamora Almortain.

Tres reyes, dos sarracenos y uno cristiano, iban contra don Rodrigo, que no tenia otra cosa que su valor y su hueste, siempre reducida.

Pero era tal la reputacion del Cid, tal el temor que inspiraba á sus enemigos, que estos quisieron tambien de su parte contra él á Alfonso VI de Castilla.

Acampaba el Cid en un valle que venia á ser el fondo de unas espesas montañas; cuando Almortain Dinove, rey de Zaragoza, que sabia lo que el Cid valia y

que queria convertirle de enemigo en aliado, le envió un mensajero avisándole de que marchaba en su contra el conde de Barcelona.

—Pues bien,—contestó el Cid en una carta á Almortain,—decid al conde Berenguer (Ramon) que si no le satisfizo la prision en que en años pasados le puse, procuraré complacerle teniéndole preso por un largo tiempo que á mi pareciere; cuando don Berenguer (Ramon) me busca de nuevo, debe serle muy grato el ser prisionero mio. Yo le espero para darle gusto y os encargo le mostreis esta mi carta.

Tomó el cielo con las manos Berenguer (Ramon), cuando Almortain cumpliendo el encargo del Cid, le hizo conocer su carta. Y envió á don Rodrigo otra carta en que le decia que se habia engañado creyendo que él y los que con él iban eran mujeres; que esperaba desengañarle muy pronto, y que para recibir este desengaño se saliese si se atrevia de entre los montes y bajase á la llanura, y que de no, creeria que no era más que un traidor, un alevoso y un cobarde.

Ojos que tal leyeron.

El Cid le contestó que si hasta entonces no le habia deshecho era en consideracion de parentesco que con el rey don Alfonso VI tenia.

Pero que mediando una tal insolencia, como él insolentemente se habia permitido, á la llanura se iba á castigarle.

Cuidadoso por esta contestacion el conde de Barcelona, se entró de noche y secretamente en los montes que se alzaban á retaguardia del campamento del Cid, y al amanecer los soberbios almogávares cayeron sobre el valle.

Pero se encontraron con que no les valia su estratagemas contra el Cid, que estaba dispuesto, les salió al encuentro y los deshizo.

En esta empresa, una de las más honrosas del Cid, éste estuvo á punto de perecer por una grave herida que le hizo caer del caballo.

Sin embargo, tal era su gente, tan bien criados en su escuela, que á pesar de que fué necesario retirarle para cuidar de él, continuaron la batalla.

Destrozaron á los jactanciosos almogávares.

Cogieron por la gola al conde de Barcelona Berenguer (Ramon), y le presentaron preso á don Rodrigo, con más de tres docenas de bravos catalanes y cinco mil almogávares.

El Cid, irritado por las fanfarronadas y por los dioseros de Berenguer (Ramon), le trató duramente y estuvo á punto de descabezarle y á todos los bravos catalanes que sus buenos escuderos habian cautivado.

Le contuvo aun la consideracion de que el conde de Barcelona era parientê de Alfonso VI.

Siempre generoso, no llevó su saña hasta los malos tratamientos.

Ordenó que se tuviera bien guardado al conde de Barcelona; pero que se le tratase, como asimismo á sus varones y á sus almogávares, de la mejor manera que se pudiese en el campamento.

Pero el conde de Barcelona estaba de tal manera sonrojado y amargado y humillado, que por más que cumpliendo las órdenes del Cid, se le daba las mejores viandas que en el campamento se tenían, no podia pasar bocado.

Vamos á traducir á nuestros lectores del antiguo castellano en que está escrito el antiguo poema del Cid, aquella situacion en que el conde don Berenguer se encontraba.

«A su Cid, don Rodrigo,—dice el poema,—preparaban una gran comida: el conde don Ramon no tenia apetito: le presentaban los manjares, se los ponian delante, no queria comer y decia á todos:—No comeré un bocado por cuanto hay en toda España; antes perderé el cuerpo y el alma, puesto que tales *mal calzados* (como si dijéramos, perdidos descamisados), me vencieron en batalla.»

Oid lo que le dijo Cid Ruiz Diaz:

—Conde, comed este pan, bebed de este vino. Si haceis lo que os digo, saldreis de cautiverio; sino en todos los dias de vuestra vida no volvereis á ver cristiano.

Oyendo esto el conde empezó á alegrarse.

—Cid,—dijo,—si hiciéreis lo que habeis hablado quedaré maravillado de vos para cuanto me quede de vida.

—Pues comed, conde,—dijo el Cid,—y cuando hubiereis comido, os daré libertad á vos y á los vuestros.

Alegróse el conde y pidió agua para las manos.

Cenó y dijo:

—Desde que soy conde no he comido con tanto gusto y nunca perderé el sabor de esta comida.

Le dió el Cid tres palafrenos muy bien ensillados, y le puso en libertad con otros doce de los suyos.

Esto era una nueva humillacion para el conde de Barcelona.

El altivo castellano le tenia tan en poco que le daba



la libertad sin más rescate que el que comiese para que no se debilitase.

Sin embargo, el conde de Barcelona le envió ochenta mil marcos de oro, cantidad con la cual creyó dejar su decoro bien puesto.

Los varones catalanes se rescataron á su vez por dinero y volvieron á su tierra.

El Cid habia dejado ir bajo su palabra á aquellos magnates, y al ver que ellos volvieron con el dinero que habian prometido, apreciando su lealtad y sobreponiéndose á ellos, no aceptó ni el oro del conde ni el de sus nobles, declarándolos á todos libres de todo compromiso con él.

Curóse el Cid en Daroca de la grave herida que habia recibido en Tolosa del Pinar.

Envió mensajes al rey de Zaragoza Almortain, con el cual se encontraba Berenguer (Ramon), que hizo decir á don Rodrigo por sus mismos mensajeros, que movido por su valor y por su generosidad, queria ser su amigo.

Rechazó por el momento esta proposicion el Cid.

Pero teniendo luego en cuenta que su antiguo enemigo se le humillaba, aceptó su alianza, y lleno de contento, el conde de Barcelona fué á visitarle, puso parte de sus dominios bajo el amparo del Cid, y juntos marcharon hácia la mar.

Acampó el Cid en Pursina y el conde Berenguer se volvió á Barcelona.

Tal amargura habia causado al rey Almortain la derrota de su aliado Berenguer (Ramon) en la batalla de Tolosa del Pinar, que enfermó y murió dejando á su hijo en edad temprana bajo la regencia de los Beni-

Betor, valí el uno de Tortosa, el otro de Játiva y el tercero de Dénia.

Estos, más prudentes que su difunto señor, comprendieron la conveniencia de tener al Cid, no por enemigo, sino por favorecedor, y obtuvieron la buena voluntad de nuestro héroe por medio de un tributo anual de cinco mil dineros.

Cobraba entonces el Cid de enemigos vencidos, convertidos en vasallos tributarios, una renta mucho mayor que la del más poderoso rey del mundo.

Porque además de los cincuenta mil dineros que acaba de hablarse, cobraba doce mil del envío de Valencia, diez mil del valí de [Aberraindier, mil del valí de Alpuente, seis mil del de Murviedro, seis mil del de Segorbe, cuatro mil del de Guérica, y tres mil del de Almenara.

No necesitaba ménos para sostener espléndidamente su hueste, y se sobreponía á su enojado señor don Alfonso, siendo mucho más rey que él.

Apurado se hallaba Alfonso VI en su no renta, y tan á tiempo que Rodrigo cercaba la villa y fortaleza de Liria.

No atreviéndose Alfonso VI á solicitar de nuevo directamente su amistad, intervino su esposa la reina doña Constanza, y suplicó al Cid favoreciese al rey su esposo en la empresa que intentaba contra Andalucía en daño de los almorávides, y le aseguraba de que esto vendría á ser la vuelta á la buena amistad con el rey su esposo.

Los fuertes que tienen toda la conciencia de sus fuerzas, son generosos con suma facilidad.

Además de esto, el Cid era un tal caballero, que

no podía olvidarse de las leyes de la galantería.

Su contestación á la excitación de doña Constanza, fué de cercar á Liria cuando estaba á punto de rendirse á ir á encontrar y á unirse al ejército de Castilla que marchaba sobre Andalucía.

Pero no había medio de que don Alfonso y el Cid se entendiesen.

Eran dos héroes, y ni el rey podía sufrir al afortunado vasallo que se le hombreaba, ni el Cid se avenía bien á un vasallaje que le ofendía.

El rey había puesto su campo en las vertientes de las montañas que corrian la tierra de Granada, y el Cid, más militar que él, más caudillo, previendo una peligrosa salida de la inmensa caballería mora de Granada, se había lanzado en la vega para resistir el primer empuje y librar al rey de un lance harto comprometido.

No vió esto Alfonso VI.

Receloso del Cid creyó que el Cid le ganaba la vanguardia para irritarle, y no habiendo quien le disuadiese de esto, y ayudando este recelo del rey aduladores interesados, cuando habiendo fracasado la empresa de Granada, retirábase á Toledo, pasando por Ubeda el rey en conversacion con el Cid, se descompuso.

Le trató duramente y aún llegó á amenazarle con la prision.

Sufrió el Cid por lealtad y no queriendo dar rienda á su enojo, este mal tratamiento.

Pero en cuanto llegó la noche, se separó con su hueste del ejército real y se volvió á Valencia.

Gran número de los suyos, ingratos ó engañados,

creyendo medrar más con don Alfonso ó fatigados de los ruidos y continuos combates, érico que el Cid á cada paso los metía, le abandonaron, quedándose con el rey.

Estaba escrito que nuestra Cid no tuviese un momento de reposo.

El verse con poca gente, no fué una cuestión para él.

Al llegar á Valencia encontró al emir Alcadir gravemente enfermo.

Podía decirse que el Cid era el señor de Valencia.

Podía allí haber descansado.

Pero no había nacido para el descanso.

Se puso de nuevo en campaña, se trasladó á Morella, y cuando marchaba de allí para acometer empresas, le buscaron mensajeros de Almortain, emir de Zaragoza, que le llevaban cartas de éste en que le suplicaban le amparase contra el rey de Aragon Sancho Ramirez, que se entraba por sus tierras apoderándose de ella.

Oyó el Cid la súplica y se fué á Zaragoza.

Al verle en campaña contra él el rey de Aragon, moderó su ímpetu, como diríamos hoy, y buscó un avenimiento.

El Cid le hizo jurar que no volvería á dar disgustos al pobre rey Almortain, y obligó á que le devolviese lo que le había quitado, y el rey don Sancho se volvió con las orejas gachas á su reino, en tanto que el Cid tomaba un tanto de reposo en Zaragoza.

El rey Alfonso VI cuya rivalidad con el Cid era marcadísima aprovechó la ausencia de su extraño y soberbio vasallo poniéndose de acuerdo con los de Pina y los de Gerta que debían proteger su empresa por la marina.

Pero sobrevinieron disturbios en el ejército de don Alfonso, que se vió obligado á volverse á Castilla renunciando su empresa.

El Cid que al ver que Alfonso VI iba sobre Valencia habia dicho:

Si el rey mi señor la gana, tanto dá; no pudiendo estarse quieto se habia ido á la Rioja, habia tomado á Alverite, á Logroño y á Alfaro.

En esta última villa se encontraba, cuando el alcaide de Nájera García Ordoñez le envió un mensaje intimándole que si en Nájera permanecía más de siete dias, se veria con él en batalla.

Este García Ordoñez no sabia sin duda quien era el Cid, que le contestó enviándole enhoramala, ó lo que es lo mismo, que le esperaba.

Hubo sin duda quien dijo al audaz y retador lo que era el Cid, y el buen conde Ordoñez retiró el envite y se volvió á su casa.

Acabó el Cid de talar la tierra y se volvió á Zaragoza.

Acontecimientos de una gravedad extrema habian tenido lugar en el reino de Valencia.

Murcia, Dénia y Alcira habia caido en poder de los almorávides.

Un cadí (ministro) ambicioso y rebelde, del débil y apocado rey Alcadir, habia intentado destronarle y apoderarse del reino contando con los almorávides.

Produjo un motin popular á cuyo paso entraron en la ciudad los terribles africanos.

En vano el bueno Alcadir, disfrazado de mujer pretendió escapar ocultándose en un humilde albergue entre las mismas esclavas de su harem.

Fué reconocido y escarnecido por un miserable.

Ben-Gehaf, el cadí traidor, no satisfecho con la miserable muerte de su señor, le cortó la cabeza, la arrojó á una alberca y al día siguiente el tronco fué enterado en un foso fuera de la ciudad, sin un sudario que le envolviese.

Tal fué la tragedia del desdichado Alcadir-Ben-Dibrum, hijo de aquel Almamun de Toledo, que como padre habia tratado á Alfonso VI, que apenas muerto su noble protector, valiéndose de una argucia, de una cuestion de lenguaje, de que no habia jurado respetar á Toledo más que mientras durase su vida, y que aquel pronombre posesivo se referia al rey Almamun y no á él, se declaró libre y quitó de su juramento, y no se creyó obligado respeto al hijo por el agradecimiento que debia al padre.

El Cid que no entendia de gramática, habia ayudado á Alfonso VI en la conquista de Toledo, en un momento en que el rey y él habian estado en buena armonía.

Lo importante para el Cid era ganar cuanta tierra se pudiese á los moros.

El traidor, el regicida Ben-Gehaf, aunque el pueblo que siempre siente la moralidad y la justicia, no le concedia el titulo de rey, ostentábase orgulloso, ostentaba el titulo de tal, en tanto que Valencia tenia un gobierno semejante á una república ejercida por una junta de los habitantes más respetables.

El difunto rey tenía algunos pocos, aunque buenos amigos, y estos le fueron fieles despues de su muerte.

Ya que no habian podido salvarle procuraron vengarle y acudieron al noble Cid.

Indignado este por lo que acontecía, partió inmediatamente de Zaragoza y se puso sobre Valencia.

Allegáronse á él todos los que eran leales á la memoria del asesinado emir y los que sufrían mal el descubierta en que la ciudad se encontraba.

Envió don Rodrigo mensajeros al cadí traidor para que le representasen la indignación con que había visto su traición, y para que le reclamasen el trigo que él había dejado en los graneros de Valencia.

—Ha volado el trigo,—contestó el cadí.

Y añadió como envolviendo una amenaza en sus palabras:

«La ciudad está en poder de los almorávides.

Irritado el Cid, volvió á enviar mensajeros que de su parte le llamasen malvado é imbécil, puesto que solo había servido de medio á la ambición de los almorávides, y le dijesen que él tomaba sobre sí la venganza del desventurado Alcadir.

Se impuso á todos los cadíes comarcanos.

Los cobró tributos como vasallos, y les obligó á que viniesen á aumentar su hueste con gente de guerra.

Dos veces al día enviaba sus escuadrones el Cid alrededor de la ciudad, escuadrones que incendiaban, degollaban, cautivaban y atraían los rebaños.

A los pocos días se relevaban los escuadrones que partían, los primeros al amanecer, los segundos al medio día, los terceros á la tarde, lo cual no dejaba un solo momento de tranquilidad y de reposo á los valencianos.

Era una batalla continua, para hacer posible la cual, sin la fatiga de los combatientes, se les relevaba.

La hueste del cadí asesino menguaba rápidamente, y gran parte de los tesoros de Alcadir que Ben-Gehaf enviaba al caudillo Almudir para excitarle á que le ayudase, cayó en poder del Cid.

Este se habia apoderado de todas las plazas fuertes, de todos los castillos que venian á ser como una avanzada casi de defensa de la ciudad.

Incendió todas las aldeas del circuito.

Destruyó los molinos, las barcas del Guadalaviar, y quemó las mieses.

Pocos dias despues tomó el arrabal de Villanueva, venciendo y degollando un gran numero de almorávides.

Al dia siguiente tomó la Alcudia y algunos de su gente tomaron una parte del muro de la ciudad.

Aterrados los almorávides, sintiéndose impotentes á pesar de su gran número, solicitaron la paz.

Concedióla el Cid á los del arrabal de Villanueva, á condicion de que se sometiesen, y alimentasen sus gentes y permaneció en la Alcudia, mandando á los suyos respetasen las personas y las propiedades de sus habitantes.

El cerco se estrechaba.

Al fin de comun acuerdo valencianos y almorávides propusieron la rendicion, con las capitulaciones que el Cid tuviese á bien concederles.

Dijóles el Cid que se las propusieran ellos, pero con la expresa condicion de que dejasen la ciudad y el reino los almorávides.

Estos convinieron y con alegría, porque habian cobrado pavor al Cid.

Estipulóse que saldrian de la ciudad, que don Ro-



drigo recibiría del cadí Ben-Gehaf el valor del trigo que le había tomado, y además mil denarios por más y todo lo atrasado por razón de tributo á que tenía derecho el Cid, y además se estipuló que el Cid podía estar con su ejército en Cebollá, que era una fortaleza que él había tomado y fortalecido de una manera extraordinaria.

Cumplió el Cid las capitulaciones en esta parte retirándose á Cebollá, pero continuó ocupando los arrabales y puso en ellos un almojarife que debía cobrar el tributo.

Pero el Cid no estaba en una situación desembarazada.

Los Almorávides que habían vencido fácilmente á los moros almovades, ocupando los dominios que estos tenían en España, marchaban sobre Valencia.

Confiaban en ellos los valencianos y sintiéndolos ya cerca, considerándose ya fuertes con su ayuda, obligaron al cadí Ben-Gehaf á que faltase á las capitulaciones convenidas, y se pusiése en guerra contra el Cid.

Una noche los de la ciudad vieron brillar á lo lejos en la huerta las hogueras del campamento de los almorávides que habían llegado por la parte de Jativa y se veían ya libres del terrible castellano.

Pero el Cid no era hombre que se descuidaba.

Había cortado los puentes del Guadaria, había soltado las acequias, y había inundado la huerta, de tal manera, que solo quedaba un estrecho y largo camino para llegar á la ciudad.

Había sobrevenido un agüero de todo punto extraordinario.

Los más viejos de la tierra no se acordaban de haberle visto mayor ni aun semejante.

Al otro día por la mañana, cuando los valencianos esperaban verse libres con la llegada de los almorávides recibieron el aviso de que aquellos se habían retirado, y al mismo tiempo veían con consternación que los del Cid, mofándose de ellos, estaban al pie de los muros de la ciudad.

El cerco se formalizó y se estrechó.

Se hizo sentir el hambre en la ciudad, en tanto que los almorávides marchaban hacia la mar para volver al Africa.

Los valles de las poblaciones comarcanas se rendían humildemente á don Rodrigo.

Un poeta valenciano de aquellos tiempos, que sufría el sitio exhaló su dolor en la composición siguiente:

»Valencia, Valencia, vienen sobre tí muchos quebrantos y están en hora de morir. Si por ventura te sabes salvar, esto será maravilla de los que te ven. Si Dios favoreció á alguna ciudad, El quiera hacértelo á tí, que eres llamada alegría y soláz en que los creyentes huelgan y viven á buen sabor y placer. Si Dios quisiere que de todo punto hayas de perderte, causa de esto serán tus grandes pecadas y los grandes atrevimientos de tu soberbia. Las primeras piedras angulares sobre las que fuiste fundada, quieren juntarse para llorar por tí y no pueden. Tu nobilísimo muro que sobre estas piedras fué asentado, se estremece y viene á punto de caer, porque ha perdido la fuerza que tenía. Tus altísimas y fuertes torres que se ven tan de lejos y que confortan los corazones del pueblo, van cayéndose una tras otra. Tus blancas almenas que lejos relum-

braban han perdido su lealtad con la que también apreciaban á los rayos del sol. Tú nobilísimo y caudaloso río Guadalaviar, y todas las otras aguas de que te sirves han salido de madre y van donde no deben. El lobo rabioso cavó las raíces de tus ricas y viciosas huertas y no pueden dar fruto. Tus ricos prados en que lucían muchas y muy hermosas flores con que tanto se alegraba tu pueblo, están ya cerca. El gran término que te llamaba señora, ha sido devorado por el fuego y hasta ti llega su humo espeso. A tu grave enfermedad no se encuentra medicina, y los médicos desesperan de curarte. Valencia, Valencia á todas estas cosas que te digo con gran quebranto de mi corazón, te las dije antes y la razón de ella.»

El poeta había sabido expresar admirable y dramáticamente la situación de Valencia.

No eran ciertamente los cristianos los más terribles enemigos de la ciudad.

Eránlo sus propios habitantes.

Ardian en saña irreconciliable los bandos.

De una parte se sostenía Ben-Gehaf; de la otra, los Benitaces:

Pero en una terrible alternativa, tan pronto se volvía contra el primero como contra los segundos, los de su misma parcialidad, trocándose los campos y determinándose una confusión, en medio de la cual nadie sabía que partido tomar.

Apretó el hambre.

Se irritó el pueblo.

Acusaron de sus desdichas á los Benitaces, los acometieron, pusieron fuego á la casa en que se habían ocultado, se apoderaron de ellos y los entre-

garon al Cid como pretendiendo congraciarse con él.

Esto acreció los disturbios de la ciudad.

Desesperado Ben-Gehaf pidió hablar al Cid, y sin pararse en humillaciones se sometió á todo lo que el Cid le exigió, entre otras cosas á entregarle en rehenes su propio hijo.

Pero se arrepintió y al dia siguiente escribió al Cid, manifestándole que estaba resuelto á morir ántes que entregar á su hijo.

Amenazóle el Cid y se renovaron de nuevo los combates de la ciudad.

Tan cerca de ella estaban los cristianos, que pasaban sobre los muros las piedras que ellos tiraban á la plaza.

A tal punto llegó la falta de mantenimiento, que el trigo llegó á venderse por libras y aun por onzas.

Se apeló para mantenerse á los animales de carga, á los perros, á los gatos y aun á los ratones.

Hasta llegó á sacarse de los sumideros los desperdicios de las casas.

Desesperados los valencianos, acecharon un momento en que una puerta de la ciudad se abría para escapar al campo cristiano, que vendían estos pobres fugitivos á los moros de la Alcudia, por un pan ó por un jarro de vino.

A tal miseria habian llegado aquellos desgraciados, en tal situacion los habia puesto el hambre, que la mayor parte de ellos en cuanto tomaban alimento morían.

Sin embargo, Ben-Gehaf y las personas más ricas que aun podían hacer frente al hambre, ántes que rendirse determinaron pedir auxilio al rey de Zaragoza.

Pero Almortain que tenía grandes motivos para no atreverse á ponerse frente á frente del Cid, entretenía con pretextos á los de Valencia y hacia un doble papel comunicándose por medio de mensajes con los sitiados y con el sitiador.

No se detuvo el hambre en los animales inmundos.

La desdichada gente pobre llegó á alimentarse con los cadáveres de los que morían de hambre.

A cada paso se veía un pobre ser que andaba casi muerto.

Ni aun tenían ya fuerzas para tirarse como otros los habían hecho desde lo alto de las murallas frente á la línea de los castellanos.

Al fin comprendiendo Ben-Gehaf que no era posible resistir más, renunció el mando, y el faquí Al-Watam, que inmediatamente se puso en inteligencia con el Cid y se vino al acuerdo siguiente:

«Los valencianos pedirían socorro al rey de Zaragoza y al caudillo de los almorávides que estaba en Murcia. Si no recibían auxilio de ninguno de los dos en el término de quince días, Valencia se rendiría al Cid con las siguientes condiciones: Ben-Gehaf conservaría la misma autoridad que antes, con seguridad para su persona, familia y bienes; Ben-Abdus almojarife del Cid, sería receptor de impuestos; un capitán llamado Buca que con el Cid estaba debía tener el mando militar.

Las fuerzas destinadas á la defensa de la ciudad, se compondría de cristianos mozarabes.

El Cid residiría en Cebolla y no alteraría ni las leyes, ni las contribuciones, ni la moneda de Valencia.

Este convenio se firmó por ambas partes.

Al día siguiente cinco de los hombres más notables de Valencia, hombres mayores según dice en crónicas fueron á Zaragoza y otros envió á Murcia.

Había el Cid impuesto como condición que todo embajador no pudiese llevar consigo más de cincuenta dineros.

Por lo tanto, fué el mismo á reconocer á los que debían embarcarse para Dénia y á continuar desde allí por tierra á Murcia.

Los mandó registrar y se encontró que llevaban grandes cantidades en oro y plata, y en abundancia perlas y piedras, parte suyas, parte de los joyeros de Valencia, que pretendían salvar sus riquezas.

El Cid se apoderó de todo esto, y no dejó á los embajadores más que los cincuenta dineros convenidos.

Esperaba ansioso la ciudad.

Pero pasaron los quince días estipulados y los embajadores no volvieron.

El Cid intimó, pues, la rendición á Valencia, manifestando á Ben-Gehaf que si pasaba un solo momento sin que la rendición se efectuase, tendría por nulo y de ningún valor todo lo convenido.

Trascurrió, sin embargo, un día sin que se abrieran las puertas, y cuando los enviados de la ciudad fueron á ver al Cid y á manifestarle que la ciudad se rendía, el Cid les declaró que no estaba obligado á nada por haber pasado el plazo convenido en la capitulación.

Sometieronse ellos á todo y suplicaron al Cid que puesto que se ponían en sus manos los tratase con generosidad y prudencia.

Al día siguiente, Ben-Gehaf se presentó al Cid, y

firmó con él y con los principales caudillos cristianos y moros los artículos de la capitulación citada, después de lo cual, Ben-Gehaf volvió á la ciudad.

Al medio día del 15 de Junio de 1094 entró el Cid en triunfo en Valencia.

Apenas entró, subió á la torre más alta para ver en conjunto la ciudad que habia conquistado.

Se mostró afabilísimo con los vencidos que se presentaban á besarle la mano, y encargó á sus capitanes y á sus soldados que lo saludaran y les hicieran lugar cuando pasase.

Agradecidos por tan noble comportamiento los moros, decían del Cid con entusiasmo que jamás habian visto un hombre más honrado ni que acaudillara soldados mejor regidos.

Ben-Gehaf ofreció al Cid una gran parte del dinero que habia tomado de los vendedores del trigo durante el sitio.

Pero el Cid desdeñó un dinero adquirido de una manera tan infame.

Hizo después avisar á todos los prohombres del reino de Valencia para que fuesen á reunirse en el jardín de Villanueva.

Congregados allí, subió á un estrado ó tablado cubierto de esterás ó tapices.

Ordenó á los prohombres moros se sentaran frente á él, y les dijo:

—Yo soy un hombre que nunca he poseído ningún reino; pero soy de linaje de reyes; el día que vi esta ciudad me agradó y la envidié y pedí á Dios me hiciera dueña de ella: ved cuanto es el poder del Señor, el día que puse cerco á Julodea (Cebolla), no tenía más

que cuatro panes, y ahora Dios me ha hecho merced de darme á Valencia, me encuentro señor de la ciudad. Si hago en ella justicia Dios me la dejará, sino fuere derecho, se bien que me la volverá á quitar. Así que recobre cada cual su hacienda y la dispute como antes: el que encuentre su casa empolvada que entre el contento en él; el que el haya sembrado y cultivado, pague su trabajo y la simiente al cultivador, y poseala. Quiero también que los colectores de impuestos en la ciudad no tomen más que el dinero; segun vuestra costumbre, he determinado oíros en juicio dos dias cada semana, los lunes y los jueves; pero si teneis algun negocio urgente venid quando querais y os oiré, que no soy yo hombre que me encierre con las mujeres para ver y amar como vuestros señores á quien nunca lograis ver; quiero arreglar vuestros negocios por mi mismo, ser compañero vuestro, protejerós como un amigo y como un padre: yo seré vuestro alcalde y vuestro alguacil, y siempre que tengais que querellarós uno de otros, os haré justicia.

Después de estas nobles y magníficas palabras, que no necesitan comentario alguno, añadió:

—Hanme dicho que Ben-Gehaf ha hecho muchos males á alguno de vosotros tomándoos vuestros haberes para hacerme con ellos un presente: yo me he negado á admitirle, que si cediciara yo vuestra hacienda sabría tenerla sin pedirla ni á él ni á otro; pero libreme Dios de hacer violencia á nadie; por adquirir lo que no me pertenece, haga buen provecho si Dios lo permite á los que han traficado con sus bienes, y lo que Ben-Gehaf haya tomado, mando que luego lo devuelva sin dilacion alguna: quiero que me jureis que habeis



de cumplir lo que os diré y que no os desviareis de ello. Obedecedme y no quebranteis jamás los pactos que hagamos: observad lo que os ordene, porque me duele mucho la miseria y el mal que habeis sufrido comprando el calcoín de trigo á mil manavedís de plata; pero yo fio en Dios que volveré á ponerlo á maravedí. En fin, estad ahora tranquilos y seguros, porque he prohibido á mis gentes que entre en vuestra ciudad á traficar; les he señalado para su mercado la Alcu-dia; esto lo he hecho por consideracion á vosotros, he mandado que no se prenda á nadie en la ciudad. Si alguno desobedece esta orden, matadle sin miedo, no quiero entrar en Valencia, no quiero vivir en ella; quiero construir sobre el puente de Alcántara una casa de recreo, un lugar á donde vaya á veces á solazarme. No podían ménos de oír con admiracion, con entusiasmo y con agradecimiento, los moros, aquellas justas, caritativas y magníficas palabras.

Sin embargo, se encontraron con bastantes dificultades cuando quisieron tomar de nuevo posesion de las tierras que les habian tomado los castellanos.

Se presentaron, pues, al Cid el primer dia de audiencia, que fué en jueves.

Con asombro oyeron que el Cid les respondia que necesitaba de sus soldados como de su brazo derecho, y que no podia enojarlos.

Dijoles por último, que en Valencia no habia más señor que él, y para que le tuviesen en su favor era necesario le entregaran la persona de Ben-Gehaf, al que tenia necesidad de castigar por la traicion que habia cometido contra su rey, y por la miseria y los sufrimientos que á ellos habia causado y á él mismo.

Este cambio del Cid que á primera vista parece extraño, consistía en que los moros no eran tan leales como merecía el buen comportamiento para con ellos del Cid, y contra él conspiraban con Ben-Gehaf, de lo cual el Cid, que no se descuidaba nunca, tenía conocimiento.

Respondiéronle ellos sorprendidos al ver aquel cambio amenazador del Cid, que necesitaban tiempo para aconsejarse y determinarse acerca de la entrega de Ben-Gehaf.

Pero el Cid era verdaderamente señor de Valencia, imponía terror y Ben-Gehaf le fué entregado.

Mandóle el Cid que le diese una relación de cuanto poseía, y que prestase juramento de no poseer ninguna otra cosa más entre los principales caudillos moros y cristianos.

Y reconociendo en el Cid el derecho de castigarle á muerte si le convencía de perjurio:

Sabia el Cid que Ben-Gehaf había robado al misero Acadir sus tesoros y los había ocultado.

Se registraron las casas de los amigos de Ben-Gehaf, se amenazó con la muerte á los que ocultaran las riquezas que aquel les hubiera confiado, y obedeciendo todos al miedo, entregaron los tesoros que tenían en guarda.

Se registró también la casa de Ben-Gehaf, y pondeñancia de un esclavo se encontró en ella una inmensa cantidad en oro y pedrería.

Como el Cid no se creía obligado por la capitulación, que juzgaban por la mala fé de los moros, había entrado en Valencia y aposentádose en el alcázar.

Reunido allí á los magnates moros y les dijo:

—Bien sabéis, pro-hombres, que en Aljama de Valencia cuanto he servido y ayudado á vuestro rey y cuantos trabajos he soportado antes de ganar esta ciudad. Ahora que Dios me ha hecho dueño de ella, la quiero para mí y para los que me han ayudado á ganarla, salvo el derecho de mi señor el rey don Alfonso. Vosotros estáis en mi presencia para ejecutar lo que fuere de mi voluntad y bien me pareciere. Yo podria tomar todo lo que poseéis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mujeres; pero no lo haré: pláceme y ordeno que los hombres honrados de entre vosotros, los que han *conservado siempre lealtad*, vivan en Valencia en sus casas y con su familia; más no habéis de tener cada uno más que *una mula y su criada, ni podreis usar ni conservar armas, sino en caso de necesidad y con mi autorizacion*. Los demás desocuparán la ciudad, y vivan en la Alcedia, donde yo estaba antes. Tendreis mezquitas en Valencia y en la Alcedia; tendreis tambien vuestros *paquies* (sacerdotes); vivireis con arreglo á vuestra ley y con vuestros *alcaldes* y *alguaciles* que nombraré yo: poseereis vuestras herencias; pero me dareis el señorío sobre todas las sectas; administraré la justicia y haré morada mía, y los que quieran conmigo, bajo mi gobierno, que queden; los que nó vayan á la buena ventura; pero esto es sus personas: yo les daré seguro.

Como se ve, el Cid estaba airado contra los pro-hombres de Valencia.

Eran desleales para con el que tan noble se les habia mostrado.

Se humillaban en su presencia.

Lo agradecian por el momento el cuidado que por

ellos se tomaba, y después aflaban en secreto las armas y se preparaban á una nueva lucha.

Pero el Cid les había dicho que podían quedarse con él los que siempre habían obrado con lealtad, y su mandato de que nadie pudiese tener en Valencia más que una mula y un criado, ni pudiese tener armas sin que él los autorizase para usarlas, no eran el mandato caprichoso de un tirano, sino la prudente precaución de un caudillo que no se dejaba sorprender.

Los prohombres aterrados, viendo que el Cid no era hombre á quien podía engañarse, á quien se podía tender la mano en señal de amistad, mientras la otra mano buscaba el pomo del puñal.

El Cid les había convidado con la paz y el buen gobierno, y ellos, que aunque disculpables por el amor á la patria, correspondían con traiciones á la benignidad del Cid.

El Cid, pues, se veía obligado á ser severo, á desarmar completamente al enemigo, á asegurar la conquista de Valencia.

Hemos llegado á un punto en que algunos historiadores, por fortuna extranjeros, han pretendido encontrar una negra mancha en la historia del Cid.

Nos referimos á la ejecución del cadí Ben-Gehaf, y á la manera de élla.

Como nuestros lectores han visto, Ben-Gehaf era un miserable.

Ministro traidor, había preparado una insurrección contra el débil rey Alcadi, le había asesinado y había ocupado su lugar.

No solamente había sido reo de alta traición, sino que arrastrado por una avaricia sordida, no satisfecho

con los numerosos tesoros que habia robado al cadí, explotó las miseria de los valencianos, alentó y autorizó por el interes que le dieran, á los monopolizadores del trigo y ejerció cuantos crímenes y cuantas infamias son imaginables.

El Cid habia sido pacientemente astuto respecto á Ben-Gehaf.

Habia tal vez pretendido no enagrecer su conquista de Valencia con la ejecucion de aquel traidor, considerando que entre los moros era muy frecuente la sucesion en el trono por medio del asesinato.

Ben-Gehaf tomó por debilidad del Cid lo que solo era prudencia.

El Cid pudo haberle preso, juzgado y sentenciado en el momento de la rendicion de la ciudad.

Ben-Gehaf no comprendió que género de hombre era el Cid, ó su avaricia le llevó hasta una especie de heroismo, si es que se puede llamar heroicas, una conducta que se funda en morales infames.

Habia mandado el Cid á Ben-Gehaf le entregase tesoros que sabia poseia aun y que no habian podido encontrarse.

Ben-Gehaf se negó.

El Cid á más del crimen de asesinato que sobre si tenia Ben-Gehaf, poseia la prueba de las conspiraciones urdidas por Ben-Gehaf y por los suyos para asesinarle á él mismo.

Un tal malvado no podia ménos de irritar á un hombre tan noble, tan recto y tan enérgico como el Cid.

Llevóle al colmo de la irritacion la insolente tenacidad de Ben-Gehaf, y en su cólera no encontró castigo bastante para él.

No puede negarse que el Cid fué cruel para con aquel hombre.

Mandó abrir en medio de la plaza de Valencia un hoyo en el cual fuese metido Ben Gehaf, de manera que quedasen descubiertas únicamente la cabeza y las manos.

Hay que advertir que este era un suplicio muy usado por los árabes, con el cual se castigaba á los reos de alta traicion, á los apóstatas, á los prevaricadores, á los tenidos, en fin, por reos de los crímenes más capitales.

En derredor de este hoyo pusieron haces de leña, á los que se les prendió fuego.

Así murió aquel criminal miserable.

El Cid para aumentar su terror, manifestó que era su voluntad muriesen de igual manera la familia y los partidarios de Ben-Gehaf.

Pero se dejó convencer por los castellanos y por los valencianos que le pidieron gracia por ellos.

Pero no se libraron del mismo castigo unos pocos de los cómplices de los crímenes de Ben-Gehaf.

Los historiadores que han hecho el relato desnudo de este suceso, han obrado de mala fé.

Han pretendido hacer creer que no han visto los móviles que el Cid tuvo para ordenar esta cruelísima ejecucion.

Pero como antes de llegar á ella, han puesto de manifiesto los horrendos crímenes de Ben-Gehaf, el Cid resulta esculpado; no se concibe su crueldad á causa de la tenaz y cínica obstinacion del sentenciado.

Estos historiadores se han puesto en el mismo terreno que los historiadores árabes, que no podian ciertamente decir loores del Cid.

El historiador Ben-Besan, que vivió en su tiempo próximo á aquel los sucesos, dijo del Cid á proposito de ellos:

«El poder de este tirano fué siempre creciendo, modo que pesó sobre las altas y las bajas comarcas, y llenó de terror á nobles y á plebeyos. Uno me ha contado haberle oido decir en un momento de breve deseo y de extremada avidéz *un Rodrigo perdió á España y otro Rodrigo la rescatará*, palabras que infundió el pavor en los corazones é hizo pensar á los hombres sucedería pronto lo que recelaba y temia.

Sin embargo, este hombre, la plaga de su tiempo, era por su amor á la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su valor heróico, uno de los prodigios del Señor.»

A pesar de su saña musulmana, este historiador acaba al fin por apellidar héroe, por calificar como uno de los prodigios del Señor á Rodrigo de Vivar.

Dice de él que pesó sobre las altas y las bajas comarcas y llenó de terror á nobles y á plebeyos.

Esto prueba que el Cid era un profundo político que usaba del terror para facilitar sus victorias y para asegurar sus conquistas.

Tales han sido siempre los grandes dictadores.

A la humanidad no se la somete más que por el terror.

Y es, en verdad, una fatalidad tristísima el que todo grande hombre para llegar á grandes fines haya de valerse de la crueldad y del terror.

Esto esculpa aun de la nota de crueldad contra Ben-Gehaf al Cid.

Los moros son tenaces, astutos, terribles, y espe-

cialmente los eran los valencianos, peste naciente casi por completo á la terrible raza amarilga.

No bastaba solo haberlos combatido y domeñado. Era necesario aterrarlos.

Y para ello usó el Cid de un miserable que merecía bien todo lo que con él se hiciese.

Porque no podia practicarse con él crueldad que él no hubiese practicado, inclusa la horrible crueldad de aumentar por avaricia la miseria y el hambre de sus conciudadanos.

Hay hombres en los cuales se reconoce ser un fantasma humano.

No queremos decir por esto que seamos partidarios de la crueldad.

Lo que queremos decir es que todo está subordinado á las circunstancias, y que la imperfeccion natural del sér humano es de tal manera funesta, que con mucha frecuencia para obtener el bien, es necesario hacer uso de lo horrible.

¿Estaban en su derecho los solariegos, los cristianos reconquistando la tierra de la patria arrebatada por una ruin accion á sus abuelos?

¿Era conveniente apresurar esta reconquista, asegurar lo que se reconquistaba?

¿No se ve en el Cid confesado por un historiador de sus enemigos naturales, alentando esperanza de restaurar la patria, representada por aquellas noblísimas palabras; *un Rodrigo perdió á España y otro Rodrigo la rescatard?*

Si los reyes cristianos no se hubiesen entretenido y debilitado en satisfacer políticas guerras entre sí, si el Cid hubiese encontrado en todos ellos un apoyo justisi.



mo y necesario, tal capitán era el Cid, tal político, tal hombre, que tal vez hubiera realizado su dicho, que hoy á la vista de la historia puede parecer jactancioso.

Medítese en las razones que hemos aducido, y se verá que las crueldades del Cid en Valencia tenían una grande razón de ser: el amor de la patria.

Su avaricia de libertarla del yugo de un pueblo extraño que la humillaba y la esclavizaba, la reducía á una situación insoportable.

Continuemos nuestro relato.

El califa de los almoravides Jusuf, quiso reconquistar á toda costa Valencia.

Estaba humillado.

Casi á su vista y con un puñado de combatientes, habia tomado aquella hermosa ciudad el Cid.

Decia Jusuf que Valencia era para él como una espina en el ojo.

Por conveniencia, para sacarse esta espina, envió con un poderoso ejército á su lugar-teniente Ben-Aixa á poner cerco á la ciudad.

Véase si el Cid tuvo razón en asegurar su conquista, difundiendo el temor entre los moros y echando fuera de sus muros á todos aquellos en quienes veían enemigos irreconciliables y encubiertos, prontos á aprovechar la primera ocasión para vencerle.

Pero el Cid, al undécimo día del sitio, salió contra los enemigos.

Los acuchilló y se apoderó de su campo.

Los nobles aragoneses después de haber ganado don Pedro I de Aragon la batalla de Alcázar, le rogaron se viniera con el Cid.

Viéronse el Cid y el rey de Aragon, y después de

haber conversado sobre el negocio de su entrevista, se encaminaron á Valencia.

Vinósele al encuentro en los campos de Játiva el caudillo árabe ya citado Ben-Aixa con una hueste de treinta mil hombres.

Pero recordando la derrota que le habia hecho sufrir durante el sitio de Valencia, pasó adelante escusándose el combate.

Pero más adelante, en la misma costa hácia el Sur, frente á frente de los enemigos, estando apoyados los almoravides de la parte del mar por su flota, libraron el combate.

Por valientes que fuesen castellanos y aragoneses, empezaron á acobardarse viéndose acometidos por mar y por tierra.

Lanzóse entre los escuadrones el Cid.

Los arengó, los reanimó.

Los arrojó en una feroz acometida contra los almoravides, los deshizo, les tomó el campo y se volvió á Valencia.

El rey de Aragon tomó el camino de su reino, se fué á sitiar á Murviedro, donde mandaba el emir Albarracin, que habiendo sido aliado del Cid, le habia servido en la empresa de Valencia.

Antes de ir á Murviedro, con tres meses de cerco, aseguró á Almenara, y allí, dejando asegurada la vida, se fué á Murviedro.

Los cercados le pidieron les concediese treinta dias de plazo, terminado el cual sino eran socorridos se entregaban.

Vino el Cid en ello.

Buscó el emir de Albarracin el amparo de Alfon-



so VI, del rey de Zaragoza Almortain, de los almora-  
vides, y por último, del conde de Barcelona.

Alfonso VI, como era natural, respondió que mejor  
queria ver á Murviedro que en él rey musulman.

Temeroso Almortain de Zaragoza, al Cid llegó.

- Los caudillos almoravides, que ellos no irian sino  
los mandaba el califa Jusuf en persona.

El conde de Barcelona que tenia hartos motivos para  
respetar al Cid, por la sola noticia de que el Cid iba  
sobre Oropesa, que el conde de Barcelona tenia sitiada,  
levantó el sitio y se fué.

Pasaron, pues, los treinta dias del plazo cóncedido  
por el Cid á los de Murviedro, sin que nadie los socor-  
riese.

Alegaron ellos que sus mensajeros no habian vuel-  
to, y el Cid les concedió con gran trabajo otro plazo de  
doce dias.

Terminado este, le rogaron los sitiados les diese  
otro plazo hasta la Pascua de Pentescostes.

El Cid se los dió hasta San Juan.

Pero trascurrió tambien este plazo sin que nadie se  
previese á socorrerlos.

En fin, desesperados ya los de Murviedro se entre-  
ron el 24 de Junio de 1098.

El Cid les impuso el tributo de una cantidad igual  
á la que habian enviado al califa Almovid para que los  
socorriese.

Y como se negasen á pagar este impuesto, envió el  
Cid encadenados á los principales de Murviedro á Va-  
lencia.

Aquí debemos detenernos y dar fin á este largo ca-  
pítulo, lectores.

Nos acercamos á la muerte del Cid.

Dios no queria que este héroe continuase librando á las Españas de sus enemigos.

Vamos á ocuparnos de la última parte notable, leyenda que la tradicion nos ha legado de la novela del Cid.

---

## Capítulo XXI.

**De como se prepararon las bodas de las hijas del Cid.**

Apenas tomada Valencia por el Cid, los caballeros castellanos, los infantes de Carrion le pidieron la mano de sus dos hijas doña Sol y doña Elvira.

Esta es todo una novela.

Aunque nosotros hayamos omitido las fechas en nuestro relato anterior, habian pasado años bastantes para que aquellas dos niñas de poca edad cuando salieron con su padre de Castilla á causa del destierro del Cid, se hiciesen dos hermosísimas mujeres.

Doña Sol tenia dieciseis años, y apenas cumplidos quince doña Elvira.

Aunque con mucha frecuencia doña Gimena con sus hijas acompañaba en sus expediciones al Cid, por lo general pasaban largos espacios de tiempo con sus hijas en Castilla cuidando de su hacienda.

Ayudando doña Gimena á su marido al lado del rey

contrabalanceando las rivalidades y las enemistades de los envidiosos de don Rodrigo que eran las que principalmente mantenía entre este y don Alfonso un estado casi continuo de enojo y de desabrimiento.

Así era que cuando movido el rey por las hazañas del Cid y por su lealtad nunca desmentida, ó por los buenos oficios de doña Gimena, duraba muy poco la avencencia.

Recargaban los envidiosos cortesanos.

Enojábase el rey.

Arrojábase el Cid, que era mal sufridor de enojos, y sobrevenia un nuevo rompimiento, y siempre en favor de Castilla.

Porque irritado y dolorido el Cid por los tratamientos de aquel su avieso é irreconciliable señor, iba á pegar la rabia contra los moros, y estos desahogos de la cólera del Cid eran otros tantos pedazos más de tierra que aumentaban el reino castellano.

Si no fuera tan conocido el carácter violento é irascible del grande Alfonso VI, si no se comprendiese claramente por el estudio de la historia de aquel tiempo, que el primer envidioso que el Cid tenía era el mismo Alfonso VI, porque un héroe sufre mal á otro héroe, y mucho peor cuando el héroe que tiene enfrente es vasallo suyo como acontecía: creeriase que Alfonso VI no se enojaba con el Cid por airado, sino por política, sabiendo por experiencia que cada destierro del Cid era un aumento del territorio castellano.

El que el Cid estuviera desterrado no significaba que lo estuvieran su mujer y sus hijas.

Esto hubiera sido una exajeracion tal, que hubiera ofendido aun á los mismos envidiosos del Cid.

Así, pues, doña Gimena, vivía largas temporadas, á veces de años, separada del Cid, ya en la villa de Gomar, ya en la de Vivar, ya en la corte.

Siempre solícita, siempre buena esposa, aunque en verdad, era desventurada en su union.

Por más que las leyes góticas semi-bárbaras vigentes en gran parte en Castilla, el fuero-juzgo hubiese autorizado y aun precisado el consorcio de Rodrigo y de Gimena, y más que esta ley de los hombres hubiese causado este enlace, la ley del amor, el sentimiento puesto por Dios de una manera indeleble en el corazón humano, lo monstruoso de la union de la hija con el matador de su padre no habia podido desaparecer.

Ellos se sentian inocentes de aquella fatalidad.

Pero, en fin, aquella fatalidad terrible pesaba sobre ellos.

Habia momentos de reaccion en que el Cid no veia en Gimena á la adorada de su alma, sino á la hija del hombre que habia abofeteado á su anciano padre, y que Gimena se representaba al vivo como si estuviese en aquellos momentos en la Cruz del Bosque, de Gomar, donde habia visto espirar á su padre herido por Rodrigo.

Triunfaba de nuevo, es cierto, el corazón, el amor de los esposos, más aun, de los amantes; se sobreponia al amor filial.

Gimena estaba orgullosa de Rodrigo, y Rodrigo orgulloso de Gimena.

El era un héroe.

Resplandecia de gloria.

Ella era digna de él y resplandecia de honestidad, de virtud, de discrecion, de valor y de hermosura.

Era la primera dama de Castilla bajo cualquier concepto que se la considerase.

Y más que una reina, porque era la mujer de un hombre que desdeñando las coronas que conquistaba las enviaba para que se las ciñese á su tenaz é ingrato señor que le tenia casi siempre desterrado.

En los primeros tiempos del matrimonio, el amor habia podido más en los dos esposos que la fatal colocacion en que se encontraban colocados á causa de sus padres.

Pero andando el tiempo, aunque el amor no menguase, no fué ya tan poderoso para vencer la antipatía extraña, funesta, necesaria que existia entre aquellos dos desventurados séres.

Parecia que Dios habia oido la maldicion de Gimena y que la cumplia.

Y era que la maldicion de Gimena habia sido producida por el sentimiento recto, que responde siempre á la verdad incontrastable, á la verdad que ha de aparecer en inevitables consecuencias.

El Cid, enérgico en demasia, altivo hasta lo infinito, no habia perdonado al conde Lozano, ó mejor dicho, su memoria, la ofensa qua el conde Lozano habia inferido á su linaje.

El Cid habia dicho bien.

A pesar de la venganza, á pesar de la sangre, no se pierde, no se borra el recuerdo de la afrenta, que es la continuacion terrible de la afrenta misma.

En vano pretende el hombre engañarse.

La verdad prevalece á despecho suyo.

Así era, que amortiguado un tanto por la posesion como sucede siempre, el amor delirante de Rodrigo por



Gimena, aunque este amor no pudiese dejar de ser por que las almas de los dos eran apropósito para vencerse, se habian sentido, se habian unido, este amor calmado ya habia dado lugar á la reflexion.

No habia dominado y anegado antes en los dos la terrible situacion en que los habia colocado la injuria del conde Lozano á Diego Lainez, la muerte dada por el Cid al conde Lozano.

Habia entre los dos esposos algo que á vueltas de un amor invencible, representaba un ódio invencible tambien.

El Cid se acordaba de la maldicion de Gimena.

Y aunque Gimena no habia llegado á ser una mala hembra en la expresion vulgar de la frase, ni podia llegar á serlo, el Cid la interpretaba de la siguiente manera:

—Mala hembra es la que se casa con el matador de su padre: yo no quiero verlo; pero la verdad es que Gimena no debió casarse conmigo, aunque el no casarse conmigo la hubiera costado la vida; ni yo con ella debí casarme, que si con ella no me casara, no sintiera yo este no sé qué que me hace mirarla algunas veces con aborrecimiento.

Podia decirse que, en efecto, pesaba una maldicion sobre los dos esposos, ó por lo ménos, una fatalidad.

Creia el Cid que la maldicion de Gimena se habia cumplido ya en parte y temia no acabase de cumplirse.

Se estremecia cuando recordaba aquello: Dios quiera que al maldito rey que te mantenga en su favor le dé muerte mal vasallo.

Así habia muerto el rey don Sancho.

Y se enfurecia cuando en aquella maldicion pensa-

ba el Cid al recordar aquello de si tuvieres hijas, las escarnezcan villanos.

A más no se olvidaba el Cid, sin poder explicarse por qué, de la hermosa infanta doña Urraca, que le habia amado hasta el punto de ir con su amor á sepultarse en un convento, é indudablemente con su amor habia muerto.

Todas estas cosas decian que el Cid no fuese feliz por la parte de la familia.

Malaventurado tambien por parte del rey, roido por la envidia, todos sus triunfos se le amargaban y su vida era solitaria y triste.

Despues de la conquista de Valencia, cuando el Cid labró aquella su hermosa casa de recreo á las márgenes del Guadalaviar, llamó á doña Gimena que fué á reunirse á él con sus hijas.

Las dos jóvenes, creemos haberlo dicho ya, participaban de la extraordinaria hermosura de doña Gimena y del gran espíritu de la varonil hermosura de su padre.

Eran altas, esbeltas, desarrolladas, magníficas, y tenian un no sé qué de tan extraordinariamente distinguido, tan majestuoso, que se hacian admirar y respetar, y al mismo tiempo encantaban y cautivaban, porque la fuerza de sus formas y la fuerza de espíritu que representaban estaban como ablandados, conmovidos, como agraciados por un candor y un atractivo irresistible.

Su madre las habia guardado mucho.

Las habia tenido fuera de todo contacto extraño, ya en el castillo de Vivar, ya en el de Gormaz, desde que habian empezado á ser mujeres.

Y cuando habia tenido que ir á buscar en su destierro á su marido, las habia dejado en el convento de las Huelgas de Búrgos.

Por consecuencia, las hijas del Cid fueron una novedad en Valencia para Diego Ordoñez de Lara, para Alvar Yañez, primo del Cid, para sus otros parientes, en fin, para todos sus conocimientos.

Habian ido á servir en la hueste del Cid para ayudarle en la conquista de Valencia, y por la cuenta que les tenia, dos caballeros moros que por su alto linaje y por haber sido igualmente herederos en el mayorazgo de sus padres, se llamaban los infantes de Carrion.

Eran además gemelos, y por esta razon su padre al morir les habia dejado al par sus mayorazgos, porque no habia podido poner en claro, ó mejor dicho, no habia habido quien le convenciese acerca de cual de ellos a el mayor de los dos.

Porque decia, y decia bien el buen caballero, que nadie habia podido ver cual habia sido el primero que habia empezado á sér en el seno de su madre ó si habian empezado al mismo tiempo.

Porque en lo de venir el uno primero que el otro no habia cuestion.

En fin, habida autorizacion real, don Gutierrez de Carrion habia dejado herederos de igual manera á sus dos hijos Pedro y Pablo.

Eran tan semejantes, que no podia distinguirse al uno del otro por la más leve señal, ni aun por la voz.

Y para que se les distinguiese llevaba el uno sobrevesta azul y el otro sobrevesta roja.

Pero si se les ocurría cambiarse la sobrevesta, se tomaba á Pedro por Pablo y á Pablo por Pedro.

Habian sido muy buenos caballeros en el cerco de Valencia, y el Cid estaba muy pagado de ellos.

Por más que no hubiesen hecho ni más ni menos que cualquier otro de los caballeros del Cid, que eran probados de tal manera que parecia que el seguir el estandarte de un héroe los hacia héroes.

Bastaba con que no se hubiesen quedado atras.

Ténian indudablemente el valor de la batalla.

En cuanto al valor personal de solo á solo, que es harto distinto, no se tenia prueba alguna.

Entre gentes del Cid no había reyertas.

En cuanto á los extraños, con solo ser soldados del Cid bastaba para que todos los tratasen con un tal respeto que no daba lugar á querella alguna.

Eran jóvenes de veinticuatro á veintiseis años, y hermosos y agraciados, blancos y rubios, con magníficos ojos negros.

Cuando doña Elvira y doña Sol los vieron, se enamoraron de ellos y ellos de ellas, de tal manera, que se vino á proposiciones.

El Cid no tenia que objetar.

Eran ambos jóvenes de alto linaje.

Habian lidiado como buenos frecuentemente en los lugares de mayor peligro, y en cuanto á haciendas nada habia que decir, porque eran riquísimos.

Acerca de su moralidad, nada que pudiese hacer que no se les estimase, se sabia.

Bien es cierto que esto no era una razon.

Porque los que iban con el Cid habian de andar derechos si no querian exponerse á ser arrojados de la hueste ignominiosamente, ó cuando ménos de un duro castigo.

No parecía sino que el Cid se había propuesto que los que iban en su hueste fuesen poco ménos que santos ó que viesen para que habían nacido.

Así como el Cid infundía á los suyos su valor, les imponía su virtud.

Una mujer que se quejase de un atentado á su honestidad por ligero que fuese, un viso de embriaguez, una palabra fea ó grosera, eran motivos bastantes para que el Cid se enojase y sentase la mano al culpable.

Los infantes de Carrion se habían atendido á la manera general.

Se habían subordinado completamente á la enseñanza del Cid, y nadá había que decir de ellos:

Pero antes, en Carrion, señores de la villa con mero mixto imperio sobre sus habitantes, se habían entregado su primera juventud á todo género de libertinajes.

Esto se ignoraba.

El Cid, pues, no tuvo inconveniente en conceder á Pedro la mano de doña Sol, á Pablo la de Elvira.

Los infantes, aunque enamorados de las dos jóvenes, no era por esto por lo que con ellas deseaban casarse, sino porque el casar con una hija del Cid era más honroso que casarse con la hija del mayor soberano del mundo.

Era abrirse el camino de una gran fortuna, de una gran posicion.

El rey por enojado que estuviese por cuestion de caracteres contra el Cid, no podia ménos de estimar á los maridos de sus hijas, y de darles en la córte el alto lugar que les correspondía.

De manera que el móvil de aquel casamiento era la ambicion más que el amor.

Habia convenido en aquel enlace si, pero tomándose tiempo, porque decia que sus hijas eran muy jóvenes.

En realidad el Cid sentia no sabemos que vago recelo por aquello de la maldicion de Gimena.

«Si tuvieres hijas, villanos las escarnezan.»

Era esto, sin embargo, indeterminado.

¿Por que habian de ser sus propios maridos los villanos que debian escarnecer á sus hijas?

Y á más de esto, que tenian de villanos los infantes de Carrion?

El Cid no encontraba nada en ellos que no le fuese simpático.

Más aun les habia cobrado una gran afición.

Los queria.

Y como su experiencia nunca lo habia engañado, porque los hombres de genio tienen la intuicion de todas las cosas, fiaba en su experiencia y más aun en su propio sentimiento.

Daba, sin embargo, largas al negocio.

Pero era el caso, que como las dos hermosas y jóvenes doncellas estaban prometidas á los dos infantes de Carrion, estos iban á la casa del Cid todos los dias, se estaban largos espacios al lado de sus amadas, y hablaban todo cuanto querian con ellas, siempre se entiendo en voz alta y en presencia de doña Gimena, de las dueñas y de las doncellas de la servidumbre.

Pero este trato continuo, la certeza de que habian de unirse, la ignorancia de cuando llegaria el tiempo en que se realizase la union, habia ido exacerbando el amor de las jóvenes hasta el punto de convertirle en una pasion voraz, en una de esas pasiones que preocu-

pan extraordinariamente, que entristecen y que se hacen sentir en el organismo.

La primera que empezó á desganarse y aparecer pálida fué doña Sol, más delicada que doña Elvira.

Al fin todos, ellas y ellos, aparecieron pálidos y tristes, llegando doña Elvira casi casi á amenazar con una enfermedad grave.

Asustóse el Cid, él que por nada se asustaba.

Comunicó su susto con doña Gimena, que aunque se lo callaba estaba más asustada que él, y al fin se determinó que el casamiento se hiciese para de allí á un mes.

Pero le quedaba al Cid un pequeño escozer.

¿Serian tan buenos caballeros los infantes de Carrión de solo á solo como lo habian sido en batalla?

No habia habido ocasion de probarlo.

Los enamorados, cuando están en el periodo álgido de sus amores, no se satisfacen nunca de verse y hablarse.

Las visitas tenian naturalmente un término.

A la caída de la tarde, cuando el Cid y su familia iban á sentarse á la mesa para cenar, las gentes de fuera se iban.

Los infantes no podian volver hasta el otro dia despues que el Cid y su familia habian comido y aun dormido la siesta.

Pero puestos de acuerdo por medio de una esclava doña Sol y doña Elvira y sus dos novios, hablaban á las altas horas de la noche por un mirador que daba sobre el Guadalaviar.

Y los infantes, para que la guarda de la casa, que rondaba de tiempo en tiempo por precaucion contra al

guna asechanza de los vengativos moros que no estaban muy seguros, se subían á un hermoso naranjo que cerca del mirador habia, y avanzando á horcajadas por uno de sus robustos brazos, se acercaban lo más que podían al mirador, y hablaban sin necesidad de esforzar la voz con sus novias.

Cuando sonaban los sordos pasos de la ronda se quedaban en silencio, y la ronda de nada podía percibirse.

Però una noche en que hacia mucho calor, aburrido el Cid porque no podia dormirse, se levantó y por respirar el aire libre se salió á un pequeño adarve que caía cabalmente sobre el mirador, cuando sus hijas hablaban con los infantes, caballeros el uno detrás del otro en el brazo del naranjo.

El Cid, en sus largos años de campaña habia hecho su oído finísimo en las cuidadosas vigiliass de los campamentos, y aunque el adarve estaba un poco alto, no solamente oyó el rumor de las voces, sino que fijó tambien perfectamente los puntos de donde partía.

—¡Por San Lázaro mi patron!— exclamó.—¿Qué casta de pájaros son esos que á estas horas están hablando con mis buenas hijas? Afortunadamente los tales pájaros no tienen alas; pero así como así me agrada que ellos y ellas me la peguen así á mí y á su madre. No pueden ser otros que los infantes. Pues bien, me alegro; yo buscaba un medio para averiguar sin que se enterase nadie que tales son en un lance singular sin yermos, y voy á saberlo.

Metióse para dentro el Cid.

Bajó á su cámara.

Se echó un sayo.



Se puso el birrete.

Cogió un pequeño broquel y su invencible tizona.

Se puso un pañuelo en la cara á manera de antifaz para no ser reconocido, aunque la noche estaba bastante oscura, y descendiendo al piso bajo se salió por un postigo.

Avanzó silenciosamente.

Cogió una piedra y la tiró á la rama del árbol, no así en broma, sino con ímpetu, de tal manera que si la piedra llega á dar al uno de ellos en la cabeza le maltrata.

Pero el Cid, guiándose por el oído, que ya hemos dicho lo tenia finísimo, tiró bajo, á coja lo que coja y por casualidad, y la piedra alcanzó en pleno tobillo derecho á Pablo.

Y con tal fuerza, que el pobre mancebo no pudo contener un alarido, cosa que desplació al Cid que murmuró:

—Por mucho que te haya dolido, tonto, no has debido haber gritado. Pase en fin por que el golpe te ha cogido desprevenido.

Pero no fué esto solo; sino que por el movimiento violentísimo que Pablo hizo al sentir la pedrada, perdió el equilibrio, cayó y se oyó el golpe de su cuerpo en el agua de una acequia que debajo pasaba y que venia á servir de foso por aquella parte al palacio del Cid.

—Vaya en gracia por el calor que hace,—dijo don Rodrigo,—esperemos á ver lo que se le ocurre hacer al otro.

Don Pedro, que sintió aquello y que sino cayó fué

porque se abrazó á una rama, porque al caer su hermano se le agarró á una pierna, se compuso como pudo en su posición, y viendo que su hermano le llamaba para que le sacase de la acequia, porque se habia metido hasta la rodilla en el fango, bajó del árbol.

Inútil es decir que doña Elvira y doña Sol habian abandonado el mirador y habian escapado á meterse en sus lechos, ignorantes de lo que aquello podia ser y por ello cuidadosas.

Apenas habia puesto los piés en el suelo don Pedro, cuando don Rodrigo, enronqueciendo cuanto pudo la voz para desfigurarla, y dándola cierto acento de fagot, le dijo:

—Antes de sacar á tu hermano del agua, veamos á ver como sales de la en que yo te meto. Mano al hierro, que no quiero acometerte estando desprevenido, y veamos como te defiendes.

Tiró don Pedro de la espada sin vacilacion de ninguna especie, y diciendo á su hermano:—Aguarda que pronto acabo,—se fué contra aquel bulto que tenia delante.

- El Cid le acometió:

Pero de una manera maestra, cuidando de no herirle, reduciéndose á probar.

Pero siempre la espada del Cid encontraba la espada ó el broquel de don Pedro, como siempre la espada de don Pedro encontraba la espada ó el broquel del Cid.

Estaba este satisfecho.

La posición del infante era firmé, y á pesar de lo oscuro de la noche, se reparaba admirablemente y contestaba con una gran rapidez.

—¡Bah! —dijo para sí el Cid,—si tuviera delante el otro ya le hubiera muerto. Acabemos esto.

Y tirando un vigoroso fendiente sobre la espada del infante, un golpe de desarme, le quitó de la mano la espada.

Esto no significaba para el Cid que don Pedro no fuese una excelente espada.

Era que á la destreza y á la fuerza de don Rodrigo no habia habido nadie todavía que resistiese.

El infante, como era natural, con una rapidez increíble, se arrojó á recoger la espada.

Y aprovechando este movimiento el Cid, dió media vuelta, se escurrió entre los naranjos, se alejó y entró por el postigo que cerró, murmurando:

—Son un par de buenos mozos, lo que hace el uno lo hace el otro. Quisiera yo haber visto á Alvar Yañez con el buen garzon, y eso que mi buen primo no quiere convencerse de que contra mí le vale tanto la espada como si fuera una caña. Estoy satisfecho, conque fuera aprensiones y á casarlos, que á las pobres niñas se las va mudando la color, como nos pasó á su madre y á mí en otro tiempo.

Y el buen Cid se acostó satisfecho y hasta divertido con su aventura, y se durmió como un cachorro.

Al día siguiente no faltaron los dos infantes á su visita á la hora de costumbre.

Pero Pablo traía muletas y la pierna derecha encogida y entrapajada.

—¿Qué mal lance os ha puesto así, hijo mio?—le preguntó el Cid con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Qué quereis, señor?—dijo Pablo,—anoche nos dió el antojo á mi hermano y á mí de subirnos á una

figuera para coger brevas, y sin duda el hortelano nos sintió y nos tiró una pedrada que me alcanzó en este tobillo y casi me lo deshizo.

—Bien empleado os estuvo,—dijo el Cid,—por golosos del fruto ageno, que debierais respetar. Y harto poco habeis pagado la dulzura de las brevas.

Y luego dijo para sí:

—Tanto dá higueras como naranjos. Es verdad, no es tiempo de naranjas ahora.

Y luego dijo:

—Y vos, don Pedro, ¿no habeis vengado la pedrada de vuestro hermano?

—En verdad, señor,—dijo don Pedro,—que no creia yo que estos moros de la huerta fuesen tan corteses y tan leales y tan diestros en armas, porque la verdad es que cuando de la higuera bajé me encontré delante un bulto que me apercibió para que me defendiese, y aunque irritado por lo mal tratado que sentia á mi hermano, quise tomar venganza, no pude, que al cabo, y despues de una docena de tajos y reveses, en que él no pudo tocarme ni yo tocarle á él, se me fué la espada de las manos sin que yo fuera poderoso á evitarlo.

—Donde ménos se piensa salta la liebre, don Pedro,—dijo el Cid,—y por eso no es bueno ni prudente meterse en terreno vedado. Ahora vos, don Pablo, curaos vuestro pié, que bien debiérais haberos quedado en cama, y veamos si podeis andar firme para dentro de un mes que han de ser las bodas.

Doña Elvira y doña Sol estaban confusas con los ojos bajos y encéndidos.

Porque estaban viendo claro que aquel diestrísimo hortelano de la pedrada, al que no habia podido meter

mano don Pedro y que le habia desarmado, no era otro que su padre.

Y la certificó en esta sospecha el ver que aquella noche su madre habia hecho se quedasen con ella en el mismo retrete á dormir, dos de las más reverendas dueñas de la casa.

No al mes, sino á los quince dias, don Pablo estaba ya tan bien curado y tenia el pié tan firme que bien hubiera podido dar el salto del leon sin ayuda del trampolin.

El Cid se ocupaba en pensar como habian de ser las fiestas conque habian de solemnizarse las bodas.

Y ya deshechaba un proyecto, acogia otro y nada le contentaba.

Entre tanto doña Gimena se ocupaba de las galas, de lo que hoy se diria la canastilla ó el *trousseau*, porque está visto que aquí ciertas cosas se han de decir necesariamente en francés.

El Cid se decidió al fin porque en las fiestas hubiese justas, todavía con aprension acerca del valor de los dos infantes.

Llegó el dia por los novios tan anhelado.

Pero terminemos este capítulo, que va siendo ya demasiado largo.

---

## Capítulo XXXI.

---

**De como los infantes de Carrion demostraron que eran más villanos que el villano más ruin.**

En estas bodas mediaron (como no podia ménos de ser), negociaciones entre Alfonso VI y el Cid, tratándose de las hijas de un rico hombre tal como don Rodrigo de Vivar y de otros dos infanzones de natura tal como los infantes de Carrion.

Bien hubiera querido Alfonso VI acudir con la reina doña Constanza á Valencia para honrar las bodas.

Pero andaba mal de salud y no le gustaba mucho acercarse al Cid.

Pero siempre dispuesto por antagonismo á incomodar á don Rodrigo, habiéndose hecho con su mujer padrinos de las bodas, envió para que le representase al conde don Peranzules y á su esposa.

Inútil es decir que el conde don Peranzules y el Cid se tenían una ojeriza que no podían sufrirse.

—Siempre ha de encontrar medio el señor rey,— dijo el Cid, cuando supo que el conde don Peranzules iba,—para agriarme el gusto. Y bien, parece que está de Dios que siempre hayamos de tener paciencia.

Y recibió muy bien y agasajó á don Peranzules, á su esposa y á la comitiva que consigo llevaban.

Sobrevino el día del casamiento.

Se celebró este con gran pompa en la gran aljama de Valencia, convertida en iglesia mayor.

Y pasaron las bodas y las tornabodas que fueron magníficas con grande alegría.

En las justas de la tornaboda, los infantes de Carrión cumplieron tan bien, rompieron con tal destreza sus lanzas, cabalgaron de una manera tan maestra, que el Cid quedó completamente satisfecho de esta nueva prueba, y se le quitaron todas las aprensiones.

Tenia el Cid, como hemos dicho, una grande enemistad con don Peranzules y se propuso jugarle una mala pasada para ponerle en ridículo.

Cierto es que para juzgar al conde don Peranzules tenia que asustar á su mujer, á sus hijas, á las damas convidadas á las bodas y á más de cuatro que sin ser damas estaba el Cid seguro de que habian de asustarse.

Pero decia el Cid:

—De susto nadie se ha muerto todavía, y ya se les pasará.

Advirtió á uno de sus servidores que estaba empleado en la leonera de lo que tenia que hacer, encargándole un gran secreto.

Así, pues, á media comida, y cuando los jugadores

y los trovadores danzaban alegres en el festin, se oyeron voces terribles que decían acercándose rápidamente:

—Guarda el león guarda el león.

Y apareció en la puerta el que las voces daba diciendo:

—Sálvense, señores, porque Barrabás, el más grande de los leones se ha soltado y viene hacia aquí furioso.

¿Quién tal oyó?

Todos sin excepcion, incluso Alvar Fañez, todos menos el Cid, escaparon, no siendo de los últimos el conde don Peranzules, que ciego de terror, tomando por puerta la chimenea, que por ser verano no tenía fuego, saltó, se agarró al primer hierro que en el cañon de la chimenea era como el primer escalon de los otros hierros que la posicion cambiada servia de escalas, y allí se agazapó, se redujo y se contrajo, subiéndose hasta el tercer hierro, temeroso de que si en el primero se quedaba no sobreviniere el león y le alcanzase con la zarpa.

Todos los que por el momento habian huido, en el momento en que huyeron se avergonzaron y volvieron con las espadas desnudas, todos menos don Peranzules y los dos infantes de Carrion y se hallaron con que el Cid volvía reposadamente.

—No hay que temer ya nada, caballeros,—dijo,—porque el león ha sido de nuevo encerrado.

El Cid no dijo quien habia sido el que habia encerrado al león.

Peró todos supieron que habia sido él.

De aquí la tradicion inverosímil que cuenta que



el Cid agarró al leon por la melena y le metió en la jaula.

La verdadera aventura del leon del Cid fué la de Toledo, y ya han visto nuestros lectores que allí hubo lucha, como no podia ménos de ser que por forzado que fuese el Cid, se hace duro creer tuviese fuerza para agarrar á un leon por la melena como si hubiese sido un gato, y encerrarle de nuevo.

—Más se me antoja,—continúe el Cid fruciendo el entrecejo,—que nos faltan tres personas, y una es el conde don Peranzules, y las otras mis yernos. A buscarlos vamos en caridad de Dios, no sea que el leon en el breve espacio que ha estado suelto se los haya comido.

Y el Cid echaba fuego por los ojos, por la cobardía de sus yernos, sin que bastaba á compensarle de ella la cobardía de don Peranzules, por quien unicamente en mal hora habia inventado aquella farsa.

Busca y más busca.

Acabaron por fin por encontrar á don Pedro de Carrion en el chirivivil de uno de los mozos de caballeriza, escondido debajo de la cama; á don Pablo escondido, encojido y trasconejado detrás del heno del pajar, y por último, envainado en la chimenea al conde don Peranzules, que se habia tiznado de tal manera de hoyin que de miedo de la burla no habia osado bajar de su escondite.

—Más os valiera,—exclamó el Cid volviéndose á don Peranzules,—que la mala lengua y los malos oficios junto al rey, contra quienes valen más que vos, se hubiesen en vos trocado en valor para no tildaros tan indebilmente por cobardía.

Confundido de lo cual en el mismo punto en que lo oyó escapó don Peranzules, y se fué á mudarse, y se salió con los suyos de la casa del Cid sin despedirse.

Y no tomó descanso hasta que se vió fuera del reino de Valencia.

En cuanto á los infantes de Carrion, el Cid los trató con una tal dureza como jamás habia tratado á persona.

Y acabó diciendo:

—¡Y vive Dios que me he engañado, y que no bastan las probanzas del valor y en dudas caigo, y temo que alguna vez me acontezca á mi aparecer cobarde y tal vez por cosas que el más pequeño momento, y por mi ánima que si ya no fuesen mis hijas vuestras veladas, no habiaís de ser vosotros, cobardes, sus esposos ni me habiaís de suceder el linaje dando á mi descendencia vuestra mala sangre.

—Matadnos, señor, y no nos digais cosas que son tan insoportables de oír, que creeremos que nos va á matar la vergüenza,—exclamó don Pedro,—ved, señor, que en mal momento nos cogió la voz del leonero, y de improviso, y que no hay hombre que alguna vez en su vida no de muestra de alguna debilidad.

—Jamás la dan los buenos,—ni yo jamás las he dado, pero á sobrecogimiento y sorpresa quiero tenerlo y á la absolucion de vuestra culpa me aguardo, y aguardo. Y va á ser que el rey Buca (Abubekre) viené sobre nosotros y tendremos que apretar los puños y las lanzas. En mi casa se quedan mis hijas y mañana hemos de ir contra el rey sarraceno que viene con una innumerable hueste de almorávides, y vosotros dos

habeis de ir en la vanguardia, y habeis de correr los primeros contra la morisma, y si os matan, libre veré á mis hijas del oprobio de estar casadas con vosotros, y si no os matasen entonces creeré que no por cobardía huisteis, sino porque os cogió con mal cuerpo la aventura. Y no se hable más, y aquí se acabaron las fiestas, y que todo el mundo se aperceba para ir mañana contra los sarracenos.

Secedió como don Rodrigo lo habia dispuesto.

Encontraron á los almorávides entre el mar y los montes y se trabó la pelea.

Los infantes iban á vanguardia á una distancia de cuatro tiros de ballesta de los primeros escuadrones del Cid.

Se lanzaron entre las lanzas agarenas avergonzados por las palabras del Cid que aun resonaban candentes en sus oídos, y por la burla que de ellos habian hecho los otros caballeros.

Muy pronto desaparecieron los infantes entre los almorávides, que se abrieron e inmediatamente en torno de ellos se cerraron.

—Ya hemos salido de ellos,—dijo el Cid.—Así, pues, no nos detengamos, caballeros.

Y mandó á sus clarines tocasen á arremetida.

Se trabó la pelea, sangrienta, terrible.

El obispo don Gerónimo que ocupaba la silla de Valencia y que habia seguido la hueste del Cid, fué en aquella jornada tan buen caballero, que con el mismo Cid compitió en alancear moros.

En fin, tan ruda fué la acometida de los cristianos, que dos horas despues de comenzado el combate fueron rotos y dispersos.

Y el Cid que buscaba al rey Bucar, le descubrió huyendo á rienda suelta, y se lanzó tras él gritando:

—¿Por qué así huyes, tú que has venido de allende el mar á ver al Cid, el de la lengua barba? Vuelve y nos saludaremos el uno al otro.

Y en vez de volver el rey Bucar, espoleaba más y más á su caballo.

Y el Cid iba hácia él cortándole y echándole hácia el mar, de tal manera, que si el rey Bucar en el mar no se mete, no arroja su caballo, el Cid le alcanza.

Llegó hasta la orilla don Rodrigo, y por no meterse en la mar, donde le hubiera sido imposible gobernar su caballo, le arrojó la tizona y le hirió entre los hombros.

Y hubiérase ahogado el rey Bucar, á no haber acudido un esquife de los de la flota de almoraves, poniéndole en salvo.

Uno de los pescadores que en la ribera estaba, devolvieron al Cid su tizona que del mar sacaron.

La mortandad habia sido horrible por ambas partes.

Y por muertos daba el Cid á sus dos yernos, cuando hé aquí que al tocar á recoger, de allá de entre los que picaban aun la retirada de los almoravides, vinieron á rienda suelta los caballeros, en los cuales cuando llegaron reconoció el Cid á los infantes de Carrion.

Venian de tal manera ensangrentados que daban espanto, tanto de sangre enemiga como de la suya propia.

—En buena agua os habeis lavado,—dijo el Cid,—y tal que os habeis desprendido de la mancha de maras. Tened por no dichas las palabras que os dije, y á

la ciudad nos vamos, donde os esperan vuestras esposas.

Pero apenas habia acabado de hablar el Cid, cuando desmontaron á duras penas los dos hermanos, desfallecidos y sin poder valerse, dieron en tierra.

De tal modo venian heridos y maltratados.

Hízolos el Cid conducir á su palacio de Valencia.

Se les cuidó y curaron.

Entonees pidieron al Cid que los dejase volver con sus esposas á su villa de Carrion.

Contento el Cid de ellos, consintió.

Les dió la pingüe parte que les habia correspondido en el inmenso botin de la victoria.

Añadió un rico presente suyo y los dos infantes partieron con doña Sol y con doña Elvira.

En la villa de Molina los recibió con muchas honras y con una grande amor el rey Aben-Golbon, añado y amigo del Cid, el cual, confiando en unos tales caballeros como debian ser aquellos á quienes el Cid habia dado sus hijas, dió la inconveniencia de mostrarles sus grandes tesoros, con ocasion de regalar algunas alhajas á sus esposas.

Deslumbrados por aquellas inmensas riquezas los dos hermanos, tentados de una avaricia invencible, concibieron el infame propósito de matar á Aben-Golbon y quitarle sus tesoros.

Pero un moro que habia desconfiado de ellos y astuto y sagaz los habia espiado, y comprendia además el castellano, les oyó hablar de su alevoso proyecto y advirtió al rey Aben-Golbon.

Este disimuló.

Era prudente y no tenia seguridad de si lo que le

habia dicho su esclavo era verdad, ó una calumnia que contra los infantes habia forjado.

Lleño de confianza habia aposentado en su mismo palacio á toda la comitiva de los infantes, en que iban cincuenta ó sesenta lanzas y otros tantos criados armados, bagajeros y acemileros.

Sobrevino la noche.

Al mediar de ella, los infantes y sus gentes se levantaron, y armados se encaminaron silenciosamente á la parte del alcázar donde habitaba Aben-Golbon.

Pero de improviso se abrió una gran puerta, apareció Aben-Golbon entre pajes que llevaban antorchas, y por todas partes aparecieron armados en una gran multitud los soldados de Aben-Golbon.

Sorprendidos los infantes y sus gentes, comprendieron que toda lucha era imposible, y los traidores pretendieron en vano escusarse.

—Lo que habeis hecho es una tal infamia, una tal vergüenza que no sé como hombres que se llaman caballeros, á quienes además el Cid, mi buen amigo, ha dado por esposas á sus hijas, han podido ni llegar á intentarlo. Yo pudiera y aun debiera castigaros á sangre por el crimen que habeis intentado cometer; pero por mi amistad al buen Cid os perdono. Salid, sin embargo, al momento de mi casa y de mi ciudad, que no he de tener yo junto á mí á unos hombres tales como vosotros.

Las hijas del Cid que ya tenian bastantes motivos para estar curadas del amor que los infantes de Carrión las habian inspirado, y arrepentidas de haberse casado con ellos, habiendo conocido la indignidad cometida por sus esposos, que éstos no habian podido

ocultarla, contra el rey Aben-Golbon, les afearon ágricamente su proceder.

Los infantes se disculparon y salieron de Madrid tomando el camino de los montes de Corpa, y meditando ya otro nuevo y repugnante crimen, irritados por la ágrica manera con que las hijas del Cid les habian reprendido su miserable propósito.

---

## Capítulo XXXII

De la inaudita villanía que los infantes de Carrion cometieron con las hijas del Cid.

Iban con las hijas del Cid algunos de los servidores de su casa.

Al frente de estos servidores iba un antiguo escudero del Cid, llamado Felez Muñoz.

Este escudero estaba también indignado, y juraba para sus adentros que en cuanto volviese á Valencia había de contar al Cid lo que los infantes se habían atrevido á intentar en Molina, y viese con que hombres había casado á sus hijas.

No eran tampoco de buen talante los otros servidores del Cid que allí iban, todos hidalgos y todos honrados, y no hay que decir que valientes puesto que el Cid á su servicio los tenía.

Era el amanecer cuando los infantes con sus espo-



sas la servidumbre de estas y las suyas, empezaban á atravesar los montes de Corpa.

Tanto Felez Muñoz, como los otros criados del Cid, iban hoscos y fruncidos, demostrando claro su irritacion por la conducta de los dos infantes.

Los del Cid, aunque no eran tantos en número como los de los infantes, podian sin embargo, por la ventaja que les llevaban en valor y en pericia en las armas, acuchillarlos y destruirlos. —

Sabiendo esto demasiado los infantes, y para llevar á cabo lo que se habian propuesto, mandaron que toda la comitiva pasase adelante, á lo que Felez Muñoz receloso contestó:

—Vean vuestras mercedes que á causa de la guerra estos ásperos montes llueven de monfies de los arrojados de la ciudad de Valencia, y de los que han quedado por las pasadas guerras de Aragon, y que el Cid sentiria mucho que por una inadvertencia de jóvenes os hubieseis quedado solos y traido sobre sus hijas un gravísimo peligro.

—Pues por lo mismo, —dijo don Pedro, —que estos montes están infestados de malhechores, queremos que vayais delante descubriendo el terreno y asegurándole, y así podremos pasar sin cuidado por entre estas asperezas.

No se atrevió Felez Muñoz á objetar más, y sobre todo no podia ocurrírsele el malvado intento que habian concebido los dos infantes, y aunque un secreto instinto advertia al buen escudero, no temió que á doña Sol y á doña Elvira pudiese acontecerles alguna desgracia.

Marchó, pues, delante Felez Muñoz con todos los

criados del Cid y con gran parte de los infantes y estos se quedaron con sus mujeres y con algunos de los suyos tan infames como ellos.

Pero Pelez Muñoz á medida que avanzaba se sentía más cuidadoso.

Al fin aquel poderoso instinto que le advertía, se hizo sentir de él con tanta fuerza, que mandó hacer alto á toda la gente en la ladera de una montaña.

Entretanto seguian marchando los infantes con sus esposas y los pocos que con ellos iban.

Al fin se detuvieron á orillas de un arroyo, en un lugar cerrado del monte, y mandaron á sus mujeres se desnudasen.

Transidas de temor y traspuestas de asombro, las dos jóvenes, resistieron la extraña, la incomprendible orden de sus esposos, que delante de aquéllos criados y en tal sitio, de una manera tan extraña las mandaban desnudarse.

Inútiles fueron las protestas, las amenazas de que su padre las vengaria del ultraje que se las hiciese.

—Ultrajados venimos de vuestro padre,—dijo Pablo,—desde Valencia, desde la burla del leon, y jurado habiamos vengarnos de aquel ultraje con otro al Cid en sus hijas, que nos dejase bien sobrados; de la mancha de cobardía nos lavemos peleado contra el rey Bucar como nunca ha peleado el Cid; pero el juramento que hemos hecho de vengar nuestro ultraje en vosotras, ha de cumplirse. Desnudaos pronto, y no nos alegueis vuestro pudor y que están delante estos criados, que nosotros no os queremos ya por esposas, y os re-

podíamos, y como malas rameras hemos de azotarlos.

Irguióse doña Elvira, irrióse doña Sol, y protestaron que antes se dejarían matar que consentir que de una manera tan villana se las infamase.

Pero ¿qué resistencia podían oponer aquellas débiles criaturas, la mayor de las cuales aun no había cumplido los veinte años?

Tenían la valiente sangre del Cid, pero no sus fuerzas, no sus medios de resistencia.

Tuvo lugar una escena repugnante.

Las dos jóvenes fueron desnudadas á viva fuerza, atadas despues á un árbol, y azotadas por los infames criados de aquellos miserables con las riendas de los caballos á que habían añadido sus espuelas.

Descargaron sin compasion y hacían brotar la sangre de las blancas y delicadas carnes.

Gritaban las desdichadas.

Pero al fin hasta tal punto llegó el dolor que las causaba aquel horrible tratamiento, que se desmayaron.

Y allí las dejaron atadas al árbol, pendientes de sus ligaduras, abandonadas á los animales carnívoros.

Esperóla aun Felez Muñoz, acrecido su ouidado, temiendo ya por sus primas, que era pariente del Cid.

Y no tuvo ya duda de que las había acontecido una desgracia, cuando vió salir del bosque picando largo y á media rienda á los dos infantes, á los cuales no acompañaban sus esposas.

Iban los infantes huyendo como bandoleros que despues de cometido un crimen temen ser alcanzados y castigados.

Felez Muñoz los hubiera perseguido.

Pero lo llamaba primero el cuidado de sus primas.

Envió sin embargo cuatro de los más bravos de los del Cid, á que persiguiesen á los infantes y á sus gentes que los habian seguido, y él con los restantes servidores del Cid volvió á meterse en el bosque dando voces y llamando por sus nombres á sus primas.

Al fin las encontró.

Las desdichadas habian vuelto en sí.

Doña Sol le pidió agua y él la tomo en su casco del arroyo y se la dió.

Las quitó del árbol.

Las cubrió como mejor pudo con sus vestidos, que ellas las infelices no podian valerse, y poniendo á cada una sobre un caballo, sostenidas para que no se cayesen por escuderos que iban á pié, emprendió una lenta marcha á una torre inmediata que se llamaba de doña Urraca.

Cuando llegó á la ladera del monte donde habia estado esperando, se encontró con que volvian irritados y arrojando sapos y culebras por la boca á los cuatro escuderos que habia enviado para que alcanzasen y castigasen á los infantes ó muriesen dominados por el número que todo lo merecia el buen Cid que los tenia á su servicio.

Pero de dos que corren, el que huye corre mucho más que el que persigue.

Aquellos jactanciosos infantes que se habian atre-

vido á decir que habian salvado su honor peleando contra los del rey Bucar como nunca habia peleado el Cid y que en verdad, en aquella jornada habian sido admirables caballeros, tuvieron miedo, á pesar de que llevaban consigo algunas lanzas, á aquellos cuatro escuderos, como si en cada uno de ellos hubiera estado encerrado un Cid, ó más bien, la conciencia de su crimen los acobardaba.

Los escuderos perdieron la esperanza de alcanzarlos y se volvieron.

A las dos horas de camino llegó al fin Felez Muñoz con sus dos primas á la torre de doña Urraca, donde inmediatamente se las cuidó.

Envió sin pérdida de tiempo Felez Muñoz dos escuderos á Valencia para que diesen conocimiento al Cid de lo que habia sucedido.

Cuando el Cid los oyó, se asió la barba y dijo:

—Por estas barbas que nadie jamás tocó, los infantes de Carrion no se holgarán de lo que han hecho. En cuanto á mis hijas yo sabré casarlas bien.

Esta última frase manifestaba que pensaba dejar viudas á sus hijas.

El Cid acabó de anegarse.

La maldicion de Gimena ante el cadáver de su padre, iba cumpliéndose punto por punto.

Habia maldecido sin saberlo á sus hijas, y villanos las habian escarnecido.

Restablecidas al fin doña Sol y doña Elvira, volvieron á casa de sus padres.

Las abrazó llorando, que tambien los héroes lloran

y con más facilidad que otro cualquier hombre, porque son de todo punto accesibles al sentimiento, las consoló, volvió á jurar ante ellas que las habia de casar bien, y que tomaria una cruda venganza de los infantes de Carrion.

---

## Capítulo XXVIII

---

**De como pagaron su culpa los infantes de Carrion, y de como las hijas del Cid se casaron con los infantes de Aragon y de Navarra.**

No podia moverse don Rodrigo de Valencia, que hacía allí falta, porque la ciudad no estaba muy segura.

Mandó á Muñoz Gustios, deudo suyo á Toledo, donde estaba Alfonso VI, para que pidiese justicia contra los infantes de Carrion.

Habia convocado córtes el rey en Toledo.

Los infantes suplicaron al rey que les escusase de asistir.

Alfonso VI se mostró inflexible y les mandó presentarse, conminándoles con que si no obedecian lo tomaria á descaçato y los tomaria las cabezas.

Como sabian los infantes de Carrion que Alfonso VI no acostumbraba á hablar en vano, acudieron á las córte, pero llevando consigo para intimidar al Cid, un

gran golpe de gente de guerra, y haciéndose acompañar del conde don García Ordoñez, que era enemigo mortal de don Rodrigo.

Este, que habia acudido tambien á Toledo, se quejó ante el rey contra los infantes por la afrenta que le habian causado en sus hijas, y otrosí, exigió que los infantes le devolviesen sus dos espadas corbada y tizona que les habia dado despues de la batalla contra el rey Bucar.

Nombró el rey por arbitros para sentenciar en la querrela del Cid contra los infantes, á los dos condes Enrique y Ramon (la crónica no dice sus apellidos).

Decidieron los arbitros y las espadas fueron entregadas al Cid.

Pidió despues este, que los infantes le devolviesen las dotes de sus hijas y las riquezas que las habia dado quando salieron de Valencia para volverse con sus esposas á Carrion.

Sentencióse en favor del Cid.

Apelaron los sentenciados, pero hubieron de obedecer á una segunda sentencia y entregaron al Cid lo que pedia.

La tercera petición del Cid fué la de vengar en campo cerrado por su persona en duelo de uno á uno, ó con los dos juntos, la injuria que le habian hecho.

Conformes de esta demanda los ábitros, se determinó que los dos infantes satisficiesen en duelo al Cid.

Pero no se permitia á este entrar en campo, sino que nombrase tres campeones que le representasen.

Eran tres los campeones del Cid, porque Pero Gonzalez, pariente de los infantes, que los habia acompa-



ñado en la infamia de los montes de Corpa, había hecho con ellos causa común.

Los campeones del Cid eran Pero Bermúdez, Martínez Antolines y Muñoz Gustios.

Hizóse el campo cerrado en la vega, al pié de Toledo, junto á la antigua mezquita que hoy se llama del Cristo de la Vega, y á presenciar el duelo que se publicó por todos los reinos de España acudieron caballeros y gentes de todas partes.

Asistia el rey con la corte.

El Cid con su familia tenía su estrado cerca del estrado real.

El de los jueces aparecia enfrente.

El Cid se mostraba torvo, sombrío, irritado.

Doña Gimena pálida y avergonzada por sus dos hijas que allí estaban también.

Acompañaba al Cid un gran número de caballeros de Castilla, de Aragon y de Navarra, de Asturias y de Galicia.

Entre ellos estaban los infantes de Navarra y de Aragon, que no quitaban ojo de las dos injuriadas esposas.

Habian ellos propuesto al Cid, conociendo ya á doña Elvira y á doña Sol, y prendados ya de ellas, eligiese campeones, que para ellos seria de gran gusto dejar viudas á las dos injuriadas señoras.

Pero el Cid les dijo que no faltaria quien viudas las dejase, y que dado caso que los infantes de Carrion venciesen, que no lo esperaba, primero porque no tenían razon y Dios no podia ayudarles, y despues porque los campeones suyos con quienes habian de medirse valian más que ellos, él se bastaba y se sobraba pa-

ra, hacerlos pedazos, con la añadidura de aquel García Ordoñez que en el negocio se había metido.

Llegó la hora.

Se pregonó de nuevo el duelo.

Se reconoció la arena por los jueces, y á tenor de lo determinado en la sentencia, salió primero por la una parte Pablo, y por la otra Pero Bermúdez, campeón del Cid.

Reconociéronlo los jueces.

Les pidieron el juramento de fórmula de que no llevaban sobre sí amuleto ni hechizo alguno; les partieron el sol, se retiraron á un estrado, y una vez en él un heraldo gritó:

—Partid, caballeros, y cumplir con vuestro deber.

Eran conocidos tanto el infante Pablo como Pero Bermúdez, por dos grandes caballeros, por dos formidables lanzas.

Al compás de los instrumentos del toque de arremetida, partieron ambos, y al encontrarse rompieron las lanzas sin descomponerse ni en lo más mínimo y se cruzaron pasando:

Volvieron á sus puestos, les dieron los pajes nuevas lanzas, sonó la segunda señal de arremetida, tomaron campo los dos caballeros, y de nuevo se encontraron.

Rompieron también las lanzas.

También se mantuvieron firmes sobre los arzones.

Los dos choques, sin embargo, habían sido rudísimos, y era admirable que ninguno de los dos caballeros hubiese sido no ya desarzonado, sino ni aun ligeramente descompuesto.

Se repitió la arremetida.

Por aquella tercera vez, Pero Bermúdez alzó la lan-

za, alcanzó en el creton del almete al infante don Pablo, y se lo arrancó, maltratando, á causa de las carrilleras, las mandíbulas á su contrario, que por esta vez habia sido mal caballero, es decir, no habia encontrado con su lanza á Pero Bermudez.

Todo el mundo creyó el combate concluido.

No parecia posible que con el destrozo que las carrilleras del almete habian hecho en el semblante de Pablo, pudiese este continuar combatiendo.

Se le habia visto descomponerse y asirse al arzon.

Pero cuando se hubieron cruzado los caballos, se vió que el infante se rehacia, tiraba de la espada y se revolvia sobre Pero Bermudez.

Era el combate á todo trance.

Por consecuencia, no podia darse al infante otro almete.

Era una ventaja que habia obtenido sobre él su contrario.

—Yo podia divertir contigo á la gente,—dijo el bravo Pero Bermudez, arrojando su lanza y tirando de su espada para que no dijese que encontraba la ventaja, aunque bien hubiera podido hacerlo; —pero es necesario acabar pronto; me tarda en viarte al diablo.

Y aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando ya el uno estaba sobre el otro, las espadas en alto y adargándose las cabezas.

La adarga de Pero Bermudez fué falseada por el fendiente del infante.

Pero el golpe no caló, mientras que el formidable tajo que Pero Bermudez habia dejado caer sobre la adarga del infante, le rompió el brazal y la malla, y llegó en la caña hasta el hueso.

Con el dolor bajó el infante el brazo, y entonces y antes de que su caballo pasase, Pero Bermudez tiró un revés al infante, le alcanzó en la parte superior de la cabeza, y le cortó el cráneo.

Vaciló el infante, y antes de caer, sus sesos cayeron por tierra.

Y aunque parezca extraño, la multitud rompió en un aplauso prolongado, y en él recargó por tres veces.

Acudieron los servidores del campo:

Recogieron el cadáver.

Asieron del caballo que trotaba espantado.

Se los llevaron.

Dió una vuelta alrededor del palenque Pero Bermudez recibiendo aplausos, saludando al rey, al Cid, á la vinda doña Elvira, á su familia, en fin, y despues á los jueces.

Luego se retiró por la poterna de los campeones.

Se echó tierra sobre la sangre.

Se declaró traidor sentenciado por Dios al infante difunto, se pregonó que iban á salir el infante don Pedro de Carrion á sostener la injuria hecha al Cid y el campeador de este Martinez Antolines á vengarla.

Sonaron las trompetas, cada cual por la poterna que le correspondia salieron los dos caballeros.

Se repitió todo el ceremonial anterior, y se dió la señal de arremetida.

Tomaron campo los dos caballeros y partieron.

Pero en el momento de encontrarse se le asombró el caballo á Martinez Antolines, y dió un bote tan formidable que arrojó por alto á su ginete, que cayó en tierra cual largo era, produciendo un golpe que todos creyeron de muerte.

Don Pedro, irritado y dolorido por la muerte de su hermano, refrenó su caballo, echó pié á tierra y se fué hacia Martinez Antolines, con el intento de arrematarle.

Pero antes de que llegase á él, con asombro de todo el mundo, y con una agilidad y una fuerza admirable, Antolines se levantó, y viendo que sobre él levantaba su hacha de armas el infante que la habia descolgado del arzon antes de desmontar, y no teniendo Antolines ni aun tiempo para desnudar la espada, al infante se arrojó, pegándose á él tan rápidamente, que no le dió tiempo para herirle, le abrazó y tuvo principio una lucha formidable.

Se hundian los piés de los dos luchadores en la arena.

Sus cuerpos se balanceaban tan pronto á la derecha como á la izquierda.

Crugian las corazas apretadas por aquel abrazo titánico y en ninguno de los dos se reconocia ventaja.

Pugnaban por echarse la zancadilla.

Pero eran ambos demasiado luchadores para que esto pudiese tener lugar.

Al fin, en uno de los balances de derecha á izquierda les faltó el equilibrio y cayeron.

Por un accidente de la posieion, Martinez Antolines cayó debajo.

Pero al sentirse ir mal, les asió sus brazos al infante, desnudó su puñal, y rápido como el pensamiento hirió en la garganta, por encima de la clavícula á don Pedro, de una tal puñalada, que no fué necesaria otra.

El infante cayó desplomado sobre su costado dere-

cho y quedó inmóvil arrojando á borbotones la sangre por la herida.

La cuestion de fuerza, segun digeron gentes que bien entendian, habia estado de parte del infante don Pedro.

Pero la de serenidad y agilidad de parte de Martinez Antolines.

Doña Sol era ya tambien viuda.

Realmente la injuria estaba ya vengada.

Cabalgó Martinez Antolines, dió la vuelta al palenque, recibiendo una salva repetida de aplausos, saludó al rey, á la familia del Cid y á los jueces, y se retiró por la poterna de los campeones, no tan bien parado como su antecesor Pero Bermudez.

Se retiró el cadáver del caballo, se echó de nuevo arena en la sangre, salieron á la línea García Ordoñez y Nuño Gustios, se repitió el ceremonial y le llegó el momento de la arremetida.

El interés habia ya cesado.

Sabian todos que Nuño Gustios, pariente del Cid, no iba al Cid en zaga.

Hubiéranle visto frente á diez caballeros y no hubieran vacilado en atribuirle el triunfo.

Era famoso.

García Ordoñez tenia además miedo, aunque era uno de los buenos caballeros de Castilla.

Y este miedo habia nacido en él cuando por el sorteo que los jueces hicieron, vió que le tocaba medirse con Nuño Gustios, que era á más de un consumado jinete, un justador incomparable, y estaba dotado de unas fuerzas hercúleas.

Pero ya no habia medio.

En un duelo semejante habia que arrostrarlo todo. Si García Ordoñez hubiera rehusado entrar en campo, para lo cual hubiera tenido necesidad de confesarse vencido, habria sido declarado traidor y descabezado por el verdugo, que á este efecto, por lo que podia acontecer estaba prevenido con sus oficiales y con sus trebejos debajo del estrado de los jueces.

Pero de nada puede tenerse la certidumbre.

Sucedió una cosa bien extraña.

Contra lo que todos esperaban, empezando por el mismo García Ordoñez que ya se daba por muerto al enriestrarse, tal vez porque la cólera con que habia arremetido, habia causado un vértigo.

A Nuño Gustios dejó caer la lanza y el brazo con que se adargaba, y García Ordoñez le encontró de lleno.

Le falseó la coracina y le atravesó de parte á parte.

Este incidente inesperado produjo una conmocion profunda.

Però en fin, el vulgo siempre es el vulgo, se rehizó de nuevo y aplaudió.

—Algun ciego pecado,—exclamó el Cid,—debia tener escondido Nuño Gustios, que de otra manera, no hubiéramos visto lo que estamos viendo, y que á mí me parece que no sucede. Siéntolo, en fin, pero ya no tiene remedio. Paciencia y á ver como sale el otro de las manos de Pero Bermudez, que sin duda estaba muy ageno de que tendria que volver á entrar en liza.

Y así era verdad.

Los campeones tenian ya la ventaja en el duelo de dos contra uno.

Retirado el combatiente y, su caballo, tapada la san-

gre, habiendo salido de nuevo Pero Bermudez, y llenado las formalidades, arremetieron el uno contra el otro los dos caballeros.

Bien pronto se vió entonces que la desgracia de Nuño Gustios habia estado de todo panto mal.

Con tal saña habia arremetido Pero Bermudez que del formidable encuentro, sin poderse valer cayó García Ordoñez por la grupa del caballero, y recibió un tan gran golpe que no se levantó.

Descabalgó Pero Bermudez.

Se llegó al caid y desnudando una gumia curva enorme, que llevaba al cinto, se inclinó, hincó una rodilla, quitó con gran reposo el almete al vencido, le asió con la mano izquierda, y luego con la limpieza de un carnicero y la fuerza de un hacha descargada desde en alto, le cortó la cabeza.

Se alzó, dió una vuelta en derredor del trono presentando aquel misero despojo que chorreaba sangre, y luego le arrojó al pié del estrado que ocupaba el Cid.

Tambien para esté tuvo aplausos la multitud.

Se llevaron el tronco, la cabeza, el caballo, y tuvo lugar un pregon que declaraba al Cid y á sus hijas libres de la injuria que le habian inferido los infantes de Carrion.

Se declaraba otrosí á estos, traidores y villanos y mal nacidos, como tambien á García Ordoñez que con ellos habia sostenido la injuria, y se mandaba que los tres fuesen descuartizados y puestos sus miembros en aceite, y puestos en palos en derredor del sitio donde á las hijas del Cid habian azotado á muerte y dejándolas espuestas á ser devoradas por los buitres, y por los lobos y otras alimañas voraces.



Después de esto, la gente abandonó andamios, estrados, completamente satisfecha, porque el duelo había tenido muy buenos lances, y porque el esfuerzo de sus campeones, y sobre todo, la ayuda de Dios habían vengado al Cid y á sus hijas.

A pesar de la grave injuria que el Cid había sufrido, fué hasta donde podía serlo, generoso con los infantes de Carrion y con García Ordoñez.

Pidió al rey no se llevase á cabo el descuartizamiento y que se diese tierra á los cadáveres.

Otorgólo el rey.

Pero mandando que los cadáveres fuesen sepultados en el cementerio de los ajusticiados, y que no se pudiese poner sobre sus tumbas, nunca jamás, ni piedra, ni distintivo alguno memorágico, ni nombre, ni más que una cruz sin cabeza, como sobre las tumbas de los ajusticiados se ponía.

Aquel asunto estaba de todo punto terminado.

Pero le faltaba un remate.

Los dos infantes de Aragon y de Navarra se casaron un mes después con las hijas del Cid.

---

## Capítulo XLIII

---

De como fué la última batalla que ganó el Cid.

Estaba ya avanzado en años el bueno del Cid Campeador.

Por consecuencia de sus largas fatigas andaba achacoso.

El califa de los almorávides Yusuf no era hombre que desistiese facilmente de un empeño.

Su grande empeño era reconquistar á Valencia.

Mandó, pues, á su lugarteniente Reniehija marcharse contra la ciudad del Cid.

Por aquel tiempo un enemigo reuma que le impedía valerse, tenía á don Rodrigo postrado.

Cuando sus corredores le avisaron de que un ejército innumerable de almorávides acaudillados por el walí Ben-Hijar, marchaba sobre Valencia, encomendó á su bravo pariente y compañero Alvar Fañez su hues-

te, y este partió confiando en la victoria que estaba acostumbrado.

Marchó contra los almorávides, encontrándolos en los alrededores de Cuenca.

Nunca el estandarte verde del Cid había rechazado.

Pero todo, hasta la fortuna se cansa, ó tal vez faltaba el aliento del Cid, aquel maravilloso aliento á sus soldados.

La derrota fué rápida y completa.

El estandarte del Cid cayó en poder de los almorávides que herían en los vencidos con una horrible saña.

Por la primera vez Alvar Fañez y los soldados del Cid volvían bridas y huían de los moros.

Los almorávides avanzaron hacia Valencia.

Encontraron en Murcia otra parte del ejército del Cid, mandada por uno de los capitanes en quienes el Cid tenía más confianza, y aunque los del Cid pelearon como leones y vendieron carísimas sus vidas, fueron deshechos como sus otros compañeros que había acaudillado Alvar Fañez.

Presentóse este al Cid.

Se arrodilló junto al lecho donde el héroe yacía postrado por su dolencia, y le dijo:

—Matadme, don Rodrigo; he perdido vuestro estandarte; he huido de los moros; de la hueste que me comandasteis, solo unos pocos han quedado para contar nuestra vergüenza:

—Que os mate Dios que os crió, primo,—dijo con una gran presencia de ánimo el Cid.—Y no habéis de vergüenza ni vos ni los míos que vivos han quedado:

2



**CID RODRIGO DE VIVAR.** — . . . murió en los brazos de doña Jimena.

que Dios dá la victoria ó la quita, y tantas victorias nos dió ya, que no hay para que desesperarse de tal manera por una sola derrota. En fin, se ha cumplido la voluntad de Dios. Dejad, dejad, que ya me levantaré yo de este lecho y veremos si Dios continúa abandonándonos.

Más valor que nunca habia necesitado el Cid para mostrar el efecto que en él habia causado la noticia de la derrota de su gente, que jamás comandándola él habia sido vencida.

Por más que se hubiese mostrado resignado, por más que quiso sobreponerse al amargor de aquel primer desastre que sufría, tanto dió en pensar y en repensar en elló, que contrajo una fiebre peligrosa.

Le sobrevino el delirio, y murió en los brazos de doña Gimena.

Esto fué por el mes de Julio de 1099.

La maldición de Gimena se habia cumplido.

Ciertamente una lanza mora no le habia matado, no le habia arrancado la vida.

Pero lanzas moras habian abatido su estandarte, habian rendido á su gente, habian puesto en fuga á los pocos que habian quedado con vida, y que más daban las lanzas moras habian matado al Cid cuando estaba todavía en la fuerza de su vida.

Doña Gimena, digna esposa del héroe, sufrió su muerte con una resignacion digna de aquella que habia compartido con el Cid tantas desventuras, tantas fatigas, y aun tantas campañas.

No lloró.

Cumplió el testamento de su esposo: por el que disponia se le embalsamase y no se le enterrase hasta que

por sus misma gente fuesen vencidos los moros, llevándole á él en la batalla y á caballo, de tal manera que ellos moros le creyesen vivo.

No se hizo esperar la ocasion.

El rey Bucar, aquel mismo á quien el Cid habia corrido obligándole á arrojarse al mar, al que habia arrojado su espada hiriéndole entre los hombros, vino sobre Valencia con treinta y seis reyes moros, plantando quincemil tiendas en que se albergaban innumerables combatientes ante los muros de Valencia.

Entre las gentes del rey Bucar llevaba este una negra feroz acaudillando otras doscientas negras.

Llevaban estas amazonas rapadas las cabezas á excepcion de un mechon, y se decia que habian venido á España como peregrinas á visitar la Ceca, es decir, la grande aljama de Córdoba, á la que se peregrinaba tanto como á la Meca.

De donde el antiguo dicho proverbial: de ir de Ceca en Meca.

Tenian estas negras una reputacion terrible.

Iban armadas con arcos escitas.

Se decia que no habia hombre por fuerte que fuese que á ninguna de ella la igualase en fuerzas, y se ponderaba su ferocidad.

En Cuenca y en Alcira ellas habian sido las que más mortandad habian hecho en el ejército del Cid, y no perdonaban á herido ni á rendido, sino que los descabezaban y colgaban sus cabezas de las anillas de su arzon.

Vestian armaduras finisimas, y se adornaban con grandes penachos para señalarse.

Su estandarte era rojo, mostrando cinco calaveras,

cuatro en los círculos y uno en el centro, y se metían con él en lo más trabado, en lo más peligroso del combate.

No se sabia que ninguna de ellas hubiese tenido jamás amores.

No se sabia de donde procedían.

Causaban espanto, y se las tenía en fin, por verdaderos demonios.

Habia, en efecto, quien aseguraba que no eran seres humanos, sino una legion de diablos que Satanás habia enviado á auxiliar á los almorávides.

Se las tenía por invulnerables.

Ni una sola habia caido en las numerosas refriegas en que se habian encontrado.

Mientras se embalsamó el cadáver del Cid, mientras se le preparó para llevarle á la batalla; á su batalla póstuma, como él lo habia mandado, pasaron doce dias, durante los cuales el rey Bucar y los treinta y seis reyes moros sus aliados estrecharon cuanto pudieron el cerco.

Veamos porque el Cid habia mandado en su testamento le llevasen muerto á la primera batalla que se diese contra los moros y no se le enterrase hasta que esta batalla tuviese lugar.

Una noche, cuando el Cid dormia profundamente despertó de improviso despavorido, y vió este una vision.

Era un anciano vestido con una túnica blanquísima, del cual se exhalaba una fragancia esquisita.

Como que era celestial.

Se trataba no ménos que de San Pedro apostol.

—Rodrigo, — le dijo, — vengo á anunciarte que no te



restan sino treinta dias de vida, es la voluntad de Dios que tus gentes venzan al rey Bucar, y que tú mismo despues de muerto seas el que des el triunfo en esta batalla, el apóstol Santiago te ayudará; pero antes has de arrepentirte delante de Dios de todos tus pecados; por el amor que me profesas, por el respeto que siempre has tenido á mi iglesia de San Pedro de Arlanza, el hijo de Dios quiere que te suceda lo que te he dicho.

Y San Pedro desapareció.

Una vez preparado el cadáver se le puso sobre su caballo Babieca, sostenido por una máquina de madera muy disimulada, que le tenia derecho y con apariencia de vida.

Llevaba los ojos abiertos, peinada la barba.

Para que el mecanismo no tuviese que sufrir un peso desmedido, se habia hecho una armadura de pergamino pintado que semejaba al hierro y el escudo era del mismo género.

Llevaba en la mano el cadáver la formidable tizona; aun no muy de lejos, el Cid parecia vivo.

Salieron de la ciudad.

Delante iba Pero Bermudez con un escuadron escogido, y en pos seguia doña Gimena con una tropa de seiscientos caballeros.

A continuacion iba el cadáver del Cid, conducido el caballo por dos escuderos á pié.

Resguardaban el noble cadáver cien caballeros, y á su lado el obispo don Jerónimo y Gil Diaz, siempre fiel á su pariente el Cid.

Alvar Fañez mandaba el grueso del ejército, y estimulado por la vergüenza de la pasada derrota y alentado por la profecía de San Pedro apóstol, iba re-

suelto á tomar de los almorávides una terrible revancha.

El rey Bucar venia de una manera de todo punto imponente.

Las falanjes se extendian escalonándose en la extensa huerta, presentando un formidable frente de batalla.

Por todas partes á lo que alcanzaba la vista se veian bosques de lanzas.

Ondeaban por todas partes banderas, enseñas, estandartes, cada cual de un color, segun era la divisa del que la llevaba. Con los treinta y seis reyes moros ó llamense valies ó pequeños emires que allí asistian con el rey Bucar, Abubreck (*padre de la doncella*).

Este Abubreck, es uno de los caudillos más célebres de aquel tiempo entre los sarracenos, gran capitán que influia extraordinariamente en las cosas de su tiempo, un Cid de los sarracenos, con el cual el Cid se habia medido muchas veces, porque los semejantes rivales se buscan.

No es esta la ocasion de hacer una biografia del renombrado Abubreck.

Aquel de nuestros lectores que quiera conocerle por extenso puede buscarle en el compendio de las crónicas árabes española, que el erudito Conde tradujo bajo el título de *Historia de los árabes y de los moros de España*.

En cuanto á los treinta y seis reyes que acompañaban á Abubreck, ó como le llaman las crónicas, al rey Bucar, que no era otra cosa que un emir ó capitán general no hay que tomarlo por lo serio.

Eran valies ó gobernadores de pequeñas comarcas,

á los que los cristianos llamaban reyes, porque se daban ínfulas de tales.

Supongamos que un dia los alcaldes de Carabanchel de Arriba y de Carabanchel de Abajo, y de Leganés, y de Pozuelo, y de Aravaca, y de Valdemoro, y de Titorcia pusiesen en armas á los vecinos de sus pueblos y todos juntos se fuesen á cualquier empresa y los enemigos al verlos llegar les diese la gana por honrarse con lo tremendo del enemigo de llamarles reyes.

Pues lo mismo es.

Valíes ó gobernadores de pequeñas comarcas.

Muchos de ellos en verdad se habian declarado independientes, y gobernaban por cuenta propia el territorio que les habia confiado el califa de Córdoba.

Así es, que vemos citarlos á las crónicas los reyes de Huesca, Barbastro, Calatayud, Albarracin, Teruel, Játiva, Murviedro, Murcia, Renunciela, etc.

Pero así y todo, cada uno de estos gobernadores ó reyezuelos, cuando se iba á la guerra arrollaban con todos los hombres útiles que bajo su gobierno tenia y que por el carácter de los tiempos eran todos buenos soldados avezados á la guerra.

Y suponiendo que el uno con el otro, cada uno de estos valíes no llevase más que dos mil hombres, tendremos que el rey Bucar de solo sus aliados contaba con setenta y dos mil combatientes, á más del inmenso número de almorávides que habia puesto bajo sus órdenes el califa de Marruecos Yusuf.

A ciento veinte mil ascendia la hueste que el rey Bucar mandaba.

¿Y qué era lo que á esta hueste iba á oponerse?

Los restos de un ejército mermado, derribado, cinco ó seis mil hombres, almas que al salir de Valencia, dejándola desguarnecida dejaba detrás de sí un enemigo amurallado que podía cerrar las puertas y dejarlos en una situación extraordinariamente precaria arrinconados contra la ciudad de una parte, cortados por otra por el Guadalaviar é impedida por el mar su retirada, porque las huestes enemigas que habían formado en batalla en semicírculo, ó más bien en representación de círculo, apoyaban su izquierda en el Guadalaviar y su derecha en la mar.

Los cristianos no tenían salida.

O desbarataban aquellas haces, ó aquellas haces los ahogaba entre los muros de Valencia.

Era de suponer que los mal domeñados valencianos al verse libres de toda repcecion, ni un solo soldado cristiano dentro de los muros, se alzase y ayudase á aquel rey Bucar que venia en libertarlos del yugo cristiano.

Pero no había medio.

Esperar á que los sarracenos estrechase el cerco con sus tropas por tierra, con su flota por la mar rendirse á una situación precaria que debía empeorar de día en día.

Era preferible librar inmediatamente la batalla.

Hubo consejo, lo que hubiera podido llamarse consejo de guerra, y á pesar de lo que se decía de la aparición de San Pedro del Cid y de que este ganaría una batalla después de muerto contra una innumerable morisma, porque así era la voluntad del hijo de Dios y porque con los cristianos, y haciendo las veces de caudillo ya que no podía hacerlo el héroe difunto pelearía

el Apóstol Santiago mata moros, por mucha fé que tuviesen los sencillos capitanes del concejo, como sabian bien que la fiebre del Cid habia dado en el delirio, y podia suponerse que el Apóstol Santiago no se le habia aparecido, y que todo aquello no habia sido más que un delirio del Cid, andában dudosos é irresolutos, porque les parecia sería cosa y temeraria irse á provocar el combate con seis mil caballeros, por bravos y provados que fuesen, contra ciento veinte mil bárbaros de la morisma de diferentes naciones, hasta de las más lejanas del Oriente, tigres del desierto hechos y aficionados á la matanza y al carnaje, y sobre todo, viniendo con la hueste del rey Bucar aquellos dos mil negros feroces que todo el mundo creía eran demonios disfrazados de mujeres que habian elegido el tipo negro para estar más en consonancia con su origen infernal.

Hubo largos y difusos discursos:

El obispo don Gerónimo apuró los textos de la desventura para venir en resúmen, despues de haber hablado cuatro horas largas, en no haber dicho nada.

Gil Diaz apuró su elocuencia, quedándose tambien sin que nadie supiese á que se determinaba.

Y en fin, todo era confusion y más razones y no entenderse.

Porque todos como buenos católicos y buenos castellanos querian ir contra el enemigo, causa de Dios y de la patria.

Pero á todos los ponía en cuidado el enorme número del enemigo, y sobre todo, aquellas negras hechiceras y diabólicas.

Oyendo estuvo doña Gimena, que por ser viuda del Cid presidia en memoria suya y en su representación;

el consejo todo lo que cada cual opuso y dedujo.

Estúvose callada más de ocho horas que el consejo duró, y cuando todos dijeron lo que tenían que decir, ella dijo:

—Si mi marido, que santa gloria haya, hubiera contado sus lanzas y las del enemigo, no hubiera podido nunca, ateniéndose á los consejos de la prudencia, que vosotros decís, á entrar en batalla, porque hubiera encontrado siempre temeraria la empresa, como vos encontráis temerario el ir contra el innumerable ejército agareno en la empresa presente. Y á la verdad que nadie hubiera llamado el Cid á mi marido, ni se hubieran ganado para Castilla tantos reinos como él ganó. Y digoos ahora, señores, que yo no merecería ser su desconsolada viuda, si por él en memoria suya no saliera. Y os manifestaré que si vosotros no os atrevierais á ir, cualquiera sea nuestro número, contra los sarracenos y fiando en Dios y en el esfuerzo de nuestro brazo, yo iré sola con mis dueñas y mis doncellas, y el cadáver de mi marido y los servidores que quieran seguirme, y llevando conmigo el cadáver de mi esposo á caballo como él os mandó, y veremos entonces si fué sueño ó delirio del Cid lo de la aparición del Apóstol Santiago, y si nos falta á mí y á su cadáver la ayuda del Apóstol Santiago, matamoros y del Hijo Unigénito de Dios. Y sea como quiera, caballeros, yo me avergonzaria de mí misma y no merecería el nombre de esposa del Cid que llevo, si la última voluntad de mi marido no cumpliese.

Y levantándose y dando un enérgico golpe sobre la mesa, añadió:

—Y más no se hable, caballeros, que yo he de ir

con el cadáver de mi esposo al frente de la morisma, y el que quiera séguirme que me siga y el que no que se quede como una débil mujer al amparo de los muros, que la esposa del Cid queda en su lugar, y lo que él hizo he de hacer mientras viva, y si los moros me cautivasen ó mataren y el cadáver de mi marido infamaran, la voluntad de Dios habrá sido, y yo podré decir cuando sucumba, que no ha habido caballeros que con la esposa del Cid vayan á buscar la victoria ó la muerte.

Para los que conocen el carácter castellano no hay que decir que su alarido de entusiasmo contestó á las nobles y grandes palabras de la heroína.

Cada uno se sintió multiplicado hasta lo infinito.

Se tuvo cada uno por un formidable ejército.

Hasta los más sesudos perdieron la razon y juraron que habian de morir con el cadáver del Cid y con doña Gimena, ó habian detriunfar del alárabe, viniera ó no viniera Santiago matamoros en su ayuda.

Hablad al corazon y á la altivez de los castellanos, y los tendreis dispuestos á toda hazaña.

Sobrevendrán los prodigios.

No se podrá explicar luego un pensador como un puñado de hombres han podido hacer tantas maravillas.

Y seamos justos, esas cualidades no solamente es peculiar al pueblo español, es peculiar á todos los pueblos.

Arrojad entre ellos una idea que hable á su corazon, á su sentimiento, á su nacionalidad, á su orgullo, y si habeis conseguido vivificar á un pueblo en una idea trascendental y pensada, id con él al combate, seguros de la victoria.

—Ya hemos visto como tras doña Gimena y el calaver del Cid se habian lanzado al campo aquellos sesenta mil héroes, puesto que héroes habian de ser necesariamente los que sabian que tenían que pelear uno contra veinte.

Alvar Fañez iba á la vanguardia, ganoso de desagraviar por su derrota de Cuenca, y decia al buen Garcés, nuestro antiguo conocido, que iba á su derecha, y á nuestro antiguo conocido Dieguez, y á Agar-Kothan, el monstruoso, y á Diego Ordóñez de Lara y á otros que le rodeaban:

—Ea, amigos, el Cid mi pariente y señor, amigo y padre de todos nosotros, nos ve ahora desde donde nunca nos ha visto, desde lo alto de los cielos, que no hay que dudar, siendo tan buen católico y tan buen caballero don Rodrigo, ha ido á dar con su último suspiro en el seno de Dios. Si cuando con nosotros venia vivo, hazañas hicimos y glorias logramos dignas de ser esculpidas en duros mármoles para eterna memoria, ahora que su cadáver tenemos que defender y guardar, que su espíritu va con nosotros, hagamos lo que nunca hasta ahora hemos hecho, ayudemos al vaticinio de San Pedro Apóstol, que prometió que nuestro buen capitán, amigo y padre, que habia de ganar muerto su última batalla.

A lo que todos afirmaban protestando que no tenían más que una vida, y que si mil vidas tuvieran, gustosos las darian por la memoria del Cid, su señor, y porque ningun mal vil y menguado sarraceno pudiese insultar su cadáver.

Y tanto más que allí iba la hermosa doña Gimena, y seria cosa seria y para desesperarse, que el rey Bu-



car llegase á, harerla cautiva y la encerrase en su harren como una mujercilla cualquiera.

Y acontecia que de la parte contraria empezaba á sentirse un cierto cuidado muy vecino del pavor.

Todo el que haya estado en Valencia, sabe que de los muros de la ciudad la huerta desciende en declive, de manera que la extensa línea musulmana que venia avanzando dominaba á la tropa cristiana que de Valencia habia salido.

La verdad era que el rey Bucar se habia atrevido á ir sobre Valencia porque habia llegado á él la noticia de la muerte del Cid.

De otro modo, no ya él, sino el mismo califa residente Yusuf de Almocri, no se hubiera atrevido á ir sobre Valencia, porque sabian bien que el Cid hacia prodigios hasta tal punto, que no parecia sino que con él peleaban innumerables ejércitos invencibles.

Ahora bien, el rey Bucar, que venia en el centro de la batalla y que hasta cierto punto no necesitaba el antejo de campaña, que entonces no se conocia, porque veia como un águila, se apercibió de que detrás de la vanguardia cristiana, al lado de una dama vestida con lúengas ropas de luto, venia el Cid en persona, caballero en su gran corcel Babieca, empuñada en la diestra la formidable tizona, aquella tizona, cuya punta habia sentido no hacia mucho tiempo en sus espaldas, como que aun se condolia de la herida.

Y sentia el rey Bucar un pavor tal á causa del Cid, que le tenia por mago y hechicero, y porque no lograbas sus grandes empresas por poder propio, sino por algun misterioso y extraño poder que á el venia de lo alto

de los cielos, ó desde los profundos de los infernos. Por Allah! — exclamó volviéndose al rey de Melitin que estaba á su lado, — que engañados nos han, que el Cid no es muerto, y allí viene con su hermosa barba rubia entrecana. Y digo, que ya tendremos necesidad de toda la protección del Altísimo, que contra ese maldito nazareno, Dios lo confunda, no hay ejércitos que valgan, ni poder que aproveche, y digo, que si á los suyos vencimos en Cuenca y en Múrcia, era por que él con ellos no venia, que si se viniere no pudiéramos vencerle, ó por el pacto con Satanás que tiene, ó por maleficio que yo no comprendo, jamás le vencimos ninguno; y yo tengo para mí, que si él solo á un ejército acometiera le venciera.

El rey Bucar acababa de hacer el mayor elogio que podía hacerse del Cid.

Quando un hombre adquiere un gran prestigio, con su solo nombre hace la guerra.

Tal es la flaqueza de la condición humana.

Las palabras del rey Bucar corrieron de taifa en taifa, de fila en fila.

Cundieron.

Se extendieron.

El nombre de Roderico el Campeador, como los árabes llamaban al Cid, empezó á producir un espanto enervante en aquellas numerosas falanjes.

Que ¿no había él batido al mismo Yúsuf en persona con un puñado de demonios?

Que ¿la tierra donde había puesto el duro casco su corcel, no había quedado definitivamente suya?

Que ¿no le conocían como invencible desde hacía luengos años los árabes?

Y seguían avanzando la extensa línea de almorávidas y moros españoles, y marcando hacia su centro á media rienda, al pecho las adargas y las lanzas terciadas el escuadrón cristiano.

- Aquello era magnífico.

- Aquello era una temeridad heroica.

Sobre los castellanos no flotaba más que un estandarte verde con la cruz de plata, el estandarte del Cid.

Parecía que una sola vela, un solo impulso animaba al pequeño ejército cristiano.

Lanzaban todos riendas, inclusa doña Gimena, que no gobernaba entonces una hacanea y un palafren, si no un corcel de batalla.

Inclusas sus doncellas, que entre sus blancas vestiduras, de luto se destacaba la severa figura del Cid, cuyo caballo Babieca llevaban del freno dos escuderos lanzados á la carrera.

Iban detrás Gil Diaz, con el estandarte, y en pos los bravos escuderos y los otros ginetes de ambos lados, con las ballestas armadas, extendidos en lo que hubieran podido llamarse guerrilla.

Los peones iban derechos al centro de la hueste enemiga, donde estaba el rey Bucar con el estandarte ostentoso del Profeta, negro y oro, divisa de los almorávidas.

No hayaria que exensar la batalla.

Aunque una especie de pavor hubiese empezado á cundir en las huestes morunas, eran tenaces.

El mismo pavor habian sentido siempre que se habian visto en batalla con el Cid, y sin embargo, habian combatido como buenos.

Habian disputado duramente la palma de la victoria. Desgracia y dolor para los cristianos.

Habian dado larga ocasion al Cid para ensangrentarse en ellos.

Quando ya estaban tan cerca que se veian distintamente los colores de las divisas, el rey Bucar mandó á Homarah, la capitana de las doscientas negras, rompiese contra los cristianos.

Del centro de la hueste enemiga salió el magnífico escuadron de amazonas, en caballos negros como la noche, revestidas de lucientes armas.

Todas relumbraban heridas por la luz del sol.

Era un dia radiante y diáfano.

Ver aquel negro escuadron Alvar Fañez, y gritar con voz de trueno:

—Por Dios, por el rey y por el Cid, ¡Santiago y viva Castilla!

Fué cosa de un momento.

Sonaron en el clamoroso y trémendo son de arremetida las trompas del Cid.

Todas las lanzas se afirmaron en el ristre.

Todas las manos aflojaron las riendas.

Todos los acicates hirieron los flancos de los caballos.

Y allá fueron los tercios de Alvar Fañez, raudos y terribles como un huracan.

Y no se quedaron atrás ni doña Gimena, ni los capitanes que con ella iban, ni los escuderos que el caballo del Cid conducian, ni los escuderos que en pos iban.

Las saetas de las negras, los venablos de los balles-  
tereros cortaron zumbando el espacio.

Más de uno, más de dos, más de ciento, vieron oscurecerse el sol en sus ojos y mordieron la tierra.

El encuentro fué formidable.

La primera batalla de cien negras fué acortada, pasada por encima, hollada por dos caballos, destrozada, alanceada: las que más resistieron, laniquilladas en fin.

Homarah reñía en la segunda batalla.

Sus negras se dispusieron.

Pero como si un poder sobrenatural hubiera protegido á los cristianos, las terribles saetas que por la potencia de los arcos escitas no encontraban arnés, por fuerte que fuera que no atravesaran, pasaron por encima y fueron á caer sin fuerza en la segunda batalla de los cristianos, en donde iba el cadáver del Cid.

Homarah dió el ejemplo á sus negras empuñando su hacha de armas.

Entonces vieron Alvar Fañez y los suyos hasta que punto puede llegar el increíble esfuerzo de una mujer.

Creían, porque así lo habían oído decir aquellos bravos castellanos que se medían con demonios, que habían tomado la forma de mujeres, y sin embargo, de tal manera excitaba su coraje y su honra la defensa del cadáver del Cid que tras ellos iba, que dejado todo temor, á aquellas negras demonios acometían, realizando hazañas dignas de ser contadas una por una, y de ser esculpidas en mármoles y bronce.

Las negras peleaban con una pujanza, y con un valor fuera de todo encarecimiento.

Pero se las habían con gente dura.

En el lugar de un castellano que caía aparecía otro

castellano, y por una lanza que no las había herido las alcanzaba diez.

Se multiplicaban los del Cid.

Importaba poco los que caían.

Se sentían tan sin pavor, y tan alentados, que hubo momento en que no dudaron que Santiago matamoros peleaba con ellos.

Parciales sentir en los aires, sonar terribles las trompas celestes de los invisibles ejércitos del Santo apóstol.

Y el que caía herido de muerte reía, porque se creía arrebatado á los aires, á pelear en espíritu con el caudillo de los cielos.

La fé y siempre la fé, que como dicen las Sagradas Escrituras es la fuente para remover las montañas.

Habían cargado al socorro de las formidables negras el rey Bucar, con sus capitanes y con todo el centro de la hueste enemiga.

Aquello era un torbellino, una tromba de horror.

Habíanse revuelto, cristianos y sarracenos, y la misma doña Gimena se encontraba en el horror de la batalla, serena é impávida, trasfigurada, flameándola los ojos, representando á su marido, sintiendo su espíritu.

Cosa extraña, valiosa.

Los escuderos conducían á Babieca que no necesitaba ser conducido, porque tenía la costumbre de la arremetida, llevándole inmediatamente junto al corcel de doña Gimena.

Y sus doncellas rodeaban este grupo conmovedor.

Y los más bravos y viejos escuderos del Cid forma-

ban una muralla impenetrable, invencibles á los costados.

Volviendo á la extrañeza del caso, junto al cadáver del Cid se abría una ancha calle entre los enemigos que huían despavoridos.

¿Había sido un delirio del Cid el vaticinio de San Pedro apóstol?

¿Era aquello un milagro del cielo, ó una maravilla del pavor que el Cid infundía en los sarracenos?

Sea como quiera, delante de aquel ilustre cadáver huían transidas de espanto las falanjes enemigas.

Muy pronto su lanza de batalla fué rota.

Muy pronto Alvar Fañez pudo exclamar, al arrebatarse de manos del alférez el estandarte de los almorávides:

—Ya estamos en paz, este por el que perdí en Cuenca.

Y le enterró.

Sabido es lo que acontecía en las batallas de la Edad Media, cuando el estandarte real era tomado, cuando el enemigo le abatía el pendon y le arrastraba.

Quando lo que podía llamarse muerte real era deshecho, se pronunciaba la derrota, y la multitud de los que huían era más en su daño, porque se atropellaban los unos á los otros, y el enemigo cargaba sobre ellos y los alanceaba á su gusto.

No había quedado una sola negra que no hubiese sido muerta ó hecha cautiva.

El rey Bucar, no ya solo, sino acompañado de los treinta reyes sus aliados, huían no ya del Cid vivo, si no del Cid muerto.

La dispersion era terrible.

Los que se encontraban lejos en las distantes alas de aquella extensa línea, al ver que su centro huía desahogado, escapaban con las alas del miedo hacia la mar, para ganar la flota.

Los castellanos se fatigaban ya de matar.

Por último, no hubo á quien herir, como siempre los que huían corrían más de los que los perseguían, y los que no habían caído cautivos ó no habían sido muertos, se habían puesto fuera del alcance de los vencedores á quien en escaso número impedía el número de los muertos ó de los cautivos.

Se apoderaron de las ricas tiendas, y tanto en ellas como en los cuerpos de los caudillos árabes que habían entrado en batalla, cubiertas de ricas preseas, encontraron un botín inmenso.

El caballo del Cid no fué detenido por los escuderos que le conducían, hasta que llegó á la magnífica tienda de púrpura y oro del rey Bucar.

Doña Gimena se lanzó de su corcel.

Se acercó al cadáver de su marido.

Se abrazó á una de sus rodillas, y acercando su semblante conmovido al semblante del cadáver, exclamó:

—Esposo y señor, tú que me oyes desde el cielo, mírame aquí, que te he traído á donde aun quedan para tí, muerto, los laureles de la victoria. Esposo y señor, si tu espíritu nos ha protegido en esta jornada, que continúe protegiéndonos, que yo te juro que aun estando tú en reposo en tu tumba de San Pedro de Cerdeña, tu Gimena defenderá tu ciudad y guardará tu nombre mientras la quede un soplo de vida.

Y parecíale á doña Gimena que el semblante del



cadáver se conmovía, hacia ella se volvían sus ojos y que la miraban con más amor que nunca.

En verdad que doña Gimena era la digna velada del Cid.

Se comprendía entonces mejor que nunca, que á pesar de todo, del horror de su historia, el lago de sangre que había puesto entre ellos la muerte del conde Euzane, se hubiesen unido.

Parecía que del Cid solo había fenecido el cuerpo, que su alma había quedado entera y poderosa en su mujer.

Doña Gimena besó la helada mano de su marido.

Se retiró.

Se dejó caer en los brazos de Alvar Fañez y rompió á llorar desconsoladamente.

A la heroína sucedía la amante, la desconsolada viuda, para la cual no había ya alegría sobre la tierra.

Sucedió en aquellos momentos algo que maravilló á todos.

Apenas doña Gimena se había separado del cadáver del Cid para arrojarle en los brazos de Alvar Fañez, cuando los escuderos que tenían del freno á Babiaca, le sintieron estremecerse.

Un chorro de sudor brotó de cada pelo del noble animal.

Aumentó su convulsion.

Le vieron próximo á caer y se apresuraron á quitar de sobre él el cadáver del Cid.

Y como si esto solo hubiera esperado Babiaca, cayó, lanzó un gemido extraño, y quedó inmóvil y tendido á la larga.

Había muerto.

Se le reconoció.

Era muy posible que Babieca hubiera sido herido.

Pero no se encontró en él señal alguna de herida.

No podía decirse tampoco que se hubiese reventado.

Era viejo, en verdad, porque hacía veinte años que servía al Cid.

Peró aun estaba fuerte.

Aun era un poderoso corcel de batalla, de tal manera, que satisfecho de él el Cid, no había tenido necesidad de reemplazarle.

Jamás había sido herido, aunque el Cid lo había sido muchas veces.

A todos asombró el suceso.

No parecía sino que Babieca, despues de haber llevado su señor muerto á su última victoria, no había querido sobrevivirle.

El Cid fué puesto en otro caballo.

Doña Gimena no quiso que se dejase á Babieca sobre el campo de batalla entre los otros caballos muertos.

¿Qué no había sido aquel valiente animal el que durante veinte años había servido al Cid en sus rudas campañas?

—No,—dijo doña Gimena,—no olvidaré yo á Babieca: él yacerá cerca de su señor, y sobre la hoya en que se le entierre se pondrá una piedra que diga: Aquí está sepultado Babieca, el caballo del Cid.

Y así fué, en efecto, como veremos más adelante.

Volvióse el ejército á la ciudad, despues de haber incendiado el campo enemigo.

Los cadáveres sarracenos, cumplidamente despojados, quedaron abandonados á los buitres.

Algunos escuadrones se habian quedado recogiendo los cadáveres cristianos que cubiertos con sus armas eran conducidos á la ciudad.

Allá á lo lejos desde el mar, desde las vertientes de la huerta, se veian las blancas velas de la flota enemiga que huia hácia el Africa.

Un gran número de naves quedaba aun á la lengua del agua recogiendo á los fugitivos.

Muy pronto tambien aquellas naves se alejaron á vela y remo.

Del ejército almoravi que habia intentado la reconquista de Valencia, no quedaban sobre su tierra más que algunos centenares de cautivos y algunos miles de cadáveres.

Los cristianos se habian ensañado como nunca, y no que habian tomado moros á prision, sino cuando ya estaban fatigados de matar.

Se habia rematado á los heridos.

La tierra en su ancho espacio estaba literalmente empapada en sangre.

Bandadas de cuervos se cernian ya sobre el campo de batalla.

El lobo de los montes olfateaba ya los cadáveres y se ponía en marcha para buscarlos.

Lo que habia sido soberbio campamento del rey Bucar y de sus treinta y seis aliados, humeaba.

Cuando se hizo cuentas á las puertas de Valencia del ejército castellano, se vió que entre muertos y heridos solo faltaban cuatrocientos hombres.

Indudablemente Santiago Matamoros habia andado en el lance.

A juzgar por los innumerables cadáveres que sobre

el campo habian quedado, no se comprendia que los seis mil hombres del Cid hubieran bastado para matarlos.

La ciudad se habia revuelto cuando se vió libre de los castellanos.

Pero cuando vió volver á estos vencedores, abatió las armas, abrió las puertas y pidió gracia.

Doña Gimena se la concedió y no se hizo un solo castigo.

Se trasladó con el cadáver del Cid á su palacio, y cumplida ya la última voluntad del difunto, se preparó todo para los funerales.

Las palabras de Doña Gimena al Cid cuando se le entregó el cuerpo, y el momento en que se le enterró, se encuentran en el capítulo XXXIV de la obra.

El cuerpo del Cid se trasladó á su palacio, y se preparó todo para los funerales.

Doña Gimena se la concedió y no se hizo un solo castigo.

Se trasladó con el cadáver del Cid á su palacio, y cumplida ya la última voluntad del difunto, se preparó todo para los funerales.

Las palabras de Doña Gimena al Cid cuando se le entregó el cuerpo, y el momento en que se le enterró, se encuentran en el capítulo XXXIV de la obra.

El cuerpo del Cid se trasladó á su palacio, y se preparó todo para los funerales.

... de los moros... de la ciudad de Valencia...

### Capítulo XLIV

... de la ciudad de Valencia...

**De como por no haber querido el rey don Alfonso la ciudad de Valencia, se quedó por fuerza de reina en ella doña Gimena.**

Ya hemos dicho que entre los cautivos habia sido cogida Homarah, la capitana de las terribles negras.

Era la única de todas ellas que no habia muerto ó no habia escapado á uña de caballo siguiendo al rey Bucar.

Bien es verdad, que muy pocas de aquellas fieras habian escapado.

Habian caido matando castellanos.

Y podia decirse que ellas solas habian sido las que habian herido ó muerto á aquellos que habian faltado en la muestra del ejército.

Ellas habian sido las que principalmente habian resistido el empuje de la batalla.

En el momento en que la derrota de los moros se

pronunciaba, Alvar Fañez se encontró con Homarah, que venia hacha en alto.

Pero aconteció que Homarah rebatió el hacha sin herir, y que Alvar Fañez levantó la punta de su espada.

Aquel fué, en verdad, un momento de xalilacion, causado por el encuentro de entrambos.

Homarah era de una belleza tal, que aunque negra, Alvar Fañez no habia visto una tal hermosura en todos los dias de su vida.

Alvar Fañez contaba ya á la verdad cincuenta años.

Pero estaba conservado, fresco, sonrosado, lleno de vida, con una juventud tenaz, y peinaba la barba, rubia más hermosa del mundo.

Tenia los ojos negros, grandes, ardientes, poderosos, y cuando estaba en combate se desfiguraba, se dilatava su mirada, fluia de ella su valor terrible, su premo, una vida poderosa, una expresion fascinadora.

Se habian chocado las miradas de Homarah y de Alvar Fañez y un fenómeno extraño los habia hecho invulnerables el uno para el otro.

Pero aquello fué cosa de un momento.

Reconocieron su debilidad.

Se irritaron á la par, y volvieron á levantar las armas.

Pero en aquel momento uno de los ballesteros del Cid que allí fué á parar, asió á Homarah por una pierna, tiró de ella y la desmontó, tan á tiempo, que al caer el fendiente de Alvar Fañez, no alcanzando á Homarah, dió en la pera de hierro de la silla y se rompió la espada.

Homarah era corpulenta, y al caer sufrió un tal golpe que perdió el conocimiento.

Iba á matarla el ballestero, que participaba de la opinion de que aquellas negras eran demonios, quando Alvar Fañez gritó:

—Déjala, no la mates; yo la tomo á prision.

No dijo estas palabras el bueno de Alvar Fañez, sin causar murmuraciones en los que cerca de él estaban y las oyeron.

Porque al fin, para todos, lo que hacia que Alvar Fañez protegiese á la negra era su hermosura.

¿Y como un caballero tan cristiano, y tan castellano, y tan héroe daba en el gran pecado de interesarse por una idólatra, endemoniada hija de Satanás?

Alvar Fañez no las tenia todas consigo.

Al sentirse interesado vivisimamente por aquella negra hermosura, creyó que ella por sus maleficios y sus malas artes, le habia embrujado.

Y algo habia de esto.

Porque Alvar Fañez habia sentido la mágica influencia de los hermosísimos ojos de Homarah y habiéndola encontrado en su mirada cólerica de improviso cambiaron de expresion, y la cólera se cambió en grato asombro é inefable dulzura; dejando ver, por endemoniada que estoviese, á Alvar Fañez, todo un paraíso de delicias en aquella mirada.

Por otra parte, Alvar Fañez, habia ya enviudado hacia ya años, sus hijos habian muerto en batalla, y con la muerte de su pariente el Cid, no embargante doña Gimena y sus hijas, se habia quedado solo como un hongo, y todavía jóven, y de hermoso parecer, mandó pusieran en una camilla que se hizo de uno de

los lechos que se habian encontrado en el campamento del rey Bucar, lechos de campaña, si, pero ricos y cómodos, á Homarah, y que se la condujera á Valencia, á la casa que en la ciudad tenia Gil Diaz, algo pariente suyo, como era algo pariente del Cid, y con el cual tenia una gran confianza.

El Cid fué expuesto en la capilla mayor de la grande aljama de Valencia convertida en catedral ó iglesia mayor, en su gran silla señorial, que era de roble labrado y dorado, sentado, armado de su arnés de batalla, con su espada tizona, desnuda en la mano, sobre su catafalco, al que se subia por seis gradas cubiertas de un rico paño de púrpura, y era una presea de la batalla recientemente ganada, porque se habia encontrado sirviendo de alfombra en la magnífica tienda del rey Bucar.

Alvar Fañez asistia á los funerales, á la derecha del catafalco, delante del cadáver, teniendo el estandarte real, en representacion del Cid, que como sabemos era alferez mayor de Castilla.

Al otro lado, estaban Garcés de Leiva y Sancho Dieguez, teniendo cubiertos tambien, el uno el estandarte verde del Cid, y el otro el estandarte rojo de Gormaz.

A la izquierda de Alvar Fañez y á su espalda, Gil Diaz sustentaba el estandarte real del califa Jusuf, perdido por el rey Bucar.

A la izquierda, y algo á la espalda de Garcés y de Dieguez, Pero Bermudez tenia el estandarte negro, con las cinco calderas blancas de las amazonas que allá habian quedado tendidas en el campo, á excepcion de su capitana que habia quedado cautiva.

Por último, treinta y seis escuderos escogidos entre



los mejores del Cid, uno de los cuales era aquel Alvar Gimenez, de quien hemos hecho mérito en más de una ocasión, tenían los treinta y seis estandartes cogidos á los treinta y seis reyes moros, y se ostentaban en semicírculo, dejando en medio el catafalco, sobre el cual, sentado en su silla señorial, el Cid parecía aun vivo.

Concluidos los funerales, que fueron solemnes y ostentosos como pudieran haberlo sido los de un rey, cuatro de los más probados caballeros que al Cid habían asistido durante el sitio y toma de Valencia y después en la ciudad tomaron la villa, y precedidos por el obispo don Gerónimo y por el cabildo de la iglesia y seguidos de Alvar Fañez, de Gil Díaz, de Garcés, de Dieguez, de los escuderos que tenían los estandartes, que le condujeron en hombros al presbiterio, y allí le pusieron en la parte del Evangelio.

No debía llevarse á San Pedro de Cardena para darle allí sepultura sin que le acompañase su esposa doña Gimena, y esta no queria abandonar á Valencia porque no estaba bien segura hasta que de ella fuese á hacerse cargo el mismo rey don Alfonso VI.

Con más tiempo ya, doña Gimena habia mandado labrar á los artificios moros, que eran muy diestros, una rica silla de marfil en la cual apareciese con mucha verdad labradas las principales batallas que el Cid habia ganado.

Escribió doña Gimena á don Alfonso que la apremiaba dar sepultura cuanto antes á su marido, y como ella de él no habia de apartarse hasta que se hubiese dejado en la tumba donde debia esperarla, le suplicaba fuese cuanto antes á tomar posesion de su ciudad de Valencia, y que habia de ir él mismo, que ella no habia

de entregarla á otro, por buenos y bastantes poderes que llexara.

Doña Gimena tenia muchas de las singularidades del Cid.

Era como él tan ruda y daba con el no ménos testarudo Alfonso VI, que de misma manera que se habia enojado viviendo el Cid con él, con doña Gimena se habia enojado y continuaba enojándose.

Y parecióle á Alfonso VI que habia no sé qué de soberbia y aun de desacato en aquella parte de la carta de doña Gimena que decia que no habia de entregar la ciudad de Valencia más que al mismo rey en persona, sin que le valiese á otro poderes por buenos y bastantes que fuesen, y don Alfonso apenas leida la carta, dijo para sí:

—Pues ya puede esperar sentada doña Gimena á que yo vaya á tomar posesion de esa hermosa Valencia que dice no quiere entregar á nadie más que á mí mismo. Y antójaseme que el alma entera y toda la soberbia de don Rodrigo se ha quedado en su mujer y que nos va á dar más que hacer su mujer que lo que nos dió que hacer don Rodrigo.

Hay que advertir que el Cid habia guardado para sí la ciudad de Valencia, y que esto habia irritado extraordinariamente al rey.

Además de esto el rey no queria á Valencia.

Porque estaba muy distante de su reino, y su conservacion le embarazaba más que le convenia.

Por consecuencia, dijo:

—Allá se entienda la brava doña Gimena con los rebeldes y mal seguros valencianos, y con los almora-vides ganosos de apoderarse de esa ciudad, á la que

llaman la hermosa de las hermosas, que yo no tengo por qué afanarme por ciudad que conservar no quiero.

Una buena y prudente política aconsejaba á Alfonso VI, no conservar á Valencia.

Y en vano el conde don Peranzules, viendo que el rey á Valencia no queria, le suplicaba que se la diese en señorío, que él se entenderia con los moros de Valencia y con los almorávides y con todos los moros del mundo.

A lo que decia el rey don Alfonso, que hacia ya muchos años no se dejaba ganar por su antiguo ayo.

—Ganaréis vos á Valencia y puede ser que yo en ella os dejara privándome de teneros á mi lado. Pero, ¿cómo quereis que yo os deje me abandoneis para ir con vuestras manos lavadas á apoderaros de una ciudad que no habeis ganado y cuyas rentas os harian tan rico como un rey? A más que doña Gimena no os la daria.

—Tomaríasela, señor, yo, más la persona, que aun está hermosa que quita el sentido doña Gimena.

—Paréceme á mí,—replicaba Alfonso VI,—que tanto tendreis la viuda del Cid como la ciudad de Valencia. Y aconsejoos os quiteis de esas imaginaciones, que dado caso de que yo os diera la vénia para ello, habiais de volver con las manos en la cabeza, si es que no os quedábais al pié de los muros, si por fuerza de armas quisiérais tomar á doña Gimena la persona ó la ciudad que tan heroicamente ganó su marido.

Eso sí, Alfonso VI se habia enojado con suma facilidad contra el Cid y continuaba enojándose con doña Gimena.

Però su boca no era más que boca de alabórica,

cuando hablaba ya del Cid, ya de doña Gimena.

Y no hubiera sido decente en el gran Alfonso VI otra cosa.

A la verdad, por cuestion de caractéres no habian podido andar nunca por mucho tiempo juntos el Cid y el rey, y era mucho ménos posible lo estuviesen el rey y doña Gimena.

Porque á parte de que doña Gimena tenia el mismo carácter vidrioso y altivo de su marido, el rey se habia desesperado mucho por ella, porque Alfonso VI fué muy dado á los amores, y no habia podido ver nunca con indiferencia á la hermosísima doña Gimena, si bien es verdad que por respeto al Cid jamás habia demostrado á doña Gimena la aficion que la tenia.

Pero hayábase viudo el rey y temia que si frente á á frente de doña Gimena se ponía, se le fuesen los piés y se atreviese á ofrecerla su corona, cosa que sabia el rey habia de causar una intemperante salida, no sabia él hasta que límite, de la terrible doña Gimena.

Por consecuencia, y no queriendo meterse en honduras, ni creyendo conveniente conservar á Valencia, escribió á doña Gimena que la guardase para sí ó que la partiese entre sus dos hijas y la diese para que la defendiesen á su marido el infante don Sancho de Navarra y el conde de Barcelona Berenguer Ramon, aquel mismo á quien el Cid habia tratado varias veces tan duramente.

Doña Gimena, que era en verdad muy susceptible, porque cuando leyó el periodo de la carta del rey que decia que se quedase con Valencia, y que si no queria defenderla llamase al infante don Sancho y al conde de Barcelona, creyó que el rey la suponía incapaz de

defender la mejor y más noble conquista de su marido, y dijo:

—Pues ya veremos si aunque nadie me defienda, me toman á mí los almorávides mi ciudad de Valencia.

Y se propuso continuar siendo de hecho y aun de derecho reina de Valencia como de hecho y aun de derecho habia sido rey de Valencia el Cid.

Doña Gimena nombró un consejo de castellanos, de los primeros caudillos de la hueste, y de los caballeros que habian ido á vivir á Valencia llamados por el Cid, para gobernar el ejército, y para que la aconsejasen en todas las cosas de la administracion de la ciudad que ella ignorase.

Y nombró tambien otro consejo de moros ancianos, de jeques, los principales de la ciudad, para con su dictámen gobernar á los moros.

Al mismo tiempo, como las rentas eran pingües, y ella tenia grandes tierras, hacia reparar los muros de la ciudad y tomaba á sueldo todos los aventureros que á Valencia llegaban ganosos de emplear su lanza y de ser bien recompensados.

Alfonso VI empezó á fruncir el ceño, cuando le dijeron lo mucho que doña Gimena fortalecia á Valencia, la gran hueste que iba montando, y el buen consejo y la justicia con que regia á los valencianos que empezaban á llamarla la buena Sultana.

Deciánle tambien, que no embargante que doña Gimena no se quitase sus luengas ropas de luto, ni ciñese corona, ni se sentase bajo dosel para dar audiencia, tenia todo el aspecto de una reina, y como reina hablaba, y como reina mandaba, y como á reina la obedecian, cosa que no placía en gran manera á don Al-

fonso, aunque hubiese determinado no agregar á su corona la ciudad de Valencia.

Sentía algo de celos.

Parecía que se empingorotaba demasiado doña Gimena como antes le habia parecido que se habia empingorotado demasiado el Cid.

Y no tenia razon.

Porque al fin el Cid, si como el rey en Valencia mandó desde que la tomó, no fué sino en nombre y como lugarteniente del rey.

Y si promulgó ordenanzas, y si ejerció un vasto imperio y alta justicia civil y criminal, y echó alcabalas, y cobró tributos, fué porque no haciendo nada de esto el rey alguien tenia que hacerlo.

Y aquel alguien no podia ser otro que el Cid.

En cuanto á doña Gimena, muerto su marido y vencidos los almorávides y hecho los funerales, dijo al rey: venid por esto, que vuestro es.

Y el rey dijo: no quiero.

Porque no parecia sino que Alfonso VI se proponia hacer pasar por rebelde, ambicioso y soberbio á un hombre que jamás dió en tales cosas, y que despues queria que cargase con las mismas tachas la viuda del Cid.

Hay que confesar que Alfonso VI era muy raro.

Habia en verdad, una gran enemiga natural por celos de valor y de heroismo entre el rey Alfonso VI y el Cid.

Y esta enemiga se trasmitia á todo lo que del Cid habia sido.

Los almorávides entretanto estaban continuamente avisados por los moros de la ciudad, rendidos si, reducidos al silencio y á la inaccion, pero no some-

tidos, alentaban la esperanza, creyendo que por mucho que doña Gimena fuese, al fin era mujer, y no podia tener ni el buen consejo, ni el prestigio que el Cid tenia.

Y en cuanto á lo que sacasen al Cid otra vez entre ellos, no habia que decir nada, porque ya sabian bien ellos que el Cid habia muerto.

Se minaba, el terreno á los pies de doña Gimena.

Se conspiraba sordamente.

Se avisaba á los enemigos de una manera secretísima.

Por más que doña Gimena queria, no podia ser tenida tan en respecto como el Cid.

La gente de su ejército se habian arraigado en Valencia, apoderándose de cuanto habian podido dentro de la ciudad y en el campo.

El hermoso sol de aquel pais bello excepcional, y las dulzuras del bienestar, los hacia de mucha menor valia de la que habian tenido viviendo el Cid.

Muchos de los primeros capitanes de la hueste, se habian casado con hermosas valencianas, y otros andaban enamorados y distraidos, y particularmente el buen Alvar Fañez, caudillo del ejército, andaba como atontado y sin sentido, hablando solo, y contestando muchas veces á quien le hablaba por señas.

En fin, no era ni su sombra.

Todos decian que estaba hechizado y para nada servia más que para aparecer más y más loco.

Y así era la verdad.

Pero pasemos al capítulo siguiente para decir cual era la causa de la locura de Alvar Fañez, aunque ya la supondrán nuestros lectores.

---

## Capítulo XLV

Homarah.

Cuando volvieron á la ciudad los castellanos despues del vencimiento de los almoravides y Alvar Fañez hubo acompañado hasta el alcázar el cadáver de don Rodrigo, se fué á casa de Gil Diaz, desolado y como sin seso.

Ni más ni ménos que si hubiera tirado de él alguna cosa pederosa que él no veia, pero que sentia.

Gil Diaz no habia vuelto á su casa.

Se habia quedado al lado de doña Gimena consolándola.

Pero á su casa habían llevado los escuderos de Alvar Fañez á la hermosa capitana de las diabólicas negras, y la habian puesto en un lecho.

Homarah estaba de todo punto mal parada y débil por su grave caída, de tal modo, que aunque su fiera



condicion se rebeló en ella quando se vió cautiva, no dió muestra alguna de furor, que á la par se sintió impotente.

Dos escuderos de Alvar Fañez la guardaban de vista, un médico moro al que se habia llamado la asistia, y la cuidaba con sus dueñas la buena mujer de Gil Diaz que era una excelente señora y que no pedia menos de cuidar á la hermosa negra, puesto que los escuderos de Alvar Fañez la habían dicho que su señor la habia tomado aficion y que se interesaba mucho por ella.

—Y veamos,—dijo doña Marta á Alvar Fañez en cuanto le vió entrar en su casa,—porque habeis de haberos interesado vos por esa negraza, que no digo que no sea hermosa, pero que al fin es hereje, sarracena y mala sangre, y que dicen además que como todas las otras malditas á quienes mandaba, tiene el diablo en el cuerpo.

—Pues mirad, doña Marta, yo digo que lo que tiene en el cuerpo esa negra es un ángel de Dios, que yo se lo ví en los ojos cuando de repente me encontré delante de ella, que si el tal hermoso ángel de Dios en sus ojos no veo, la mato.

—Pues más valiera. Quitad de ahí, y en lo que habeis dado. Y que ella tiene los ojos de los que mueven guerra, y debe de estar enamorada de algun morazo ó cosa por el estilo, y ser liviana y antojadiza, y mala mujer, que estas hembras hombres que en vez de ruela empuñan lanza, están todas dejadas de la mano de Dios y son más disparadas y más antojadizas que los hombres.

—Pues mirad que yo os digo, doña Marta,—exola-

mó Alvar Fañez, —que á mi parecer que esa mujer no ha amado todavía, y tan robusta y tan alta como la veis, mirad que á mí me parece que no pasa de los veinte años.

—Por mi santiguada, —exclamó doña Marta, —que de mi casa os eche y no os deje verla y que cuando venga mi marido, le diga que la mate, que muerta debia estar allá con las otras y no dándoos guerra y volviéndoos loco. ¿Y qué dirá vuestra difunta allá en el cielo desde donde os ve metido en tales pasos de perdicion?

Pero por más que doña Marta hizo no aprovechó.

Y como al fin era buena y caritativa, viendo á Alvar Fañez desesperado, le dejó entrar á la habitacion donde en el lecho estaba Homarah, perfectamente vuelta en sí y al parecer tranquila.

Cuando Homarah vió entrar con doña Marta á Alvar Fañez, se estremeció poderosamente y se incorporó de una manera enérgica, sosteniéndose en uno de sus brazos.

Entónces vió Alvar Fañez á más de una mirada absorta, tímida, poderosa, una garganta y parte de un hombro desnudo de una belleza irresistible.

Era una Vénus calvinia.

Sabido es que los negros abisinios egan en muchos de sus individuos á las mismas formas de la raza representada por la estatuaria griega.

Homarah era una estatua, solo que en vez de ser de mármol animado, era de ébano viviente, lo cual la hacia más incitante aun por lo extraño.

Al conocer la historia de aquellas amazonas, ó mejor dicho, el papel que habian representado en la hues-

te almoravi, hubiera podido creérselas salvajes, fieras humanas venidas de algun país bárbaro.

Sin embargo, en la fisonomía de Homarah habia una gran inteligencia y una inteligencia educada.

Estaba muy lejos de ser una salvaje.

Alvar Fañez se sintió más y más cogido por la magia de su prisionera, de su esclava, en una palabra, y dió motivo con la emocion que no podia ocultar, á que doña Marta se asustase más por su razon y por su alma.

Pero en fin, ni los consejos de doña Marta, ni los del buen Gil Diaz pudieron apartar á Alvar Fañez de aquel su propósito, que él mismo no sabia cual fuese, porque era un propósito indeterminado que no tenia de claro más que el interés decidido que Alvar Fañez mostraba por aquella negra hermosura.

Convaleció, al fin, Homarah.

Y fué el caso que cuidándola y asistiéndola se aficionó como una boba á ella doña Marta, y el buen Gil Diaz tomó por ella un afecto que hubiera podido causar celos á su mujer y á Alvar Fañez.

Homarah se habia mostrado dulce, resignada y cariñosa.

—Pero, señor,—decia Gil Diaz,—viéndolo estoy y no lo creo, porque como encontrar en esta dulce jóven, aunque negra, á la terrible capitana de aquellas fieras, que de tal manera nos mataban nuestros hombres, que no parecia sino que cada una de ellas tenia una legion de demonios en el cuerpo. Esto debe ser sin duda que Dios ha hecho un milagro, le ha sacado del cuerpo los malos y en vez de encontrarnos con una fiera nos encontramos con una mujer.

Quando Homarah, ya de todo punto restablecida, pudo dejar el lecho, se dió una dificultad.

¿Qué vestidos habia de usar?

Los que habia llevado era su camisa y calzones interiores de lino, pero de hombre, calzas y jubon de rica y gruesa seda; calzas y jubon de ante de los que se llamaban de armas, loriga completa, y pesada y espesa damasquina, coraza y casco.

Y decia doña Marta que estaba en todo:

—Supongamos que se la viste las calzas y el jubon de seda, y con más el jubon y las calzas de ante, y se nos quedará enseñando todas las formas como si estuviera desnuda, lo cual no es decente, ni yo consiento en mi casa. Y quien piensa en llevarle ropa de mujer, á ella que ha causado terror en batalla, como el capitán más bravo y estirado.

Hubo necesidad de consultar á Homarah, y no queriendo que Alvar Fañez fuese el que consultase, porque se conocia que Homarah amaba á Alvar Fañez, y esto equivalia á dejarla en libertad, el encargado de la consulta fué Gil Diaz, que tanto habia andado entre moros, que cual si entre ellos hubiera nacido y se hubiera criado, hablaba de corrido el árabe.

Entróse en el aposento de Homarah y la dijo dulcemente:

—Hija mia, el sábio médico Abu-Hassam dice que ya estás completamente curada, que puedes levantarte, es más, que es conveniente que te levantes. Ahora bien, nos encontramos con una dificultad. ¿Qué traje eliges tú?

—El que él quiera,—contestó Homarah.

—¿Y quien es él?—preguntó Gil Diaz,—aunque lo sabia bien.

—El hermoso y valiente capitán cristiano,—contestó Homarah.

—Pues, mira, hija, á mí me parece que á mi amigo Alvar Fañez le gustaría verte vestida de mujer, pero yo no me atreví á traerte ropa de mujer por no ofenderte.

—Yo no soy ya Homarah,—contestó la joven;—no soy yo ya la capitana de las esposas de la muerte; lo que ha pasado por mí me parece un sueño. Yo vestiré como él quiera; yo haré lo que él me mande; yo seré lo que él quiera que sea.

—Pues, hija mia,—contestó Gil Diaz cogiendo la ocasion por el cabello,—lo primero que querrá Alvar Fañez que tú seas, será que seas cristiana.

—Lo seré,—dijo Homarah.

—Pues señor, milagro,—exclamó Gil Diaz,—más vale así.

Y luego dijo para su coletó.

—Estaria de ver los mulatillos, porque como si lo viera Alvar Fañez se casa. Bien, que yo no se lo que haria si estuviera viudo y ella me quisiera á mí.

Y luego añadió alto, sentándose junto á la cama, echando una pierna sobre la otra, y mirando afectuosamente á Homarah.

—Se me ocurre, hija mia, que tu estarias muy bien con una gran saya de tela de oro y perlas á la garganta, y diamantes en los cabellos, en fin, como una reina, seria cosa que no se te podria resistir.

—Yo he perdido mis tesoros,—dijo Homarah,—y yo no quiero que él, aunque esta sea su voluntad, gaste sus riquezas si las tiene, en su esclava. Si, si las tiene, porque el amuleto que llevo á la garganta le paga-

rá el ray más poderoso de la tierra por todo el dinero que se pida.

Homarah llevaba á la garganta una sutil cadena de oro de esmalte negro.

Pendiente de esta cadena, sacó de entre su seno engastado en un aro de esmalte negro también, un diamante negro, límpido, admirable, del grueso de una avellana grande, y en el cual, en un pequeño plano que terminando en parte superior, se veía el sello de Salomon, y en su centro el nombre de Dios en caracteres caldeos.

—Este amuleto,—dijo,—me ha protegido: todo ha sido para mí próspero ó venturoso, desde el día en que mi padre moribundo me le puso á la garganta y me pidió venganza. No he experimentado ni aun la amargura del vencimiento, porque cuando le ví me cambié de tal manera que no al impulso del mal enemigo, que asiéndome por una pierna quiso arrojar me del caballo, sino mi misma perturbacion del caballo me echó á tierra, perdí el sentido con el golpe, y cuando volví en mí, cuando me dijeron que era esclava de aquel á quien en la batalla habia visto un momento antes de caer, me sentí venturosa.

Yo le amo, mi buen padre (Gil Diaz era ya viejo), y le amo de tal manera, que soy feliz solo con sentir el amor que por él tengo.

Yo no he amado jamás, y si él me mira con benignos ojos, que si me mira, y si él me ama, que si me ama, yo soy la más feliz de las mujeres.

Y Homarah sonreia de una manera especial.

—Vamos,—dijo para sí Gil Diaz,—es imposible que este arcángel haya tenido nunca el diablo en el cuerpo.

—Yo no quiero que él por mí pase a fan ninguno,—dijo Homarah,—tomad este diamante, cualquiera de los judíos de la ciudad os dará por él lo que le pidais, y si creéis que yo he de parecerle más hermosa con vestiduras de sultana, con oro, con joyas, traed cuanto querais, pero bien, es verdad que este diamante no es mio, sino suyo, porque yo soy su esclava.

—Me parece á mí, hija mia, que tu eres su señora, y que lo sabes demasiado,—contestó con vivacidad Gil Diaz.

Homarah sonrió.

—Pues mirad, mi buen padre,—dijo,—si hubiera de hacerse mi gusto, yo no vestiria más que una sencilla túnica blanca de fina cachemir, con ceñidor de seda azul, y una toca azul sobre los cabellos, borceguíes azules y manto azul. Y nada más, nada más.

—¡Bah! Tú has visto á mi mujer cuando va á visperas los dias de la festividad de una vírgen mártir. Pues mejor, no tenemos que ir á comprar el traje á ninguna parte, lo tenemos en casa. Voy á decirle á mi mujer que te lo traiga.

Media hora despues, en un cenador del jardin de la casa donde estaban á la sombra y á la frescura de una fuente que en el mismo cenador corria, porque hacia mucho calor, Alvar Fañez y Gil Diaz, entró Homarah.

No era ya la fiera atleta, la criatura soberbia y terrible.

Era una hermosa doncella, esbelta, alta, sencilla, conmovedora.

Le avarcó.

Sonrió á Alvar Fañez y se sentó en la estera de palma labrada á la morisca, que servia á los pies de

un divan á la morisca tambien, en que estaban sentados Alvar Fañez y Gil Diaz.

En el divan se sentó tambien doña Marta que habia acompañado á Homarah.

Esta pidió á Gil Diaz una guzla morisca que allí se veia en un rincon.

Gil Diaz era muy tañador de este instrumento.

Diolo á Homarah y ella le templó.

Dejó oir sus imperantes preludios y luego cantó en árabe un romance de amores.

En resolucion, fueron y vinieron dias, pasaron meses, se cristianó Homarah ya completamente enloquecido Alvar Fañez quiso casarse con ella y ella le dijo:

—Tuya soy, hágase en mí tu voluntad, mi vida y mi alma son tuyas; pero si yo pierdo mi pureza moriré.

—No puede perder su pureza una mujer cuando á un hombre se une, santificada su union por el sacramento del matrimonio,—dijo Alvar Fañez.

—No hay más que un Dios,—exclamó Homarah,—el Dios de los cristianos, es tambien el Dios de los israelitas, yo no he tenido que reconocer á ese Dios; le conocia. Mi padre era faqui; ya sabes, doctor, sacerdote, y me instruyó en el conocimiento de Dios. Yo conocia á Leila Marien, la Virgen Madre del Profeta Jesús. Poco he tenido que hacer para ser cristiana, unicamente sobreponer á Jesús á Mahoma el falso Profeta: creer á Jesús Hombre Dios; confesar la Trinidad. Es muy fácil, muy fácil convertir á un musulman en cristiano.

Y decia bien Homarah.

Todo consiste en hacerles creer en la Trinidad.

—Pues, bien,—continuó Homarah,—el Dios que ha



concedido su virtud á este amuleto que llevo al cuello, es el Dios Padre del Dios Unigenito, es el Dios de Sinaí, el Dios de Moisés, de Abraham y de Jacob, el Dios del Calvario; este amuleto conserva toda su virtud, la que una vez puesto sobre su seno este amuleto, se la ha llenado de una tal virtud, y mientras conserve la pureza de su cuerpo y de su alma será dichosa y morirá cuando la pierda.

Se creia entonces en todas estas cosas por todo el mundo, por moros y cristianos y judíos.

No habia quien pusiere en duda el poder de los amuletos y las mismas leyes lo reconocian, presto que en los duelos de solo á solo se pedia juramento á los caballeros de no llevar sobre sí amuletos que pudieran favorecerle.

Se estremeció Alvar Fañez.

La sola idea de no poseer á Homarah, de reducirse respecto á ella á unos amores puramente del alma, le desesperaba, y la creencia de que si á ella se unia en matrimonio moriria y á causa de una gran desgracia, como ella le habia dicho, le desesperaba tambien.

Se fué á consultar con el obispo don Gerónimo, con aquel que habia sido tan grande amigo del Cid, y don Gerónimo que era francés, como otros muchos obispos y caballeros que habian venido á España, con la segunda mujer de Alfonso VI, don Gerónimo que tenia toda la sutiléza espiritual, que ha sido el carácter distintivo de los parisienses de todo tiempo, sonrió y dijo á Alvar Fañez:

— Con media bendicion que yo eche y con cierta oracion especial que yo pronuncie sobre esa hermosa señora negra y su amuleto, el amuleto conservará la

misma virtud en favor de la casada que la que ha tenido en favor de la doncella.

Alvar Fañez se fué contentísimo con aquella noticia á Homarah.

Esta sonrió y le dijo:

—Hágase tu voluntad, que venga el obispo, me eche su media bendicion como él dice, y pronuncie su oracion y casémonos despues, puesto que tú quieres que yo sea tu esposa.

Miróla enamorado Alvar Fañez, se le salió toda el alma por los ojos, é hizo un movimiento brusco como para ir á buscar inmediatamente al obispo.

—No,—dijo Homarah,—ven, siéntate y escucha.

Sentóse Alvar Fañez cuidadoso, y Homarah le contó su historia.

Aquella misma tarde los casó el obispo don Gerónimo.

---

## Capítulo XLVI

---

Que es el fin y remate de esta verídica historia.

Por este tiempo (hacia dos años que doña Gimena gobernaba en Valencia) los almorávides puestos de acuerdo secretamente con los moros de Valencia, creyeron que era llegada la oportunidad de volver á poner cerco á la ciudad.

Vinieron sobre ella de las otras provincias de España en que ya dominaban y por el mar.

Un dia al amanecer, los cristianos vieron una inmensa flota que apareció en la mar por la parte de levante.

Se tocó al arma.

Se aseguró la ciudad.

Alvar Fañez ordenó el ejército, y se encontró con que acudían de muy mala gana los que antes eran leones bravos, y que ya parecían enervados con las dulzuras

del suelo, sobre todo por las dulzuras del amor de las hermosas valencianas.

Habian estado en la inaccion dos años.

Gran parte de ellos habian arraigado y se habian hecho una familia.

No eran los mismos.

Jusuf en persona avanzaba sobre Valencia con un formidable ejército por tierra, mientras su flota cerraba toda salida por la mar y desembarcaba incesantemente hombres.

Alver Fañez, que era un buen capitan y prudente, comprendió el peligro, aconsejó á doña Gimena pidiese auxilio al rey don Alfonso.

La altiva castellana se negó á ello.

Decia que el rey la desatendia, que la habia injuriado una vez, desoyéndola, y que no queria ser injuriada dos veces.

Pero en fin, las buenas razones que la hizo Alvar Fañez, que con la posesion de su mujer Homarah habia vuelto á la razon, y consintió en que se pidiese ayuda al rey don Alfonso.

Se dió á tres leales almogáraves tres cartas iguales por si alguno de ellos perecia.

Habia que pasar las líneas enemigas, y por sagaces que fuesen los almogáraves, por más que supiesen durante la noche, protegidos por las sombras pasar arastrándose sin ser sentidos, por un campamento, no podia asegurarse no fuesen sentidos y cogidos.

Pero los tres almogáraves llegaron á un tiempo á Toledo donde Alfonso VI se encontraba.

Leyó el rey una de las cartas, sabiendo que las tres contenian lo mismo, y se encontró conque doña Gime-

na le hablaba indirectamente, porque quien escribía y firmaba era Alvar Fañez.

Manifestaba este al rey el gran peligro de la situación.

Alfonso VI dijo entonces:

—No, no; esto sería demasiado; yo no puedo consentir que el venerable cadáver del Cid, que en la iglesia mayor de Valencia está insepulto, caiga en poder de los que tan enemigos suyos fueron en vida, y tan enemigos suyos continúan siendo, en muerte. No, yo no puedo consentir que la noble doña Gimena sea obligada á inmolarsé á sí misma para no sentir los monstruos de los árabes.

Y el noble Alfonso VI reunió su numerosa y brillante caballería, desplegó su estandarte real y allá se fué como un rayo contra los almorávides que á Valencia cercaban y no dejaban pasar un solo día sin darla algun récio asalto.

No fué necesario que Alfonso VI se midiera con los almorávides.

Cuando los corredores de Jusuf dijeron á este que el rey don Alfonso iba al socorro de Valencia, tal pavor sintió, de tal manera reconocía en el rey de Castilla había otro Cid, que levantó apresuradamente el campo, se metió en sus naves, y cuando llegó Alfonso VI solo se encontró con los vestigios del campo musulmán.

Recibió doña Gimena al rey á la puerta de Valencia y le dijo:

—Muchas mercedes doy á Dios, porque al fin os tenemos en vuestra ciudad de Valencia. Y no han de valeros negativas ni escusas; no nació reina y reina ser no quiero, tened la noble ciudad de Valencia, que para

vos ganó mi marido, que yo me voy con él á sepultarle conforme á su última voluntad, en el monasterio de San Pedro de Cerdeña.

Y sin más, y separándose allí en las mismas puertas de Valencia, del rey, se fué delante con los servidores de su casa y con sus parientes Alvar Fañez y Gil Diaz, y las esposas de estos, á la iglesia mayor, y como al subir á recibir al rey iba ya preparada para emprender el viaje, sin detenerse tomó el camino de Castilla, llegó con el cadáver de su marido, metido en una litera y sentado en una silla de marfil, á San Pedro de Cerdeña, y allí despues de unos nuevos funerales, el cadáver, sentado en su silla de marfil, fué puesto á la derecha del altar, revestido su fuerte arnés, peinada su luenga barba rubia entrecana, con su gran sobrevesta verde, su talabarte de pedrería, y apoyada la mano izquierda en la empuñadura de su tizona.

Faltaba un nuevo prodigio referente al Cid.

No bastaba el milagro que habia pasado para Homarah.

Era necesario aun otro prodigio.

Un judío mentecato y vano se quedó un dia escondido en la iglesia de San Pedro de Cerdeña, y cerrado que la iglesia fue, encontrándose solo con el Cid, se acercó á él y se puso á contemplarle.

Tenia el Cid los ojos abiertos.

Y cuentan las crónicas que los tenia claros, lo cual maravillaba, porque era contra las leyes naturales, cosa que hacia decir á muchos que el Cid era santo.

La mirada parecia inmóvil como no podia ser ménos.

Y el judío decia para sí:

—Ved á lo que quedan reducidos el valor, la fuerza y la fortuna. He aquí el que ha hecho temblar á tantos reyes, al gran Cid Campeador, con el cual, yo que nunca he sido valiente, puedo hacer todo aquello que me complazca:

Y el menguado sonreía satisfecho creyéndose más grande que el Cid, ante el Cid inmóvil, helado.

Rodeó la silla.

Le miró por todas partes, y deteniéndose luego ante él, dijo:

—He aquí el cadáver del famosísimo don Ruy Diaz Vivar, del Cid Campeador, cuya barba nadie osó tocar en vida, y ahora voy á tocarla yo, veremos lo que me sucede.

Y extendió el sacrilego é irreverente brazo.

Pero Dios no quiso que aquel miserable judío insultase el cadáver del Cid.

Dios le envió un espíritu, y en aquel punto el Cid se animó, relampaguearon de una manera terrible sus ojos, echó mano á su tizona y desenvainó un palmo de ella.

El judío dió una gran voz de espanto y cayó de espaldas sin sentido.

Aquella voz habia sido tan extensa, tan terrible, que el caid que estaba predicando en la plaza la oyó, y conociendo que salia del templo, entró con algunos otros religiosos, y allí tendido delante del Cid, como difunto, encontraron al judío.

El espíritu de Dios habia dejado de animar el cadáver.

Este aparecía inmóvil.

Pero permanecía su mano derecha asiendo su espada, y esta un palmo fuera de la vaina.



CID RODRIGO DE VIVAR.—El judío dió una gran voz de espanto,





Se socorrió al judío.

Contó á todos aquel milagro por cuyo espanto habia perdido el conocimiento.

Se convirtió.

Se bautizó.

Lo tomó bajo su padrinazgo Gil, y se llamó Diego Gil.

Luego entró de monje en el mismo monasterio.

El era el que cuidaba de la lámpara que frecuentemente ardia sobre la tumba donde fué sepultado el Cid, sentado siempre en su silla, en el claustro de San Pedro de Cerdeña.

Gil Diaz se enterró á la derecha del pórtico del convento; á Babieca, el buen corcel del Cid, que habia sido disecado, y se plantaron sobre su sepultura dos álamos que se hicieron gigantescos.

Esto sucedia por los años de 1101.

Doña Gimena no se retiró á un monasterio.

Hubiera sido lo mismo que decir que ella necesitaba de la soledad para estar sola.

Su soledad era su corazon.

Se fué á Navarra á vivir una temporada con su hija, la esposa del infante don Sancho.

Luego se fué otra temporada á Barcelona á estar al lado de su otra hija, que con el conde Ramon Berenguer III estaba casada.

Gil Diaz y doña Marta, su esposa, Alvar Fañez y doña María del Milagro, su mujer, la acompañaba siempre.

Eran de su servidumbre Garcés de Leiva, Juan Dieguez, el monstruoso Agar-Kothan con sus esposas, que no se separaban nunca de ellas.



Alvar Fañez se mostraba muy desganado para la guerra y decia que si los que habia en Castilla, que aun no habian empezado, empezaban y hacian tanto como él, para nada se necesitaba.

Tenia dos hermosos hijos y Homarah le parecia cada dia más hermosa.

En cuanto á doña Gimena, tal y tan incurable herida habia abierto en su corazon la muerte del Cid, que no tardó en seguirle.

Se habia demacrado de una manera extraordinaria.

Habia empalidecido.

Habia envejecido.

Sus cabellos se habian tornado blancos como la plata, y sin embargo, aun parecia hermosa.

Jamás nombraba á su marido.

Nadie lo nombraba junto á ella.

Nadie la vió llorar.

Al fin un dia se hizo conducir al castillo de Vivar á la cámara de honor.

Estaban allí polvorientas, abandonadas, roidas por la polilla, la mesa y la silla señorial en que estaba sentado Diego Lainez cuando recibió la bofetada del conde Lozano.

Gimena, apoyada en Homarah y en doña Marta, besó aquel sillón.

Se levantó luego y dijo:

—Llevadme á Gormaz.

Y la llevaron en una litera.

Se entró en la cámara de su padre.

Estaba como cuando el conde la habia abandonado para ir al duelo.

Gimena se arrodilló en el reclinatorio de su padre

y besó el libro de horas en que se lugar un versículo de las lamentaciones de Job.

—Mi padre debió haber besado el libro en aquel mismo lugar antes de partir para el duelo.

Se hizo despues conducir á la Cruz del Bosque.

Se arrodilló en el mismo lugar que habia empapado la sangre de su padre, y le besó.

Peró por aquella vez la esposa de Alvar Fañez y de Gil Diaz, que la sostenian, sintieron que se desplomaba sobre sus manos.

La alzaron y todos vieron que habia muerto.

Esto aconteció en 1104.

Doña Gimena habia sobrevivido cinco años al Cid y dos de estos años los habia pasado en Valencia gobernándola y defendiéndola.

La llevaron al monasterio de San Pedro de Cerdeña, y allí cumpliendo su última voluntad, la pusieron en el panteon de su marido, como él embalsamada, sentada como él en una silla de marfil.

Diego Gil, el judío converso, bajó todos los dias de su vida hasta su más caduca ancianidad, al panteon á cuidar de la lámpara que en él ardía, ante el santo Cristo, ante el cual habia orado siempre el Cid.

Diego Gil hablaba con estos cadáveres como si hubieran estado vivos, como una gran veneracion y un grande amor.

El Cid aparecia representando el milagro muchos años despues, con la mano en la empuñadura de la tizona y un palmo de ella fuera de la vaina.

Un dia, y esto representó el último milagro que al Cid se refiere, tardó en volver Diego Gil.

Le buscaron y le hallaron muerto en el panteon.

La cabeza aparecía reclinada en la rodilla del Cid.

La mano de este estaba sobre la cabeza del judío converso, como en actitud de bendecirle.

La tizona estaba completamente dentro de la vaina.

Los demás personajes conocidos de nuestros lectores que al Cid sobrevivieron, tuvieron hasta su muerte una vida feliz.

En cuanto á la ciudad de Valencia, Alfonso VI, continuando en su opinion de que no era conveniente conservar una ciudad lejana del centro de Castilla, la abandonó y la puso fuego, volviéndose á Toledo con su hermosa caballería.

Entonces el emir Masdali, con un numeroso ejército almoravi, fué á Valencia y la ocupó en 5 de Mayo de 1102.

Valencia debia permanecer en poder de los sarracenos, hasta que de nuevo la tomase, haciéndola difinitivamente cristiana, el rey don Jaime el Conquistador.

FIN.



---

# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.

	<u>Páginas.</u>	
CAPÍTULO I.....	De cómo el rey don Alfonso fué traído de Toledo, y en llegando conoció, no muy á gusto suyo, que para ser rey de Castilla era de todo punto necesario contar con la voluntad del Cid.....	5
— II.....	Del apuradísimo lance en que se vió el buen Diego Ordoñez de Lara.....	13
— III.....	De cómo llegó á tiempo para Diego de Lara el señor rey don Alfonso VI.....	32
— IV.....	De cómo el Cid se convenció de que doña Urraca era inocente, y sintió mucho el no haber podido ser otra cosa para doña Urraca.....	42
— V.....	En cuyo fin aparece una figura interesante y misteriosa.....	55
— VI.....	En que empieza á relatarse algo referente á la casa del Misterio de la judería de Zamora.....	60
— VII.....	De la aventura que aconteció á Vellido Dolfos, y de lo preocupado y combatido que salió de ella.....	77
CAPÍTULO VIII.....	En que Vellido Dolfos escucha algo que no hubiera querido escuchar nunca, y en que empieza á aclararse un tanto el misterio de la casa encantada.....	82
— IX.....	En que continúa la relacion referente á la casa del Misterio.....	91
— X.....	En que se vá sabiendo algo más acerca de Vellido Dolfos.....	99
— XI.....	Dos almas en una.....	106

	Páginas.
CAPÍTULO XII.....	En que se termina la historia que empieza el gran rabí de los judíos de Zamora. 118
— XIII.....	En que continúa el intrincado relato de la historia que se tiene entre manos..... 143
— XIV.....	En que se aclara completamente el misterio para Abacuc..... 152
— XV.....	De cómo llegó el caso de que Vellido Dolfos concipiese á su verdadera madre.... 164
— XVI.....	En que Vellido Dolfos se encuentra tan perturbado que cree haberse vuelto loco. 168
— XVII.....	En que la situación se complica más y más para Vellido Dolfos..... 175
— XVIII.....	Las dos madres..... 177
— XIX.....	De como Vellido Dolfos no pudo ya dudar de la verdad de su origen..... 181
— XX.....	En que Abacuc continúa la historia de la maldición de su familia..... 184
— XXI.....	En que Vellido Dolfos no puede dudar que es hijo de Sara..... 205
— XXII.....	En que se ve que Jesabeth era una mujer de gran corazón..... 213
— XXIII.....	De como, por fin de todos aquellos terribles sucesos, Jesabeth comprendió que Dios había alzado de ella la maldición que pesaba sobre su familia..... 231
— XXIV.....	En que termina la leyenda de la familia maldita..... 259
— XXV.....	En que se habla de algunas cosas importantes, como carácter referente al pueblo de Castilla de aquellos tiempos.... 275
— XXVI.....	De como Alfonso VI, como ojeriza al Cid, y por primer acto de su reinado le desterró de su reino..... 286
— XXVII.....	De cómo fué recibido el Cid en la primera fortaleza árabe de la frontera del reino de Toledo..... 290
— XXVIII.....	En que el alcaide de Hims-Al-Geber cuenta al Cid Ruiz Diaz una peregrina historia..... 312
— XXIX.....	De cómo fué necesario un milagro para que el Cid no pereciese en su aventura de Madrid..... 333
— XXX.....	De cómo se acabó la aventura que en la villa de Madrid corrió el Cid Campeador. 348
— XXXI.....	En que se cuenta la leyenda del escudero secretario del Cid..... 360
— XXXII.....	En que se habla de los principios de una aventura amorosa del señor Alvar Gímenez..... 881
— XXXIII.....	En que se vé hasta que punto, Dios que ha hecho el amor, puede ser un obstáculo para el amor de dos criaturas..... 398
— XXXIV.....	De cómo Alvar haciendo lo que en su lugar nadie hubiera hecho, puso al Cid en el caso de no saber que hacerse..... 406

CAPÍTULO XXXV...	En que se vuelve á hablar de milagros y se dice lo que de estos milagros pensó el Cid .....	415
— XXXVI...	De cómo el Cid vió que Cidi-Ali estaba en punto de conversion, y además que era un grande hombre de armas .....	435
— XXXVII..	De la gran hazaña que en Toledo llevó á el Cid venciendo á un leon, y de la buena manera que tuvo para desobligarse del rey Almamun .....	446
— XXXVIII.	Que es muy largo porque se ocupa de las hazañas del Cid, que dieron por resultado la conquista de Valencia .....	460
— XXXIX...	De como se prepararon las bodas de las hijas del Cid .....	504
— XXXX...	De cómo los infantes de Carrion demostraron que eran más villanos que el villano más ruin .....	524
— XXXXI...	De la inaudita villania que los infantes de Carrion cometieron con las hijas del Cid .....	531
— XXXXII..	De cómo pagaron su culpa los infantes de Carrion, y de como las hijas del Cid se casaron con los infantes de Aragon y de Navarra .....	538
— XLIII. ....	De cómo fué la última batalla que ganó el Cid .....	549
— XLIV. ....	De como por no haber querido el rey don Alfonso la ciudad de Valencia, se quedó por fuerza de reina en ella doña Gimena .....	574
— XLV.....	Homarah .....	585
— XLVI....	Que es el fin y remate de esta verdadera historia .....	596

FIN DEL ÍNDICE.





---

# PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE CID RODRIGO DE VIVAR.

## TOMO PRIMERO:

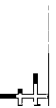
	<u>Páginas.</u>
Portada. . . . .	
El monstruo descargó su cuchillo. . . . .	7
...un rugido horrible producido por el monstruo. . . . .	9
Pero Dios mio, vive aún. . . . .	67
Sancho Dieguez se sintió completamente feliz. . . . .	104
Gimena ahogó un grito. . . . .	145
Adios, hija,—exclamó el conde Lozano. . . . .	249
...el fué el primero que por la escala subió. . . . .	278
¡Ah! no puedo, no puedo,—exclamó Gimena llorando. . . . .	330
Dióseles el parabien. . . . .	390
Yo soy vuestra esclava, yo os amo. . . . .	440
¡Ah, infame y traidor, mal nacido! . . . . .	472

## TOMO SEGUNDO.

Si yo soy,—exclamó Vellido. . . . .	47
O escuchais ó sois muerto. . . . .	135
Señor, yo encomiendo á tu justicia mi venganza. . . . .	222
....murió en los brazos de doña Gimena. . . . .	551
El judío dió una gran voz de espanto. . . . .	600




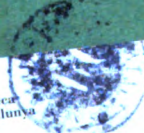






BIBLIOTECA




 **Biblioteca de Catalunya** 

Adq. C-Tus

CB 1001132921

Top. Tus 8  
3769

 Generalitat de Catalunya  
Departament de Cultura

IBC 27

